

Entre espinas, flores

Anecdotalario

Compendio de vivencias martianas en las que el autor nos presenta a nuestro héroe vivo, activo, inteligente, popular, sensible...; en sus acciones cotidianas, en su interacción con los demás, en su proceder limpio, en sus mejores discursos que siempre fueron el lenguaje elocuente de sus actos, y no como una estatua de bronce o un ser inalcanzable. Es Martí en pequeños episodios que se apartan de la adjetivación y exposiciones apologéticas. Quienes intentan contribuir a la educación patriótica del pueblo, uno de los retos pedagógicos de nuestro tiempo, encontrarán en esta obra, pistas, caminos, que revelan la grandeza espiritual y estatura histórica del Apóstol.



Carlos Manuel Marchante Castellanos (La Habana, 1948-). Licenciado en Historia y Ciencias Sociales. Profesor Auxiliar de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana. Actualmente, aunque jubilado, se desempeña como profesor especialista del museo Fragua Martiana del que fue director durante ocho años.

De su autoría es el libro *De cara al sol y en lo alto del Turquino* y el software *José Martí, valor de una doctrina*. Ha escrito, además, diversos seriales y programas para la radio nacional, entre ellos, *Centinela del amor*; *El vuelo del águila* y *Los hombres del 26*; y para la televisión, el serial *La última ofensiva del tirano*. Son suyos también numerosos proyectos educativos y artículos escritos para los diferentes órganos de prensa.



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

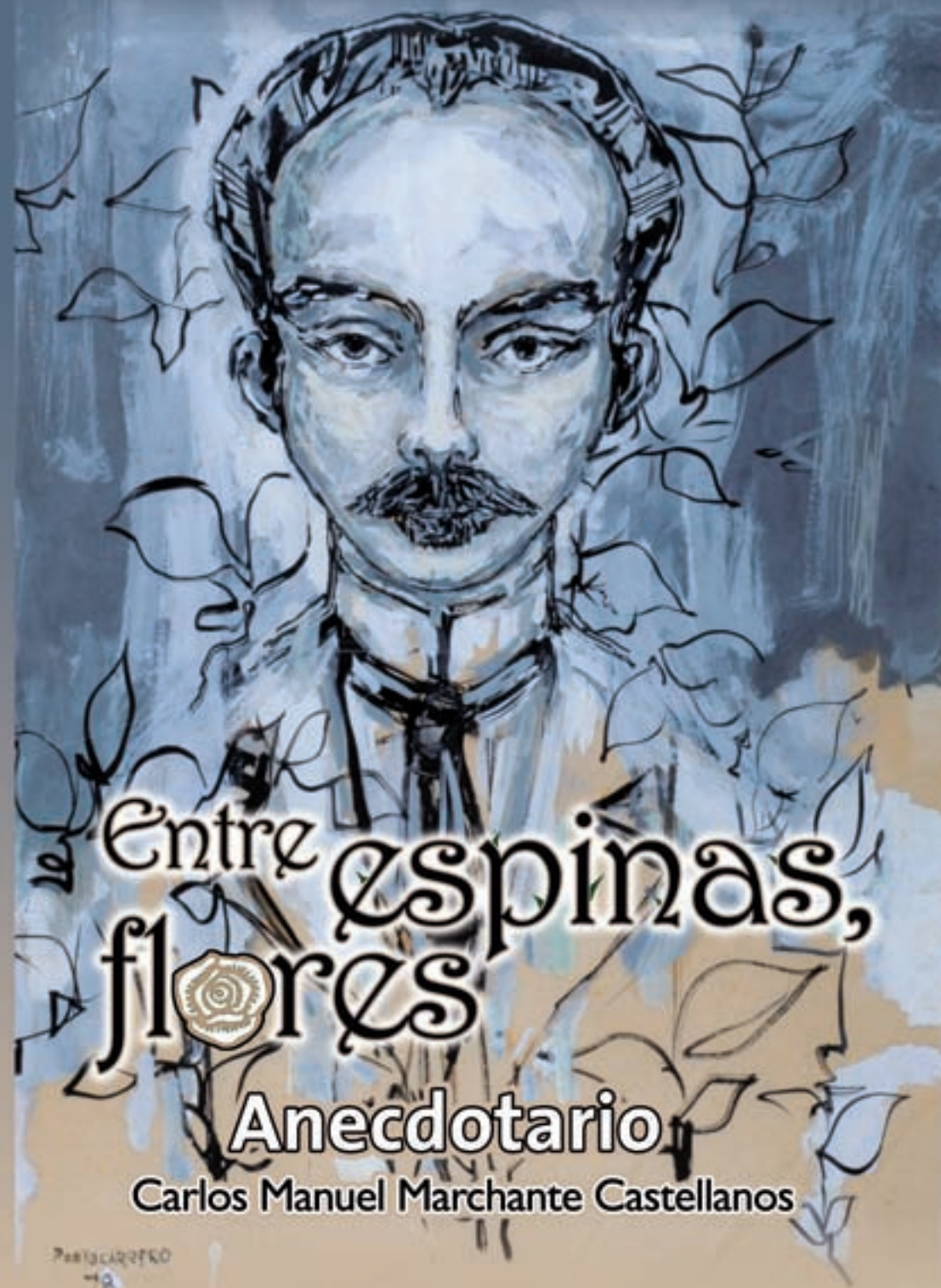
ISBN 978-959-274-132-4



Carlos M. Marchante Castellanos

Anecdotalario

Entre espinas, flores



Entre espinas,
flores

Anecdótico

Entre espinas, flores

Anecdótico

Carlos Manuel Marchante Castellanos



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

Cuidado de la edición: Belkys Duménigo García

Edición: Olivia Diago Izquierdo

Imagen de cubierta: *Retrato de Martí* de René Portocarrero.

Colección Centro de Estudios Martianos

Diseño de cubierta: Yosvani Marchante Lorenzo

Diseño interior: Aida Soto-Navarro González

Realización: Enrique Hernández Gómez

Fotos: Museos Fragua Martiana y Casa Natal José Martí, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y libro *Ámbito de Martí*.

© Carlos M. Marchante Castellanos, 2015

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2015

ISBN 978-959-274-132-4

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Calle 8, No. 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba

Teléfono: (537) 836 8846 / 836 5234

Correo: publice@pa.co.cu

*A mi madre y hermanos;
a mi esposa e hijos,
de quienes siempre he recibido
amor, apoyo y comprensión.*

Mis agradecimientos a dos colegas y amigos hermanados en el amor a José Martí:

Al profesor universitario Jorge Juan Lozano Ros, sin cuya colaboración no hubiese sido posible realizar este anecdotario.

Al Profesor de Mérito Horacio Díaz Pendás, Maestro de maestros, quien me honra, además, con sus palabras a manera de prólogo.

PRÓLOGO

Agradecer es un gusto

¿Cómo deben enseñarse las grandes figuras de nuestra historia para que no se aprecien como estatuas de bronce o seres inalcanzables?

Este es uno de los grandes retos pedagógicos para todo el que intente contribuir a la educación patriótica del pueblo y, de manera especial, de los escolares.

Carlos Marchante Castellanos nos entrega este libro en el que están contenidas algunas pistas metodológicas, cuando el autor nos revela a Martí a través de anécdotas que evidencian, por los hechos mismos, su grandeza espiritual y estatura histórica.

Cada página tiene el encanto de la sencillez, no de la simpleza, que no es lo mismo. La difícil sencillez por la que clamara Azorín o la propia concepción martiana de que la sencillez es la grandeza.

Se trata de Martí en su vida cotidiana en detalles, en pequeños episodios que se apartan de la adjetivación y

exposiciones apoloéticas para mostrarnos al ser humano. Atrapar al hombre en sus acciones diarias, en su interacción con los demás, en su proceder limpio, en sus mejores discursos que siempre fueron el lenguaje elocuente de sus actos, en fin, acercarse a su esencia por hechos amenos y contados con belleza es hacia donde nos lleva al autor de la mano de Martí.

Siempre he creído que historia que no cuenta es como un canto que no entona. Y con lo que se nos cuenta en este libro quedan abiertas las puertas para las ulteriores valoraciones, para las enseñanzas, sin necesidad de que estas queden formuladas de forma explícita. Ahí está el método martiano que acompaña al autor, el mismo que nos enseñó el hombre de LA EDAD DE ORO, cuando en la lectura “La Ilíada de Homero” habló de “enseñar como sin querer”.

Como uno no se puede sustraer de su condición de profesor, debo confesar a los lectores que la selección de anécdotas y el estilo de la exposición escrita logrados por Marchante, me recuerdan lo que el joven Martí reclamaba a los veintidós años sobre las características que deben tener las exposiciones orales para las clases.

Decía Martí en su trabajo “Clases orales”, publicado en la revista Universal, en México, el 18 de junio de 1875 (OCEC, tomo 2, p.78).

“Los conocimientos se fijan más en tanto se les da una forma más amena. Viven las clases de la animación y el incidente. Necesita a veces la atención cansada un recurso accidental que la sacuda y reanime. Grábanse mejor en la inteligencia los conceptos que se expresan en la forma diaria y natural [...]”.

Quienes lo conocemos, sabemos que así es el profesor Marchante; tanto en sus clases como en sus escritos atrapa a su auditorio y a sus lectores. En mi caso, este libro me atrapó desde la primera lectura y fue una motivación constante para seguir hasta el final acompañado de la emoción y el ejercicio del pensar.

Estas páginas constituyen un arsenal de ideas para los maestros y profesores que, con fervorosa disposición, cada nuevo curso escolar les hablan de Martí a los niños, adolescentes y jóvenes. Es un material formidable para la autopreparación, para contar con hermosura las anécdotas; para hacer que lo humano y lo bello reinen en el aula, que es, por cierto, la mejor manera de educar.

Es un libro para disfrutar y crecer con el conocimiento de la vida de un gran hombre que lo sabía ser en todos los pequeños detalles.

Gracias al profesor Marchante por estas páginas, por donde desfilan la belleza, la ternura, la fidelidad a los principios, el sentido del deber, el amar y el amor, la vida cotidiana, la música, la guerra, el precio de ser libres desde una visión de explicarnos la historia como actuación de seres humanos, no de ángeles ni arcángeles.

Gracias al profesor Marchante por este encuentro del corazón con la cultura para sentirnos más orgullosos de ser cubanos y saber más de nuestro Maestro por excelencia.

Con Martí y desde Martí, vivamos convencidos de que no es estéril aferrarse a lo mejor del ser humano y creer en sus posibilidades de desarrollo espiritual; no es algo ilusorio declararse cómplices de la virtud y labrar en el alma humana; no es en vano el sacrificio que confía en

*el valor transformador de una educación basada en la
eticidad.*

HORACIO DÍAZ PENDÁS*

La Habana, 16 de mayo de 2013

* Profesor de Mérito de la Universidad de Ciencias Pedagógicas
Juan Marinello Vidaurreta, de Matanzas, y Premio Nacional de
Historia 2012.

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.¹*

¹ José Martí Pérez: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo II, p. 15.

INTRODUCCIÓN

Por estrella, un corazón

La figura de nuestro Héroe Nacional, José Martí Pérez, es el paradigma mayor de todos los cubanos y su ideario, junto a las ideas del marxismo leninismo y las de nuestro Comandante en Jefe, conforman la plataforma ideológica sobre la que se levanta y proyecta la Revolución cubana.

Cada día, numerosas personas se acercan a las bibliotecas, centros especializados e instituciones maritimas, con el afán de indagar sobre la vida y obra del Apóstol: conocer detalles de su personalidad, episodios de su existencia, anécdotas del Maestro que lo humanicen, y acerquen más a niños, jóvenes y adultos, no solo como patriota, revolucionario, escritor, diplomático, periodista o poeta, sino como hijo, padre, amigo u hombre. Uniendo estas facetas se cumple el pensamiento de nuestro Guerrillero Heroico, Ernesto Che Guevara, cuando dijo: “El héroe popular debe ser cosa

viva y presente en cada momento de la historia del pueblo”.²

En este empeño, el doctor Gonzalo de Quesada y Miranda nos legó entre su vasta obra un anecdotario martiano, que se publicó en enero de 1948. Esta obra contiene, además, nuevas facetas de Martí y una cronología de su vida. Con un costo de impresión de 512.52 pesos, los mil veinte ejemplares que salieron a la luz fueron vendidos al precio de un peso cincuenta centavos y destinado el fondo recaudado a la construcción de la proyectada Fragua Martiana.

Dada la modesta tirada del anecdotario y que su adquisición solamente podía hacerse a través de la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano de la Universidad de La Habana, el valioso libro apenas pudo llegar a las librerías de entonces en el país. Entre las personas más interesadas en obtenerlo, estuvieron los maestros y los propios alumnos del Seminario. Su edición se agotó rápidamente.

En enero de 1977, la editorial Gente Nueva publicó una nueva edición de este anecdotario, esta vez ilustrado por Bladimir González Linares. Su autor no pudo disfrutar la obra, se interpuso la muerte tres meses antes de su salida. Aquel pequeño libro de ciento treintaiuna páginas recogía ochentaiuna anécdotas y en su apéndice aparecían, igualmente, los escritos: “Cómo era Martí” y la tabla cronológica de su vida, ambos elaborados por el destacado martiano. De la misma manera que el anecdo-

²Ernesto Guevara de la Serna: *Escritos y discursos*, tomo IV, p. 58.

tario anterior, este desapareció de nuestras librerías en cuestión de meses.

La presente compilación tiene como objetivo darle continuidad a tan noble empeño, con la salvedad de que no es una copia de las anteriores, ni su contenido se limita a contar, simplemente, episodios de la vida del Maestro; como diferencia, además, no incluye la cronología de su vida, esta ya ha sido superada por el doctor Ibrahím Hidalgo Paz, investigador del Centro de Estudios Martianos.

Presentan las etapas en las que se han agrupado los relatos, breves reseñas que le permitirán comprender al lector en qué momento ocurre el hecho que se narra, circunstancia que se precisa con más detalles en cada anécdota. A manera de presentación de estas, he seleccionado un pensamiento martiano referido al tema que abordan.

De igual forma, he incorporado otras estampas y pinceladas no incluidas en los trabajos precedentes, identificadas por su fuente de procedencia. En los anexos aparece una breve descripción de los hombres, mujeres y niños implicados en los acontecimientos que se describen; e insertados en la obra, un selectivo grupo de fotos que hará posible acercarse aún más a los hechos. Todo en su conjunto refuerza el carácter educativo con que ha sido concebido este libro.

Su título *Entre espinas, flores...* ha sido extraído del conocido poema que da inicio a las páginas de esta obra, y que el joven cubano dedicara a su madre y enviara al dorso de una foto suya, tomada en presidio el 28 de agosto de 1870, en la que viste ropa de reo y el grillete que, de

la cintura al tobillo de su pie derecho, le habían colocado desde aquel 5 de abril.

Aspiramos a que este viaje junto al Apóstol, logre convertirse para los educadores, periodistas, la familia, y para todos aquellos que directa o indirectamente se encuentran vinculados a la tarea de formar valores en las nuevas generaciones, en un instrumento más que les permita adentrarse en los principios y cualidades humanas que distinguieron al más grande pensador hispanoamericano del siglo XIX, no solo como excepcional prócer de nuestra América, sino como un hombre de su tiempo y para todos los tiempos, quien por su legado ético y revolucionario lo ha hecho merecedor del honroso reconocimiento popular de Héroe Nacional de la República de Cuba.

EL AUTOR

EXPLICACIÓN NECESARIA

Así era Martí

El comandante del Ejército Libertador Enrique Collazo Tejada llegó a poseer una hermosa hoja de servicios a la patria, que inició cuando a bordo del vapor *Perrit* desembarcó en tierra cubana, el 15 de mayo de 1869; fue uno de los conspiradores seleccionados por José Martí y el Generalísimo Máximo Gómez para ocuparse, en la Isla, de los preparativos para el alzamiento y reinicio de la guerra en 1895. En su libro *Cuba independiente*, al describirnos al Apóstol, precisó:

Era Martí un hombre notable y de condiciones excepcionales y poco comunes, tenía alientos para concluir como loco o como héroe y terminó mejor que como él había soñado: como héroe y soldado cayendo en medio del combate en el fragor de la pelea y con el ruido que sirve de salva a los héroes y a los buenos. Su apoteosis la harán

los cubanos más tarde, conservando su efigie y su memoria entre sus grandes hombres.

Cuando todos desmayaban, Martí levantó de nuevo el pabellón; de un grupo de cubanos dispersos en la emigración creó un pueblo entusiasmado, y dio vida a la nueva revolución que debiera llevar a la práctica el general Máximo Gómez.

Era Martí, pequeño de cuerpo, delgado, tenía en su ser encarnado el movimiento; grande y vario su talento, veía pronto y alcanzaba mucho su cerebro; fino de temperamento, luchador inteligente y tenaz que había viajado mucho, conocía el mundo y sus hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás; apoyó al débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó la democracia hasta el límite. Dominaba su carácter, de tal modo que sus sentimientos y sus hechos estaban muchas veces en contraposición; Apóstol de la redención de la patria logró su objeto.

Martí era un hombre ardilla; quería andar tan de prisa como su pensamiento, lo que no era posible; pero cansaba a cualquiera, subía y bajaba escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cogía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco o

casi nada; días enteros se pasaba con vino Marianni; conocía a los Estados Unidos y a los americanos como ningún cubano; quería agradar a todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversiones; así es que no le faltaban sus desengaños.

Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, a pesar de ser extraordinariamente absorbente.

Era la única persona que representaba la revolución naciente; los demás eran instrumentos que él movía; Benjamín Guerra era la caja; Gonzalo de Quesada, parte de su cerebro y de su corazón; pero en realidad era su discípulo. Martí lo era todo y ese fue su error, pues por más que se multiplicaba era imposible que lo hiciera todo él solo.

Dormía poco, comía menos, y se movía mucho; y sin embargo, el tiempo le era corto. Se puede concretar diciendo que el Partido Revolucionario era Martí.³

El profesor universitario e investigador martiano, doctor Gonzalo de Quesada y Miranda, describió así al Maestro:

[...] era de vestir modesto pero pulcro. Su traje y su corbata eran negros, en símbolo de luto por la

³ Enrique Collazo: "José Martí", en Carmen Suárez León, *Yo conocí a Martí*, pp. 26-28.

patria esclava. Usaba también un anillo de hierro —que no ha sido hallado— hecho con un pedazo de cadena que llevó cuando era el preso 113, en que estaba grabada la palabra Cuba.

Sus manos, eran las de un hombre magro, intelectual y artista: finas y afiladas. Era inquieto y nervioso, rápido en el andar. Frugal en la mesa, aunque le gustaba comer y lo hacía con gusto. Sabía catar los vinos, y gustaba saborear una buena copa de Tokay, aunque su vino predilecto era el Mariani, el reconstituyente de moda en aquella época.⁴

Para la patriota, Blanch Zacharie de Baralt, quien con solo dieciocho años lo conociera, y desde entonces se convirtiera en una de sus más queridas admiradoras y amigas, el Maestro tenía, además, “ese don de gente, ese talento de hacerse querer [...] sumado a su fervor patriótico y a su elocuencia. El imán de su personalidad atrajo a millares de adeptos a la causa de la libertad de Cuba”.⁵

José Martí era de tez blanca, pelo castaño oscuro y bigote poblado; usaba una ligera mosca. Su frente era notablemente alta y despejada. Tenía una estatura de cinco pies y medio, y un peso aproximado de ciento cuarenta libras. Ratifican estas medidas, las que le tomara el sastre dominicano Ramón Antonio Almonte para la confección

⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: “Cómo era Martí” en *Obras Completas* de José Martí, tomo 27, p. 213.

⁵ Blanche Zacharie de Baralt: *El Martí que yo conocí*, p. 14.

del traje azul que vestiría en los campos de Cuba libre.⁶ De ojos pardos, en cuya mirada después de su verbo, residía acaso su mayor magnetismo. Iniciaba sus discursos con voz lenta, poco perceptible, aumentando su volumen hasta alcanzar un acento evangélico, rebosante de sinceridad, que electrificaba al público.

Entre los más destacados patriotas y colaboradores del Apóstol en su labor revolucionaria en los Estados Unidos, y como comisionado a la Isla, se encontraba el coronel del Ejército Libertador Fernando Figueredo Socarrás quien, entre otros cargos y responsabilidades, se había desempeñado como ayudante y secretario del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, y en 1878, como uno de los integrantes del seleccionado grupo que, junto al Titán de Bronce, protagonizó la histórica Protesta de Baraguá.

En una entrevista concedida por su hijo, Bernardo Figueredo Antúnez, a los doctores Cintio Vitier y Fina García Marruz, al referirse a cómo era la voz del Maestro, afirmó:

La voz [...] era suave, no era estridente ni airada, sino al contrario, era una voz dulce [...] Siempre lo hacía con mesura y sin exagerar. Era pausado, alzaba los brazos pero sin violencia; no daba puñetazos en las tribunas, ni alteraba la voz, sino

⁶ Sucedió en marzo de 1895, durante su última estancia en Santo Domingo, capital de República Dominicana. Vea las medidas en el anexo No. 1. Tomadas de Atlas José Martí, de la Oficina Nacional de Hidrografía y Geodesia, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 101.

al contrario, siempre el mismo tono grato y que recuerdo como si lo estuviera oyendo en este momento.

Su voz, si se pudiera trasladar al sonido instrumental, correspondería a la viola en los instrumentos de cuerda, y al oboe en los instrumentos de viento. Sonaba entre la viola y el oboe. Tenía la voz natural del hombre.⁷

A pesar de ser una persona frágil de cuerpo, y con una precaria salud, con una dolorosa herida inguinal causada por las cadenas del presidio, su estoicismo en los últimos treintaiocho días de su vida junto al Generalísimo Máximo Gómez en los campos cubanos, le hicieron apuntar en su diario de campaña, los días 14 y 21 de abril de 1895:

Nos admiramos los viejos guerreros acostumbrados a estas rudezas, de la resistencia de Martí —que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie por estas escarpadísimas montañas—. Martí al que suponíamos más débil por lo poco acostumbrado a las fatigas de estas marchas, sigue fuerte y sin miedo.⁸

Tal vez, nada mejor que un propio pensamiento de Martí, que escribiera en carta fechada desde Montecristi,

⁷ Cintio Vitier Bolaños y Fina García Marruz: *Recuerdos de Martí. Entrevista a Bernardo Figueredo*, p. 123.

⁸ Máximo Gómez Báez: *Diario de Campaña*, p. 369.

el 25 de marzo de 1895, a su amigo dominicano Federico Enríquez y Carvajal, y que los cubanos supieron escoger en el año del centenario de su natalicio para colocar ante su busto en el pico Turquino, la montaña más alta de Cuba, donde quedó enclavado para siempre. En él están resumidas sus excepcionales cualidades patrióticas, revolucionarias y humanas: “Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad”.⁹

⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 117.

Temprana juventud

Las anécdotas agrupadas bajo este título recorren la vida de José Martí Pérez en la Cuba colonial y la metrópoli española; fueron años en que, sin muchos darse cuenta, la niñez y adolescencia cedieron un vertiginoso paso a su juventud. Alertaron esta veloz carrera las cualidades morales, virtudes, valentía y sensibilidad humana, patriótica y revolucionaria que pronto asomaron en José Julián.

Durante este período, producto del despotismo al que estaba sometida la vida de los cubanos, inició nuestra gesta independentista: la Guerra de los Diez Años, acontecimiento que propició la aparición de las primeras declaraciones y escritos políticos de Martí. Apenas adolescente publicó, junto a Fermín Valdés Domínguez, *El Diablo Cojuelo*; en *La Patria Libre* salió a la luz su drama épico *Abdala*; pronunció su primer discurso ante el Consejo de Guerra Ordinario que lo juzgara y condenara

a sufrir el más devastador de los dolores: el presidio político en Cuba.

Desterrado a España conoció la esencia de la metrópoli opresora. Allí escribió *El presidio político en Cuba* y *La república española ante la revolución cubana*, dos obras en las que denunció el desprecio del poder colonial al pueblo cubano, que ya se inmolaba en la manigua redentora por conquistar su independencia.

Convencido de que un minuto de la vida era sumamente importante, continuó sumando conocimientos en España; cursó sus estudios superiores en la Universidad de Zaragoza y al concluirlos, emprendió viaje hacia México donde lo aguardaban sus padres y hermanas.

Libertad para todos¹⁰

*La libertad oprimida
cautiva a todo pecho generoso.¹¹*

Como niño al fin, a José Julián le encantaba jugar con sus amiguitos, hacer travesuras e incursionar en los misterios que ante él ofrecía la madre naturaleza.

Una mañana, un compañero de aquellos con los que le gustaba jugar le mostró ufano un grillo que había capturado y que tiraba de un hilo amarrado a una de sus patas.

Tamaño sorpresa recibió el orgulloso captor cuando Pepe, como cariñosamente le llamaban sus amigos, lejos de alegrarse del espectáculo de aquel infeliz grillo, que en vano intentaba soltarse las amarras y escapar, le rogó a su compañero que lo soltara.

¹⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 7. Este llamado, siempre que aparezca, indica la fuente de donde fue tomada la información de esa anécdota.

¹¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 14, p. 256. Los pensamientos que presentan cada una de las anécdotas han sido tomados de la obra martiana.

Finalmente, ante tanta insistencia logró convencerlo. Para poder cortar el hilo que lo sujetaba tomó unas tijeras de Leonor; así el pequeño insecto prisionero volvió a vivir en libertad.

Hasta que no lo vio perderse libre, entre la yerba, José Julián no respiró satisfecho y contento.

Tal vez aquel insignificante episodio era la primera huella que nos legara de ese derecho a la libertad de todos los seres vivos del planeta, el eje conductor de toda su vida. Años más tarde, escribió en uno de sus cuadernos de apuntes:

¡Yo quiero romper las jaulas a todas las aves;
—que la naturaleza siga su curso majestuoso, el
cual el hombre, en vez de mejorar, interrumpe;
—que el ave vuele libre en su árbol; —y el ciervo
salte libre en su bosque; —y el hombre ande libre
en la humanidad!¹²

¹² José Martí: *Obras Completas*, tomo 21, p. 163.

Yo lo vengaré¹³

*Mi única ventura, y lo preví desde niño,
está en que unas cuantas almas nobles
me conozcan y quieran.¹⁴*

Nunca, ninguno de sus cumpleaños pudo ser más triste que aquel 28 de enero de 1869, cuando lo sorprendía la infausta noticia de que su maestro Rafael María de Mendive había sido detenido y se le acusaba de estar vinculado con los sucesos acaecidos los días 21 y 22 de enero de 1869 en el teatro de Villanueva, por el que fue conducido al Castillo del Príncipe.

Desde aquel día, el joven José Julián acompañó diariamente a la esposa del poeta, Micaela Nin, al establecimiento penitenciario, para llevarle comida y un mensaje de aliento a quien consideraba su padre espiritual.

Su amada esposa no dejaba de advertir el peligro que representaba para Mendive, encontrarse en las mazmorras de aquella fortaleza, a merced de voluntarios sedientos

¹³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 9.

¹⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 68.

de venganza que se retorcían en La Habana, ante el avance de las tropas del Ejército Libertador en la zona oriental del país.

El dolor atravesaba los gruesos barrotes que separaban al egregio educador, de Micaela. Mientras ella intentaba controlar las lágrimas que escapaban a diario de sus ojos, al contemplar el triste espectáculo, el resuelto adolescente la consolaba, y ante cada sollozo le reiteraba su inquebrantable decisión de hacer justicia:

—¡Pierda cuidado, señora, que yo lo vengaré! ¡Ya verá! ¡Ya verá usted!



Sucesos del teatro de Villanueva, 22 de enero de 1869.

El primer discurso¹⁵

*Las palabras pocas.
Los discursos están en el timbre y el espíritu.*¹⁶

El día 4 de octubre de 1869, una escuadra del Batallón de Voluntarios pasó frente a la casa de Fermín Valdés Domínguez, en Industria 122, esquina a San Miguel, en La Habana. En su interior, unos muchachos reían y los soldados consideraron que los jóvenes —entre los que no se encontraban Martí ni Fermín— se habían burlado de ellos; regresaron en la noche y realizaron un registro. Ocuparon una carta firmada por Martí en la que tildaba de apóstata a su condiscípulo Carlos de Castro y de Castro por alistarse a ese cuerpo militar.

Sobre lo sucedido durante aquellos días que sumaron meses de espera, su amigo Fermín Valdés Domínguez ofreció sus relatos.

¹⁵ Hiram Duputney Fideaux: *Martí en el diario de soldado de Fermín Valdés Domínguez*, p. 8.

¹⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 91.

Tras largos meses de causa pendiente se nos juzgó en Consejo de Guerra. Martí y yo —que teníamos una letra muy parecida—, sostuvimos ante el Tribunal que solo uno había escrito la carta y que la habíamos firmado los dos. Pero al carearnos, Martí no me dejó hablar, y —con energía— lo hizo él para demostrar que era suya toda la culpa, y formuló duros ataques contra España, proclamando en párrafos correctos y elocuentes nuestros derechos a la independencia. Asombró por su audacia y dominó con el hechizo de su palabra, a aquel tribunal de militares sanguinarios y nada peritos en la aplicación de las leyes.

Fue aquel su primer discurso y la prueba más hermosa del afecto que yo le debía hacía ya mucho tiempo.

Por decisión unánime del tribunal, el joven habanero José Julián Martí Pérez fue condenado a seis años de presidio y trabajo forzado, y el 4 de abril, trasladado de la Real Cárcel de La Habana al Presidio Departamental, donde lo destinaron a la Primera Brigada de Blancos, con el número 113.

Desde su galera, le envió a su amigo Fermín Valdés Domínguez, que cumplía la condena de seis meses de arresto mayor en la fortaleza de La Cabaña, aislada por altos muros y el mar que baña la ciudad capitalina, una fotografía con el uniforme de presidiario y los grilletes que le ataron de su cintura al tobillo. En la dedicatoria, Martí escribió:



*Hermano de dolor, —no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora—;
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.¹⁷*

¹⁷ José Martí: “A Fermín Valdés Domínguez”, desde presidio, 28 de agosto de 1870, *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo II, p. 15. Otra copia fue la enviada a su madre, cuya dedicatoria aparece en las páginas preliminares de este libro.

Con toda impunidad

*Se puede beber toda la hiel:
por el contraveneno de tanta virtud.¹⁸*

Mi patria me había arrancado de los brazos de
mi madre, y señalado un lugar en su banquete
[...] ¹⁹

Allí en el Presidio Departamental fue donde le colocaron
los grilletes, lo vistieron *con ropa extraña*, cortaron su ca-
bello y le asignaron, como confinado, el número 113. Pese
a lo adverso, afirmó el joven Martí:

Yo toqué mi pecho y lo hallé lleno; toqué mi
cerebro, y lo hallé firme; abrí mis ojos, y los sentí
soberbios, y rechacé altivo aquella vida que me
daban y que rebosaba en mí.²⁰

¹⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 225.

¹⁹ *Ibídem*, tomo 1, p. 53.

²⁰ *Ibídem*, p. 54.

José Julián no se amedrentó ante el dolor de verse alejado de sus seres queridos, ni ante el maltrato y el rigor del presidio. Entre barrotes y piedras se forjaba el joven revolucionario.



Ruinas de las canteras del presidio donde José Martí realizó trabajos forzados. Se conservan en los jardines del museo Fragua Martiana.

Lágrimas de papá

*¿Qué nubes hay más bellas en el cielo
que las que se agrupan, ondean y ascienden
en el alma de un padre que mira a su hijo?*²¹

Desde el mismo instante en que el Consejo de Guerra sancionó brutalmente a Martí, sus padres comenzaron a pedir indulgencia para su hijo, menor de edad, que apenas había cumplido diecisiete años.

Alarmados por las llagas que en los primeros días aparecieron en la pierna derecha de su hijo, producto de la fricción de aquellos hierros en su tierna carne, Leonor confeccionó unas almohadillas que Mariano se aprestó a llevar a las canteras de San Lázaro y colocárselas en sus heridas.

Aquel tristísimo día dejó tan imborrable huella en el joven que, un año más tarde, ya desterrado a España, escribió en su opúsculo *El presidio político en Cuba*:

Una tarde don Nicolás picaba piedras con sus manos despedazadas, porque los palos del brigada

²¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 21.

no habían logrado que el infeliz caminase sobre dos extensas llagas que cubrían sus pies.

Detalle repugnante, detalle que yo también sufrí, sobre el que yo, sin embargo, caminé, sobre el que mi padre desconsolado lloró. Y ¡qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel, aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido a aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar! Sus lágrimas caían sobre mis llagas; yo luchaba por secar su llanto; sollozos desgarradores anudaban su voz, y en esto sonó la hora del trabajo, y un brazo rudo me arrancó de allí, y él quedó de rodillas en la tierra mojada con mi sangre, y a mí me empujaba el palo hacia el montón de cajones que nos esperaba ya para seis horas. ¡Día amarguísimo aquel! Y yo todavía no sé odiar.²²

²² José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 58.

Para no olvidar²³

*¡Desventurado el que no sabe agradecer!*²⁴

Ante la insistente solicitud de indulgencia presentada al gobernador superior civil, por el matrimonio español conformado por Mariano Martí y Leonor Pérez, afligidos por la cruel condena impuesta a su hijo José Julián, menor de edad además, el capitán general decidió, luego de más de ciento veinte días de sometimiento al más despiadado tratamiento por los carceleros y brigadas del Presidio Departamental, conmutarle la pena por la de ser relegado a Isla de Pinos —hoy Isla de la Juventud—, al cuidado de José María Sardá y Girondella, catalán que entonces tenía arrendadas las canteras.

El 13 de octubre de 1870, Martí arribó a la pequeña isla en calidad de deportado y sujeto a domicilio forzoso.

²³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdotario. José Martí*, p. 11.

²⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla: *José Martí. Epistolario*, tomo I, p. 96.

Desde 1806, cerca de doscientos ochenta individuos habían cumplido sus condenas allí, dada las condiciones de aislamiento de la isla grande.

Sardá, quien había tomado bajo su protección al joven presidiario, lo llevó para su finca El Abra, cerca de Nueva Gerona, fue allí donde por primera vez ejerció como maestro: las hijas de José María Sardá fueron sus discípulas.

Ya en la finca, José María libró al joven de sus grilletes. Este, al agradecerle emocionado, le suplicó que se los entregara para conservarlos de recuerdo, como un objeto valioso. El complaciente catalán no puso reparos a su solicitud.

Desde aquellos días mantuvo en su habitación el grillete que había sido ajustado a su pierna derecha, y por las noches lo colocaba debajo de su almohada como para no olvidar el dolor de sus compatriotas, víctimas del despiadado castigo.

¡Castillo!²⁵

*Los hombres de corazón escriben en la primera línea de la historia del sufrimiento humano, —¡Jesús! —
Los hijos de Cuba deben escribir en las primeras páginas de su historia de dolores, —¡Castillo!²⁶*

Cuando el 15 de enero de 1871 partió del puerto de La Habana el vapor *Guipúzcoa*, rumbo a Cádiz, España, iba en calidad de deportado José Martí.

Una dolorosa historia les relató el joven habanero a quienes lo acompañaban en el largo viaje: los horrores del presidio político en Cuba. Al percatarse de que entre los pasajeros se encontraba el teniente coronel Mariano Gil Palacio, comandante del presidio, sin temer a represalias lo presentó y acusó como el máximo culpable de tan inhumano trato.

Fue esta su primera expatriación. Lo atormentaba el peligro que corrían en la Isla sus compañeros de infortunio, por lo que no descansaría en su afán de denunciar públicamente aquellos atropellos con la intención de que

²⁵ José Martí: *Obras Completas*, Edición Crítica, tomo 1, p. 73.

²⁶ *Ibíd.*, p. 50.

las autoridades de la metrópoli detuvieran tales crímenes y torturas, y se impusieran la sensibilidad humana y la justicia.

Apenas transcurridos cincuenta y dos días de su arribo, el 24 de marzo, apareció en el periódico *La Soberanía Nacional*, de Cádiz, “¡Castillo!”, su primer artículo publicado en la tierra de Cervantes. Ese mismo año, la imprenta de Ramón Ramírez sacó a la luz *El presidio político en Cuba*.

Era el 5 de abril de 1870. Meses hacía que había yo cumplido diecisiete años

[...]

[...] yo esperaba con afán la hora en que volverían aquellos que habrían de ser mis compañeros en el más rudo de los trabajos.

[...]

Los tristes de la cantera vinieron al fin. Vinieron, dobladas las cabezas, harapientos los vestidos, húmedos los ojos, pálido y demacrado el semblante. No caminaban, se arrastraban; no hablaban, gemían [...] y entre ellos, más inclinado, más macilento, más agostado que todos, un hombre que no tenía un solo cabello negro en la cabeza, cadavérica la faz, escondido el pecho, cubiertos de cal los pies, coronada de nieve la frente.

—¿Qué tal, don Nicolás? —dijo uno más joven, que al verle le prestó su hombro.

—Pasando, hijo, pasando —y un movimiento imperceptible se dibujó en sus labios, y un rayo

de paciencia iluminó su cara—. Pasando, y se apoyó en el joven y se desprendió de sus hombros para caer en su porción de suelo.

[...]

¿Quién era aquel hombre?

Aquel anciano de cabellos canos y ropas manchadas de sangre tenía setentaiséis años, había sido condenado a diez años de presidio, y trabajaba, y se llamaba Nicolás del Castillo.

[...]

Yo lo vi venir aquella tarde [...] yo corrí hacia él [...] y al verme erguido todavía, y al ver el sombrero que los criminales llaman allí estampa de la muerte, y bien lo llaman, me alargó su mano, volvió hacia mí los ojos en que las lágrimas eran perennes, y me dijo: “¡Pobre! ¡Pobre!”

Ya en las canteras del presidio, el joven Martí recuerda uno de aquellos aciagos días en que Nicolás del Castillo, luego de haber sido salvajemente torturado el día anterior, porque su estado físico le impedía trabajar, dos de sus compañeros lo cargaron por orden del brigada, y fue conducido ante el médico del penal.

Su espalda era una llaga. Sus canas a trechos eran rojas, a trechos masa fangosa y negruzca. Se levantó ante el médico la ruda camisa; se le hizo notar que su pulso no latía; se le enseñaron las heridas. Y aquel hombre extendió la mano, y profirió una blasfemia, y dijo que aquello se curaba con baños de cantera. Hombre desven-

turado y miserable; hombre que tenía en el alma todo el fango que don Nicolás tenía en el rostro y en el cuerpo.

Don Nicolás no había aún abierto los ojos, cuando la campana llamó al trabajo en la madrugada del día siguiente [...] Sobre un pedazo mísero de lona embreada, igual a aquel en que tantas noches pasó sentada a mi cabecera la sombra de mi madre; sobre aquella dura lona yacía Castillo, sin vida los ojos, sin palabras la garganta, sin movimiento los brazos y las piernas.

[...] Una orden impía se apoderó del cuerpo de don Nicolás; le echó primero en el suelo, le echó después en el carretón. Y allí, rodando de un lado para otro a cada salto, oyéndose el golpe seco de su cabeza sobre las tablas, asomando a cada bote del carro algún pedazo de su cuerpo por sobre los maderos de los lados, fue llevado por aquel camino que el polvo hace tan sofocante, que la lluvia hace tan terroso, que las piedras hicieron tan horrible para el desventurado presidiario.

[...]

El comandante del presidio había visto llegar la tarde antes a Castillo. El comandante del presidio había mandado que saliese por la mañana. Mi Dios tiene lástima de ese comandante. Ese comandante se llama Mariano Gil de Palacio.

[...]

Don Nicolás vive todavía. Vive en presidio. Vivía al menos siete meses hace, cuando fui a ver, sabe el azar hasta cuándo, aquella que fue

morada mía. Vivía trabajando. Y antes de estrechar su mano la última madrugada que lo vi, nuevo castigo inusitado, nuevo refinamiento de crueldad hizo su víctima a don Nicolás. ¿Por qué esto ahora? ¿Por qué aquello antes?

Cuando yo lo preguntaba, peninsulares y cubanos me decían:

—Los voluntarios decían que don Nicolás era brigadier en la insurrección, y el comandante quería complacer a los voluntarios.

Los voluntarios son la integridad nacional.

El presidio es una institución del Gobierno.

El comandante es Mariano Gil de Palacio.²⁷

²⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, pp. 60-62.

Lino Figueredo

*Otros ven la corteza y son siervos de ella;
yo miro al corazón.*²⁸

El dolor del presidio no logró impedir que la ternura del joven Martí, pudiese apiadarse de quienes sufrían más que él el rigor del encierro, las torturas y el trabajo forzado. Entre sus compañeros de infortunio, además del anciano don Nicolás del Castillo de setenta y seis años, estaba Juan de Dios Socarrás, un hombre privado de sus facultades mentales que siempre reía, salvo cuando el palo del brigada rasgaba sus espaldas en que la luz del sol había dibujado más de un siglo; y el pobre negrito Tomás, que con once años también había sido condenado a presidio y a trabajo forzado. Pero nada lo impresionó tanto como Lino Figueredo. Así lo escribió en *El presidio político en Cuba*.

¡Martí! ¡Martí! Me dijo una mañana un pobre amigo mío, amigo allí porque era presidiario

²⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 300.

político, y era bueno, y como yo, por extraña circunstancia, había recibido orden de no salir al trabajo y quedar en el taller de cigarrería; mira aquel niño que viene por allí.

Miré. ¡Tristes ojos míos que tanta tristeza vieron!

Era verdad. Era un niño. Su estatura apenas pasaba del codo de un hombre regular. Sus ojos miraban entre espantados y curiosos aquella ropa rudísima con que le habían vestido, aquellos hierros extraños que habían ceñido a sus pies.

Mi alma volaba hacia su alma. Mis ojos estaban fijos en sus ojos. Mi vida hubiera dado por la suya. Y mi brazo estaba sujeto al tablero del taller; y su brazo movía, atemorizado por el palo, la bomba de los tanques.

[...]

La hora de cesar en la tarea llegó al fin. El niño subió jadeante las escaleras. Así llegó a su galera [...]

Pronto llegué hasta él [...]

—¿Cuántos años tienes? —le dije.

—Doce, señor.

—Doce, ¿y te han traído aquí? Y ¿cómo te llamas?

—Lino Figueredo.

—Y ¿qué hiciste?

—Yo no sé, señor. Yo estaba con taitica y mamita, y vino la tropa, y se llevó a taitica, y volvió y me trajo a mí.

—¿Y tu madre?

—Se la llevaron.

—¿Y tu padre?

—También, y no sé de él, señor. ¿Qué habré hecho yo para que me traigan aquí, y no me dejen estar con taitica y mamita?

[...]

Y hay aquello, y mucho más.

Las canteras son para Lino Figueredo la parte más llevadera de su vida mártir. Hay más.

Una mañana, el cuello de Lino no pudo sustentar su cabeza; sus rodillas flaqueaban; sus brazos caían sin fuerzas de sus hombros; un mal extraño vencía en él al espíritu desconocido que le había impedido morir [...] y en aquella agonía [...] el niño se acercó al brigada de su cuadrilla, y le dijo:

—Señor, yo estoy malo; no me puedo menear, tengo el cuerpo lleno de manchas.

—¡Anda, anda! —dijo con brusca voz el brigada—. ¡Anda! —y un golpe de palo respondió a la queja—. ¡Anda!

[...]

Lino anduvo. Lino trabajó. Pero las manchas cubrieron al fin su cuerpo, la sombra empañó sus ojos, las rodillas se doblaron. Lino cayó, y la viruela se asomó a sus pies y extendió sobre él su garra y le envolvió rápida y avarienta en su horroroso manto. ¡Pobre Lino!

Solo así, solo por el miedo egoísta del contagio, fue Lino al hospital.

[...]

—¡Martí! ¡Martí! Volvió a decirme pocos días después mi amigo. Aquel que viene allí ¿no es Lino? Mira, mira bien.

—Miré, miré ¡Era Lino! Lino que venía apoyado en otro enfermo, caída la cabeza, convertida en negra llaga la cara, en negras llagas las manos y los pies; Lino, que venía, extraviados los ojos, hundido el pecho, inclinando el cuerpo, ora hacia adelante, ora hacia atrás, rodando al suelo si lo dejaban solo [...]

Así venía Lino y el médico del hospital acababa de certificar que Lino estaba sano [...] Este médico tenía la viruela en el alma.

Así pasó el triste la más horrible de las tardes. Así lo vio el médico del establecimiento, y así volvió al hospital.

Días después, un cuerpo pequeño, pálido, macilento, subía ahogándose las escaleras del presidio. Sus miradas vagaban sin objeto; sus manecitas demacradas apenas podían apoyarse en la baranda; la faja que sujetaba los grillos resbalaba sin cesar de su cintura; penosísima y trabajosamente subía cada escalón.

—¡Ay! —decía, cuando fijaba al fin los dos pies—. ¡Ay, taitica de mi vida! —y rompía a llorar.

Concluyó al fin de subir. Subí yo tras él, y me senté a su lado, y estreché sus manos, y le arreglé su mísero petate y volví más de una vez mi cabeza para que no viera que mis lágrimas corrían como las suyas.

¡Pobre Lino!

Cuando salí de aquel cementerio de sombras vivas, Lino estaba aún allí [...] Pero Lino vive en mi recuerdo, y me estrecha la mano, y me abraza cariñosamente, y vuela a mi alrededor, y su imagen no se aparta un instante de mi memoria.²⁹

²⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, pp. 63-68.

Los hay más temibles³⁰

*Nada lastima tanto como un ser servil;
parece que mancha;
parece que hace constantemente daño.*³¹

Los tristes momentos y las lecciones aprendidas durante su estancia en la Real Cárcel de La Habana, el Presidio Departamental y en las inhumanas jornadas de trabajo forzado en las canteras de San Lázaro, marcaron el derrotero de la existencia de José Martí. A su recuerdo siempre afloraban el dolor de Nicolás del Castillo, los sufrimientos de Lino Figueredo, las angustias del pobre negrito Tomás..., cuando manos despiadadas de los brigadas, refundidas en odio, servilismo, rencor y venganza, azotaban sin piedad a ancianos, jóvenes y niños.

Pero la desgracia y el sufrimiento humano —había podido comprobar personalmente José Martí—, rebasaban las fronteras del recuerdo y con tanta o mayor alevosía

³⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 60.

³¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 266.

se ensañaban en los hombres que dedicaban sus vidas al bienestar de los pueblos.

Una fría noche invernal de Nueva York, al evocar aquellas remembranzas de su juventud ante un grupo de amigos íntimos que lo acompañaban, comentaba:

He visto en presidio tanta virtud contrariada, tantas abnegaciones bruscas por falta de templanza educativa, que cuento entre mis más negros días los que pasé en cadenas; pero andando el tiempo, ¡cuántos criminales, seguros de la impunidad, he encontrado a mi alrededor que son más terribles que los de los presidios españoles!³²

³² José Martí en revista *Patria*: año XL, No. 4, La Habana, abril de 1984, p. 6.

La herida abierta³³

*Un amigo leal no es feliz si no ve feliz a su amigo.*³⁴

Una mañana, a fines de abril de 1872, mientras caminaba por la calle Atocha de Madrid, Martí tuvo un encuentro casual con dos estudiantes de Medicina que habían arribado a España para continuar sus estudios: uno era el cubano Manuel Fraga y Leiro; el otro, Manuel Zeno Gandia, su colega puertorriqueño, a quien gustosamente le presentó.

Cuando el boricua le extendió su mano con una sonrisa de gratitud, para saludar al desconocido, Martí lo detuvo, interceptando el noble gesto. Así el joven recuerda el incidente:

—Un momento... como usted no me conoce, es preciso que sepa antes si un hombre ultrajado que

³³ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 194.

³⁴ Ramiro Valdés Galarraga: *Diccionario del pensamiento martiano*, p. 24.

no ha tomado todavía revancha de las injurias sufridas, es digno de que se le estreche su mano. Quiero que aprecie por sí mismo las injurias —me dijo.

Suavemente nos empujó hacia un portal de escasa luz que estaba muy próximo a nosotros. Una vez allí, Martí se quitó la chaqueta, y con rápido ademán mostró su espalda desnuda. Había en ella una terrible cicatriz que oblicuamente la abarcaba toda, dejando ver la huella cárdena de un latigazo.

Mientras los ojos encendidos chispeaban de mal contenida indignación ante el recuerdo de su calvario en el presidio político, tormento que aún sufrían otros cubanos, comprendí el alcance de sus palabras, y abriendo los brazos, lo estreché entre ellos con fraternal cariño, y le dije:

—¡Digno, digno del respeto de los hombres y de la compensación de los tiempos!³⁵

Aquel día comenzó a tejerse una amistad entre José Martí y el joven puertorriqueño, que llegó a ser profunda e íntima.

³⁵ Manuel Zeno Gandía: “Cómo conocí a un caudillo”, en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 194-195.

El espíritu de la patria³⁶

*El hombre joven se debe a su patria.*³⁷

Desde que José Martí llegó a la capital ibérica logró ponerse en contacto con su amigo Carlos Sauvalle, quien publicaba en La Habana el periódico clandestino *El Laborante*, causa por la que había sido igualmente desterrado a la metrópoli colonial en enero de 1870.

Con el apoyo económico de este amigo, pudo publicar sus primeros artículos en la prensa madrileña y atender su salud que, producto del presidio y las canteras, estaba deteriorada; padecía una enfermedad llamada sarcoidosis, que en noviembre de ese mismo año se manifestó de nuevo con más severidad y obligó a los médicos que lo atendían a practicarle una intervención quirúrgica.

La salida del Presidio Departamental de La Habana de treintaiún estudiantes de Medicina de los treintaicinco

³⁶ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 9.

³⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 290.

condenados a prisión, el tristemente célebre 27 de noviembre de 1871, suceso en el que ocho de sus compañeros fueron pasados por las armas a pesar de su inocencia, se produjo, finalmente, el 12 de mayo de 1872, tres días después de haber sido indultados por decreto, firmado por el rey Amadeo de Saboya, el día 9 de mayo y aparecido en la Gaceta Oficial de Madrid, España, un día más tarde.

Tras una azarosa y enmascarada salida, a las tres de la madrugada, organizada por las propias autoridades españolas para evitar la anunciada represalia del Cuerpo de Voluntarios, los inocentes estudiantes fueron trasladados a la fragata *Zaragoza*, donde habrían de permanecer hasta tanto pudiesen embarcar con destino a España.

Fermín Valdés Domínguez era uno de ellos. Diecinueve días esperó en aquella embarcación de la armada española para salir en un vapor correo hacia la metrópoli. En junio de 1872 arribó a España; a su encuentro había acudido José Martí. Se iniciaba una inseparable relación que se extendería poco más de dos años.

Cuatro meses más tarde, los jóvenes patriotas decidieron reunirse en la casa de Sauvalle para rendir homenaje al cuarto aniversario de la gesta independentista iniciada en la Demajagua. Sobre aquella jornada, Fermín Valdés Domínguez, en su *diario de soldado*, escribió:

Entre otras cosas recordaba yo que un día en el que se celebraba en Madrid, en la casa cubana de Carlos Sauvalle, el aniversario del 10 de Octubre, Martí, en inspirado párrafo se dolía de los grandes dolores de la patria, y en el momento en que

decía: “Cuba llora y se levanta altiva para honrar a sus mártires”, un mapa que estaba colgado a su espalda cayó sobre su cabeza quizás desprendido por la trepidación del piso y por los aplausos y las demostraciones de entusiasmo de todos los que allí se habían congregado.

Uno de los que luego hablaron dijo que era el espíritu de la patria el que había puesto el plano de Cuba sobre su cabeza como corona y como símbolo de que ella oía y aplaudía las frases inspiradas y patrióticas del orador de dieciocho años, que enfermo y pobre, arrastraba su vida que ya contaba con largos días de penas y de dolores tristísimos.³⁸

³⁸ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 43.

Un arrebató del cielo³⁹

*Es bella la fraternidad humana:
es conmovedora, es pura, es necesaria.*⁴⁰

Ya en España, Fermín continuaba sus estudios de Medicina y el joven José Julián se aprestaba a salir adelante en sus estudios de Derecho y Filosofía y Letras.

Hacia la ciudad de Villaviciosa de Odón, distante unos veinte kilómetros de Madrid, partieron treinta días después, tal vez a instancias del recién llegado, para visitar o entregarle algunas cartas de recomendación al señor Joaquín María Garósteui y Garagarza, quien fuera gobernador civil de La Habana.

Garósteui, junto a Emma Campuzano Brochowoska, descendiente de una dama de la corte sajona, había creado una familia integrada por sus hijos Emma, Joaquín, Antonio, Margarita y Luisiana. Vivían en una casa construida en 1723, propiedad de su familia, que era dueña de extensas

³⁹ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 10.

⁴⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 448.

fincas colindantes, cercanas al Castillo de Villaviciosa de Odón, fortaleza en la que había expirado el rey Fernando VI, y fundada en 1850 la primera Escuela de Montes.

Una inesperada sorpresa encontraron los jóvenes cubanos a su llegada a la antigua mansión. A Emma, una de las hijas del matrimonio español, la naturaleza le había impedido el habla.

En un conmovedor poema del joven Martí, quedaron las huellas de aquella visita.

A Emma

*No sientas que te falte
el don de hablar que te arrebatara el cielo,
no necesita tu belleza esmalte
ni tu alma pura más extenso vuelo.*

*No mires, niña mía,
en tu mutismo fuente de dolores,
ni llores las palabras que te digan
ni las palabras que te faltan llores.*

*Si brillan en tu faz tan dulces ojos
que el alma enamorada se va en ellos,
no los nublen jamás tristes enojos,
que todas las palabras de mis labios,
no son una mirada de tus ojos...*

J. Martí⁴¹

Villaviciosa, 10 de julio de 1872

⁴¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 17, p. 126.

Un abrazo de hermanos⁴²

*Hay médicos diversos,
—y el mejor, es un buen amigo.*⁴³

Luego de una estancia de cuatro años en la metrópoli española, José Martí culminó sus estudios universitarios en las ciudades de Madrid y Zaragoza. De acuerdo a sus planes, emprendió viaje con destino a México para reencontrarse con su familia, a la que no había podido ver desde que salió de la Isla, el 15 de enero de 1871, en calidad de desterrado.

De Madrid se trasladó a París y de la capital francesa al puerto Le Havre, para abordar el 26 de diciembre de 1874 el buque *Woolf*. Allí se despidió de su amigo Fermín Valdés Domínguez, quien lo había acompañado durante esa travesía.

La emotiva despedida fue contada por el doctor Gonzalo de Quesada y Miranda, en su libro *Martí hombre*.

⁴² Gonzalo de Quesada Miranda: *Martí hombre*, p. 92.

⁴³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 360.

En el Havre se separan por segunda vez los compañeros. Cuando se abrazan, Fermín le da dinero a Martí para que viaje en primera y cuente con recursos a su llegada a México.

Mientras el barco repleto de emigrantes se aleja de la costa brumosa de Francia, Martí busca su litera, sofocándole la suciedad y estrechez del camarote. Siente náuseas ante la comida inmundada a bordo, parecida a la bazofia del presidio. Le repugna tanto desaseo, a él que, “como el médico Perot del hospital de Arizona, me hace desmayar el olor de una culebra”, porque como los árabes de Hedjaz, no soporta la hediondez. Un marino le grita: ¡Mr. Martí!, y lo conduce a primera: Fermín había pagado en la casa consignataria la diferencia del pasaje, temeroso de que Martí hubiese seguido el viaje como emigrante, para ahorrar así algún dinero para los suyos.

Martí recoge emocionado sus matules y pasa a primera, mientras le parece estrechar una vez más entre sus brazos al hermano del alma, como si lo acompañara en aquel viaje hacia su nuevo destino.

Ángeles del cielo

*De los dolores verdaderamente grandes
no puede nadie consolarnos.⁴⁴*

Ante la proximidad de que su hijo Pepe finalizara los estudios académicos en España y pudiera reunirse con ellos, la familia Martí-Pérez decidió fijar residencia en México, país al que viajaría el futuro egresado de la Universidad de Zaragoza.

Para Ana, la segunda de las hijas del matrimonio, que cumpliría pronto los dieciocho años, el viaje significaba alejarse del asedio de un joven militar español de apellido Blanco que, enamorado de la hermosa joven, no cejaba en el empeño de lograr su amor.

Informado Pepe de los intentos del pertinaz pretendiente, desde España le había enviado a su hermana Ana, por quien profesaba una especial admiración, un poema.

⁴⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 32.

*Linda hermanita mía:
Feliz es el momento en que recibo
Carta tuya; feliz es este día
Porque en ti pienso y de mi amor te escribo.
Versos esperas tú que te anunciaba
Allá por la pasada noche-buena:
Y pues que soy doncel, obro sin pena
Como obran desde antaño los donceles:
Escribo, guardo, pierdo,
Te quiero mucho, y luego me perdonas,
Y, si a mi loco juicio, fuera cuerdo
Pensar un triste ornarse con coronas,
Las más bellas serían
Las que tus lindas manos me darían.
Los más consoladores tus laureles
Al perdonarme por haber perdido
Aquel que, por ser tuyo, hubiera sido
El más bello papel de mis papeles.
Impaciente y estúpido el correo,
Lucha y vence mi amor y mi deseo.
Corta es mi carta, mas si bien la peso,
Me une a tu imagen tan estrecho lazo,
Que es cada frase para ti, un abrazo
Y cada letra que te escribo un beso.*

Ana mía. —Perdona si mis versos son malos. —Así brotan de mí en este momento. —Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti. —Dime, hermana amada mía, ¿sería capaz Blanco de pensar y amarte así?⁴⁵

⁴⁵ José Martí: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo II, pp. 9-10

Desde su arribo a España, Martí se había mantenido informado de la situación económica por la que atravesaba su familia y el delicado estado de salud de Ana. Ya próximo a partir, recibió de ella una foto con esta dedicatoria: “Querido hermano: llegó la hora que fuera mi retrato; con él recibe un abrazo hasta que te lo pueda dar. Tu hermana, Ana”.⁴⁶

El 2 de enero de 1875 ya viajaba con destino al continente amado. Una idea lo atormentaba: la salud de Ana. Lejos se encontraba de imaginarse que durante el tercer día de su travesía, había dejado de existir.

Llegó a Veracruz el 8 de febrero y dos días más tarde, a la capital mexicana. En la estación de ferrocarril estaba su padre, lo acompañaba su amigo Manuel Antonio Mercado de la Paz. Por la tristeza y el vestuario cerrado de negro que llevaba Mariano, adivinó la tragedia: Ana había muerto. Las lágrimas hablaron por los dos, y empañaron el añorado reencuentro. El corazón de su adorada hermana no había logrado resistir para estrecharlo entre sus brazos como le había prometido.

El profundo dolor por la pérdida de una tercera hermana, inspiró al recién llegado. “Mis padres duermen” fue el título de este poema.

*Mis padres duermen.
Mi hermana ha muerto.
Es hora de pensar. Pensar espanta
Cuando se tiene el alma en la garganta
(...) Ella nació con flores en la frente;*

⁴⁶ En Luis García Pascual: *José Martí. Documentos familiares*, p. 355.

*Ella brotaba luz de su cabeza,
Y en sus brazos dormía blandamente
La Virgen sin color de la pureza.
¿Dónde es la Virgen ida
Si ella, su dulce hermana, es ya partida?
Yo vi como arrancada
Por mano vil del tallo, y deshojada,
Murió de desconsuelo
Y de perdido amor una flor blanca;
¡Así mueren los ángeles del cielo
Cuando al cielo la tierra los arranca!*⁴⁷

⁴⁷ José Martí: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo II, p. 51.

1875-1881

Visión continental americana

Breve e intenso fue el período comprendido entre los años 1875 y 1881, una etapa decisiva en la formación integral del pensamiento latinoamericanista del joven cubano.

Desde su arribo a México, una nueva vida se abrió para Martí: conoció la realidad de su continente y, en especial, la tragedia que vivía la población indígena; desarrolló sus habilidades periodísticas; sostuvo encuentros inolvidables con diversas personalidades de la cultura latinoamericana; conoció a Rosario de la Peña y Llerena, a María García Granados y a la camagüeyana Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo, quien fuera su esposa y madre de su hijo.

Es el período en que viajó clandestinamente a Cuba bajo el seudónimo de Julián Pérez y luego de una corta estancia, se trasladó a Guatemala; creció el Maestro.

Tras el Pacto del Zanjón en 1878, regresó a Cuba y aquí, en su capital, nació su hijo José Francisco. Al percatarse

de que el ideal independentista se mantenía latente se incorporó a uno de los grupos conspiradores que existían hasta que, en septiembre de 1879, fue deportado nuevamente a España.

En la metrópoli logró burlar la vigilancia de las autoridades y escapó hacia los Estados Unidos, nación a la que arribó en enero de 1880 y en la que reinició su labor a favor de la libertad y la soberanía de su patria.

Pasado un año viajó a Venezuela. Tras una estancia de apenas seis meses, pero suficiente para que dejara en él huellas imborrables para su formación intelectual y revolucionaria, fue expulsado por sus convicciones ideológicas.

Rosario, la de Acuña⁴⁸

*En todas partes, un alma de mujer ha venido
a bendecir y endulzar mi vida exhausta.*⁴⁹

Era 10 febrero de 1875, cuando arribó José Martí a la capital azteca.

Pronto conoció a Vicente Villada, director de la *revista Universal*, un diario de política, literatura y comercio donde publicó diversos trabajos. También le fue presentada por su amigo el médico y poeta Juan de Dios Peza, la mexicana Rosario de la Peña y Llerena, joven por la que todos sentían una atracción especial.

Rosario, nacida el 14 de abril de 1847, mostraba a sus veintiocho años de edad una atrayente personalidad y extraordinaria belleza; sin embargo, lo que la hacía especialmente cautivadora eran su trato encantador y su viva inteligencia.

⁴⁸ Gonzalo de Quesada y Miranda: revista *Patria*, año XXXVIII, No. 7, La Habana, julio de 1982, p. 1.

⁴⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 116.

Dos años antes de Martí conocerla, el joven bardo mexicano de veinticuatro años, Manuel Acuña, le había confesado su apasionado amor a la bella dama, y ella, con toda sinceridad, le manifestó que lo apreciaba como un gran amigo, pero no sentía amor por él.

Desesperado el poeta, prefirió morir a vivir sin ella, y antes de quitarse la vida, volcó su dolor en un poema que pondría en las manos de la propia Rosario; lo tituló “Nocturno”.

*Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
No me he de mirar jamás.
Y te amo, en mis locos
Y ardientes desvaríos,
Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvíos.
Y en vez de amarte menos,
Te adoro mucho más.⁵⁰*

La casa de Rosario de la Peña se había convertido en una plaza cultural donde se celebraban tertulias. Hasta allí acudían quienes, vislumbrados por ella, pretendían encontrar espacio y ocasión para enamorar a la joven mexicana.

A una de esas peñas, los compañeros de la redacción de la revista *Universal* invitaron a Martí; de ahí en ade-

⁵⁰ Gonzalo de Quesada y Miranda: revista *Patria*, año XXXVIII, No. 7, La Habana, julio de 1982, p. 1.

lante se convirtió en un nuevo pretendiente de veintidós años recién cumplidos.

En cartas y versos dejó manifiesto su deslumbrante amor por Rosario:

Un amor tempestuoso, quema. Un amor impresionable, pasa. ¡Qué firme, qué duradero, qué hermoso amor sería este que empezase con la confusión de dos espíritus, y la necesidad común de verse, y el creciente regocijo de hablarle, y fuese luego natural y gravemente mezcla tan sólida de espíritus, y costumbre de mirarse de los cuerpos, que fuera ya locura pensar en desunión y apartamiento! [...]

Soy yo excesivamente pobre, y rico en vigor y afán de amar.

[...]

Rosario, me parece que están despertándose en mí muy inefables ternuras; me parece que podré yo amar sin arrepentimiento y sin vergüenza; me parece que voy a hallar un alma clara, pudorosa, entusiasta, leal, con todas las ternuras de mujer y toda la alteza de mujer mía.—Mía, Rosario.—Mujer mía es más, mucho más que mujer común.⁵¹

*Rosario,
En ti pensaba, en tus cabellos
Que el mundo de la sombra envidiaría,*

⁵¹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, pp. 37-38.

*Y puse un punto de mi vida en ellos
Y quise yo soñar que tú eras mía...*⁵²

29 de marzo de 1875

Ya anciana, próxima a cumplir sus setenta y siete años, ante la pregunta de un reportero que la entrevistaba para la prensa nacional, acerca de quién de aquellos pretendientes le resultó más simpático, de esa pléyade de poetas y escritores entre los que figuraron Acuña, Ignacio Ramírez, el Nigromante, Guillermo Prieto, Ignacio Altamirano, Justo Sierra, Juan de Dios Peza y José Martí —recuerda el periodista—, Rosario le afirmó: “Pepe Martí, ¡qué duda cabe! Era el Libertador un hombre agradable, en extremo insinuante y en los ojos traía todo el sol de su isla nativa”.

Si existió correspondencia entre el amor confeso del joven cubano y los silenciosos sentimientos de la muchacha, ninguno de los dos reveló el secreto. Pero cualquiera que fuese el oculto desenlace, Martí había decidido consagrar su vida a la causa de la libertad, la dignidad y al decoro del hombre.

⁵² José Martí: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo II, p. 67.

La estatua de Contreras⁵³

*Una estatua vive mucho más que una batalla.*⁵⁴

Poco después de encontrarse laborando en la redacción de la revista *Universal*, participaba de manera activa en la vida sociocultural del país azteca.

Era una tarde de sol, no la olvidaré —recordaría veinte años más tarde el poeta y periodista mexicano Luis G. Urbina—. Yo caminaba con rumbo al Paseo de la Reforma, en mi México, y aspiraba el fresco olor de tierra mojada, porque horas antes había caído un torrencial aguacero. Los amigos nos habíamos dado cita en el taller del escultor Contreras. Se nos había llamado a literatos y periodistas para que viéramos una estatua de bronce de Nicolás Bravo, generoso héroe

⁵³ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 157.

⁵⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 173.

de nuestra independencia, concebida y modelada por Contreras, destinada a decorar un paseo de la vecina ciudad de Puebla. Al llegar, en un cobertizo al fondo, pude ver a lo lejos al grupo de mis amigos en el que sobresalía la figura de Justo Sierra —blanca y soberana cabeza de Zeus bondadoso—; Valenzuela, Gutiérrez Nájera, Jesús Urueta, Ángel del Campo. Todos estaban en derredor del bronce gigantesco.

Todos estaban allí; pero icosa extraña!, callados, inmóviles, atentísimos. Acercándome, empecé a oír una voz, luego una palabra, y un final de discurso. La voz salía del centro del grupo; yo no alcanzaba a ver a la persona que hablaba; una voz de barítono atenuado, una linda voz, cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así, entrar en nuestra alma, por un milagro del sentimiento.

El discurso analizaba la estatua, ponderaba la ejecución, comentaba la actitud, ensalzaba la generosidad del héroe y la interpretación del artista.

Yo no oía; escuchaba, sentía en un recogimiento pleno de elevación.

Aquel orador no me era conocido. Su acento ligeramente costeño, resultaba para mí un enigma. Cuando terminó, un aplauso unánime y un grito de entusiasmo desahogaron las emociones, se abrió el grupo y dio paso a un hombre pálido, nervioso, de cabello oscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apolínea, de frente muy

ancha, ancha como el horizonte, de pequeños y hundidos ojos, muy fulgurantes —de fulgor sideral—. Sonreía: ¡qué infantil y luminosa sonrisa! Venía hablando todavía, como si el sonoro río del discurso se hubiese convertido en murmurador arroyuelo. Mis amigos me vieron y corrieron a mí, agitando los brazos.

—¡Ven, ven! —exclamaron—. ¡Es José Martí!

Y desde entonces supe lo que era un gran poeta, un gran tribuno, un gran apóstol, un gran hombre de bien de la tierra cubana. Mi maestro Justo Sierra Gutiérrez Nájera y yo lo veíamos de tarde en tarde; paseábamos junto a Manuel Mercado y se sumaban siempre Peón y Contreras.

Su fe no tenía límite; su imaginación de poeta era torrencial, inagotable; amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla. Artista supremo, pensador eminente, todo su arte y toda su ciencia, todo su talento y todo su sentimiento y todas sus voliciones estaban al servicio de la causa de la libertad. A ella se refería sin desfallecer. Todo su espíritu transitaba por un solo camino.

Así lo conocí en México, en mi México, en mi nido caliente de admiración y de cariño para José Martí desde 1875. Así convivió con nosotros en el año 1894, poco más de un mes, de paso rumbo a la revolución, a la muerte, a la gloria.

¡Pobrecitos!⁵⁵

*Ni con galos ni con celtas tenemos que hacer
en nuestra América, sino con criollos y con indios.*⁵⁶

A partir de aquel 8 de febrero de 1875 que llegó a Veracruz, México le dio abrigo, solidaridad y amor al expatriado triste, que venía a reencontrarse con sus padres y hermanas, de quienes lo había apartado el colonialismo español desde el distante 21 de octubre de 1869.

Un día, caminando por las calles de la capital mexicana con su amigo Manuel Antonio Mercado de la Paz, Martí se detuvo silencioso para contemplar a dos pobres indios.

Cargaba el hombre sobre las espaldas un inmenso huacal, abarrotado de cazuelas de barro y viandas; la mujer también llevaba sobre las suyas a una criatura dormida, resguardada por el típico rebozo mexicano. Con paso lento venían, descalzos y desde lejos, a vender su mercancía en la ciudad.

⁵⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 92.

⁵⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 59.

Adolorido, Martí los siguió largamente con la mirada, y enmudeció compasivo. Luego exclamó:

—¡Pobrecitos!

Entonces contaba el joven Martí con solo veintidós años, y posiblemente era la primera vez que contemplaba la miseria a la que habían sometido a los primeros pobladores de su amado continente, y sintió como en carne propia el dolor de aquellos pobres y explotados descendientes de nuestras culturas aborígenes.



Retrato tomado en México. Hay una copia dedicada al amigo Manuel Mercado, con quien conoció muchas de las penurias del hombre latinoamericano.

Amor con amor se paga⁵⁷

*El teatro es copia y consecuencia del pueblo.
Un pueblo que quiere ser nuevo,
necesita producir un teatro original.*⁵⁸

El 19 de diciembre de 1875, el Teatro Principal del Distrito Federal de México estrenó la obra *Amor con amor se paga*,⁵⁹ escrita por José Martí.

La pieza, representada por los actores mexicanos Concepción Padilla y Enrique Guasp, fue acogida de tal forma por el público que, al caer el telón, los actores —a pesar de la negativa del autor—, lo llevaron al escenario en medio de los aplausos prolongados.

En ese momento, Conchita, como era conocida por la afición, hizo entrega de una corona de laurel a José Martí, en nombre de la compañía artística. Este fue uno de los primeros reconocimientos públicos recibidos por el joven cubano.

⁵⁷ Jorge Mañach: *Martí, el Apóstol*, p. 73.

⁵⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 200.

⁵⁹ *Ibíd.*, tomo 18, p. 109.

En su segunda y última estancia en la ciudad de México, en el mes de julio de 1894, José Martí visitó y posteriormente se hospedó en la casa de su gran amigo Manuel Antonio Mercado de la Paz.

Allí, con el propósito de extender la permanencia del ilustre huésped, Manolito, el hijo mayor de Mercado, el de los ojos árabes, como lo describiera el Apóstol, concibió la acogedora idea de representar en un pequeño escenario improvisado en su propio hogar, la obra ya conocida *Amor con amor se paga*. De este hermoso episodio, Ernesto, el hijo menor de la familia Mercado-García, relató:

[...] Para realizarlo puso a estudiar a nuestra primita Sarita Mercado, inteligente y de buena memoria, el papel de Ella; y como él ya conocía el papel de Él, solo tuvo que levantar el teatrillo y organizar un pequeño programa con números de canto y piano, con nuestra hermana Lola, de agradable voz, y un buen amigo pianista y compositor inspirado.

Una noche que Martí parecía hallarse en muy buen estado de ánimo, sonriente y amabilísimo para toda la concurrencia de parientes y amigos, se realizó el acto, durante el cual el autor de la espiritual y delicada obra no dejó de revelar su agrado y aprobación para los actores que parecía que habían interpretado bien el pensamiento que le había inspirado. Movido, en parte, porque tal vez encontró méritos artísticos en los improvisados actores, pero sobre todo por su natural

benevolencia, aplaudió y aplaudió entusiastamente, y los abrazó emocionado.⁶⁰

Amor con amor se paga fue también uno de los últimos reconocimientos que en vida recibiera nuestro Héroe Nacional José Martí.



Teatro Principal de la capital azteca donde se estrenó la obra *Amor con amor se paga*.

⁶⁰ Ernesto Mercado García: *Martí en la casa de Mercado*, p. 11.

Soy cubano

*El pueblo aquel, sincero y generoso,
ha dado abrigo al peregrino humilde.
Lo hizo maestro, que es hacerlo creador.*⁶¹

Corría el año 1877. Era yo director de la Escuela Normal de Guatemala —rememora el maestro y patriota bayamés José María Izaguirre—. Desde que fundé dicha institución tuve el propósito de elevarla a la mayor altura que fuese posible. Contaba para ello con los útiles consejos de mi condiscípulo y amigo, el inolvidable pedagogo cubano Luis Felipe Mantilla, con la cooperación de los profesores de Guatemala y con la ayuda material del gobierno [...] Un buen día se me presentó un joven procedente de México, solicitando una plaza de profesor. Su porte era decente, su exterior simpático, y su manera de expresarse fácil y agradable. Le pregunté quién era y cuáles eran sus aptitudes para el magisterio, a lo cual me respondió:

—Soy cubano, vengo de México y me llamo José Martí. Mis aptitudes para el magisterio...

⁶¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 117.

—¡José Martí! —lo interrumpí—. Ese nombre no me es desconocido: lo he visto como el del autor de un folleto en que se habla de los martirios que el gobierno español hace sufrir a los pobres cubanos que manda a los presidios de África. Acaso...

—Sí, señor, yo soy el autor de ese folleto y el mártir a quien se refiere.

—Pues bien, señor Martí, su doble merecimiento de cubano y mártir lo hacen acreedor a toda mi simpatía: cuenta usted con la colocación que solicita.

—Señor, debo ser franco ante todo: para aceptar su generosa oferta he de hacerle presente que estoy comprometido a casarme en México con una joven cubana. La ceremonia se verificará dentro de algunos meses, y yo no podré realizarla si usted no me concede un mes para ir a México con tal objeto: le prometo que mi tardanza no traspasará ese límite.

—Bien está, señor Martí: queda concedido el mes que usted desea. Sirva recordármelo cuando llegue la oportunidad.

Habiéndome dicho que las clases que más le agradaba desempeñar eran las de Historia y Literatura, le asigné esta última, añadiéndole los ejercicios de composición, vacantes en aquellos días por renuncia del profesor que los tenía a su cargo.

Desde la primera lección se granjeó la benevolencia de sus alumnos, benevolencia que después se convirtió en cariño, para dar paso más tarde a la admiración y al entusiasmo.⁶²

⁶² José M. Izaguirre: "Martí en Guatemala" en Carmen Suárez León, ob. cit., p. 85.

En provecho de los demás⁶³

*El mejor modo de defender nuestros derechos,
es conocerlos bien.*⁶⁴

Desde su llegada al país centroamericano, el joven abogado inició una faena encaminada al perfeccionamiento de la educación patriótica guatemalteca y promovió la idea de dotar a la población de ese pueblo hermano, del conocimiento necesario para el ejercicio de sus derechos civiles.

En ese empeño, sugirió que en los institutos se enseñara un brevísimo compendio de las nociones fundamentales de los nuevos códigos del país. Un magistrado, preocupado ante semejante propuesta, le arguyó con egoísmo:

—Pero no podemos ser abogados, si se enseña el Derecho en las escuelas.

En el acto se escuchó la respuesta del joven maestro:

—Pues amigo, seamos otra cosa. El principio económico debe estarse al provecho de los demás.

⁶³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 13.

⁶⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 375.

Doctor Torrente⁶⁵

*Orador sin instrucción es palmera sin aire.*⁶⁶

Así lo reconoció también José María Izaguirre, quien cuenta qué sucedió una de esas noches en que celebraban reuniones lírico-literarias:

[...] invitamos a dos elocuentes oradores guatemaltecos, al señor Martín Burundia y Lorenzo Montúfar, ambos secretarios de despacho del presidente de la república Justo Rufino Barrios, para que hiciesen uso de la palabra.

Después de oír sus discursos, José Martí me pidió permiso para hablar. Confieso que se lo concedí con temor, pues aunque yo lo reconocía como un joven ilustrado, discreto y de palabra fácil, ignoraba los puntos que calzaba en

⁶⁵ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 85.

⁶⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 449.

materia de oratoria. Pero mi temor duró poco, pues sus primeras palabras fueron recibidas con agrado por la escogida concurrencia, y cuando terminó su discurso, fue aplaudido de un modo excepcional.

Habló sobre la literatura en relación con la política. El asunto más escabroso en un gobierno tan suspicaz como el de Barrios; pero él lo revistió de tal forma, que los más entusiastas en aplaudirlo fueron los secretarios de despacho del presidente.

El público quedó completamente satisfecho con las palabras de aquel joven de apenas veinticuatro años. Un caballero lo confirmó con el apodo de Doctor Torrente, porque en efecto, Martí parecía en sus discursos un torrente que se despeñaba.⁶⁷

⁶⁷ José María Izaguirre: "Martí en Guatemala", en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 83-85.

La que se murió de amor⁶⁸

*¡Amado será el que ama;
besos recogerá quien siembra besos!*⁶⁹

Entre las familias guatemaltecas más entusiastas e interesadas por escuchar a Martí —recuerda el director de la Escuela Normal de Guatemala, José M. Izaguirre—, se encontraba la del general Miguel García Granados, distinguido por su valor, ilustración y patriotismo, y por haber liberado a su patria. Aquella numerosa familia se hacía notar por su cultura y amabilidad, y desde el primer día recibió a Martí con tal cordialidad que llegó a convertirse en uno de los amigos más queridos.

María era la hija del general que se diferenciaba de sus hermanas, como una rosa se distingue de otras flores. Era alta, esbelta y airosa; su cabello, negro como el ébano,

⁶⁸ José María Izaguirre: “Martí en Guatemala”, en Carmen Suárez León, ob. cit., p. 87.

⁶⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 88.

abundante, crespó y suave como la seda. Su rostro sin ser soberanamente bello, era dulce y simpático; sus ojos profundamente negros y melancólicos, velados por pestañas largas y crespas, revelaban una exquisita sensibilidad. Su voz era apacible y armoniosa y sus maneras eran tan afables, que no era posible tratarla sin amarla. Tocaba el piano admirablemente. Tenía diecisiete años y hasta entonces había permanecido insensible a los disparos del amor.

Sin embargo, desde que el joven profesor comenzó a frecuentar su casa, se podía apreciar en ella un deleite supremo y cuando este se ausentaba, la tristeza le invadía el alma. Esta pasión aumentaba día tras día, aunque lograba disimular por el recato propio de una joven que ha sido educada en el amor a la honra, lo que muy bien comprendió Martí.

En medio de estas circunstancias, Martí me recordó que tomaría para fines de diciembre la licencia que desde su llegada me había informado que necesitaba disfrutar para contraer nupcias en México, a lo que accedí. Pasados los primeros días de enero, regresó, me presentó a su joven esposa, la camagüeyana Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo y se reincorporó a clases.

Desde entonces no volvió a aquella casa, pues sabía el profundo dolor que podría causarle a María. Era necesario hacerlo como único medio de imponer silencio a un corazón sensible y amoroso. Pero aquel sentimiento se había arraigado profundamente en el alma de María, y no era ella del temple de las que olvidan.

Meses después cayó enferma. Una fiebre alta y lenta la consumía y a pesar de los cuidados de su familia y de los

esfuerzos de la ciencia, el 11 de mayo de 1878 su vida se extinguió como el perfume de un lirio.

El acontecimiento se convirtió en duelo general en Guatemala. Una inmensa y solemne multitud acudió a la ceremonia fúnebre, tras el raso y blanco ataúd que, en hombros de amigos, viajó hasta su mansión eterna. El silencio revelaba el dolor que a todos embargaba. Al llegar a la cripta, poco a poco, todos se retiraron y solo quedamos José Martí, José Joaquín Palma y yo. Cuando el albañil dio la última mano a la losa que la cubría, los tres nos miramos involuntariamente; una lágrima rodó de nuestros ojos, nos estrechamos las manos en silencio y los tres salimos tristes y adoloridos.⁷⁰

Años después, en agosto de 1891, aparecían en Nueva York los *Versos Sencillos* de José Martí. Identificado con el No. IX: “Quiero a la sombra de un ala”, el Maestro contó con sumo lirismo, parte de esta hermosa y triste historia:

*Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.*

*Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.*

⁷⁰ José María Izaguirre: “Martí en Guatemala”, en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 88-90.

*...Ella dio al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.*

*Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.*

*...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.*

*Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente, ila frente
Que más he amado en mi vida!*

*...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que se murió de amor.*

*Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.*

*Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver,
A la que murió de amor!*⁷¹

Aquella almohadilla de olor, regalo de María García Granados, José Martí la conservó siempre como uno de sus más estimados recuerdos.

Al partir de Nueva York, en enero de 1895, para incorporarse a las huestes del Ejército Libertador, la almohadilla quedó al cuidado de Gonzalo de Quesada y Miranda y de Carmen Miyares Peoli. Además de apreciarla en esta obra, se exhibe en el museo Fragua Martiana como una de las más valiosas reliquias que se conservan del Apóstol.



Almohadilla de olor obsequiada por María García Granados a José Martí en diciembre de 1877.

⁷¹ José Martí: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo I, p. 245.

Hambre antes que una injusticia

*La inteligencia da bondad,
justicia y hermosura.*⁷²

Luego de contraer nupcias en México, el 20 de diciembre de 1877, Martí regresó a Guatemala. Ahora encontró un ambiente hostil, por parte de las esferas oficiales del gobierno, hacia José María Izaguirre. Al presidente de la república habían comenzado a llegarle rumores de que al director de la Escuela Normal solo le interesaba divertirse y malgastar el dinero de la nación. Esta situación dio lugar a su deposición; así lo determinó Rufino Barrios.

Enterado de la injusticia cometida sin que existiera la más mínima causa, se dirigió a su jefe y amigo para expresar su rechazo a tan arbitraria decisión.

—Lo que han hecho con usted es una acción indigna. Voy a presentar mi renuncia inmediatamente.

⁷² José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 108.

—No haga usted semejante locura —le contestó Izaguirre, que conocía perfectamente la pobreza de Martí—. Si el sueldo que aquí goza es el único recurso con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa, ¿a qué queda usted atenido, si renuncia?

—Renunciaré —respondió Martí con firmeza— aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia.⁷³



Escuela Normal de Guatemala que dirigió José María Izaguirre y en la que Martí fue profesor.

⁷³ José María Izaguirre: “Martí en Guatemala”, en Carmen Suárez León, ob. cit., p. 91.

A trabajar para los míos

*Contra el dogma del mal eterno,
el dogma nuevo del eterno trabajo por el bien.*⁷⁴

El 10 de febrero de 1878 fue firmado el Pacto del Zanjón por las autoridades coloniales en la Isla y representantes cubanos, integrantes del denominado Comité del Centro. Así, sin la patria alcanzar su independencia, se daba por terminada la guerra, condición inaceptable que expuso en la Protesta de Baraguá el mayor general Antonio Maceo, protagonista de la más digna y enérgica respuesta.

De acuerdo a lo estipulado en el artículo No. 2 de ese pacto (*Olvido de lo pasado respecto a los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente, 1878*), Martí podía regresar sin temor a represalias de las autoridades del gobierno español por su pasado revolucionario.

Interesado por conocer desde adentro la situación que atravesaba la Isla, y satisfaciendo los deseos de su esposa,

⁷⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 9, p. 464.

decidió volver. Pospuso para otro momento su proyecto de marchar a Perú, donde tenía pensado probar suerte.

Ante lo ocurrido en Cuba y su decisión de abandonar Guatemala, le escribió, con fecha 6 de julio de 1879, a su amigo Manuel Mercado:

[...] a trabajar para los míos, y a fortificarme para la lucha voy a Cuba. —me ganará el más ardiente—. Y me ganará en tiempo: no en fuerza y arrojo.⁷⁵

Procedente de la república de Honduras, adonde se había dirigido desde Guatemala para tomar el vapor *Nuevo Barcelona*, arribó el 31 de agosto de 1878 al puerto de La Habana con Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo, quien traía en su vientre, en avanzado estado de gestación, al hijo que tanto anhelaba el matrimonio.

⁷⁵ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 123.

Una ladera de montaña⁷⁶

*A todo hombre debieran enseñarse,
como códigos de virtud, fijadores de ideas
y esclarecedoras de la mente, las ciencias naturales.*⁷⁷

Desde marzo de 1879, José Martí laboraba en el bufete del doctor Miguel E. Viondi, en Empedrado No. 2, esquina a Mercaderes, en La Habana. Un día, uno de los empleados del despacho, una persona sencilla y buena, pero sin gran cultura, comentó en tono irreverente que el Dr. José Antonio Cortina disertaría aquella noche en el Liceo de Guanabacoa sobre un inglés que pretendía demostrar que el hombre descendía del mono.

Una explosión de risas recibieron sus palabras. Solo Martí calló, para exclamar luego, lleno de indignación, dejando al empleado estupefacto por el tono airado de su voz:

—Ese inglés de quien usted habla se llama Carlos Darwin, y su frente es la ladera de una montaña.

⁷⁶ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 17.

⁷⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 8, pp. 432-433.

Palpar antes de andar

*La inteligencia humana tiene como leyes
la investigación y el análisis.*⁷⁸

Como es usual en la vida de los grandes hombres que han dejado huellas en su paso por la Tierra —en el campo de las ciencias exactas, sociales, pedagógicas, en la cultura y el arte—, sus extractos, bocetos o simples bosquejos reflejan en su inmensa mayoría, momentos de reflexión, angustia, inspiración, recuerdos de la niñez, juventud o períodos sublimes de su existencia. José Martí no es excepción de esta realidad.

Sus Cuadernos de apuntes agrupados en el volumen 21 de sus *Obras Completas*, cuyos originales casi siempre son hojas sueltas cosidas con hilo, conforman uno de los tomos más leídos y cotizados por quienes se inician en las lecturas martianas y por los estudiosos de su obra.

Entre las valiosas enseñanzas que nos ha dejado el Maestro en su Cuaderno 18, compuesto por hojas cosidas,

⁷⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 234.

de 20 por 23 centímetros, posiblemente escritas a lo largo de 1894, y recogidas entre las páginas 375 y 436 del mencionado volumen, se halla una profunda reflexión, derivada de observar detalles de la naturaleza que posiblemente para muchos de nosotros hayan pasado inadvertidos.

La araña va caminando por la roca. Le pongo delante, como a un palmo de los ojos, el paraguas acostado. Llega, lo palpa con los tentáculos; y le da vueltas por el regatón, sin subirse a él. No lo conoce. No se arriesga. Conoce su roca. —Pero otra araña, de cuerpo más cucarachero, y de aire menos fino, se subió al paraguas.

La araña, al verme levantar de súbito, vestido todo de negro, me creyó monte acaso, o aparición terrible, y echó a huir desolada.

Como la araña, que no da paso hasta después de haberse asegurado del camino (por los tentáculos). Palpar, antes de andar.⁷⁹

Más adelante, retomó el tema al comprobar que uno de los más diminutos seres de la fauna universal, la hormiga, también es capaz de obrar con inteligencia cuando algún peligro advierte en su camino.

La hormiga volvía a su hormiguero, con una semilla de presa, una semilla redonda y verde. Yo estaba sentado a través de su ruta. A corta

⁷⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 21, p. 419.

distancia de mí, la hormiga se detuvo, vaciló, volvió atrás, torció a la derecha, y a la izquierda luego, se metió por debajo de la roca, para ir costeando. —Cuando mudé de asiento, olvidado ya de ella, la vi abalanzarse de debajo de la roca, y a paso vivo volver por la ruta a su hormiguero.⁸⁰



Paso Real del río Hanábana, en cuya región encontró José Julián motivos de inspiración: detalles de la naturaleza y conflictos sociales.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 420.

Un loco peligroso⁸¹

*Es fuerza, es fuerza
desafiar el peligro de una vez.*⁸²

El 27 de abril de 1879, el Liceo de Guanabacoa, en el que José Martí ocupaba la responsabilidad de secretario de la Sección de Literatura, le ofreció en una matiné organizada por esta sociedad, un merecido homenaje al violinista cubano Rafael Díaz Albertini. Entre los numerosos invitados, se encontraba el capitán general español Ramón Blanco, gobernador militar de Cuba.

Luego de disfrutar de un pequeño concierto para piano, violín y violincillo, el presidente de la institución cultural se acercó a Martí y le solicitó que hiciera entrega, a nombre del liceo, de una hermosa corona de flores al maestro Albertini. Él lo aceptó con sumo placer.

Al presentarse Martí en el pequeño escenario, se hizo un profundo silencio en la sala y antes de proceder a la

⁸¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Martí hombre*, p. 15.

⁸² José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 100.

entrega del presente, pronunció unas palabras improvisadas sobre la importancia de las artes; recorrió en un santiamén media Europa, mencionando reconocidos artistas célebres y abordando conceptos artísticos que sorprendían a los asistentes, hasta adentrarse en su inmenso amor al progreso, a la libertad, a la independencia y a la fraternidad entre los pueblos. Vibrantes y prolongados aplausos impidieron a muchos escuchar las últimas palabras, y el representante español de más alto rango en la Isla quedó atónito.

Mientras alrededor de una mesa disfrutaban de una bebida refrescante que les brindaba la directiva del liceo a los invitados, el doctor Antonio Díaz Albertini, hermano del homenajeado, le preguntó al capitán general su parecer sobre tan hermosa jornada.

—Brillantísima —contestó este—, lo único que no me ha parecido bien fue el discurso de aquel joven —señalando disimuladamente a Martí que se encontraba en el lado opuesto de la mesa.

Intentando borrar la mala impresión que las palabras del joven cubano habían dejado en la máxima autoridad colonial, Albertini le contestó:

—Pero él no ha dicho nada, general.

—Precisamente por eso —contestó el general Blanco—, por no haber dicho nada de España; ni de sus artistas que los ha tenido y los tiene tan buenos como la primera nación del mundo, y por haber olvidado en su veloz carrera, que en esta sala se hallaba el representante de España en esta hermosa tierra, por eso he dicho que no me pareció bien su discurso. Quiero no recordar lo que he oído y no concebí nunca que se dijera delante de

mí, representante del gobierno español: voy a pensar que Martí es un loco... pero un loco peligroso.

Al salir del liceo, Serafín Ramírez, uno de los asistentes a la tertulia, le expresó a Martí el juicio que sobre sus palabras había manifestado el general Blanco a Díaz Albertini. Martí, encogiéndose de hombros y sin la menor preocupación, le contestó al amigo:

—Qué le vamos a hacer.⁸³



Liceo de Guanabacoa, institución a la que perteneció José Martí.

⁸³ Serafín Ramírez: “Martí y Albertini”, revista *Patria*, año XV, No. 4, La Habana, 1959, p. 5.

Quiebro mi copa⁸⁴

*Es bello que el pueblo tenga absoluto
y pleno concepto de su dignidad y de su honra.*⁸⁵

El fin de las hostilidades en 1878 potenció la formación en la isla de Cuba de sus dos primeros partidos políticos: Unión Constitucional y el Partido Liberal.

Surgió en agosto de 1878 el Partido Liberal, y tres años más tarde se transformó en Partido Liberal Autonomista. Agrupaba en su seno a integrantes de la burguesía e intelectuales mayoritariamente nacidos en Cuba, que no habían figurado en la lucha insurreccional, y a unos pocos elementos procedentes de las filas revolucionarias entre los que había abogados, médicos, profesores y representantes de la burguesía agromanufacturera que promovían reformas del sistema colonial; mientras el Partido Unión Constitucional, surgido en igual fecha, estaba conformado por la gran burguesía insular —la industrial y comer-

⁸⁴ Gonzalo de Quesada Miranda. *Anecdótico. José Martí*, p. 15.

⁸⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 197.

cial— y a su alrededor se aglutinaron comerciantes, empleados y dependientes españoles y criollos, defensores de la integridad fuertemente vinculados al gobierno de Madrid.

En agosto de 1878 había regresado a Cuba José Martí, con el propósito de analizar lo ocurrido en el Zanjón y, de ser posible, reiniciar las labores conspirativas. Por su destacada y activa participación en la vida sociocultural de la ciudad, fue reclamado en los liceos para hacer uso de la palabra o asistir a tertulias de homenaje a figuras de la cultura cubana.

Invitado a pronunciar un discurso asistió el 21 de abril de 1879, en ocasión de un banquete que ofreciera a sus amigos el periodista Adolfo Márquez Sterling, director del periódico *La Discusión*, fundado ese mismo año.

El ambiente creado alrededor del afamado periodista, y que también había podido apreciar en La Habana, evidenciaba una posición acomodaticia, de apatía a la rebeldía nacional; un punto de vista tímido y vacilante. Su corto pero electrizante discurso, no dejaba dudas sobre su comprometida posición patriótica y revolucionaria.

[...] si no se ha extinguido sobre la tierra la raza de los héroes, y a los que fueron suceden los héroes de la palabra y el periódico; si al sentir, al hablar, al reclamar, no nos arrepentimos de nuestra única gloria y la ocultamos como a una pálida vergüenza —por soberbia, por digna, por enérgica, yo brindo por la política cubana.

Pero si entrando por senda estrecha y tortuosa, no planteamos con todos los elementos el problema,

no llegando por tanto a soluciones inmediatas, definidas y concretas: si olvidamos como perdidos o deshechos, elementos potentes y encendidos; si nos apretamos el corazón, para que de él no surja la verdad que se nos escapa de los labios; si hemos de ser, más que voces de la patria, disfraces de nosotros mismos; si con ligeras caricias de melena, como de domador desconfiado se pretende aquietar y burlar al noble león ansioso, entonces, quiebro mi copa: no brindo por la política cubana.⁸⁶

La valiente afirmación martiana —apuntaron los presentes—, fue secundada con la unión de sus palabras a la acción, al quebrar efectivamente la copa que sostenía en sus manos.

⁸⁶ José Martí en Gonzalo de Quesada Miranda: *Martí hombre*, p. 157.

Martí no es de la raza vendible⁸⁷

*El que intenta rebajar el decoro de otro hombre,
lo que rebaja es el propio suyo.*⁸⁸

José Martí, en el mes de septiembre de 1879, residía con su esposa y su pequeño hijo José Francisco Martí Zayas-Bazán, próximo a cumplir diez meses de nacido, en la calle Amistad, No. 42 entre Neptuno y Concordia, en la ciudad de La Habana.

El día 17, mientras disfrutaba de un almuerzo en su hogar, al que asistía como invitado Juan Gualberto Gómez, un sorpresivo aldabonazo a la puerta indicó la llegada de un indeseado huésped. Un celador de policía reclamó a Carmen la presencia de su esposo; le manifestó que tenía una orden para detenerlo y conducirlo hasta la estación de policía.

Informado en voz baja por su esposa, de la intención del imprevisto visitante, Martí se despidió del amigo con

⁸⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 18.

⁸⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 337.

serenidad y le pidió excusas por tener que marcharse con urgencia. Actuó con prontitud y discreción para evitar la detención de su compañero. Evidentemente, las autoridades españolas desconocían de la presencia de Juan Gualberto en su casa.

Al abandonar su hogar en compañía del vigilante, Carmen le informó a Juan Gualberto el arresto de su esposo, y este rápido se marchó para averiguar hacia dónde lo conducían. Lo vio descender del coche en la jefatura de la Policía, ubicada en la calles Empedrado y Monserrate.

Martí le había encargado a Juan Gualberto, a través de Carmen, que informara del hecho al doctor Azcárate quien, gracias a su influencia en el gobierno, logró entrevistarse con él. En esta misma unidad policíaca, Martí le pidió al destacado abogado que recogiera en el bufete de su colega Viondi, una maleta con documentos comprometedores y se la entregara a José Antonio Aguilera, quien fungía como jefe del grupo de conspiradores.

Ante las diligencias que hacían sus amigos para lograr su excarcelación, las autoridades coloniales propusieron a Martí, que si se prestaba a declarar bajo su firma en los periódicos de La Habana, su adhesión al gobierno español, se le permitiría continuar viviendo en la Isla, de lo contrario, tenía que salir en el próximo buque, bajo partida de registro, hacia España. Su respuesta contó con pocas palabras:

—¡Martí no es de raza vendible!

Por orden del capitán general, el 24 de septiembre del año 1879 se expidió pasaporte a favor de José Martí. Al día siguiente salió deportado de la Isla. Solo habían pasado ocho días de la detención. A bordo del vapor correo

Alfonso XII salía del puerto de La Habana; por segunda ocasión abandonaba su tierra natal en calidad de desterrado político y a su llegada, debía presentarse ante el gobernador civil de Santander.

La maleta con la documentación comprometida llegó a manos de Aguilera, quien ante su inminente detención, la entregó al propio Juan Gualberto. Días después de apresado Aguilera, Juan Gualberto fue arrestado y acusado de conspiración. Diez años de prisión en las mazmorras de Ceuta hubo de cumplir. Sin embargo, la buscada valija jamás pudo caer en poder de las autoridades españolas.

El intento de convidar a la traición a José Martí y sus compañeros, se estrelló contra la firmeza y principios inculcables de aquellos jóvenes patriotas que, exponiéndose a la cárcel, al destierro o a la muerte, conocían perfectamente que quien ha sabido preservar su decoro sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta.⁸⁹

⁸⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 278.

Un hombre generoso

*De querer podré dejar
—de agradecer, no dejaré jamás.⁹⁰*

El 11 de octubre de 1879, el vapor *Alfonso XII* arribó al puerto de Santander, en España. A bordo del buque llegaba, en condición de desterrado político, José Martí.

De inmediato fue remitido por el gobernador a la cárcel de la ciudad. Para sorpresa del expatriado, lejos del maltrato que esperaba recibir, las autoridades le ofrecieron atenciones especiales.

¿Qué motivó semejante trato hacia el cubano que por segunda vez —sin haber sido siquiera acusado o condenado por tribunal alguno— era remitido a la península ibérica para ser encerrado en una de sus mazmorras?

En carta enviada dos días después a su amigo, el abogado Miguel Viondi, radicado en La Habana, el joven José Julián le relató lo ocurrido:

⁹⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 285.

[...] No pudo serme menos desagradable la navegación. Del capitán [Eugenio Bayona] hombre entero y simpático; del sobrecargo Leandro Viniestra; del generoso espíritu venido a este empleo después de recias tormentas en la vida, recibí incesantes y no comunes muestras de celosa consideración. Digo esto, porque me complace tener que agradecer. Por muy lisonjera para mí, no le envió la bella y entusiasta carta con que me dijo adiós en nuestro último día de mar el sobrecargo. —Tres cubanos, Roa [el coronel Ramón Roa y Gari] —con su fidelísima memoria de cosas pasadas y su leal conducta para conmigo, —un joven Ojea y Cárdenas [Manuel Ojea y Cárdenas] bueno y fiel, y Luis Díaz, un estimable y juicioso matancero, fueron mis únicos compañeros de viaje. En la cárcel sin cesar los vi a mi lado [...] Fui llevado a la casa del gobernador. —Creo que anduvo perplejo; pero si bien recomendándome especialmente me envió a la cárcel. —Tuve dentro de ella, por bondades del curioso alcaide, cuanto bienestar y libertad eran posibles. —Estuviera aún allí; y lo daría por bien empleado porque así pude conocer a tres infelices cubanos, —enviados de Sancti Spíritus en silencio en el vapor anterior, —y aliviar en algo su mala fortuna —dignos, puros y fuertes. —Ya no tienen frío.

Más adelante le cuenta, cómo, desde que el barco se alejaba de la costa habanera, conoció a un español digno y generoso.

[...] vi cerca de mí a un anciano, de mirada tiernísima y manso aspecto, y dije, señalándolo, a los que estaban a mi lado: “Aquel hombre debe tener un alma evangélica”. A ese hombre le debo hoy mi libertad; Ladislao Setién se llama, y es diputado a Cortes por Laredo, un distrito de esta provincia.

Luego de embarcados, apenas nos saludamos Setién y yo; formaba él en grupo. Pero no bien al llegar a Santander, me supo preso, vino a saludarme conmovido. —Me ofreció sus servicios: como yo debía olvidarme de su oferta, le agradecí y la olvidé. —Y a los dos días con el noble Setién entraba en la cárcel la orden de mi libertad bajo fianza. —Él era mi fiador, vea V. qué alma. —Saludos nos habíamos cruzado. Eso hacía él.⁹¹

Un general español lo había apartado de su hogar, lo había encerrado tras las rejas y deportado de su patria, simplemente por la conducta y valentía del joven revolucionario. Ahora Ladislao Setién un diputado a Cortes por Laredo, salvaba la honra de España: lo ponía en libertad. Poco después, la obligación de presentarse a diario ante las autoridades, le fue retirada por el secretario de Gobierno.

⁹¹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, pp. 149-150.

Soy separatista

*Nos honramos a nosotros mismos,
honrando a un valiente.*⁹²

Una noche, en el Ateneo de Madrid, se produjo el encuentro de Martí con Julio Burrel, un joven español que iniciaba sus estudios de Periodismo en la universidad de esa ciudad. Aquel informal encuentro con el joven cubano, dejó imborrables recuerdos en quien, años más tarde, fuese elegido parlamentario y desempeñara el cargo de ministro en la metrópoli.

—¡Cuántos años ha!... —era yo casi un niño y él comenzaba a ser joven—. ¿Usted es cubano?

—Cubano, sí señor —con tal presición le respondió el joven desterrado.

Hablamos de la guerra, por entonces hacía poco se había firmado el Pacto del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo de los pensamientos. Su expresión era pausada, débil la voz; los ojos de mirar tranquilo y

⁹² José Martí: *Obras Completas*, Edición Crítica, tomo 2, p. 283.

profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes ojos, díjome con firmeza:

—Sí, soy separatista.

Y me habló de su alma española, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que infundían en su espíritu, el espíritu de España.

—Pero España está aquí, no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero y un amigo, no seré sino un extranjero, viviré en tutela, sometido, sospechado, con todas las puertas cerradas a mi derecho...

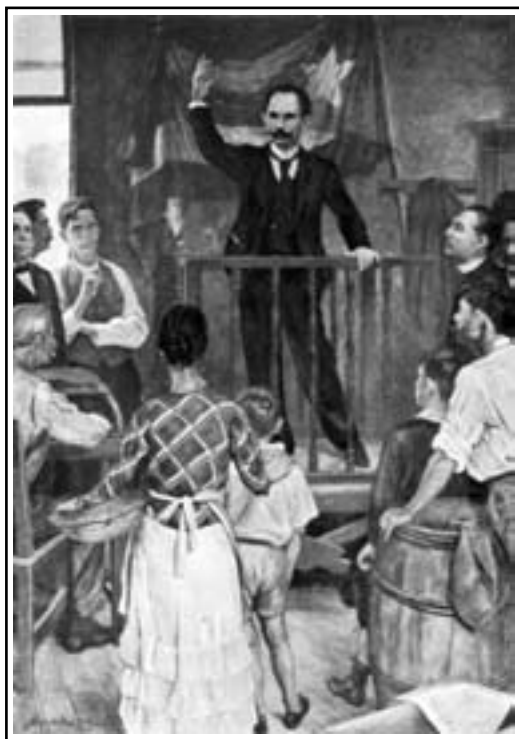
Muchos años después yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba; a Montoro, Figueroa, Fernández de Castro, Eduardo Dolz.

—¡Bah! —me decían—: Ese se marchó de Cuba; no tenía fuerza. No le hicieron caso... y allí en Nueva York publicó una inofensiva hoja separatista... Pero eso es una extravagancia; ese pobre Martí es un hombre muerto —afirmaba con acento de convicción el diputado Eduardo Dolz.

Transcurrieron los años y “el pobre Martí”, “el hombre muerto” fundó clubes separatistas en toda la Unión Americana; organizó las cajas de la revolución, envió las primeras expediciones, desembarcó en la Isla y murió heroicamente en Dos Ríos. ¡Qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!

Aquel muchacho, endeble y oscuro, que hablando en voz baja, con la mirada intensa y brillante, exclamaba en los pasillos del Ateneo: “¡Soy separatista!”, representó para España un ejército de doscientos mil hombres destrozados, dos escuadras destruidas, dos mil millones

arrojados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario del Tratado de París, todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que lloramos como catástrofe; todo lo que gemimos como vergüenzas...⁹³



Óleo de Hernández Giró.

⁹³ Julio Burrel en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 24-25.

Magnanimidad martiana⁹⁴

*No hay más nobleza
que la que el hombre con sus hechos logra.*⁹⁵

Ya en España, al caminar una tarde del mes de octubre de 1879 por la calle del Prado de Madrid, tropezó accidentalmente con un carretero, quien molesto por el incidente se volvió airado hacia él y lo insultó con palabras soeces. Martí, con desusada serenidad para un joven de veintiséis años, se disculpó del humilde hombre, y después de hablarle por algún tiempo, le alargó una moneda que había extraído segundos antes del bolsillo de su chaleco.

—Quiero que en mi nombre ofrezca usted unos dulces a sus chiquitines, señor —le dijo.

El carretero no salía de su asombro, mientras Martí sonreía con bondad y se aprestaba a continuar su camino.

—Ahora debo continuar, con su permiso; tenga usted una buena tarde.

⁹⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 19.

⁹⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 144.

Lección de urbanidad⁹⁶

*El respeto al derecho ajeno
es la garantía del propio.*⁹⁷

José Martí abordó en el puerto de Le Havre, el trasatlántico correo *Francia* el 20 de diciembre de 1879 con rumbo a los Estados Unidos; catorce días más tarde arribó a Nueva York. Luego de una breve estancia en la casa de su amigo Miguel Ledesma, fijó residencia en la casa de huéspedes de Manuel Mantilla y Carmen Miyares Peoli, en 51 East 29th Street, que estos le habían recomendado.

Muy pronto, el nuevo hogar le ofreció al triste expatriado, seguridad, tranquilidad espiritual y amor, condiciones indispensables para reiniciar su nueva vida y encaminar sus esfuerzos a la organización de la guerra necesaria.

En Manuel, Carmen y Ernesto, hijos de la familia formada por Carmen Miyares y Manuel Mantilla y especialmente en María, quien naciera poco después, encontró

⁹⁶ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 32.

⁹⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 255.

el Apóstol una felicidad solo superada cuando ocasionalmente recibía la visita de su hijo José Francisco. Aquellos niños crecieron bajo un manto de amor que les proporcionaba el estar cerca de Martí.

Como resulta habitual, en todo hogar en el que convive más de un niño, las discusiones y peleas en medio de los juegos infantiles o en la propia vida diaria, requieren de constantes llamadas de atención de los mayores para que puedan corregir sus faltas y educarse adecuadamente.

Una de aquellas tardes en que disfrutaba Martí de la tranquilidad que le dispensaba el placentero hogar de los Mantilla, distrajo su atención una acalorada discusión entre los hermanos que, con palabras muy duras y en voz alta, los tres mayores regañaban a María, tal vez por alguna chiquillada o algún capricho propio de su edad que seguramente alteraba el juego de Manuel, Carmita y Ernesto.

Molesto por el mal trato que dispensaban a su hermanita, el Apóstol se presentó como un relámpago ante ellos y les dijo:

—¡A que no le hablan así a la hija del vecino o a cualquier extraña! ¿Por qué lo hacen entonces con su hermana que merece más delicadeza y ternura que los de afuera?

El silencio fue la mejor respuesta a la lección del Maestro, hecho que recordaría con orgullo María Mantilla durante toda su vida, por los finos modales, el lenguaje correcto, su paternal forma de persuadir a sus hermanos del yerro y la defensa que de sus derechos había hecho José Martí.

Levantarse sobre serpientes

*Tenemos delante
un enemigo invisible y poderoso.*⁹⁸

En Nueva York radicaba el centro de las labores independentistas en el exilio y presidía el Comité Revolucionario Cubano, el mayor general Calixto García Íñiguez.

Si bien el veterano combatiente no conocía personalmente al joven habanero, sí reconocía en él, al conspirador que bajo el seudónimo de Anáhuac había desarrollado en la capital de la Isla un meritorio trabajo, causa por la que fue deportado por segunda vez del país. La atrayente personalidad del recién llegado produjo una profunda impresión al presidente del Comité Revolucionario, quien lo invitó a hacer uso de la palabra en un mitin patriótico que se celebraría el 24 de enero de 1880, en Steck Hall.

La pieza oratoria del joven que ya tenía veintisiete años, su profunda visión política y acertada apreciación de lo

⁹⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 81.

ocurrido en la primera contienda emancipadora, provocó la admiración de los cubanos, sin embargo, para las autoridades españolas establecidas en Norteamérica, acababa de presentar sus credenciales insurgentes, un joven, pero viejo conocido, que desde el mismo 10 de octubre de 1868 no había dejado de promover la independencia de Cuba en la Isla, en la propia metrópoli, en México y Guatemala, ni había dejado de participar activamente con todos los medios a su alcance para desenmascarar las verdaderas entrañas del régimen colonial.

Para descubrir los planes independentistas que se gestaban por los combatientes revolucionarios que se encontraban en los Estados Unidos, España no vaciló un instante en contratar los servicios de dos de las mejores agencias de espionaje norteamericanas: la Davies Detective Agency, y Pinkerton's Nacional Detective Agency.

A fines de marzo, fue designado para ocupar la presidencia interina del Comité Revolucionario Cubano, ante la partida del general García hacia Cuba, con el objetivo de participar en la conocida Guerra Chiquita que había iniciado en agosto de 1879.

La orden cursada a la Pinkerton's Nacional Detective Agency, fue la de establecer, entre otras prioridades, una cerrada vigilancia y un estricto control de todas las actividades que, de día y de noche, realizara José Martí. Hasta la casa de huéspedes de los esposos Manuel Mantilla y Carmen Miyares, lugar escogido como residencia por el revolucionario cubano, llegó la penetración de los anónimos sabuesos.

Paul Estrade, destacado investigador y estudioso martiano, en su trabajo "La Pinkerton contra Martí", al referirse

al espionaje que sobre el Apóstol se montó desde su llegada a la ciudad neoyorquina, precisa que fueron siete agentes los que, a partir del 21 de abril hasta el 21 de agosto, se encargarían de espiar los pasos del joven patriota; se destacó uno que se identificaba con las letras E.S., quien logró penetrar la misma casa de huéspedes y compartir durante los tres meses y medio, la activa vida hogareña con el Maestro, sin ser descubierto.

Ya metido en este redil —apunta Paul Estrade—, el lobo se disfraza de cordero. ¡Hay que ver los groseros ardides de que se vale para hacerse amigo confidente del presidente interino del Comité Revolucionario! E.S. regala dulces a los tres hijos de Manuel Mantilla y Carmen Miyares —Manuel, Carmen y Ernesto—, y también al hijo de José Martí y Carmen Zayas, al pequeñuelo Pepito, al Ismaelillo venidero que apenas cuenta con año y medio de existencia... Un niño que aún no habla, ¿qué secretos revelará?

En realidad lo que E.S. busca es ganarse la simpatía de los padres. Por eso suele ofrecer, cada tres o cuatro días, a la hora de la comida y de la charla de sobremesa, una botella de vino a los comensales *Martí and Mantilla while seeking information* según la expresión que el mismo agente pinkertoniano reitera en iveintitrés ocasiones! Otra estratagema ahora: le paga E.S. a una tal Miss Paral —evidentemente acólita suya—, una serie de doce clases de español a tomar con los “profesores” Martí y señora, tan necesitados y

tan contentos, no cabe duda, con aquella ganga; y todo ello para que la entendida alumna pueda cultivar la amistad de estos cubanos e intentar socavar la mayor información posible acerca de los planes revolucionarios de la emigración.⁹⁹

El resultado de aquel sostenido acecho sobre Martí, aún se desconoce, pero lo que sí puede apreciarse es que las inexperiencias contribuyeron a desarrollar en el joven conspirador un escudo protector que mostraría el Apóstol durante su intensiva labor revolucionaria.

Ante la imperiosa necesidad de estar alerta, y cuidarse de los falsos revolucionarios y aparentes amigos, fue necesaria una total discreción. En lo adelante, Martí incorporó una correspondencia basada en sus propias claves secretas y exigió un hermético silencio y compartimentación a todos los jefes revolucionarios, para impedir la labor de espionaje enemigo. No en balde afirmaría, doce años después de aquella primera experiencia:

Levantarse sobre intrigas es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines públicos. A su hora, y por su propia majestad, irá enseñando el Partido Revolucionario sus conquistas.¹⁰⁰

⁹⁹ Paul Estrade: "La Pinkerton contra Martí", Anuario No.1, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1978, pp. 207-221.

¹⁰⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 93.

Martí y Dana¹⁰¹

*No hay monarca
como un periodista honrado.*¹⁰²

Cuando apenas habían transcurrido siete meses de la llegada de José Martí a los Estados Unidos, algunos de los editores de diarios y semanarios de la ciudad neoyorquina y de otros países, comenzaron a observar las cualidades del cubano, a apreciar sus dotes como disertante y a leer los primeros artículos que publicaba en la prensa.

Charles Anderson Dana, por entonces director del periódico *The Sun* de Nueva York, un órgano de prensa independiente que luchaba por mantenerse al margen del enfrentamiento entre los partidos Demócrata y Republicano, fue uno de los hombres que ya en julio de 1880, le ofreciera a Martí las páginas de su diario para publicar sus trabajos.

¹⁰¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 20.

¹⁰² José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 381.

En uno de sus primeros encuentros, el experimentado periodista interrogó a Martí para conocer de qué manera se ganaba la vida.

—Con mi pluma, señor.

—Muy bien —respondió Dana—, ¿me puede escribir usted algunos artículos para *The Sun* sobre literatura o cualquier otra manifestación artística que le interese?

—Pero —sugirió Martí dudoso— no domino suficientemente el inglés todavía.

—Puede escribir usted en cualquier idioma —contestó Dana—. Yo me ocuparé de la traducción.

Y desde que recibió, pocos días después, el primer artículo de Martí —“La última obra de Flaubert”—, comprendió el gran genio del cubano y admiró tanto su extraordinaria nobleza de alma que, cuando el Maestro cayó en Dos Ríos, escribió en las páginas de su diario: “...de tales héroes no hay muchos en el mundo”.

Noble comprensión¹⁰³

*No hay pudor más tenaz
que el de la verdadera grandeza.*¹⁰⁴

En cierta ocasión, un cubano propietario de un restaurante de Nueva York, ofreció un almuerzo en honor a Martí. Aunque la comida era frugal, el dueño pidió prestada una magnífica vajilla que incluía hasta enjuagatorios.

Al finalizar la fiesta, uno de los comensales al ver una tajada de limón en el enjuagatorio que le habían colocado a uno de sus lados, no habituado a tal práctica, pensó que se trataba de una limonada y la bebió.

Sus vecinos en el restaurante comenzaron a sonreír en son de burla, lo que llamó la atención de Martí, reconocido además como una persona muy culta. El Maestro, al percibir la ofuscación de aquel hombre, con toda seriedad y muy natural, alzó su enjuagatorio y bebió el contenido. Con esta acción puso fin al triste episodio.

¹⁰³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 21.

¹⁰⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 150.

El padre americano¹⁰⁵

*A pedir vengo, a los hijos de Bolívar,
un puesto en la milicia de la paz.*¹⁰⁶

El 8 de enero de 1881, en el vapor *Felicia*, partió José Martí hacia Venezuela. Llegó a Caracas al anochecer del día 21.

[...] sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo [...]¹⁰⁷

Lloró de honda emoción y le rindió tributo a Bolívar, porque entendía que todos los americanos deben querer

¹⁰⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 24.

¹⁰⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 286.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, tomo 18, p. 304.

al Libertador como a un padre, por haber luchado por la independencia de nuestra América.



Estatua del Libertador de América, Simón Bolívar. Caracas, Venezuela.

El deber y la virtud¹⁰⁸

*La palabra es fuerte y bella cuando sale de un corazón
que conoció la gran virtud.*¹⁰⁹

Había iniciado 1881. El joven cubano José Julián Martí Pérez, radicado en Nueva York, se encontraba en Venezuela. Dos meses después de su llegada, directivos del Club de Comercio de Caracas, invitaron al joven maestro, orador, poeta y escritor de veintiocho años a una velada artístico-literaria en la que debía pronunciar unas palabras de saludo al pueblo de Bolívar.

Su mensaje, aquel 21 de marzo, dejó una profunda impresión en todos los asistentes. Las mujeres arrojaron flores a sus pies y la juventud lo llevó casi en andas hasta su humilde morada en la placita de Alta gracia.

La repercusión del discurso estuvo recogida por los más importantes medios que, con prontitud, se hicieron eco de sus palabras. Uno de los más elocuentes

¹⁰⁸ Salvador Morales: *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, pp. 23-25.

¹⁰⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 348.

testimonios fue el publicado por el joven Pedro María Brito González.

[...] Es de noche y estamos en el club, todo respira animación, encantos, poesía [...] aparece Martí en la tribuna; y no palpita su pecho a impulsos del temor, sino que se pinta en su semblante la complacencia que le da la convicción de su cercano triunfo. En efecto, la realidad excedió a todas las ilusiones concebidas. No era un hombre, era el genio viviente de la inspiración, personificado en el orador, que poblaba el espacio con las armonías de su palabra [...] Todos prorrumpimos en frenéticos aplausos y gritos de entusiasmo al primer pensamiento vertido por los labios del orador; y aquel entusiasmo y aquellos aplausos, y aquellas demostraciones de sincero cariño, fueron creciendo a medida que eran oídos aquellos pensamientos [...] Bajó de la tribuna y cayó en brazos de tantos como lo esperábamos para darle un testimonio del aprecio y del respeto que merecen e inspiran las almas generosas consagradas al culto del deber y la virtud.

Uno de los integrantes de un grupo de jóvenes admiradores que recibían clases de oratoria en el colegio de Guillermo Tell Villegas, Juvenal Arzola, recordó más tarde:

En el colegio varias veces a la semana, y por algún tiempo, desde las ocho hasta las diez de la noche, vibró poderosa la voz elocuentísima de aquel

peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable, que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todas las grandezas de un porvenir apenas concebible.¹¹⁰

Meses más tarde, el 27 de julio, José Martí recibió una orden de deportación inmediata, emitida por el presidente de la república, general Antonio Guzmán Blanco, pero el tiempo le alcanzó para dejarle al pueblo venezolano, a través de una carta dirigida a su amigo Fausto Teodoro de Aldrey, sus más puros sentimientos de admiración y solidaridad. Un fragmento es el siguiente:

[...] De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí a un hijo.¹¹¹

¹¹⁰ Salvador Morales: *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, pp. 23-25.

¹¹¹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 212.

Organizador de la revolución

José Martí volvió a Nueva York el 10 de agosto de 1881. Si bien desde su llegada a esta ciudad, en enero del año anterior, había establecido relaciones con importantes personalidades y patriotas, entre ellos el mayor general Calixto García, razón que le permitió reincorporarse al plan libertario conocido por la Guerra Chiquita y en el que llegó a ocupar la responsabilidad de presidente interino del Comité Revolucionario Cubano, tras la salida del afamado jefe hacia Cuba, no fue hasta poco después de su regreso de la nación suramericana, cuando comenzó a desarrollar su proyecto independentista.

Comprensión, colaboración y abrigo hubo de encontrar en la casa de huéspedes de Manuel Mantilla y Carmen Miyares. El hogar de esta familia cubana, identificada con las luchas independentistas de nuestro país, resultó el ambiente propicio para que nuestro Apóstol desarrollara en silencio la obra redentora.

Inició un largo período a favor de la unidad de los exiliados y de los cubanos en la Isla. Fueron años en que actitudes y sentimientos contradictorios a los del Apóstol se pusieron de manifiesto: envidia; incompreensión familiar, desavenencias con prestigiosos patriotas que inicialmente no lograban comprender el alcance de su proyección revolucionaria. De igual manera, debió enfrentarse al espionaje enemigo y a la intensa labor autonomista y anexionista, con todas sus energías y talento.

Son innumerables las anécdotas que aparecen en este período, las que, como las anteriores, han sido tomadas de diversas publicaciones de amigos, familiares y otras personalidades que lo conocieron. Ellas posibilitarán al lector apreciar el arduo esfuerzo desplegado por José Martí para fundar el Partido Revolucionario Cubano (PRC) y comenzar la organización de la guerra justa y necesaria.

Barbas blancas¹¹²

*Antes que impugnar, debe amarse
al que nos dice rudamente la verdad.*¹¹³

Por su avanzada edad y trayectoria patriótica, el cubano Juan Arnao y Alfonso, residente en los Estados Unidos, se había convertido en una especie de prelado de la emigración.

Wen Gálvez, uno de sus seguidores, afirmaba que don Arnao parecía un grabado de la Biblia, por su largo cabello y barba blancos, sin hebra negra, suaves, y sedosos como la barba de un patriarca.

En un mitin celebrado en Nueva York, en noviembre de 1882, convocado por el Comité Patriótico Organizador de la Emigración Cubana, el legendario combatiente, aprovechándose del prestigio y el reconocimiento que tenía entre los emigrados, lo que aún José Martí no había logrado alcanzar por llevar solamente año y medio de

¹¹² Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 55.

¹¹³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 331.

residencia en aquella ciudad, comenzó a realizar alusiones desfavorables a Martí, a quien ya había manifestado en ocasiones anteriores sus discrepancias con las ideas que este preconizaba y su manera de pensar.

Indignado por el mal intencionado e injusto ataque de tan admirado cubano, se le acercó y mirándolo a los ojos, le replicó:

—¡Señor Arnao! Las barbas blancas se respetan, pero cuando no se saben llevar, íse arrancan!

El seudoprofeta enmudeció en el acto.

Mi primer encuentro con Martí¹¹⁴

*La amistad es la ternura del amor
sin la volubilidad de la mujer.*¹¹⁵

Corría el año 1884. Desde hacía tres años, Blanche Zacharie vivía de manera permanente en los Estados Unidos, donde se encontraba refugiada la mayor parte de los exiliados cubanos, muchos habían alcanzado glorias militares en la guerra independentista, iniciada en 1868, y algunos eran asiduos visitantes de su hogar.

Esa noche, en la que conoció a José Martí, disfrutaba de una tertulia a la que asistían familiares y amigos. Era Blanche, como le llamaban, una atractiva mujer de ojos azul celeste, esbelta figura y refinada cultura. De aquel encuentro, Blanche Zacharie recuerda:

Había una *soirée* (tertulia) musical en la que me habían invitado a cantar. No tenía referencias de

¹¹⁴ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 5.

¹¹⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 33.

Martí; era para mí un señor cualquiera, un encuentro fortuito de sociedad; mas, a los pocos minutos de conversación, con habilidad que no he visto igualada, había averiguado, sin interrogatorio, cuáles eran mis gustos, mis inclinaciones y esperanzas. Tocó la nota del arte, me habló precisamente de las obras que me apasionaban. Había estado yo en París, donde hacían furor los paisajes de la Escuela de Barbizón. Martí estaba al tanto de todo. Discutió conmigo cuadros, música y libros, de la manera más natural, con absoluta sencillez, sin hacerme sentir la diferencia que había entre una niña y un sabio. Pude apreciar al instante que era un hombre superior, de vastos conocimientos y de alma grande.

Cuando conocí a Martí, yo no hablaba una palabra en español y nuestras conversaciones eran en inglés, idioma que él poseía a fondo y en el cual se expresaba admirablemente, con muy finos matices. Tenía un ligero acento extranjero, pero manejaba la lengua con soltura y elegancia.¹¹⁶

¹¹⁶ Ibídem, tomo 10, p. 22.

El abanico “perverso”¹¹⁷

*Los héroes son propiedad humana,
comensales de cada mesa y de toda casa familiares.*¹¹⁸

Los que conocieron a Blanche Zacharie de Baralt —apunta la investigadora Nidia Sarabia— la recordarán como una mujer que, por su educación y vasta cultura, resalta-ba en el escenario que hiciese acto de presencia.

Tenía una belleza delicada, un poco aquilina, de ojos azules muy límpidos y cabello de lino. Cantaba maravillosamente aquellas canciones dulces e italianizadas de la época; recitaba versos ingleses y franceses, hablaba un castellano purísimo de leve acento extranjero. Era una mujer de cultura cernidísima, pero sin eruditismo empalagoso. De una formación cosmopolita, hablaba a la perfección varias lenguas, cuando a principios

¹¹⁷ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 16.

¹¹⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 22.

de siglo asustaba el hablar con mujeres cultas y se consideraba hasta algo “pecaminoso”. Mitad cubana y mitad norteamericana, tal vez de origen judío, esa mezcla de nacionalidades no impidió que prevalecieran en ella los sentimientos de una verdadera cubanía.¹¹⁹

En la misma velada, donde conoció a José Martí, conoció al patriota, poeta, profesor y médico, Luis A. Baralt y Peoli, oriundo de Santiago de Cuba, con quien contrajo matrimonio dos años más tarde.

Pocos días antes de sus nupcias, Martí, que ya se encontraba entre un selectivo grupo de amigos de Luis y Blanche, le pidió a la admirada señorita que le concediera un deseo.

—Blanche, voy a pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Quisiera que me dejara ver su *trousseau* (ajuar).

—Bueno —le dije—, tal día irán mis amigas a casa, venga usted también, o un poco antes, si le parece.

Llegó con mi madre y mis hermanas, estuvo examinando como un chiquillo, ropa, vestidos y sombreros, haciendo un fino comentario y poniendo nombre a muchas cosas. Un tiempo después, encontrándome con mi marido, recordó la prenda que había visto y me dijo:

¹¹⁹ Nidia Sarabia en *El Martí que yo conocí*, de Blanche Zacharie, p. 7.

—Veo que lleva usted el sombrerito “casto”.

Y en otras ocasiones reconoció el vestido “discreto” o el abanico “perverso”, nombres puestos por él, el día en que le enseñé el *trousseau*.¹²⁰

Martí fue el padrino de su boda. De aquel matrimonio nacieron Blanca, Adela y Luis Alejandro Baralt y Zacharie.

¹²⁰ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 16.

Un inoportuno arranque¹²¹

*Mover un país, por pequeño que sea,
es obra de gigantes.*¹²²

Desde el año 1882, un tenebroso plan anexionista de Cuba a los Estados Unidos había comenzado a tomar fuerza en la Isla; lo enarbolaban los hombres apegados a la riqueza, ante el abandono de las esperanzas que habían cifrado tras la firma del Pacto del Zanjón y el ineludible desenlace de la Guerra Chiquita.

Ante el colosal peligro, José Martí le había informado desde el mes de julio, a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo de los trabajos que había emprendido con el objetivo de crear las condiciones revolucionarias que posibilitaran organizar una nueva insurrección popular en la Isla, inmediata, unánime, y grandiosa. Máximo Gómez le respondió que la consideraba prematura,

¹²¹ José Luciano Franco: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, tomo I, p. 272.

¹²² José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 167.

aunque le ratificó su disposición de sumarse como un combatiente más. De igual manera, el general Antonio le informó su incondicional apoyo y su ferviente deseo de unirse al proyecto independentista.

Pasados dos años, en 1884, el general Gómez, junto a quien se convertiría después en su Lugarteniente General Antonio Maceo, se dirigió a Martí para solicitarle que se sumara a un nuevo plan elaborado por Gómez, conocido como el Programa de San Pedro Sula o Plan Gómez-Maceo. El Maestro decidió integrarse.

En octubre, tan prominentes figuras independentistas decidieron trasladarse a los Estados Unidos para promover dicho plan en el seno de la emigración cubana, asentada en tierra norteamericana, y recabar fondos para la guerra de los emigrados.

Ya en Nueva York, los queridos adalides sostuvieron varios encuentros con diversas personalidades revolucionarias para analizar los pormenores del proyecto. El día 18 se produjo el último en la casa de huéspedes de madame Griffou, donde se hospedaban los más grandes generales cubanos. Pero aquel no fue igual a los anteriores. El propio Máximo Gómez escribió días más tarde un comentario sobre el amargo incidente.

[...] En estos días de fatigosa espera, seguía Martí visitándome, y como era natural, hablando siempre del mismo modo y con igual calor de nuestro plan revolucionario. Ya notaba yo, que él se permitía hacerme muchas indicaciones inusitadas que no tenían razón de ser, y que no correspondían hacerlas al que se confía la dirección de

un asunto; mas yo con blandura le contenía en los límites que he creído que él podía llegar, para no perjudicarnos dejando el mando de la nave a muchos capitanes, hasta que haciendo caso omiso del general A. Maceo, que era el jefe designado para la comisión, me dijo “que (sus palabras textuales) al llegar a México y según el resultado de la comisión” —yo no le dejé concluir, con tono áspero— (mis palabras textuales) “vea, Martí, límitese Vd. a lo que digan las instrucciones, y lo demás el general Maceo hará lo que deba hacerse”, nada más dije, y me contestó tratando de satisfacer mi indicación, apenas le vi, un criado me avisó que un baño que hacía días pensaba darme —no había podido ser así por no tener lugar— y aprovechando el momento, dejé a Martí con el general Maceo, presente siempre en nuestras conversaciones. Durante mi momentánea ausencia, no sé lo que dicho general habló con Martí, pero se deduce por el sentido de su carta.

Cuando yo regresé, aún encontré al señor Martí en mi cuarto; a poco se despidió de mí de un modo afable y cortés. Solos yo y el general Maceo, me dijo Maceo: “este hombre, general, va disgustado con nosotros”. Tal vez, le contesté yo, y no hablamos más una palabra.

A los tres días recibí esta carta, que no contesté, pues no se da contestación a los insultos. Tampoco nadie más la ha visto —que el general Maceo y el general Crombet.

Después supe que Martí, antes de enviarla a mi residencia, la dio a leer a Antonio Zambrana, Leandro Rodríguez y otros.¹²³

Afligido por el inoportuno arranque del Generalísimo, Martí plasmó en esa carta el contenido de su corta y curiosa conversación, que minutos después del incidente con Gómez, había sostenido con el general Antonio:

[...] quiso este, ilocura mayor! —darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento, ni obra sin cometer profanación y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. ¡No: no, por Dios!: —¿pretender sofocar el pensamiento, aún antes de verse, como se verán Vds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto solo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.¹²⁴

La epístola no deja lugar a dudas. En ella, Martí le comunicaba al general Gómez —dos días después de la entrevista del 18 de octubre de 1884—, que había decidido

¹²³ José Luciano Franco: Ob. cit., tomo I, p. 273.

¹²⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 281.

apartarse de todos los trabajos activos que había comenzado a echarse sobre sus hombros.

La profunda convicción de Martí de que aquellos planes estarían condenados al fracaso, si a tiempo no se rectificaba la estrategia trazada y se elaboraba un programa de revolución, fueron recibidos por el Generalísimo como un insulto personal del patriota cubano, lo que le causó “un dolor profundísimo en su corazón”, dada la simpatía que había despertado en él, el joven de treinta y un años.

Nada más lejos que un ultraje a tan insigne figura tenía por contenido aquella misiva, aunque sí un lenguaje claro y directo y sin ambages. Identificarse y solidarizarse con el espíritu independentista que animaba a ambos compatriotas, no implicaba para José Martí aceptar, por disciplina, un conjunto de valoraciones y apreciaciones que consideraba erróneas en el proyecto de San Pedro Sula.

La tozuda posición del querido general lo había colocado en una disyuntiva: aceptaba de ucase lo que se dictaba o debía separarse. Comprendía que le resultaría imposible convencer a tan prestigiosos líderes de la necesidad de rectificar; asunto que el propio Gómez prácticamente reconocía, al hacer su comentario del suceso: “Ya notaba yo, que él se permitía hacerme muchas indicaciones inusitadas que no tenían razón de ser, y que no correspondían hacerlas al que se confía la dirección de un asunto”. Por tanto, consideró su deber, comunicarles su decisión irrevocable de no continuar formando parte del proyecto, a pesar de conocer que dicha decisión, le traería en lo adelante, serias dificultades, escollos con una buena

parte de los seguidores de tan queridos jefes militares, que debería sortear para salir victorioso.

A fines de 1886, abrumado por la falta de apoyo político y financiero de los cubanos que disfrutaban de una buena posición económica, las discrepancias, divisiones e incomprensiones entre los propios participantes y jefes del proyecto independentista, Gómez decidió dar por terminado el plan de San Pedro Sula, al tiempo que ratificaba a los revolucionarios su disposición de seguir al servicio de la libertad de Cuba.



Hotel de madame Griffou. Lugar de la ruptura temporal de José Martí con los dos grandes soldados de la independencia.

No quepo en mis calzones¹²⁵

*El puñal que se clava en nombre de la libertad,
se clava en el pecho de la libertad.*¹²⁶

Los intentos de España por aplacar e impedir el reinicio de la guerra independentista, luego de la firma del Pacto del Zanjón, habían resultado infructuosos dado el convencimiento de una parte de la alta oficialidad del Ejército Libertador, de la necesidad de continuar las hostilidades primero, y hacer una tregua que posibilitara reorganizar la guerra para reiniciarla, después.

De esta historia posterior al citado convenio, son pruebas fehacientes la honrosa posición del general Antonio Maceo en Mangos de Baraguá, secundado por otros altos oficiales del Ejército Libertador; la llamada Guerra Chiquita que estalló en agosto de 1879; la reanimación progresiva de los revolucionarios exiliados y de algunos grupos dentro de la Isla que se desarrolló

¹²⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 26.

¹²⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 14, p. 494.

a partir de 1882, de la que formaba parte José Martí; y el Programa Revolucionario de San Pedro Sula que encabezaron los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, en el mes de marzo de 1884.

La separación inesperada de José Martí, en octubre de 1884, del plan trazado por los dos más prestigiosos generales de nuestra gesta independentista, por sentirse inconforme con los graves problemas de concepción revolucionaria que él consideraba que tenía dicho proyecto y que sus organizadores no estaban dispuestos a modificar, muy pronto comenzó a levantar en algunos patriotas y personalidades de la emigración, calumnias, ofensas y ataques personales hacia él, sin escuchar sus profundas reflexiones contenidas en la carta que les enviara a Gómez y Maceo, el 20 de octubre de aquel mismo año.

Unos días después del fatal desenlace, el Maestro, enfrentando el ambiente de hostilidad que aquellas personas habían desatado en su contra, decidió asistir a una asamblea patriótica en el Tammany Hall, de Nueva York, convocada para recabar el apoyo de la emigración. El primer orador de la noche fue Antonio Zambrana, quien aludiendo a Martí, afirmó que quienes no apoyaban el movimiento de Gómez y Maceo tenían miedo, y por tanto, debían llevar sayas en lugar de pantalones.

La marcada ofensa desató una viril respuesta de Martí, quien se abalanzó como un bólido hacia la tribuna y pidió intervenir. Concedida la palabra, se dirigió al general Gómez, que asistía a la reunión, pidiéndole que cuidara de su vida en la acometida que organizaba y realizaría con Maceo para reiniciar y alcanzar la independencia cubana,

y emplazando públicamente a Zambrana, le dijo, con la singular valentía que lo caracterizaba:

Y tenga usted entendido que no solamente no puedo usar sayas, sino que soy tan hombre que no quepo en mis calzones.

Acercándose a su detractor, agregó con actitud violenta:

Y esto que le digo se lo puedo probar cómo y cuándo guste, y si es ahora mismo mejor.¹²⁷

Una rápida y eficaz intervención de los generales Antonio Maceo y Flor Crombet evitaron que el incidente tomara mayores proporciones e interrumpiera los nobles propósitos por los que se hallaban reunidos los revolucionarios cubanos.

Aquel episodio lejos de resquebrajar la moral y la valentía del Maestro, produjo un efecto contrario a lo esperado por Zambrana y los hombres que lo cuestionaban sin conocer el porqué de aquella posición de principios sostenida por Martí. Su disposición de no interferir en el plan de Gómez y Maceo, a quienes respetaba y admiraba, no significaba en lo absoluto enfrentar el empeño independentista.

Pasado el incidente, Martí pidió disculpas a quienes presidían dicho acto y, acercándose al general Gómez le notificó que dada su precaria situación económica, le era imposible aportar dinero en efectivo; pero, en presencia

¹²⁷ José Martí en revista *Patria*, año XL, No. 3, La Habana, marzo de 1984, p. 5.

de todos, le entregó su reloj, la leontina y los botones de oro de su camisa. Poco después se retiró del teatro.

Su ética, entrega sin límites a la patria, y disposición de dar la vida si fuese necesario por la libertad de su pueblo, se fortalecieron.



Tammany Hall, sede del Partido Demócrata que llegó a controlar la vida política de Nueva York.

Hacer bien¹²⁸

*La música es la más bella forma de lo bello.*¹²⁹

María Mantilla Miyares, la niña venerada de Martí, tuvo el privilegio de contar con sus consejos, educación y atención personal. Era la más pequeña de la familia, había nacido el 28 de noviembre de 1890; y el 6 de enero del año siguiente, en St. Patrick's Church, 285 Willoughby Avenue, Brooklyn, Nueva York, fue bautizada por Gertrudis Pujals, oriunda de Santiago de Cuba, y el habanero José Martí.

Al rememorar sus primeros quince años, coincidentes con los vividos por el Maestro en los Estados Unidos (1880-1895), se golpeaban infinidad de anécdotas.

En medio de todas sus agonías y preocupaciones, nunca le faltaba tiempo para dedicarme. Cada

¹²⁸ María Mantilla Miyares: "Recuerdo de mis primeros quince años", revista *Patria*, año LX, No. 1, La Habana, enero de 1984, p. 1.

¹²⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 294.

vez que hacía un viaje, me dejaba preparado el itinerario de estudios que debía hacer en cada día, durante su ausencia.

El francés me lo enseñó de manera sencilla y fácil de comprender; pero su mayor afán eran mis estudios de piano. Su deseo era que yo llegara a ser una buena pianista, que nunca logré serlo [...]

Siendo aún muy niña, se empeñaba en llevarme a las reuniones de La Liga, una sociedad de cubanos de color, todos hombres cultos y muy caballerosos, para que yo les tocara algunas piezas de música. Yo como niña al fin, muchas veces no quería ir, pero Martí me decía:

—Sí, hijita, es deber de uno darles placer a aquellos que no gozan de mucho.

Entre esos cubanos de La Liga, recuerdo sobre todo a Rafael Serra, Sotero Figueroa y a los hermanos Bonilla, tabaqueros estos últimos y hombres de gran talla, de más de seis pies. La idolatría de esos hombres por Martí era cosa admirable.¹³⁰

¹³⁰ María Mantilla Miyares: “Recuerdo de mis primeros quince años”, revista *Patria*, año LX, No. 1, La Habana, enero de 1984, p. 1.

Quien tiene mucho adentro...¹³¹

*Enseñar es crecer.*¹³²

Entre los gratos recuerdos que durante su larga vida conservara con orgullo María Mantilla, ocupaban un lugar especial los años que convivieron juntos en la casa de huéspedes que administraban sus padres. De entonces, y de quien le dispensó especiales tratos, fue el tema de una entrevista que publicó el periódico cubano *El Mundo*, el 2 de marzo de 1950:

Recuerdo cómo en las reuniones que se producían entre familias cubanas, a las que asistía acompañando a Martí, para celebrar algo, siempre había un poco de música y de baile, y una cosa curiosa, a Martí siempre le gustaba sacar a bailar a las

¹³¹ María Mantilla Miyares: “Recuerdo de mis primeros quince años”, revista *Patria*, año LX, No. 1, La Habana, enero de 1984, p. 1.

¹³² José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 216.

señoras o señoritas menos atractivas, y en una de aquellas ocasiones, le pregunté:

—Martí, ¿por qué siempre usted saca a bailar a las más feas?

—Por eso mismo, hija mía, porque nadie les hace caso, y es un deber no dejarles sentir su fealdad.¹³³

El Maestro invariablemente buscaba hasta encontrar la belleza interior de las personas y aunque siempre fue de un refinado gusto estético, sentía una especial compasión por aquellas personas que, por razones naturales, no mostraban un hermoso cuerpo, un bello rostro o poseían alguna discapacidad.

Cuando en breve abordaría, en Cabo Haitiano, el carguero *Nordstrand* que lo acercaría con una mano de valientes a las costas cubanas, escribió a María Mantilla una extensa y conmovedora carta en la que, entre recomendaciones y consejos para su vida presente y futura, dejó para todos una lección.

[...] Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto a la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo.

¹³³ María Mantilla Miyares: “Recuerdo de mis primeros quince años”, revista *Patria*, año LX, No. 1, La Habana, enero de 1984, p. 1.

La elegancia del vestido —la grande y verdadera, —está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí.¹³⁴

Ya adulta, en su comfortable hogar, María Mantilla mostraba a sus amigos y familiares, como sus más valiosas y verdaderas riquezas, algunas cartas y objetos de Martí, que atesoraba, especialmente el grillete que llevó ajustado a su pierna durante su permanencia en el presidio político.

¹³⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 148.

Sencillez, no costosos monumentos¹³⁵

*Todos los héroes tienen cantores.*¹³⁶

El 23 de julio de 1885, murió en su residencia en Mount Mc Gregor, a unas diez horas aproximadamente de la ciudad de Nueva York, el general Ulises S. Grant, uno de los comandantes de la guerra civil de los Estados Unidos y presidente de este país durante ocho años, entre 1869 y 1877.

La Nación, conocido e importante periódico de Buenos Aires, el 27 de septiembre de ese mismo año, publicó una semblanza —escrita por José Martí— sobre esta controvertida personalidad estadounidense. La tituló “El general Grant”.

Años después, cuando el Apóstol fue de visita a la residencia del general Grant, en Mount Mc Gregor, convertida en museo, le emocionó profundamente ver

¹³⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 25.

¹³⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 174.

cómo se conservaban los efectos personales de tan notable personalidad, la cama en que murió, el último frasco de medicina y la cuchara con que se lo administraban. Entonces dijo:

—Esta es la verdadera manera de rendir homenaje a los grandes de la patria. Sencillez en vez de costosos monumentos. Veneración por los que visitan este lugar.¹³⁷

¹³⁷ Revista *Patria*: año IV, No. 2, La Habana, febrero de 1948, p. 6.

La sortija Cuba

*No hay en mí una duda,
un solo instante de vacilación.
Amo a mi tierra intensamente.*¹³⁸

Los meses finales de 1887 y el nuevo enero resultó una corta temporada que propició momentos de nostalgia y alegría a José Martí. Desde el 22 de noviembre disfrutó de la compañía de su querida madre, quien había viajado a Nueva York para convivir unos meses con su hijo y recordar juntos a Mariano, fallecido en febrero de ese año, a los setentaíún años.

Doña Leonor sorprendió a su hijo cuando, aquel 22 de noviembre, le dio, como regalo, la sortija con la palabra CUBA hecha con un eslabón de la cadena del grillete que llevó en presidio.

Martí, luego de que regresó a su patria tras siete años de su primer exilio, le había confiado ese trabajo a su amigo, el orfebre Agustín de Zéndegui, quien radicaba en la barriada del Cerro en La Habana. Al ser expulsado

¹³⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 488.

nuevamente de su tierra, como se le hacía cada día más difícil recibir la preciada prenda, no perdió ocasiones para recordarle al amigo el compromiso contraído. En carta fechada 21 de octubre de 1882 a Gabriel de Zéndegui, le había pedido que le llamara la atención a su hermano: “[...] regaña a Agustín, porque no me ha querido hacer mi sortija de hierro, que es la única que ajustará bien a mi dedo [...]”.¹³⁹

Blanche Zacharie de Baralt, al rememorar aquel espedado momento, relata:

Martí, con ella, se desposó con la patria como los antiguos *dux* de Venecia se desposaban en el Adriático, en simbólico gesto, aunque el juramento de dedicar su existencia a la liberación de Cuba fue hecho mucho antes [...]

Desde aquel momento en que su madre le puso al dedo el anillo de hierro, Martí nunca se separó de él. Se le ve en el retrato al óleo que le hizo el pintor escandinavo Norman; lo llevaba cuando cayó en combate bajo las balas españolas en Dos Ríos. ¿Qué será de esa prenda inapreciable? ¿A dónde iría a parar?

Me cuentan que dijo al recibirla: “Ahora que tengo una sortija de hierro, tengo que hacer obras férreas”.¹⁴⁰

¹³⁹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 256.

¹⁴⁰ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., pp. 101-102.

Amarga lección¹⁴¹

*Hermana infame es la mentira de la culpa.*¹⁴²

A la cena de Nochebuena de ese año, 1887, en la casa de su amigo Miguel Fernández Ledesma, fue invitado el Maestro. Durante la comida se presentaron unos cubanos reclamando la presencia del padre de la familia. Los inesperados visitantes, informados o conocedores de la bondad de Miguel, le solicitaron dinero para comprarle algo de comer a un tabaquero que se encontraba agonizando.

Fernández, sin dudar un segundo, les entregó una modesta suma de dinero, que aceptaron los visitantes agradecidos; y rápido se retiraron del lugar.

Al concluir la cena, Martí le insistió a Miguel en hacerle una visita al enfermo, ya que por su situación económica le había resultado imposible contribuir a su alimentación.

¹⁴¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 28.

¹⁴² José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 61.

Finalmente el amigo aceptó, y se encaminaron a la dirección que los visitantes habían dado.

Una vez en el lugar, quedaron sorprendidos al percatarse de que en esa casa no había tal moribundo, sino una alegre fiesta.

—¡Qué bajeza! —increpó Miguel a los que se habían presentado en su hogar, que atónitos no atinaban qué hacer—, ahora cuando un verdadero necesitado venga a pedir ayuda, tal vez se le niegue por la duda que ustedes han sembrado entre nosotros —dijeron al tiempo que abandonaban repentinamente el local llenos de ira y un asco incontenible.

—¡No se moleste, Miguel —ripostó Martí, intentando consolar al amigo que había sido engañado por aquellos cubanos exiliados.

—¡Bien vale los diez pesos que usted les ha dado a estos desdichados, la lección que hemos recibido! ¡Qué lección! ¡Hay que levantar a estos hermanos para hacer de ellos hombres dignos, que sientan la necesidad de ayudarnos a libertar a la patria!¹⁴³

¹⁴³ Revista *Patria*: año LX, No.1, La Habana, enero de 1984, p. 3.

El conocedor de cuadros¹⁴⁴

*El arte de pintar tiene dos guías principales
—la imaginación y la inteligencia.¹⁴⁵*

Martí, con una familia de cubanos en Nueva York, visitó la colección de cuadros del multimillonario Vanderbilt. Gozó contemplando las obras de arte, y cuando una señora camagüeyana declaró que de todos los lienzos el que más le había gustado era un cuadro muy pequeño de un notable pintor, Martí exclamó pleno de contento:

—¡Tiene usted razón; como que es la obra mejor y más costosa que posee Vanderbilt!

Y así era en efecto.

¹⁴⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 30.

¹⁴⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 472.

El Cristo de Munkácsy¹⁴⁶

*En la pintura, como en el amor,
el más grande y singular mérito es la fidelidad.*¹⁴⁷

El 28 de enero de 1887, el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, Argentina, publicó un artículo de José Martí, enviado desde Nueva York, referido a la exhibición en uno de los museos de esta ciudad, del famoso cuadro *Cristo ante Pilatos* del pintor húngaro Mihály Munkácsy, en el que Martí describe que su autor ha logrado presentarnos a un “Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo vivo, el Cristo vivo, racional y fiero”, y para comprender su profundo contenido, afirma:

[...] es preciso batallar para entender bien a los que han batallado: es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebre oscuro, con el espíritu limpio y piadoso y palpado en

¹⁴⁶ Ernesto Mercado García: Ob. cit., p. 12.

¹⁴⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 127.

la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio..., valoración que realiza, como mirándose a sí mismo.¹⁴⁸

Luego de atravesar en los primeros meses de ese mismo año, un odioso ataque de bilis, que durante casi un mes lo tuvo en cama y en muy mal estado, José Martí, algo recuperado, envió una carta a su amigo Manuel Mercado, en ella le expresaba:

[...] en rollo aparte, y bien dispuesto, va hoy mismo para Vd. no una fotografía —como para quedarse en manos bribonas ha ido ya dos veces—, sino un grabado mayor del cuadro de Munkácsy. Dígame aunque sea en una línea, si llegó a sus manos [...]¹⁴⁹

Al recordar la visita que hiciera José Martí a México en julio de 1894, el hijo menor de la familia Mercado-García ofreció el siguiente relato:

En lugar muy visible de la biblioteca de la casa colgaba un cuadro que contenía un magnífico grabado, reproducción de la pintura *Cristo ante Pilatos* del artista húngaro Munkácsy, y que desde Nueva York había enviado José Martí a mis padres; envió al que este alude en una de sus cartas

¹⁴⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 15, pp. 343-349.

¹⁴⁹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 394.

a Mercado en 1887 [...] Un domingo, terminado el almuerzo, al pasar todos del comedor a la biblioteca, se detuvo él frente al cuadro, y mirándolo fijamente expresó bellísimos conceptos que le inspiraba la figura de Jesús como la concibió el pintor húngaro. Después volviéndose hacia mi madre, le dijo así:

—Lola, ¿de qué sublimes cosas le habrá hablado a usted este Cristo que no las haya encontrado desde antes en el alma de Mercado?

Quedamos todos en absoluto silencio; mi madre, intensamente conmovida; mi padre, con la cabeza tan baja que no vimos su semblante. Estas palabras a mi parecer, constituyen el elogio más alto que Martí haya hecho de mi padre, y acaso no haya habido jamás ningún otro de tal altura de un hombre a otro hombre [...] ¹⁵⁰

Este grabado fue donado a la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano de la Universidad de La Habana, con sede en la Fragua Martiana, por Ernesto Mercado García, quien laborara y residiera en este museo desde su inauguración el 28 de enero de 1952, hasta su muerte, ocurrida diez años más tarde. Se exhibe en la Sala 2, de esta instalación.

¹⁵⁰ Ernesto Mercado García: Ob. cit., pp. 12-14.

¡Las fealdades de noche!¹⁵¹

*Amor es delicadeza, esperanza fina,
merecimiento y respeto.*¹⁵²

Resulta conocido que, con independencia de las virtudes revolucionarias que conformaron la personalidad de José Martí, adornaban su comportamiento diario, la especial consideración a la mujer:

Vagabundo y como sin objeto anda el ser vivo
por la tierra si no tiene, en cada encuentro rudo,
para su frente sudorosa y herida, asilo en algún
seno de mujer [...]¹⁵³

A la mujer no dejaba de aconsejarla para que siempre cultivara no solo sus virtudes personales, sino su apariencia

¹⁵¹ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 11, La Habana, noviembre de 1983, p. 6.

¹⁵² José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 216.

¹⁵³ *Ibíd.*, tomo 6, p. 305.

personal. Vivía en la casa de huéspedes de la familia Mantilla-Miyares, cuando le llamó la atención una vecina que todas las mañanas, con la cabeza llena de rizos recogidos con papelillos y una bata de casa muy fea, salía a la puerta de su hogar a despedir al marido, cuando iba para el trabajo.

—¡Vean a esa mujer —exclamó Martí con disgusto—, que se compone y sale embellecida para lucirle a los extraños durante el día, y sin embargo, al marido solo le ofrece las fealdades de noche!¹⁵⁴

El amor es una fiera, que necesita cada día alimento nuevo¹⁵⁵ —asentaría más tarde en uno de sus Cuadernos de Apuntes y alerta a la pareja que ha decidido unir su suerte en matrimonio:

Las atenciones amorosas que se dan son un cuerpo de resistencia que se hace en el alma del ser amado contra la invasión del amor ajeno. —Compensación inteligente, premio sabroso— ¡dulcísimo trabajo! Dando a otro ventura, fabricamos la nuestra. —Siendo tiernos elaboramos la ternura que hemos de gozar nosotros. —Y sin pan se vive: —sin amor— ¡no!¹⁵⁶

¹⁵⁴ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 11, La Habana, noviembre de 1983, p. 5.

¹⁵⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 21, p. 130.

¹⁵⁶ Ídem.

Pisadas sobre la tierra¹⁵⁷

*Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.*¹⁵⁸

El 11 de mayo de 1873, cayó en combate, en los campos de Jimaguayú, el mayor general del Ejército Libertador Ignacio Agramonte y Loynaz. Dada la confusión inicial, al considerar la caballería mambisa que el Mayor estaba con las fuerzas de infantería y viceversa, y conocerse del fatal desenlace, el coronel Henry Reeve, quien asumía el mando de las tropas, ordenó retirada y encargó al capitán Serafín Sánchez que, con su compañía, registrara el inmenso potrero en busca del cadáver del glorioso paladín. Luego de tres horas, no logró resultado alguno.

La delación del lugar donde yacía el cuerpo por un soldado capturado, que se había apoderado de parte de sus objetos personales, propició que fuese encontrado por el enemigo quien, al percatarse de su valiosa presa,

¹⁵⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 22.

¹⁵⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 8, p. 192.

cargó con su cadáver y sus pertenencias y se trasladó a la ciudad de Camagüey.

Mientras en el campamento mambí se lloraba la irreplaceable pérdida, las autoridades españolas engalanaban la ciudad para recibir la columna del teniente coronel Rodríguez de León, y exhibir en la plaza de San Juan de Dios, el trofeo de guerra.

Treinta días más tarde, Ángela del Castillo y Agramonte de Fernández, madre de la patriota Cocola Fernández del Castillo de Casasi, prefiriendo las tristezas y penalidades de la emigración, a los vejámenes a que eran sometidos los familiares y amigos del Mayor por las autoridades españolas y sus mercenarios, salió de la capital agramontina con destino a Nueva York.

De lo ocurrido en Jimaguayú, y con los restos mortales del egregio luchador, conocían en detalles los emigrados revolucionarios: colocado sobre un caballo, los saltos de su cuerpo inerte sobre la bestia, producido por las irregularidades del sendero, le habían partido la espina dorsal, mientras su rostro y manos casi rozaban los caminos, hasta depositarlo en la morgue del hospital San Juan de Dios.

El vicario Manuel Martínez y el padre José Olallo Valdés, hermano de la Orden Hospitalaria San Juan de Dios, auxiliados por un empleado del hospital Esteban Castillo, desafiando el odio que se manifestaba por la soldadesca y la oficialidad española, se aprestaron a lavar el rostro ensangrentado y polvoriento del Mayor, descubrieron la herida de bala en la sien izquierda, que le había ocasionado la muerte y facilitaron su posterior identificación.

Castillo, una vez terminada su labor, cortó algunas gudejas de su cabello, las cuales escondió y posteriormente

entregó a Ángela del Castillo, para que esta se las entregara a Filomena Loynaz, madre del Mayor, que residía en Nueva York; otra para la viuda del héroe, Amalia Simoni, que se encontraba en México; y una tercera para que ella la conservara de recuerdo.

En una de las conversaciones que Martí sostenía a menudo con Ángela en Nueva York, ella le relató este pasaje de la guerra, lo que ocasionó que Martí como un resorte se pusiera de pie, y con el rostro desfigurado y en un tono suave y emocionado, exclamara:

—Pero Ángela, ¿cómo usted no me había contado esto antes?

—Espere un momento —contestó la patriota.

Acto seguido se retiró a su cuarto y minutos después regresó con un pequeño estuche que contenía un pomito con tierra de Jimaguayú y los cabellos, los puso en las manos finas y suaves de Martí, quien apretando con sus manos el pomito con la tierra bañada con la sangre del Mayor, exclamó:

—Siento en mi corazón sus pisadas sobre esta tierra. Siento el calor de su persona, siento el peso de su cuerpo caer en ella, veo su espíritu elevarse, oigo su voz que me dice: “¡Proseguid. Yo os he dado el ejemplo!”

Martí, besando aquellas hebras del héroe que Ángela había colocado en sus manos, con sus ojos fijos en ellas repitió:

—Su pensamiento está aquí y juro que seré su continuador hasta vencer o morir.¹⁵⁹

¹⁵⁹ Cocola Fernández del Castillo de Casasi: “Visión de Libertad”, revista *Patria*, año XIV, La Habana, junio 1958, p. 5.

Su hija, la joven Cocola Fernández del Castillo, relató años más tarde, que asombrada contemplaba algo distante la emotiva escena protagonizada por su madre y el Apóstol, pero al acercarse pudo observar que los ojos del Maestro estaban llenos de lágrimas.



Fuerzas cubanas al mando del general Ignacio Agramonte asaltan la torre óptica de Colón, en Pinto, Camagüey.

Dinamita ¡no!¹⁶⁰

*La guerra no se puede desear,
por su horror y desdicha.*¹⁶¹

El 16 de junio de 1888, en la ciudad de Nueva York, nació el club patriótico Los Independientes, integrado por un destacado grupo de emigrados, con el propósito de recaudar fondos y auxiliar en todo lo que fuera necesario a la revolución que ya comenzaba a organizar José Martí.

Al Salón de Armas del club militar de la mencionada asociación revolucionaria acudía Martí, siempre que la ocasión se lo permitía, para realizar sus ejercicios militares. Solía vérselo en camisa con el chaleco abierto, el cuello desabotonado y guindando sobre la impecable blancura de su pechera el cintillo negro que jamás abandonó.

Una noche sorprendió a varios jóvenes que se adiestraban en el uso y manejo de la dinamita.

¹⁶⁰ David Plochét Lardoeýt: *El capitán Plochét recuerda a José Martí*, p. 56.

¹⁶¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 61.

Yo recuerdo perfectamente —apunta el capitán Alberto Plochét—, cuando Martí se acercó a esos aparatos y cruzando para la mano izquierda un fusil inmenso que llevaba, extendió su brazo derecho y pidió la atención de todos.

Allí empezó la arenga más razonada, piadosa y humanitaria que jamás haya oído público alguno. Todos los discípulos, fusil en mano, se agrupaban y se apretujaban alrededor del Mecías para oír de sus labios aquella plegaria ferviente, que invocaba con unción evangélica, la misericordia de los hombres para con sus semejantes, impetrando compasión para el dolor ajeno.

Sí, era preferible ver el brazo vengador de la rebeldía cubana, perforar el corazón del cipayo de la tiranía con una bala o con el machete, que verlo destrozado por la acción de un explosivo alevoso y cruel —exclamaba el Maestro, y luego siguió diciendo—, que las leyes internacionales enfáticamente prohibían el uso de minas explosivas en los combates, castigando con saña fiera a la nación o pueblo que la utilizara.

Había que tener en cuenta —precisa también—, que nuestro poderoso vecino del Norte, aún compasivo y tolerante con nuestra causa, jactábase de humanitario, y muy bien podría negarnos su valioso apoyo conceptuando nuestro empeño como una lucha vandálica y apasionada, calificando a nuestras naves como filibusteros o de corsarios vulgares.

Las reservas de la patria¹⁶²

*La lucha que se empeña para acabar una disensión,
no ha de levantar otra.*¹⁶³

Como era ya costumbre, el 10 de octubre de 1888, los exiliados cubanos se reunieron para conmemorar un nuevo aniversario del inicio de nuestra gesta independentista. En esta ocasión, el Masonic Temple de Nueva York fue la sede que acogió a la comunidad cubana residente en esa localidad, que se dio cita para escuchar las palabras de un selectivo grupo de oradores.

Entre el público asistente estaba José Martí. No faltaron tampoco los resentidos aún por la separación del Maestro del plan independentista de San Pedro Sula —desestimado ya por esa fecha por los propios generales Máximo Gómez y Antonio Maceo—, que no descansaban un instante en atacar e intentar desprestigiar al Apóstol.

¹⁶² Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 4, La Habana, abril de 1982, p. 6.

¹⁶³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 319.

Sin embargo, dado el prestigio creciente de José Martí, los organizadores de la velada le habían solicitado que fuese él quien pusiera punto final a la actividad conmemorativa con su discurso.

Tan pronto se anunció que le correspondía hacer uso de la palabra para resumir el acto, el Maestro, emocionado, dio unos pasos para acercarse a la tribuna a la vez que un grupo de personas se puso de pie y de forma descompuesta, con airados gritos, exigió que hablara De Armas.

Ante el lamentable incidente, Martí hizo gala de su control, y sobreponiendo su patriotismo a la histérica agresión, cedió el turno a su compatriota Ramón de Armas, que no figuraba entre los oradores de la noche.

Al concluir el reclamado disertante sus palabras, de manera elegante, sereno él, y sin mencionar una sola vez el lamentable e inaudito incidente, regresó a la tribuna y pronunció un breve discurso dadas las altas horas de la noche. Sus enardecidas palabras, dichas al final de la intervención, conmovieron a todos.

[...] Lo que a otros se concede, nosotros lo conseguimos. Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!

Maestro y discípulo¹⁶⁴

*Para los fieles, vengan tarde o temprano,
guarda Cuba todo su amor.¹⁶⁵*

Gonzalo de Quesada y Aróstegui culminó sus estudios en la Universidad de Columbia, Estados Unidos en 1891; la carrera de Derecho le abrió el camino al joven abogado que aún no había cumplido sus veintitrés años. Una vida placentera estaba por comenzar, dadas sus cualidades para el desempeño de tan importante labor. Uno de los más prestigiosos bufetes neoyorquinos, el de Curtis & Colt en Nueva York, recibió a Gonzalo, quien debía ocuparse de la comisión encargada de los títulos de propiedad de valiosos terrenos en California. Una vez concluida esta faena, pasó a ser miembro de la reconocida firma.

¹⁶⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Recuerdo de la inauguración del Museo Nacional José Martí*, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, La Habana, 1928.

¹⁶⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 255.

Desde 1889 Gonzalo sentía una especial devoción por José Martí, con él colaboraba desinteresadamente en su labor revolucionaria. Para el joven que iniciaba una prometedora carrera como jurista, se presentaba un dilema: la riqueza o el deber.

En el artículo “Un gesto de Quesada”, José F. Campillo, quien fuera posteriormente secretario particular de Aróstegui desde sus primeros días como ministro de Cuba en Washington hasta que murió en Berlín el 9 de enero de 1915, al comentar sobre aquella disyuntiva contó una interesante anécdota:

El ministro de España —con influencia bastante y con negocios también en el bufete— quiso valerse de la oportunidad para hacerle daño a Martí en la preparación de su labor revolucionaria y al efecto obtuvo —ya nombrado Quesada para llevar a cabo su misión— que los abogados Curtis & Colt le escribieran una amistosa carta a Quesada que en vista de lo que al representante de España mortificaban sus aprestos separatistas, “se desligara de su propaganda con el señor Martí en beneficio de los negocios de la casa”.

Quesada recibió la carta e inmediatamente escribió al abogado Curtis y le planteó que renunciaba a la misión legal en California. Él no abandonaría a Martí.

Acabada de enviar su renuncia a su destino, se encontró con Martí que salía de su oficina de Front Street; le enseñó la comunicación del abogado Curtis.

—¿Y usted qué va a hacer? ¿Va a perder su porvenir y su riqueza? —le preguntó Martí.

Quesada le respondió:

—No, Maestro, yo no lo abandono; ya he renunciado a todo.

Martí le dio un abrazo en plena vía pública y se lo llevó a almorzar a un restaurante muy pobre donde él solía ir de vez en cuando.

—Hoy tomaremos media botella de vino barato para celebrar su gesto...

Mallet Prevost fue entonces designado para la revisión de los títulos, llegó a ser uno de los abogados más ricos de Nueva York en la firma Curtis & Mallet Prevost.¹⁶⁶

¹⁶⁶ José F. Campillo: “Un gesto de Quesada”, en revista *Patria*, año XXIII, No. 3, La Habana, marzo de 1967, p. 6.

Una misión sagrada¹⁶⁷

*Los médicos deberían tener siempre
llenas de besos, las manos.*¹⁶⁸

El doctor Ramón Luis Miranda conoció a Martí en los albores de 1889, por entonces el Apóstol se enfrentaba al apetito voraz del imperio de anexarse o adquirir mediante compra la isla de Cuba, y a los intentos de imponer su hegemonía en nuestra América.

Su identificación con la causa independentista le hizo acreedor de la máxima confianza del Apóstol y no pocas veces su propia casa se convirtió en centro de conspiración y de reuniones revolucionarias.

Un día —recuerda el galeno—, me mandó a buscar por encontrarse enfermo y me dirigí a su casa al oeste de la calle 61, cerca de la Avenida de Columbus; lo encontré en su modesto y estrecho

¹⁶⁷ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 107.

¹⁶⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 272.

cuarto, postrado en cama, febril, nervioso; al examinarlo diagnosticué bronquitis y que en breve se curaría; él se había alarmado creyendo que su enfermedad pudiera agravarse y me dijo:

—Doctor, cúreme pronto, tengo una misión sagrada que cumplir con mi patria; poco me importa morir después de realizarla; la muerte para mí no es más que la cariñosa hermana de la vida.

Esa fue la primera vez que vi personalmente a Martí, y desde entonces sentí por él respeto, admiración y comprendí su grandeza e inmenso amor por Cuba. Con frecuencia nos veíamos después, y tuve el placer de que pasase los últimos días en Nueva York en nuestra casa.

La bella Otero¹⁶⁹

*La verdad quiere arte. Solo triunfa lo bello.*¹⁷⁰

En su libro, *El Martí que yo conocí*, Blanche Zacharie de Baralt relata diversos episodios relacionados con la vida de José Martí, a la que le unieron lazos de profunda y sincera amistad. Uno de sus apasionantes recuerdos data de la temporada de teatro, que en la última década del siglo XIX presentaba en Nueva York a una de las más reconocidas y admiradas bailarinas españolas: Carolina Otero, la bella Otero, como la llamaban sus contemporáneos.

Había nacido en 1871. Muy joven y pobre emigró a París; por su talento y belleza alcanzó planos estelares en los principales teatros parisinos, a cuyas funciones asistían renombrados artistas y políticos de Francia. Su pasión por el baile y fama artística la llevó a exhibir su arte por diversos países y conquistar admiradores en todo el mundo.

¹⁶⁹ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 42.

¹⁷⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 9, p. 465.

Trabajaba a la sazón (1890) en Nueva York, la bella Otero, artista notable por su donaire y escultural belleza —rememora Blanche Zacharie—. Aunque nada despreciable, su arte era inferior en técnica y en gracia a la célebre bailarina andaluza Carmencita, que había arrebatado al público en general y a Martí en particular, algún tiempo antes.

Muy apreciador del arte y de la hermosura, tenía él un vivo deseo de verla bailar; pero en el teatro donde actuaba, el Eden Musée, en la calle 23, habían puesto sobre la puerta una gran bandera roja y gualda, y Martí no podía entrar en un edificio cobijado por el estandarte de España. *C'étaie plus fort que lui*. Un día, no se sabe por qué motivo, los empresarios arriaron la bandera. El camino estaba, pues, libre, y fuimos, Martí, mi marido, mi cuñada Adelaida Baralt y yo, a verla bailar.¹⁷¹

De ahí surgió su inspiración. “El alma trémula y sola...” popularmente conocido como “La bailarina española”, ratifica lo apuntado por Blanche, y describe la singular belleza y maestría artística de la bella Otero, en la inolvidable función.

*El alma trémula y sola
Padece al anochecer:
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.*

¹⁷¹ Blanche Zacharie de Baralt, pp. 42-43.

*Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.*

*Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.*

*Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!*

*Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.*

*Preludian, bajan la luz:
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.*

*Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta:
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.*

*Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.*

*Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.*

*Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.*

*El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.*

*Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...*

*Baila muy bien la española;
Es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola!¹⁷²*

¹⁷² José Martí: *Obras Completas*, tomo 16, p. 80.

La bárbara abeja¹⁷³

*La poesía ha de tener la raíz en la tierra,
y base en un hecho real.*¹⁷⁴

Inmerso en el proceso final de impresión de la novela *Ramona*, de la escritora norteamericana Helen Hunt Jackson, que había traducido al español, se hallaba Martí cuando el club Los Independientes convocó para el día 15 de julio de 1888 un mitin revolucionario en el Pithagoras Hill. Entre las personalidades invitadas se encontraban el brigadier Flor Crombet y José Martí, figuras que en la ciudad neoyorquina gozaban del reconocimiento y admiración de los emigrados cubanos.

Una intervención del general Crombet produjo un acalorado debate, especialmente con José Martí, acerca de cómo debía organizarse el movimiento revolucionario, diferencias de criterios que ambos decidieron soslayar en aras de alcanzar la unidad revolucionaria.

¹⁷³ Nidia Sarabia: *Carmen Miyares, la patriota del silencio*, p. 89.

¹⁷⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p.191.

En lo adelante, el respeto y la amistad entre los dos revolucionarios, posibilitó en buena medida, el reinicio de la guerra necesaria.

Entonces la salud del Maestro se encontraba nuevamente resquebrajada, obligado hubo de guardar cama durante un tiempo.

Por recomendación de su médico, en aras de su recuperación, decidió pasar unos días en Bath Beach, junto a la familia Mantilla-Miyares y, posteriormente, un fin de semana en los montes de Catskill. Fue en la primera de estas estancias cuando, sentados debajo del árbol —la niña María Mantilla y él—, una abeja picó en la frente a la pequeña, triste recuerdo que quedaría para siempre en los corazones del Apóstol y de María Mantilla; años más tarde fue razón de uno de sus *Versos Sencillos*:

*Temblé una vez —en la reja,
A la entrada de la viña—,
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.*¹⁷⁵

Nidia Sarabia, la investigadora martiana que tuvo el honor de conocer y entrevistar a María Mantilla, recoge en su libro *Carmen Miyares, la patriota del silencio*, un testimonio relacionado con estos versos del Maestro:

Es cierto que la niña a quien picó la abeja, de los *Versos Sencillos*, soy yo. Pero no fue en las

¹⁷⁵ José Martí Pérez: “Versos Sencillos”, *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo I, p. 235.

montañas de Catskill, sino en Bath Beach, L.I., donde estábamos pasando el verano, y yo tenía entonces diez años, fue en el año 1890.

Ese día Martí iba a escribir sus versos, y me llevó con él, y estando los dos sentados debajo de un árbol, se apareció una abeja, y después de darme muchas vueltas me picó en la frente, y en el acto Martí cogió la abeja entre sus dedos y la trituyó.

No sabiendo qué hacer para aliviarme el dolor, entramos en un casucho por el camino, para pedir agua, y ponerme un poco de fango en la picada, y nos recibió una mujer, la recuerdo muy bien, pues era flaca, fea, con los rizos cogidos y saya de franela colorada, y a Martí le impresionó su fealdad, siendo él gran admirador de todo lo bello.

Después de este incidente fue que escribió el verso. Y ese mismo día nos paramos por el camino, y nos sacamos un retrato *tin-type*, el cual conservo; es el único que existe, y si es posible hacer una reproducción de él, lo haré y se lo mandaré. No parece posible que hayan pasado cuarentaiocho años desde ese día, y lo tengo tan vivo en la memoria.¹⁷⁶

Sin embargo, no solo el mencionado incidente lo plasmó el Maestro en aquel hermoso verso. En uno de sus Cuadernos de Apuntes, nos deja una anotación en la que expresa su interés por escribir un libro que titularía: Los momentos supremos, (de mi vida, de la vida de un

¹⁷⁶ Nidia Sarabia: Ob. cit., pp. 89-90.

hombre; lo poco que se recuerde, como picos de montaña, de la vida: las horas que cuentan). Acto seguido describe ocho momentos supremos, entre los que aparece, en tercer lugar:

La abeja de María¹⁷⁷

Y esta es prueba plena del lenguaje de los animales, y de algo más: de la necesidad de dar duro, cuando hay que dar. Entré al cajón privado lleno de avispas, y como sé que en la mañana habían herido a la pobre María, con el canto de mi libro nuevo, “Sources of the Constitution of the U. States”, y muy contra mi voluntad, aplasté o magullé a las más visibles. Caían al suelo, y otras muchas, que yo no había tocado, cayeron con ellas. Segundos después, miro alrededor mío, y no había una sola avispa en el cajón.¹⁷⁸

Esta arremetida de Martí contra las avispas, “muy contra mi voluntad”, la que realiza por el ataque, “a la pobre María”, no deja lugar a dudas de que se refiere al mismo episodio recogido en sus versos y relatado más tarde por María Mantilla, aunque en los primeros describa como culpable a una abeja y en este último lo atribuya a las avispas, que inexplicablemente no reaccionaron a la embestida, y otras “que yo no había tocado, cayeron con ellas”.

¹⁷⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 288.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, tomo 21, p. 428.

Ni palmas ni memoria¹⁷⁹

*No hay belleza en la rigidez; la vida es móvil,
desenvuelta, abandonada, muelle, activa...*¹⁸⁰

Patricio Gimeno había nacido en Perú, pero afirmaría más tarde, que los mejores años de su vida fueron en La Habana. Finalmente en 1890, decidió residir en los Estados Unidos, donde se dedicó a la pintura y fotografía.

Entre las cartas de presentación que me habían dado mis amigos —recuerda Gimeno—, traía la de un gallego muy apreciable, pero español acérrimo, y además, oficial del Cuerpo de Voluntarios, al dármele me dijo:

—Aquí tiene usted una carta para don José Martí. Conocí muy bien a su padre, oficial del ejército, también al hijo lo traté, y a pesar de la ojeriza que nos tiene, pues conspira contra nosotros, seguro estoy de que le encantará su trato. Es, después de todo, como su padre, un perfecto caballero. Quizás no le falten razones para odiarnos.

¹⁷⁹ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 63.

¹⁸⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 391.

Era la primera vez que oía hablar de Martí. Apenas me instalé en Nueva York fui a su oficina en Front Street. Tanto interés me mostró en nuestra primera entrevista, que salí enamorado de su espontánea cordialidad.

No mucho después de tratarnos, me pidió que le pintara un retrato de su difunto padre, del que solo le quedaba una fotografía, me advirtió de antemano que sus recursos eran escasos. Cuando lo hube terminado, agradecido de sus atenciones, no quería cobrárselo, mas, tanto insistió que me pagó el doble del precio ínfimo que le había dado.

Otro día hube de prometerle que le pintaría un paisaje de palmeras, ofrecimiento que olvidé entre mis obligaciones y luna de miel, hasta que un día se presentó ante mí un pintor mexicano con la siguiente nota:

 Mi amigo Gimeno:

 Usted ha desertado y quiere vivir solo en su felicidad. Ni palmas ni memorias. Yo porque no me crea interesado no le he ido a ver, porque lo iría a ver por usted y por verle el hogar, y creería usted que iba a verle por el interés de las palmas [...]

Finalmente me pedía que ayudara al portador, un pintor mexicano que necesitaba abrirse paso en la populosa ciudad. Por muy ocupado que estuviera, Martí siempre se encontraba listo para ayudar al hombre más insignificante que tocara a la puerta de su oficina.¹⁸¹

¹⁸¹ Patricio Gimeno: “Reminiscencias de José Martí”, en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 63-65.

El enanito de arriba¹⁸²

*Oír bellos versos
es una noble manera de amar.*¹⁸³

Entre las cualidades que poseía el hombre de *La Edad de Oro*, hechizaba su condición de poeta. Iniciador del modernismo en nuestra América, al bardo cubano no se le escapaba detalle alguno y poseía una aguda y certera visión para encantar con sus poemas a compatriotas y amigos.

Así le sucedía a su amiga Blanche, quien recordaría para siempre sus versos, y consideraba que su mayor atractivo era el don de conversador, su comportamiento siempre cortés y, cómo en medio de sus preocupaciones y responsabilidades, no olvidaba a quienes quería.

Un día de presión intensa —cuenta Blanche Zacharie—, Martí en vísperas de un viaje, en el vórtice de trabajo, el cerebro repleto de proyectos y

¹⁸² Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 27.

¹⁸³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 431.

temores, vino presuroso a preguntarme qué objeto creía yo que sería del agrado de una niña de cinco años, hija de un tabaquero de Tampa, a quien él estaba agradecido por un favor. Tenía poquísimo tiempo, el tren partía y le quedaban muchas diligencias apremiantes por hacer, pero suprimió la comida y llevó el recuerdo a la chiquilla.

A mis hijitas las obsequiaba a menudo. Conservo como un tesoro un fino regalito que Martí le mandó a la pequeña Blanca en las Pascuas; un diminuto tocadorcito de filigrana de plata, algo entre un juguete y una joya. No encuentro por desgracia, los versos que lo acompañaban. En cambio, conservo los que iban con el regalo destinado a Adelita, un bebé, una graciosa tacita de Dresde. Dicen así:

*El enanito de arriba
Trajo a Adela esta mañana
Esta _____ porcelana
A la porcelana viva.*¹⁸⁴

No queriendo escribir la palabra *linda* para calificar su obsequio, puso una rayita por pura y exquisita modestia. Blanche, en su libro relata, que ya adulta, su amiga Ubalдина Guerra de Pujol, la hija de Benjamín, tesorero del Partido Revolucionario Cubano (PRC), le hacía cuentos.

En mi infancia, Martí visitaba mucho mi casa para coordinar acciones revolucionarias con mi

¹⁸⁴ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 27.

padre, encuentros a los que Panchita, mi hermanita menor, y yo, le adicionábamos una especial dulzura.

Relata Ubita, como cariñosamente la llamaban, que cuando contaba con poco más de tres años, ya había aprendido de memoria el poema “Los zapaticos de rosa”, los que un día recitó a Martí, sentada sobre sus piernas.

Para demostrar su complacencia, al día siguiente Martí me envió un precioso juguete que, por cierto, no sé dónde encontraba esos primores; este era un quitrín cubano, y dentro una muñequita, con zapatos rosados, y junto al hermoso coche, estos versos:

*A Ubaldina la hechicera
Le manda la generosa
Esta memoria ligera,
Pilar, la niña sincera
De los zapatos de rosa.*

*Y ya que el sol da calor
Si en un jardín hay flores,
Por igual a cada flor,
Le va a Panchita un señor
Con un carrito de flores.*¹⁸⁵

¹⁸⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 17, p. 217.

Como las paralelas del ferrocarril¹⁸⁶

*Azuzar es el oficio del demagogo
y el del patriota es precaver.*¹⁸⁷

El 30 de junio de 1891, procedentes de La Habana, habían llegado a Nueva York Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo y su hijo José Francisco Martí, quienes se hospedaron en el hotel Fénix. Entusiasmado por la presencia de su esposa y Pepito, como cariñosamente le llamaba, en el mes de julio disfrutó de unos días en Bath Beach.

A pesar de los intentos de ambos cónyuges por salvar el matrimonio, ya nada podía hacerse; la incomprensión y la distancia habían socavado los cimientos de lo que el amor había construido. Un mes más tarde, luego de una agotadora jornada, Martí regresó al hotel y encontró la habitación desierta. Poco después supo lo acontecido: Carmen había huido. Su silenciosa, calculada e intempestiva partida lo sorprendió; comprendió que no solo lo

¹⁸⁶ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 36.

¹⁸⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 192.

había abandonado, sino separado para siempre de José Francisco.

Sin embargo, algo irritó mucho más a Martí. A la precipitada escapada de su esposa, se sumaba el servicio que le había prestado Enrique Trujillo para presentar ante el cónsul de España en Nueva York, la solicitud de despachar con urgencia los pasaportes de Carmen y José Francisco para su regreso a Cuba. La traición de ambos, especialmente la deslealtad de Trujillo, nunca la perdonó Martí, pese a las insistentes demandas de algunos amigos.

Enrique Trujillo, director del periódico *El Porvenir*, que circulaba en Nueva York a pesar de gozar de prestigio entre una parte considerable de la emigración cubana, por su abierta posición antianexionista, manifestó pronto serias discrepancias con Martí que tomaron mayor auge desde el mismo inicio en que fueron aprobadas las resoluciones de Tampa en noviembre de 1891, lo que lo convirtió en una especie de vocero del sector más alto de la clase media cubana radicada en Nueva York.

Sus ataques se intensificaron y se hicieron cada vez más agresivos e insultantes, en la misma medida en que Martí aumentaba su popularidad entre los emigrados y fundaba el Partido Revolucionario Cubano.

En medio de este clima de disgusto y distanciamiento, algunos patriotas, entre los que se encontraba Modesto A. Tirado, se acercaron a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, secretario y tesorero de dicha organización política, respectivamente, con el fin de que ejercieran toda su influencia con Martí para lograr que al menos, entre ellos, se mantuviesen relaciones en bien de la causa cubana.

Cuando las condiciones propiciaron a ambos patriotas abordar tan espinoso tema, Martí, con serenidad y firmeza, les respondió:

—Por Cuba y para Cuba, Trujillo y yo seguiremos trabajando en el mismo propósito y con el mismo esfuerzo; pero en la vida ya no somos más que las paralelas de un camino de hierro: vamos juntos hacia un idéntico fin, sin que podamos encontrarnos jamás.¹⁸⁸



Muy ilustrativa fue su postura: como las líneas del ferrocarril. Estas pertenecen a la pequeña estación de Central Valley donde Martí fue recibido por los niños del lugar blandiendo la bandera cubana y entonando las notas del Himno de Bayamo. Su profesor, Tomás Estrada Palma.

¹⁸⁸ Revista *Patria*: año XLI, No. 5, La Habana, mayo de 1985, p. 3.

¿Un poeta?¹⁸⁹

*La verdad no se puede quedar sin decir.*¹⁹⁰

El 23 de noviembre de 1890, el gobierno de la República Oriental del Uruguay había nombrado a José Martí como su representante en la Comisión Monetaria Internacional Americana, evento derivado de la Conferencia Internacional Americana, celebrada el año anterior y en la que Martí no pudo participar directamente.

Ahora, una vez que hubo recibido oficialmente la comunicación que lo acreditaba ante el evento, la presentó al secretario del Departamento de Estado del país sede, James G. Blaine, y le solicitó instrucciones y los documentos acreditativos para asistir a la magna reunión que el día 7 de enero de 1891 iniciaría sus sesiones en la ciudad de Washington, Estados Unidos, con el propósito

¹⁸⁹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 59.

¹⁹⁰ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 167.

encubierto de complementar las conquistas del naciente imperialismo yanqui sobre los países de Latinoamérica.

Por entonces, José Martí era un cubano muy conocido por las autoridades de Norteamérica dadas sus ideas independentistas y antimperialistas, por lo que su presencia no resultaba del agrado de los anfitriones, quienes comenzaron a dilatar su permiso de participación.

Enterado el doctor José Ignacio Rodríguez, secretario de la comisión, de la designación de Martí como representante de la hermana república del Uruguay, socarronamente exclamó:

—¡Miren que designar a un poeta para un cargo tan elevado en que se necesitan grandes conocimientos científicos de Hacienda y Economía!¹⁹¹

Luego de una prolongada espera, se le otorgó la autorización correspondiente, y el 4 de febrero de 1891, José Martí asistió a la segunda sesión del evento, que ya funcionaba desde el pasado mes.

Su vertical posición en defensa de los intereses, de la que en días recientes llamara Nuestra América, sustentada en profundos conocimientos de la realidad económica, política y social del continente, y en contra de las propuestas norteamericanas que pretendían asfixiar la economía de nuestros pueblos, permitió mostrar a los delegados a la conferencia, los objetivos ocultos del convite y los peligros que se cernían sobre nuestros pueblos.

¹⁹¹ Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 8, La Habana, agosto de 1982, p. 4.

Blaine, propulsor del certamen y conocedor de que Martí era contrario a la posición norteamericana, intentó sobornarlo. Conociendo del respeto que le profesaba el revolucionario cubano a su compatriota, quien fungía como secretario de la comisión, decidió utilizar al burlón abogado como intermediario.

La entrevista se realizó en el despacho de José Martí, en 120 Front Street. El Maestro escuchó cortésmente y con atención, las palabras del doctor Rodríguez, hasta percatarse de la aviesa intención de su interlocutor:

—¡Se equivoca usted, don Ignacio, y no hay nada más que hablar!; ihágame el favor de salir inmediatamente de este despacho! —contestó Martí, al tiempo que se ponía de pie y le indicaba a su interlocutor la puerta de salida de la oficina.

Por su decisiva participación en la conferencia, el subestimado e incorruptible poeta, delegado por Uruguay, recibió el encargo de redactar el informe final de la comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados yanquis.

Con sus argumentaciones y habilidad polémica y diplomática, Martí contribuyó a desmontar el proyecto de crear una o varias monedas de plata de curso hemisférico, lo que hubiese significado un instrumento arrollador para el dominio yanqui en Latinoamérica.¹⁹²

¹⁹² Rafael Almanza Alonso: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, p. 321.

El tren de la revolución¹⁹³

*Cuba no puede aguardar más.
Voy de un aliento.*¹⁹⁴

Invitado por los emigrados de Tampa, José Martí arribó a esa ciudad por primera vez, la medianoche del 25 de noviembre de 1891, en medio de una fuerte lluvia que no impidió el recibimiento de una entusiasta multitud, entre la que se hallaba Néstor Leonelo Carbonell, el destacado patriota que en el exilio continuaba participando activamente en las labores revolucionarias a favor de nuestra independencia. Por su entrañable amor a Cuba, formó parte del grupo de selectivos hombres a quienes el Apóstol escogió como sus íntimos colaboradores y amigos. Néstor era de los cubanos incansables que solo sentían dicha en lo que elevara y mejorara el alma de la patria.

Aquella visita tenía entre sus objetivos analizar y aprobar unas resoluciones elaboradas por los clubes de la localidad

¹⁹³ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 62.

¹⁹⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 48.

y pronunciar sendos discursos los días 26 y 27, que se conocerían posteriormente como las piezas oratorias “Con todos y para el bien de todos” y “Los Pinos Nuevos”.

De la memorable jornada, el hijo de Néstor Carbonell, que llevaba como primer nombre el de su progenitor y no rebasaba los diez años, recuerda con qué apasionamiento los más pequeños, juntos a sus padres, seguían a Martí en el recorrido y visitas que realizaba a las diferentes tabaquerías para conversar con los trabajadores.

La última de las fábricas visitadas fue la de Pons, situada a unos veinte metros de la Estación de Ferrocarril de la Empresa Plant. De lo que sucedió en esta fábrica, como en las demás, relata Carbonelito, como cariñosamente le llamara Martí:

Su presencia en la tribuna fue acogida con estruendosos aplausos. Allí como en las otras habló elocuentemente [...] Habló de que solo los tímidos darían pretextos para intentar la espera y querer detener al Partido Revolucionario Cubano, rebosante de alas y espuelas, en su tarea de ordenar la guerra indispensable para su triunfo rápido y seguro.

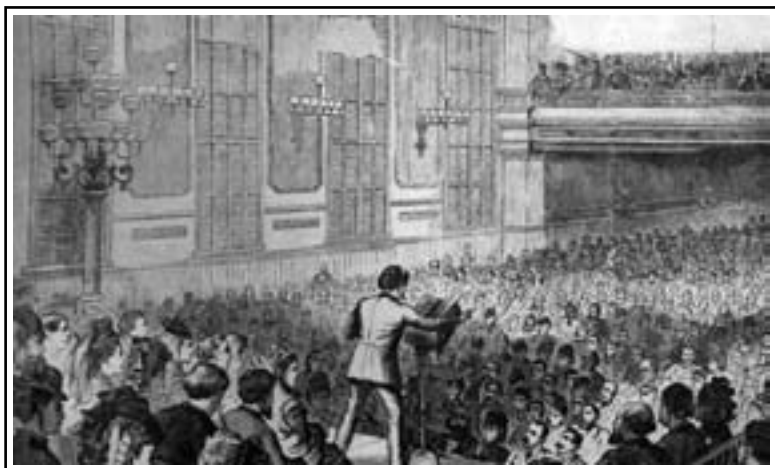
De esto hablaba, cuando una locomotora que descansaba en la estación, lanzó un pitazo agudo y fuerte; y entre resoplidos y estremecimientos, echó a andar como pidiendo vía libre. Como si aquello hubiese estado previsto, Martí, alzando la voz, exclamó:

—¡La revolución como ese tren, pronto emprenderá su marcha, pidiendo vía libre! El maquinista

ya está en su puesto, y sabe su deber. El conductor está en el suyo, atento a los pasajeros impacientes por llegar, a fin de que ninguno se le quede rezagado, y ¡ay! del que intente detenerlo.

Ante aquellos párrafos como ilustrados, la multitud que lo escuchaba —tabaqueros, escogedores, despalilladores—, rompió en un estruendoso y dilatado clamoreo. Posteriormente se refirió al poder de España en Cuba y a sus fuerzas de combate desplegadas en la Isla, y terminó aquel último discurso en Ibor City, con una frase que pareció salirle de lo más hondo del corazón:

—Venceremos; si ellos son martillos que rechazan, seamos nosotros la lima que destruye.¹⁹⁵



Acto que permitía evocar las fiestas patrióticas.

¹⁹⁵ Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 9, La Habana, 1982, p. 7.

Entre negros y blancos¹⁹⁶

*Lo extraordinario une a los hombres.*¹⁹⁷

En noviembre del año 1891, cuando se anunció la inminente visita de José Martí a la ciudad de Tampa, el periodista habanero Víctor Muñoz era uno de los más modestos emigrados de Cayo Hueso, vecina localidad al sur de la Florida.

A pesar de que la inmensa mayoría de los emigrados suspiraba y luchaba por la independencia cubana, la comunidad de la Isla residente en aquellas ciudades y pueblos estaba dividida por clases sociales, edades, procedencia regional, color de la piel o simpatía hacia una u otra figura de la primera guerra.

Yo no tengo empacho en declarar —apunta Muñoz—, que fui uno de los que, por el conocimien-

¹⁹⁶ Víctor Muñoz en Carmen Suárez León, ob. cit., p. 120.

¹⁹⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 22, p. 142.

to de las pequeñas rencillas que dividían a los emigrados, era escéptico entonces, y cuando una tarde triste de diciembre vi junto a la borda del vapor *Mascotte* al Maestro, respondiendo con sonrisas a las aclamaciones de los que acudían a recibirlo, pensé en la inutilidad de su empeño, en la imposibilidad de que fuese capaz de lograr aquel propósito.

La labor de aquel hombre insigne, que merece un altar en cada pecho de cubano, no puede ser apreciada y juzgada justamente más que por los que presenciaron su desenvolvimiento y puedan abrir el sagrario de los recuerdos, sin que al hacerlo revivan viejas pasiones y prejuicios.

Entre los mil incidentes de aquella obra del Apóstol que retiene mi memoria, hay uno que puede comprenderlos a todos.

Desde su llegada a Tampa el mes anterior, empezó a notarse cierta fricción entre blancos y negros que, advertida por quienes sabían la magnitud que el mal podría ocasionar, fue puesto en conocimiento de Martí.

Días después llegó el Maestro a la ciudad de Ibor City; llamó a la puerta, siempre abierta para él, de Paulina Pedroso, la negra ilustre por su patriotismo, y saludando a los asombrados transeúntes con aquella sonrisa de iluminado, la paseó de su brazo por las calles principales, poniendo fin de aquella sutil manera, sin decir una sola palabra a lo que pudo ser un obstáculo infranqueable en el camino que había emprendido.

Los patriotas blancos y negros comprendieron, y cuando pocas horas después se aprestaba a iniciar su viaje de regreso a Nueva York, blancos y negros lo despidieron como si nunca hubiese existido entre ellos diferencia alguna.



Paulina Pedroso.

Vueltas de carnero¹⁹⁸

*Bien se estén los honores donde están,
si es que hay que ir a buscarlos.*¹⁹⁹

Una fría mañana de noviembre de 1891, el joven Enrique Loynaz del Castillo arribó al puerto de Nueva York, procedente de República Dominicana. Conocer a José Martí era uno de sus más codiciados deseos, aspiración que fue posible al día siguiente de su llegada, gracias a la gestión personal de los generales Serafín Sánchez y Francisco Carrillo.

—¡Esto es un gran disparate: llevar este muchacho a Martí es para que salga dando vueltas de carnero, ya lo verás! —le expresó Carrillo a Serafín mientras subían la escalera que los conduciría a la oficina del Maestro, en 120 Front Street.

¹⁹⁸ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 93.

¹⁹⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 14, p. 314.

Apenas anunciados los nombres de los prestigiosos generales, apareció Martí con los brazos abiertos. A mí me latía intensamente el corazón —recordaría Loynaz.

—Martí, aquí le traemos al más ferviente de sus admiradores: este muchacho de familia camagüeyana que dio mucha sangre a Cuba, lleva hasta la locura la pasión por la patria —le dijo Serafín, presentándole a Loynaz.

Pasamos a la sala y se produjo una extensa conversación sobre diversos temas socioculturales de actualidad y acerca de Cuba. Al terminar la visita nos regaló unos ejemplares de la traducción que había realizado, en 1888, de una novela de la escritora norteamericana Helen Hunt Jackson, que se había publicado con el título de *Ramona*.

En la dedicatoria que me hizo, escribió: “A Enrique Loynaz, que amaré, con su alma tierna y fogosa, a mi pobre Alejandro”. Y viendo empolvado mi sobretodo, tomó un cepillo, y con esmero lo sacudió. ¡Y antes de que pudiera impedirlo, había también sacudido el polvo de mis zapatos! ¡A mí me pareció tener delante la reencarnación de Jesucristo!

Al abandonar aquel despacho, el general Carrillo, advirtió:

—Ya tú ves, Serafín, lo que te anuncié: este muchacho ha salido de aquí dando vueltas de carnero.

Abrazo de revolución²⁰⁰

*Un pueblo que entra en revolución
no sale de ella hasta que se extingue o la corona.*²⁰¹

El 5 de diciembre de 1891, José Martí le comunicó a su compatriota José Dolores Poyo, director del periódico *El Yara*, de Cayo Hueso, su deseo de visitar esa localidad:

Ardo en deseos de ver el Cayo con mis ojos y de respetarle las formas y métodos que se ha ido dando con lo real y necesario [...]

Y más adelante, en correspondencia con su código ético, se preguntaba:

[...] Pero ¿cómo ir al Cayo de mi propia voluntad, como pedigüeño de fama que va a buscarse amigos, o como solicitante, cuando quien ha de

²⁰⁰ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 8, La Habana, 1983, p. 3.

²⁰¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 248.

ir en mí es un hombre de sencillez y de ternura, que tiembla de pensar que sus hermanos pudiesen caer en la política engañosa y autoritaria de las malas repúblicas? [...] aunque se muera uno de deseos de entrar en la casa querida, ¿qué derecho tiene a presentarse, de huésped intruso, donde no le llaman?²⁰²

La emigración patriótica que se había asentado en ese territorio representaba uno de los más importantes baluartes para alcanzar la unidad de los cubanos en el exterior, a la que el Maestro había dedicado más de diez años de intensa labor revolucionaria, y su oportuna presencia posibilitaría analizar con una amplia representación de los clubes y asociaciones revolucionarios de Tampa, Nueva York y Cayo Hueso, los proyectos que elaboraría de bases y estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano, documentos que serían discutidos y aprobados días más tarde en el hotel Duval.

Informado por Dolores Poyo de la disposición de José Martí para visitar el Cayo, Ángel Peláez se dio a la tarea de organizar un comité que se encargara de los preparativos para el recibimiento de tan distinguido compatriota. De inmediato se le comunicó y aún enfermo —aquejado de broncolaringitis aguda— decidió corresponder a la invitación formulada. “Enfermo, pero cerca del noble Cayo”.²⁰³

²⁰² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo II, pp. 330-331.

²⁰³ Ibídem, p. 335.

El día 25 fue despedido por una amplia representación de los clubes revolucionarios de Tampa, que habían contratado los servicios de una banda de música y engalanado la zona de embarque para desearle al Apóstol un feliz viaje a Cayo Hueso, a bordo del vapor *Olivette*.

Acompañado por Ramón Rivero y Eligio Carbonell, integrantes de las directivas de los clubes revolucionarios Ignacio Agramonte y Liga Patriótica, de Tampa, descendió Martí del vapor.

Su primer y emotivo encuentro con aquella representación de pueblo que lo aclamaba y recibió calurosamente, se convirtió en una excelente medicina para reanimar de momento su delicado estado de salud.

Este encuentro con sus anfitriones, hombres de profundo patriotismo y total entrega a la revolución, tiene en un abrazo, el símbolo de la unidad y continuidad de la gesta iniciada por el Padre de la Patria.

A José Francisco Lamadriz, un glorioso emigrado nacido en la región occidental de la Isla, y activo participante en todas las lides conspirativas y en los movimientos revolucionarios que se habían organizado a favor de la independencia, lo comisionaron para recibir al ilustre visitante.

El encuentro no pudo ser más emotivo. El Maestro, que conocía del historial revolucionario del viejo combatiente, apenas pudo contener la conmoción, y al tiempo que lo envolvió entre sus brazos, efusivamente le dijo:

—¡Abrazo a la pasada revolución!

La respuesta del veterano luchador no se hizo esperar:

—¡Abrazo a la revolución del porvenir!

En alas de mi pueblo²⁰⁴

*Es cobarde quien ve el mérito humilde
y no lo alaba.*²⁰⁵

Ya en el Cayo, sorprendido Martí por la entusiasta comitiva que había venido al muelle a recibirlo, vio además de Francisco Lamadriz, a José Dolores Poyo, Ángel Peláez, Gualterio García y otros reconocidos emigrados que se disponían a acompañarlo hasta el lugar reservado para su hospedaje. Momentáneamente fue interrumpido por un compatriota que solicitó llevarlo en un lujoso carruaje que la esposa de Frank E. Bolio había enviado gustosamente para su traslado hasta el hotel Duval. Con la amabilidad que lo caracterizaba, declinó Martí la invitación, argumentando:

—No, igracias!, igracias por tanto cariño!;
pero ¿dónde podré ir con más comodidad que

²⁰⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 40.

²⁰⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 370.

llevado por estas alas de ternura que tiende mi pueblo?²⁰⁶

Y fue así, caminando entre la entusiasta multitud, que llegó al emblemático hotel engalanado también para ese momento. Allí, en agradecimiento a los cubanos que lo acompañaron, tomó una silla por tribuna e improvisó un hermoso y patriótico discurso.



Tributo de simpatía y admiración de los emigrados cubanos a José Martí, en la casa de Tedoró Pérez.

²⁰⁶ Revista *Patria*: año LX, No. 4, La Habana, abril de 1984, p. 2.

Los judíos son gente noble²⁰⁷

*Las noblezas dan luz, dentro y afuera.*²⁰⁸

Entre fines de diciembre y los primeros días de enero del año 1892, Martí visitó Cayo Hueso; como el lavandero chino encargado de mandarle de Nueva York su ropa limpia, se demoró en hacerlo, el patriota Teodoro Pérez encargó a un joven judío que le consiguiera a Martí media docena de camisas nuevas.

Al presentarse el joven, se anunció diciendo:

—Dígale al señor Martí que lo desea ver un judío.

—¿Un judío...? —exclamó—. ¿Será que como predico la redención de la patria pretenden seguirme como a un profeta? Dígale que pase, los judíos son gente noble.

El joven le tomó las medidas y Martí pudo presentarse pulcramente vestido, como era costumbre suya, en los actos patrióticos del histórico Cayo.

²⁰⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 42.

²⁰⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 476.

Véame como soy²⁰⁹

*El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos,
aun del ente más infeliz, es en mí, fanatismo.*²¹⁰

En esta, la primera visita de José Martí a Cayo Hueso, ciudad en la que se agrupaba una emigración ferviente y defensora del reinicio de la lucha independentista cubana, Manuel Patricio Delgado tuvo el placer de colaborar con los preparativos para ofrecerle al Maestro el más caluroso de los recibimientos y una feliz estancia.

Como yo era el redactor jefe del periódico *El Yara*, y José Dolores Poyo y otros amigos serían los encargados de la atención de Martí y de ultimar los detalles para la conformación del

²⁰⁹ Manuel Patricio Delgado: “Martí en Cayo Hueso”, en Carmen Suárez León, ob. cit., p. 39.

²¹⁰ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno, ob. cit., tomo 4, p. 137.

Partido Revolucionario, tuve que encargarme de la edición del diario durante todos esos días. Esta tarea me impidió participar en las reuniones y actos populares, ni pude por tanto saludar a Martí, que se encontraba enfermo en el hotel Duval, y obligado a guardar cama por indicación del doctor Eligio Palma.

—Martí quiere que vayas a verle —me dijo un día Dolores Poyo.

—Yo no sé cómo voy a ir, si tengo que ir a la tabaquería y atender *El Yara*.

Al día siguiente, repitió Poyo la invitación de Martí, agregando:

—Manolo, dice Martí que él sabe que usted no lo quiere; que vaya a verlo porque está seguro de que usted lo va a querer.

Naturalmente, fui esa tarde, y cuando llegué al cuarto contiguo al que ocupaba, Martí lo oyó y dijo:

—Que entre, que entre enseguida.

Cuando entré se incorporó, y extendiéndome ambas manos me dijo:

—Yo sé que usted no me quiere, porque no me conoce, pero véame, véame como soy, y quírame.

Yo le interrumpí:

—No, Martí; no es que yo no lo quiera, es que Poyo tiene que atender todo con usted, y no puede...²¹¹

²¹¹ Manuel Patricio Delgado: “Martí en Cayo Hueso”, en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 39-40.

Canas que no pesan²¹²

*La vida sin cortesía
es más amarga que la cuasia y que la retama.*²¹³

Con la esperada visita de Martí a Cayo Hueso culminaban los esfuerzos de unidad que posibilitarían la discusión con representantes de la emigración cubana, de las bases y estatutos secretos del futuro Partido Revolucionario Cubano.

Al Cayo había llegado, el 25 de diciembre de 1891, enfermo, afectado por una broncolaringitis aguda. Convaleciente aún en la casa del coronel del Ejército Libertador Fernando Figueredo Socarrás, solicitó permiso al doctor Eligio Palma para salir a pelarse; el galeno aceptó pero con la condición de que el barbero viniese a la casa.

El fígaro, de apellido Blanco, un hombre entusiasta, cordial y locuaz, tomó el encargo como parte de su trabajo profesional, y con el interés de estimular la buena

²¹² Cintio Vitier Bolaños y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 85.

²¹³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 316.

presencia de su nuevo cliente, le solicitó a Martí, realizarle dos trabajos de peluquería.

—¿Quiere que le quite cuatro o cinco canas que tiene? Es una lástima dejarlas en tan buen pelo.

—No, gracias —fue la respuesta del Apóstol.

Más adelante, el señor Blanco, le hizo una nueva sugerencia a su cliente.

—¿Quiere que le eche loción?

—No, señor Blanco, gracias.

Al retirarle el paño que cubría su pecho, señal que indicaba la terminación del pelado, Martí se puso de pie, abonó el importe, y antes de retirarse, consideró por elemental cortesía, brindarle al barbero, una explicación del porqué de sus negativas.

—Mire, señor Blanco, no quise la loción porque no la uso. En cuanto a las canas, son tan pocas que no me pesan y no hay peligro de que aumenten, porque el destino no va a permitir que vengan otras a hacerles compañía.²¹⁴

Con un cordial saludo, se despidió y abandonó el lugar. Se iniciaba la última fase de preparación de la guerra, y el Maestro sabía acertadamente que los riesgos de perder la vida eran una posibilidad real; sin embargo, enfrenar con espíritu de victoria tan sagrado deber lo había profetizado en la proclama que escribiera y pusiera a la firma del mayor general Calixto García, el 15 de mayo de 1880: “Si morimos, valientes, en la lucha, nosotros habremos muerto, pero nuestra patria será honrada”.²¹⁵

²¹⁴ José Leygonier: “Intimidades de Martí”, revista *Patria*, año LV, No. 5, La Habana, mayo de 1979, p. 6.

²¹⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 159.

La cucharita de coco²¹⁶

*Una modestia súbita hace a los hombres
visiblemente mejores.*²¹⁷

A Martí lo conocí de lejos la primera vez que llegó a Cayo Hueso, ya al atardecer, de... no me acuerdo la fecha... diciembre de 1891. Yo tenía unos trece años...

El Maestro había llegado al Cayo el día 25 de diciembre afectado por una broncolaringitis aguda; por indicación del doctor Eligio Palma había tenido que cumplir días de reposo. Cuando el médico lo autorizó a salir de su encierro, se dirigió a la casa de Fernando Figueredo Socarrás, una de las más importantes personalidades patrióticas de la ciudad, con quien inició una estrecha y sincera amistad. Entre las piezas de piano que tocaron para él Fernando y su hija Tomasa, y el

²¹⁶ Cintio Vitier Bolaños y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 97.

²¹⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 12, p. 228.

deleite de las frutas, quedó extasiado y comprometido a regresar.

Cuando Martí volvió a casa, que iba a almorzar con nosotros —recuerda el joven Bernardo, el mayor de los hijos de Fernando—, como primer obsequio le volvimos a ofrecer anones y agua de coco. Entonces Pánfilo, quien había sido esclavo de la familia, pero continuaba al servicio de nuestro hogar aun libre, le trajo a Martí, por encargo de mi madre, un vaso con hielo y panal de azúcar.

—Mire, Pánfilo —le dijo el Maestro—, acuérdesse que soy guajiro, y que yo quiero ser guajiro, yo sé manejar el coco, présteme su cuchillo.

Entonces él, con una habilidad grande, especialmente para una persona que no lo hacía todos los días, abrió su coco, se lo llevó a la boca y se tomó el agua. Y nosotros hicimos lo mismo, eso era lo que hacíamos todos los días. Solo después dijo Martí:

—Ahora voy a hacer una cosa que probablemente ustedes habrán hecho y que para mí es la cosa más interesante del coco, y más grata.

Con el mismo cuchillo hizo una cucharita de la cáscara, le abrió una boca y comenzó a comerse la masa con un gusto que a todos nos encantó.

Pánfilo, que miraba la escena, dijo entonces:

—Bueno, y ahora qué hago yo con el vaso este, con el hielo y con...

—¡Ah, pues guárdelo para luego, porque para mí el coco hay que tomarlo como lo he tomado, como lo hemos tomado todos hoy —le contestó Martí.

El billete de cien pesos²¹⁸

*El placer de darlo a quien lo necesita,
es lo más bello que tiene el dinero.*²¹⁹

Cada vez que el Delegado visitaba Cayo Hueso, el doctor Eligio Palma no se despegaba de él ni un instante. Conocía perfectamente la precaria salud del Apóstol y cuidaba que en sus intensas jornadas de trabajo patriótico no presentara alguna recaída que lo obligase a guardar reposo.

Un vino reconstituyente, el Mariani, era el preferido del Maestro —que tomaba en pequeños y espaciados sorbos cuando se sentía algo fatigado—. De una de esas visitas, con el propósito de recaudar fondos, promover la unidad de la emigración y estimular el patriotismo, recuerda el joven Bernardo Figueredo:

El doctor Palma me había enviado a buscar vino Mariani. Cuando regresé, encontré a Camellón

²¹⁸ Cintio Vitier Bolaños y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 83.

²¹⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 12, p. 63.

—el encargado de la puerta del club San Carlos; un cubano muy digno, muy trabajador y muy patriota—, hablando con un señor que venía de La Habana, un hombre de buenos modales y resultó que era Raimundo Cabrera. Este le había ofrecido cien pesos, un billete de cien pesos para la causa, pero quería que se guardara reserva, pues él tenía que volver a Cuba, tenía que regresar allá y él quería oír a Martí, pero sin que lo vieran mucho. Entonces Camellón mandó a otro muchacho para que lo llevara a un palco que le decían el palco de luto, que estaba en el tercer piso, desde donde se veía muy mal, pero sí se oía muy bien. Me dijo: “Dile a tu padre que este dinero lo ha dejado aquí Cabrera, pero que yo no me comprometí a recibírselo sin la autorización de ellos”.

Ya Martí había rechazado ofertas de dudosa procedencia, de ahí que un selectivo grupo de patriotas que compartían aquella jornada con el Delegado, realizaran un análisis del caso; concluyeron que Raimundo Cabrera no era igual a otros, no obstante, decidieron consultarlo con Martí.

—Sí, como no, no hay duda al respecto, ese dinero es del profesor autonomista. Esa gente la vamos a necesitar cuando se haga la nación, hemos de necesitar a esos hombres para que nos ayuden con su experiencia política, sobre todo, si la gente es de buena fe y yo creo que los autonomistas son equivocados, pero son equivocados de buena fe, ellos no quieren derramamiento de sangre y

ojalá eso pudiera realizarse, pero la independencia no se logra sino con la revolución.

Entonces se aceptó el dinero y Cabrera después de haber oído el discurso que pronunció Martí en el club San Carlos, fue donde estaba Camellón y al salir le dijo:

—Me tengo que ir, porque el vapor se me va. Siento mucho no poder seguir oyendo a Martí, estoy deleitado con él, me ha ganado. Desde luego quiero que esta donación mía la conserve usted en secreto, porque yo tengo que volver a Cuba y no quiero meterme en un conflicto.



Club San Carlos, escenario de éxitos oratorios de Martí.

El alfiler y la corbata²²⁰

*Nosotros adoramos a nuestra patria
en la fortaleza de sus hijos.*²²¹

Amistad Funesta es una novela de la prolífera obra literaria de José Martí. Fue publicada en 1885, en forma de folletín, en nueve números consecutivos del periódico *El Latinoamericano*, y posteriormente apareció editada en forma de libro bajo el título de *Lucía Jerez*.

En el protagonista Juan Jerez, “una de aquellas almas infelices que solo pueden hacer lo grande y amar lo puro”, en cuyo carácter existía “una extraña y violenta necesidad del martirio”, aparecen, sin lugar a dudas, rasgos de su propia personalidad, así como vivencias y recuerdos autobiográficos del Apóstol; no obstante, al describir a otros personajes, como Manuel del Valle, le incorpora pinceladas propias, como esta en que describe su vestir.

²²⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 41.

²²¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 83.

[...] Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes.²²²

Un traje negro, viejo, pero siempre limpio, fue el vestuario habitual de Martí, durante la mayor parte de su vida.

En una de sus visitas a Tampa para precisar acciones revolucionarias con sus compatriotas residentes en el lugar, celebró el alfiler y la corbata que llevaba puestos un día, el joven cubano Manuel García Ramírez. Representaba el prendedor, una abeja, según el Maestro era el símbolo de laboriosidad de los cubanos que en la emigración trabajaban sin descanso por la independencia de Cuba.

Motivado por aquella alegría que había despertado en el Apóstol el alfiler y la corbata, Ramírez le envió ambas prendas a través de la patriota Carolina Rodríguez, Cubanacán. Martí sorprendido por tan noble gesto, le comentó a la destacada revolucionaria:

Agradézcale al señor Ramírez, estimada Carolina, tan hermoso obsequio, y dígle que nunca he usado más que corbatas negras, por llevar luto por la Cuba esclavizada. Pero por su generosidad, usaré la corbata y el prendedor una sola vez, y se los daré luego a otro cubano que los sepa estimar y conservar.²²³

²²² José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, pp. 221-222.

²²³ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 6, La Habana, junio de 1983, p. 3.

Habilidad martiana²²⁴

*Los débiles tienen una gran fuerza:
la compasión que inspiran.*²²⁵

Una de las más estimadas cualidades de José Martí era su permanente disposición para establecer una conversación con cualquier persona, identificada o no con su manera de pensar y actuar, proveniente de una u otra clase social, amiga o incluso enemiga acérrima de la causa que preconizaba el revolucionario cubano.

Al finalizar un encuentro de esos que el Maestro frecuentaba tener con algunos elementos que no parecían leales a la causa independentista cubana, sino más bien podían identificarse como detractores o sospechosos de cualquier baja, sus más incondicionales compatriotas le aconsejaron que no perdiera su tiempo platicando con esos señores.

²²⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 45.

²²⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 21, p. 238.

Déjenmelos a mí: no os enojen mis marcadas atenciones y cariños para con ellos. A los malos hay que quererlos, ¡y quererlos para algo...!

Mi abrazo es, para quien les paga, un reparo, un entredicho, pues se pensará que pago yo mejor y obtengo más servicio, y se dudará de quién es el más espiado; luego mi abrazo es análogo al del oso, que tritura y desarma.

Líder del pueblo

Los albores de 1892 anunciaban el advenimiento de importantes momentos históricos para el proceso revolucionario. A solo cinco días de iniciado el año, en asamblea de representantes de la emigración, fueron aprobados en Cayo Hueso las bases y estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano.

Comenzó una tarea ininterrumpida de concientización, organizativa y de preparación para reiniciar la contienda en la Isla, mientras, paralelamente a ella y en contraposición, se desató de manera desenfrenada una labor enemiga que intentaba desmoralizar y destruir la imagen del nuevo líder, a lo que no escapaba el propósito de eliminarlo físicamente.

Su peregrinar revolucionario no se detuvo. El 15 de septiembre del propio año, el general Gómez aceptó la jefatura máxima del brazo armado de la revolución.

Decisivo fue el accionar político de Martí dondequiera que se albergaban corazones cubanos; múltiples y constantes viajes realizó dentro de la Unión Americana y a otros países de la región con el objetivo de recaudar fondos para la causa y lograr la unidad de pensamiento y acción imprescindibles para la victoria.

Repuesto de la vil traición que dio al traste con el Plan de Fernandina, cursó la Orden de Alzamiento y los grupos conspiradores en la Isla fijaron el día 24 de febrero de 1895 para el reinicio de las hostilidades frente a España.

Ya en camino hacia los campos cubanos, redactó y luego firmó con el general Máximo Gómez el “Manifiesto de Montecristi”, documento político de trascendencia continental en el que se reiteran ante el mundo los objetivos y propósitos del Partido Revolucionario Cubano, y en el que se llama al combate a todos los compatriotas.

Desde entonces, y especialmente entre el 11 de abril y 19 de mayo de 1895, en que ya estaba en la manigua redentora, surgieron nuevas y conmovedoras anécdotas que muestran pasajes muy poco conocidos de la vida en campaña de José Martí, el más grande de los cubanos.

Guardia de amor

*Ya yo sé dónde tengo hijos,
dónde tengo hermanos.*²²⁶

Sin importarle a Martí su obligado descanso en Cayo Hueso, producto de su mal estado de salud, no permaneció inactivo. Él reinició sus tareas revolucionarias. Entonces, a Gonzalo de Quesada le escribió:

En cama muy mal. Mucho mérito en el pueblo, y muchos corazones nobles. Aquí me tiene rodeado de una guardia de amor. Pero no puedo escribir, ni me iré, sino, cuando todo esté a sazón [...] ²²⁷

Tan pronto las fiebres y el malestar comenzaron a abandonar su sensible cuerpo, de su pluma brotó un esbozo

²²⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 482.

²²⁷ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo II, p. 335.

de lo que más tarde se convertiría en los documentos rectores del trabajo partidista.

La inoportuna enfermedad había limitado, en parte, el cumplimiento del programa previsto, pero no logró impedir que el 5 de enero de 1892, en su condición de representante de las agrupaciones patrióticas de Nueva York, y ante una muy digna representación de los clubes patrióticos de Tampa y Cayo Hueso, pudiese presentar, en reunión convocada al efecto en el hotel Duval, las bases y estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano, los cuales resultaron aprobados por unanimidad.

Así inició la fase final organizativa de la guerra justa y necesaria.



Hotel Duval.

Entrenamiento mambi²²⁸

*Para juntar y amar, y para vivir
en la pasión de la verdad, nace este periódico.*²²⁹

El 14 de marzo de 1892, fundado por José Martí en la ciudad de Nueva York, había nacido el periódico *Patria*, no solo para contribuir a la unidad y velar por la libertad de los cubanos, sino para evitar que el enemigo nos pudiese vencer otra vez por nuestra desidia.

Días más tarde, el 10 de abril de 1892, en sus páginas apareció una singular noticia: los revolucionarios cubanos y puertorriqueños anunciaban al mundo la proclamación del Partido Revolucionario Cubano. Se iniciaba la última etapa de la organización de la guerra, continuidad de la gesta independentista del 10 de octubre de 1868.

Editado en cuatro páginas y cuatro columnas cada una, *Patria* —apunta el periodista Baldomero Álvarez Ríos—, circulaba cada sábado, y solo a partir de 1895, apareció

²²⁸ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 82.

²²⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 315.

también cada miércoles para informar a los cubanos sobre la marcha de las hostilidades en Cuba. Su costo por edición no rebasaba los veinticinco pesos, sin incluir los grabados; su equipo técnico: redactores, tipógrafos, correctores, eran los propios revolucionarios; el editor, el patriota puertorriqueño Sotero Figueroa, propietario de la imprenta La América, quien era a la vez secretario del Cuerpo de Consejo del PRC en Nueva York.

La imperiosa necesidad de disminuir los costos y gastos de circulación obligó a los editores del periódico, no solo a dedicarles muchas horas de desvelo a la preparación de sus artículos y a la gestión de anuncios, sino a ocuparse personalmente de su distribución hasta el correo de la ciudad.

Uno de aquellos sábados en que terminaba la edición y se amarraban los diarios en paquetes para su distribución, como era su costumbre, Martí tomó una carga que a sus compatriotas Gonzalo de Quesada y al propio Sotero Figueroa, les pareció muy pesada. Al decírselo, les respondió:

—Déjenme, no se preocupen; es necesario que me vaya habituando a cargar, para cuando en la manigua lleve conmigo el jolongo mambí.²³⁰

²³⁰ Revista *Patria*: año XXXIX, No.10, La Habana, octubre de 1983, p. 6.

Morir por lo que amo²³¹

*Hoy —más que nunca—,
cuando madura nuestra obra,
son indispensables la abnegación y el desinterés.*²³²

Al afirmarle José Martí a Nicolás Heredia que estaba seguro de contar con la opinión pública cubana y con los recursos para la revolución, el autonomista, aún incrédulo, le refutó:

—¿Y el jefe? Porque usted es un paisano y los generales de levita no se estilan en la guerra.

A lo que Martí contestó con plena convicción revolucionaria:

—Soy el Delegado y nada más. Mi papel se reduce a allegar los elementos que otros han de manejar cuando lo estimen conveniente, y cuando suene un tiro todo el Estado Mayor de la anterior insurrección irá a tomar su puesto en el combate.

²³¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 68.

²³² José Martí: *Obras Completas*, tomo 23, p. 327.

Mi deber será entonces muy sencillo: morir por lo que amo.

Al aceptar mi cargo, el primer convencimiento que me impuse fue el del sacrificio, el de la muerte, y al embarcarme en este buque he perdido todo amor a mi persona y a mi vida. Créame usted.

Al llamado de la patria²³³

*El que deja de hacer, en las cosas de la patria,
todo lo que puede hacer, es traidor a la patria.*²³⁴

Mientras en los Estados Unidos José Martí se consagraba por entero a la organización del Partido Revolucionario Cubano y a la guerra que llamara justa y necesaria, otros cubanos, simpatizantes o activos militantes del Partido Autonomista, como Nicolás Heredia, defendían la teoría de que en la Isla, no existía ambiente para reiniciar una revolución.

En una brumosa tarde neoyorkina de noviembre, hablaban Heredia y Martí sobre los asuntos de la contienda bélica que se avecinaba, en los que ambas personalidades sostenían con sólidos argumentos sus puntos de vista.

—Recuerde usted lo que le digo —apuntaba Martí—: En Cuba vamos a tener más hombres

²³³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 65.

²³⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 334.

que fusiles y más brazos que machetes. Esta guerra no será la de un partido, sino la resultante necesaria de todos los errores que allí se han cometido.

Los convencidos, los valientes, serán los que la inicien, después los seguirán los recelosos y apocados, los seudoindiferentes, los incrédulos, esos autonomistas que usted juzga de decaídos, algunos de esos integristas que tanto vociferan y muchos peninsulares que al fin y al cabo olvidarán su procedencia por salvar sus intereses, que entre la patria y sus familias, optarán por la familia.

El hijo arrastrará al padre —continuó Martí—. Yo soy un emigrado, estoy lejos de mi patria, y he oído claramente, tal vez mejor que ustedes, los latidos de la opinión de mi país, por un cubano escéptico hallo cien decididos a arrostrar todas las penalidades.

¡Ah! Mi labor más difícil y penosa consiste en ahogar intenciones prematuras, no en conquistar adeptos que hay bastantes. El combustible está hacinado; la mecha arde en mis manos. Desde Oriente a Vuelta Abajo no tiene el español una pulgada de terreno en que asentar su planta sin peligro.²³⁵

²³⁵ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 7, La Habana, julio de 1983, p. 3.

Martí y el león²³⁶

*El hábito crea una apariencia de justicia:
no tienen los adelantos enemigo mayor que el hábito.*²³⁷

Con el propósito de unir a todos los compatriotas, a los héroes de la pasada guerra con los pinos nuevos, Martí fundó el periódico *Patria*, un órgano que posibilitaría mantener informados a los cubanos del exilio y de la Isla sobre la marcha de los preparativos para la nueva contienda; era una publicación que nacía de la voluntad y con los recursos de todos los revolucionarios cubanos y puertorriqueños de Nueva York, para fomentar la virtud, para vivir en la pasión de la verdad y organizar a los hombres libres de Cuba y Puerto Rico.

A la redacción, impresión y distribución del periódico, José Martí se consagraba desde entonces, esfuerzo que lograría simultanear a partir del 10 de abril de aquel año,

²³⁶ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 34.

²³⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 353.

con su responsabilidad como Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Nueva York ardía; un sol tropical incendiaba la ciudad; el candente adoquinado devolvía oleadas de evaporación, amenazando asfixiar a sus moradores que huían de aquella asolada combustión, buscando el aire respirable y bienhechor que brindaban las playas vecinas. Yo también quería abandonar aquel horno, pero... *Patria* no había salido el día anterior (sábado) y sabía las indecibles torturas que sufría Martí cuando esto no acontecía; y además nos había convidado para comer un arroz con pollo, plato con el cual siempre tentaba a los que estábamos a su alrededor, con el fin de que lo ayudásemos en que su *Patria* querida estuviese circulando en manos de los cubanos al día siguiente.

De más está decir que cuando ese arroz con pollo se convertía en una realidad, a cualquiera de los comensales le tocaba pagar el gasto menos a Martí, no porque fuese tacaño, sino porque jamás llevaba encima el montante con qué sufragar un gasto imprevisto, y se puede decir a boca llena, que ese hombre le hizo muy pocos gastos personales al Partido Revolucionario Cubano, y yo lo puedo afirmar porque viví muy cerca de él.

Así es que, saco en brazo, abandoné la estación del ferrocarril elevado en Fulton Street, y al llegar a la esquina de la calle Pearl y Maiden Lane, me encontré con Gonzalo de Quesada y Sanabria, el

impenitente rebelde borinqueño que también se dirigía a la redacción de *Patria*. Al entrar en la habitación, nos dimos cuenta de que Martí apoyado su mentón en ambas manos y con los codos sobre la mesa, hablaba con Benjamín Guerra, tesorero del Partido Revolucionario Cubano, pero sin mirarlo; hablaba mirando al vacío.

Posó sus ojos lánguidamente sobre nosotros y con voz algo ronca manifestó su gratitud por nuestro empeño, agregando que faltaba mucho por hacer, y levantándose con lentitud exclamó:

—Saldrá el martes.

Entonces volví a darme cuenta del calor que hacía y convidé al Maestro para que me acompañara al Coney Island. Se negó rotundamente, pero cediendo a instancia nuestra y viendo que ya yo tenía su sombrero en mis manos, se decidió. Ambos nos encaminamos hacia el ferry de Fulton Street.

Una vez en Brooklyn se le antojó ver a Juan Fraga, y terminada su entrevista, tomamos rumbo al Coney Island.

En el camino me propuse disipar las congojas acumuladas en su cerebro, y con mi charla retozona y juvenil disposición, logré que participara del bullicio y alegría general. Al llegar al costero poblado de Jamaica Bay, compramos golosinas, de las cuales disfrutó con verdaderas ansias gastronómicas.

Ya en el Coney Island, esa playa veraniega que entonces era el pulmón de Nueva York y donde

buscaba el aire los domingos casi una tercera parte de su población, nos encaminamos, abriéndonos paso con dificultad por entre la compacta muchedumbre hacia el parque conocido por Steeplechase. Este parque estaba circundado por una reja de hierro de nueve o diez pies de elevación, con el fin de aislarlo de los demás centros de recreo que abundaban en la playa.

Senté a Martí en un banco pegado a la reja, mientras yo bailaba junto a él un delicioso vals. De repente, oí un vocerío, un clamor ensordecedor que venía de Surf Avenue, la arteria principal del Coney Island, por estar esta avenida junto a la playa, y al detenerme, vi un inmenso león que corría asustado, haciendo rumbo precisamente hacia el banco en que se encontraba sentado Martí. Este león se había escapado de su jaula de Luna Park, y en su correría a través de Surf Avenue causó un pánico de tal magnitud entre aquel inmenso gentío que sin tocar a nadie ocasionó varios muertos, sin contar el gran número de lesionados que llenaron los hospitales de Brooklyn y Nueva York.

Aun cuando los que nos encontrábamos en el interior de Steeplechase estábamos protegidos por la alta reja, todos los bailadores corrieron al lado opuesto, menos Martí, que se quedó contemplando al león, pudiendo nosotros apreciar que cuando llegó junto a los barrotes de hierro de la reja, creyéndose que estaba frente a los de su jaula, dióse paseítos de un lado a otro, hasta

que llegaron unos guardianes, lo enlazaron y metieron en su jaula.

Al terminar los guardianes su tarea, Martí exclamó:

—Lo que puede la ley del atavismo, el imperio dominante de la inexorable fuerza del hábito.

Ambos guardamos silencio, y pensativos, salimos de aquel local. Al llegar a una ensenadita donde las olas lamían tranquilamente la orilla, Martí me invitó a descansar un rato extendiendo su cuerpo sobre la menuda y blanca arena, apoyado sobre su codo izquierdo, con su mano derecha me hizo una señal para que lo imitara, volviendo a exclamar:

—Sí, mi querido Plochet, lo que puede la fuerza del hábito.

Es de presumirse el gozo que yo experimentaría al verme tendido sobre la arena junto a Martí, mirándonos cara a cara, pero este gozo duró poco, porque tan pronto como Martí se acomodó, le dio principio a una disertación sobre la ley del atavismo, que yo hubiera querido que Cuba entera hubiese oído; a veces me imaginaba, oyéndolo estático, que él seguía automáticamente el curso de su pensamiento sin darse cuenta de que yo le oía, y hoy, después de transcurridos tantos años, todavía lamento no haberlo entendido bien, porque confieso francamente que mucho de lo que dijo no lo pudo retener ni asimilar mi pobre cerebro.

Verdaderamente entendí algo porque tanto la parte espectacular como el sentido psicológico

de aquel incidente lo torció de tal manera y tan hábilmente hacia Cuba, hacia sus nuevos derroteros, alejándose de un pasado lleno de errores, que se olvidó de que yo lo oía, se olvidó del león, y no habló más que de Cuba. Ese, ese era su tema favorito, empezaba hablando de algo ajeno, alejado de Cuba, pero siempre terminaba con Cuba, sí, era su obsesión.

Si ese león había cedido a una fuerza mayor que la de instinto, había cedido a la fuerza del hábito, porque su instinto le ordenaba seguir rampante, libre y gozoso en busca de la selva acogedora de sus antepasados, pero los largos años de cautiverio, encerrado en aquella estrecha celda, circundada por calabrotes de hierro, habían atrofiado su cerebro y matado en él toda noción de libertad, y que por eso, al llegar junto a los barrotes de hierro de la reja del Steeplechase, se creyó en su jaula, prisionero aún, incapaz de sustraerse a esa fuerza atávica, e ignoró su instinto que le pedía libertad, y sojuzgado, vencido, optó por la esclavitud, dejándose encadenar mansamente, si tan siquiera protestar con un zarpazo certero y homicida.

Y siguió diciendo cómo algunos pueblos se asemejan a ese león, y cómo tampoco podían sustraerse a esa fuerza avasalladora uncidos al yugo infamante de la esclavitud e incapaces de exteriorizar su rebeldía y, blandengues de espíritus, al fin condenaban con la indiferencia los brotes emancipadores que iniciaban espíritus varoniles

que, cual chispazos de luz, alboreaban los senderos de la libertad. Pero había que confiar en la inclinación racional del hombre, había que confiar en la subconciencia del hombre que retozaba debajo de la áspera corteza, que aún cuando no salía a la superficie, únicamente dormitaba, aletargada a veces, por conveniencias pueriles de más o menos holgura y comodidad; pero siempre orladas de apocadoras sombras de humillación y de bochornoso sometimiento, mereciendo así, el desprecio de los mismos déspotas y carceleros subyugadores.

Cuba, empobrecida espiritualmente por cuatro siglos de enervante cautiverio, aparentemente acataba resignada el fallo de sus opresores apoyado por algunos cubanos que gustosos aceptaban el título ignominioso de colonos; sí, en parte Cuba también padecía de esa atrofia aplanadora, que el atavismo se complacía en generalizar como plaga endémica, y que los autonomistas robustecían con sus desatinadas predicaciones abatiendo el instinto de rebeldía y exteriorizando aparente incapacidad del pueblo cubano para el gobierno propio, atándolo así de pies a manos al tutelaje de la metrópoli.

Lo repito, lo confieso ingenuamente, mucho dijo que yo no entendí, pero sí retuve todo cuanto llegó a mi percepción. Incorporándose ya del suelo arenoso, con aquel énfasis persuasivo que le era peculiar cuando hablaba del porvenir de Cuba, siguió diciendo que nosotros los cubanos

de afuera éramos los llamados a salvar a nuestros hermanos de adentro con acertadas medidas políticas, basadas en el amor, el respeto y la equidad; que a la emigración correspondía desvanecer el atavismo embrujador que había provocado cuatro centurias de humillante vasallaje para que no se repitiera el triste y desconsolador espectáculo de la década sangrienta, en que todo un pueblo se cruzó de brazos ante el esfuerzo ingente de un puñado de locos y románticos; sí, había que preparar a nuestros hermanos de adentro con una sabia, provisora y fraternal propaganda revolucionaria, con el fin de que fuese aceptada y secundada eficazmente la invasión armada del porvenir; había que minar el subsuelo cubano con los explosivos de la razón y de un amoroso acercamiento para que ni el atavismo ni la fuerza del hábito estorbaran al estallido formidable de la libertad, ni al empuje arrollador del criollo desesperado.²³⁸

²³⁸ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdotario. José Martí*, p. 34. Es nota del autor citado, la siguiente: Atavismo: Tendencia de los seres vivos a heredar de sus antepasados ciertas cualidades somáticas —anatómicas, orgánicas o corporales— o síquicas, aunque aparentemente hubiesen desaparecido durante varias generaciones.

Poeta, profeta, vidente

*El valor del aplauso
se mide por el del que lo envía.*²³⁹

El reconocido y estimado escritor, diplomático y activista político colombiano, José María Vargas Vila, con treintaidós años, había llegado a la ciudad de Nueva York (1892) para fundar su revista *Hispano-América*, destinada a defender los ideales del continente. Entonces, José Martí se encontraba enfrascado en la fundación de su periódico *Patria* y del Partido Revolucionario Cubano, piezas claves para la organización de la guerra necesaria.

Hasta el mes de octubre del año anterior, el Maestro había simultaneado su creciente actividad revolucionaria con los cargos de cónsul general de las repúblicas de Argentina, Uruguay y Paraguay, funciones que hubo de declinar ante las quejas hacia su persona, presentadas por los representantes diplomáticos españoles, dada su labor patriótica y anticolonialista.

²³⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 344.

Fue Eloy Alfaro, el libertador ecuatoriano, peregrino entonces en playas del destierro y del ideal, quien nos presentó el uno al otro, invitándonos a almorzar a ambos en un restaurante de Beavery Street, aledaño a las redacciones de nuestros dos periódicos.

Martí sufría el aislamiento de todos los grandes proscritos por la libertad; frecuentarlo era un peligroso honor para aquellos que tenían algo que ver con Cuba o España... estos más que buscarlo, esquivaban su presencia. El ojo consular, ojo avizor, perseguía hasta sus últimos gestos, y sentía, como todos los que hemos recorrido el agrio sendero de la emigración política, el hocico húmedo de los lebreles del espionaje olfatear los talones de sus plantas peregrinas.

El ágape fue cordial, como un ágape de exilio.

Martí fue amable, con ese gesto de fraternidad efusiva que le era habitual, en el impulso tierno y contenido de aquel que pide la simpatía de las almas para la causa que defiende, y el auxilio del óbolo mental, para el acervo de su ensueño generoso, desconocido y calumniado.

La primera vez que lo escuché, formaba yo parte de ese grupo, con Eloy Alfaro, el redentor que, como él, iba también camino al calvario, sintiendo ya sobre sus hombros la caricia de la cruz, y algo así como el calor de las llamas que habían de quemar su cuerpo, en los llanos de ejido.

La escalera de Martí, era la escalera del dolor; por ella subían y bajaban los emigrados cubanos,

desprovistos de toda clase de recursos, y casi ninguno bajaba sin un consuelo. Las manos de Martí eran tan misericordiosas como sus labios.

La tribuna transfiguraba a Martí...

Al poner los pies en ella se agigantaba...

Aquel hombre, flébil y encorvado, se erguía recto como una flecha; la sonrisa desaparecía en sus labios, la expresión de su boca no se hacía mala, pero adquiría un rictus de severidad, que hacía de sus labios indignados el canal natural al torrente de sus palabras...

El brazo derecho llevado atrás, colocado sobre los riñones, como si ocultara el carcaj cargado de flechas...

La izquierda levantada, como si fuese a clavar en tierra una bandera; o como si trazara el itinerario al vuelo de sus metáforas, que eran como el vuelo de alciones sobre el mar.

La extendía luego hacia adelante, como si marcarse el camino de la victoria a las huestes invisibles.²⁴⁰

²⁴⁰ José María Vargas Vila: "José Martí, evocación", en Carmen Suárez León, ob. cit., pp. 165-176.

La peor raza²⁴¹

*Hombre es más que blanco,
más que mulato, más que negro.*²⁴²

Resulta prácticamente imposible encontrar entre las cualidades que conforman la personalidad de los grandes hombres que han conducido procesos emancipadores a lo largo de la historia, rasgos o manifestaciones de desprecio hacia una u otra raza, a pesar de que en el decurso de la historia universal, la propia división de la sociedad en clases ha fomentado prejuicios raciales de unos hombres hacia otros. En el continente americano aún se manifiestan acciones discriminatorias hacia negros e indios, al igual que hacia los pobres, quienes son vistos como una especie de raza inferior por otras clases sociales.

Entre las cualidades de José Martí se destacaba su identificación con todos los hombres, sin distinción del color de su piel o su posición social.

²⁴¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 64.

²⁴² José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 299.

Conocedor de los prejuicios raciales en la sociedad cubana que le tocó vivir, no escatimó esfuerzos en manifestar su clara y abierta lucha contra toda forma de segregación racial o social, así lo expresó en muchas de sus piezas oratorias, artículos de prensa y otros escritos.

En uno de sus habituales recorridos por los Estados Unidos, como parte de su intensa labor de agitación y propaganda revolucionaria para la preparación de la guerra necesaria, mientras conversaba animadamente con un grupo de patriotas que habían acudido al lugar para escucharlo, se le acercó un compatriota de buen vestir, interesado en formularle, por ignorancia o con toda intención, una pregunta que comprometiese en público la conducta de quien ya conducía las riendas del Partido Revolucionario Cubano:

—Dígame Martí, para usted, ¿cuál es la mejor raza?

Martí clavó su mirada en su interlocutor y luego de observarlo con detenimiento, le contestó con firmeza y de una manera persuasiva:

—Eso es muy fácil de contestar, mi querido amigo: la peor raza de la tierra es la de los viles; y esa, desgraciadamente, se encuentra en todas partes.²⁴³

²⁴³ Revista *Patria*: año XXXVIII. No. 7, julio 1982, La Habana, p. 6.

Los zapatos de Martí²⁴⁴

*El vanidoso mira su nombre;
y el hombre honrado a la patria.*²⁴⁵

Corría el año 1892. José Martí y los exiliados revolucionarios de Tampa trabajaban de manera activa por la independencia de Cuba. Cada taller de tabaquería era un pedazo de la patria, y el tabaquero cubano, lejos de su tierra, contribuía gozoso a fomentar los fondos para la revolución que traería la libertad y felicidad a todos los cubanos.

Entre aquellos patriotas había un mulato llamado Juan, del que no recuerdo el apellido —narra Néstor Leonelo Carbonell, cuya escasa inteligencia lo hacía un hombre desconfiado—, que al ver el desvelo incansable del Apóstol, llegó a pensar en la imposibilidad de que un hombre de tanto talento se dedicara desinteresadamente a una tarea patriótica.

²⁴⁴ Revista *Patria*: año XXXII, No. 7, julio de 1976, La Habana, p. 6.

²⁴⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 254.

—No quiero oírlo hablar más —decía desconfiado Juan—, pues no estoy dispuesto a que me explote más hablándome de las necesidades de la patria, de ideales ni de libertad.

Ante lo inútil que resultaban sus protestas, decidió aprovechar su superioridad física para alejar para siempre a Martí de la tabaquería.

Un día de visita a la tabaquería de Tampa, en julio de ese año, mientras el Delegado del Partido Revolucionario Cubano pronunciaba un acalorado discurso, el tabaquero Juan lo acechaba en el portal para sorprenderlo a la salida y atacarlo.

Cuando concluyó sus palabras, inició el depósito del efectivo de parte del salario de los obreros para la causa. Como otros talleres lo esperaban, anduvo rápido.

Al salir apresuradamente al portal, la suela desprendida de unos de los zapatos provocó su caída al piso, justo ante el tabaquero que lo aguardaba.

Este, al verlo tendido en bruces frente a él, pudo apreciar el remiendo en sus pantalones, el estropeado saco y los zapatos rotos del visitante. Pero cuál no sería su sorpresa, al percatarse de que, de uno de los bolsillos de su chaqueta, se había escapado un grueso fajo de billetes.

La imagen fue lo suficientemente impactante como para que el confundido tabaquero comprendiera la desinteresada vocación martiana, su modestia y honrada conducta.

Sin perder un instante lo ayudó a ponerse de pie, recogió del suelo el dinero recaudado, se lo entregó al visitante y con lágrimas de emoción y arrepentimiento en sus ojos, estrechó a Martí en un efusivo abrazo.

Una vez separado del Maestro, le hizo entrega de todo el dinero que llevaba consigo, insinuándole a Martí que con ello podría adquirir unos zapatos nuevos.

El Delegado incorporó el nuevo ofrecimiento a lo recaudado en la tabaquería. La patria había sumado, por accidente, a un hijo más para la revolución.²⁴⁶



Constancia de los fondos recaudados por las comisiones financieras en los centros de trabajo donde laboraban cubanos.

²⁴⁶ Revista *Patria*: “Una página desconocida de Martí”, año XXXII, No. 7, julio de 1976.

El subsuelo²⁴⁷

Partido cacareador, partido flojo. ²⁴⁸

No se habían extinguido los ecos de la Protesta de Baraguá, cuando en la capital de la Isla comenzaron a organizarse los primeros partidos políticos: el Conservador, más tarde denominado Partido Unión Constitucional, en el que se agrupó la capa más poderosa de la burguesía española, y lo más reaccionario del pensamiento integrista español, y el Partido Liberal, transformado con posterioridad en el Partido Liberal Autonomista, integrado en su mayor parte por profesionales de la mediana y pequeña burguesía cubana que no habían participado, en su inmensa mayoría, en la guerra del 68; lo conducía una Junta Directiva compuesta fundamentalmente por la intelectualidad cubana: abogados, médicos, profesores y periodistas.

²⁴⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 67.

²⁴⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 75.

En cuanto a la contienda independentista recientemente finalizada, el programa del Partido Liberal calificaba la guerra como un sacrificio sangriento y lamentable perturbación, de ahí el enfrentamiento permanente de esta agrupación política con José Martí, quien abogaba por la necesidad de fomentar la guerra, como continuidad de la iniciada en la Demajagua, y como única vía de alcanzar la libertad e independencia.

El 10 de abril de 1892 fue proclamado por José Martí, el Partido Revolucionario Cubano. “[...] creado por las emigraciones unánimes con el fin de ordenar, con respecto a los intereses legítimos y a la voluntad del país, las fuerzas existentes y necesarias para establecer en él una república justa”.²⁴⁹

A partir de entonces, se acrecentaron las discusiones sobre la situación cubana, entre autonomistas y simpatizantes de la revolución.

En uno de los encuentros, José Martí enfrentó personalmente los ataques de Nicolás Heredia, una de las figuras más connotadas del Partido Liberal Autonomista. En la acalorada conversación, le expresó a su interlocutor:

—Solo los ciegos o insensatos son incapaces de ver cómo se aproxima la revolución redentora, don Nicolás. Lo que no haga la indignación o el patriotismo, se encargará de hacerlo el hombre; Yara fue el ensayo y esta será la representación de la tragedia [...]

²⁴⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 387.

Impaciente Heredia, lo interrumpió:

—Señor Martí, es usted un brillante novelista, pero yo carezco de su inventiva y veo la atmósfera serena.

—Usted mira hacia la atmósfera, señor, pero se trata del subsuelo.²⁵⁰



Recepción a José Martí en la fábrica de tabacos El Príncipe de Gales, en Ibor City. Igual sucedía en todos los centros donde laboraban cubanos.

²⁵⁰ Revista *Patria*: año XXXIX, No.1, La Habana, enero de 1983, p. 6.

La nueva fecha²⁵¹

*Lo decisivo se ha de hacer
de modo que el enemigo no lo vea.*²⁵²

A pesar de los puntos de vista opuestos acerca de la solución de los asuntos cubanos entre Heredia, directivo del autonomismo, y José Martí, nuevo líder del movimiento revolucionario que preconizaba la lucha armada como única alternativa para alcanzar la soberanía de la Isla, los intercambios entre ambas personalidades eran dentro de los marcos del respeto mutuo.

Al terminar uno de aquellos encuentros en Nueva York, cuando el vocero autonomista se dispuso a regresar a Cuba, Martí le declaró que él también pensaba volver.

—¿Cuándo? —le preguntó Heredia.

—Amigo, la ocasión no me preocupa —dijo Martí—. Un incidente inesperado, un mal precio del azúcar, cualquier estímulo imprevisto; y ahí tiene usted la nueva fecha.

²⁵¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 70.

²⁵² José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 311.

Es muy fácil censurar²⁵³

*Criticar no es censurar,
sino ejercitar el criterio.*²⁵⁴

Fueron enormes los obstáculos que Martí tuvo que vencer en su labor por unir a los cubanos para reiniciar la lucha independentista, faena que cristalizaba con la proclamación, el 10 de abril de 1892, del PRC.

Si bien desde su arribo en 1880 a Nueva York, hasta el reinicio de la guerra, logró sumar a su alrededor a la inmensa mayoría de la emigración cubana, no faltaron detractores que durante todo ese período, lo tildaran de loco, demagogo, cobarde, visionario y hasta de farsante.

Cuando la indignación ante los constantes e injustos ataques hacia su persona, enardecía a sus fieles amigos, el Maestro respondía sereno:

—No hagan caso a esos insultos; ¿no se dan cuenta de que es muy fácil censurar la labor ajena?

²⁵³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 84.

²⁵⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 462.

Martí y Collazo²⁵⁵

*El mejor modo de hacerse servir,
es hacerse respetar.*²⁵⁶

Durante los primeros meses de 1892 se produjo una seria disputa entre el comandante Enrique Collazo, residente en La Habana, y José Martí, radicado en Nueva York.

La causa aparente estuvo motivada por una severa crítica hecha pública por el Apóstol, a un libro elaborado por Ramón Roa, editado en la capital cubana; sin embargo, el verdadero fundamento se encontraba en las reservas infundadas de Collazo, acerca de la actuación y participación revolucionaria del Maestro durante toda su vida, y su rechazo a la indiscutida condición de nuevo líder de la revolución que le otorgaba la emigración cubana.

Una tarde, cuando Martí almorzaba en un restaurante de Nueva York, acompañado de Gonzalo de Quesada, Alberto Plochet y Alberto Plata, este se rio de un chiste que,

²⁵⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 63.

²⁵⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 373.

al parecer, había hecho uno de los amigos en el momento preciso en que pasaba cerca de ellos Enrique Collazo.

Creyéndose este burlado, se acercó a la mesa para exigir explicaciones, mientras los tres acompañantes de Martí se interponían para evitar que aquello terminara en un altercado entre Martí y el comandante del Ejército Libertador.

Martí, levantándose rápidamente y echando a un lado a sus amigos, le dijo a Collazo, marcando cada palabra con su dedo índice.

—¡Mire, señor Collazo, cuando yo lo eleve a usted al nivel de mi consideración, será cuando empiece a pensar en cruzarle la cara con una bofetada!

El placer del sacrificio²⁵⁷

*De hombres de sacrificio necesita la libertad.*²⁵⁸

Entre las primeras y más importantes indicaciones del Delegado del Partido Revolucionario Cubano, a los presidentes de los Cuerpos de Consejo, constituidos en diversas ciudades de los Estados Unidos y en el exterior, se hallaba la comunicación enviada el 29 de junio de 1892, apenas dos meses y medio de proclamada esta organización, en la que convocaba a los máximos representantes de estos niveles intermedios del partido:

[...] encarga el Delegado a esa presidencia, que a la mayor brevedad reúna a todos los militares graduados en la guerra de Cuba que residiesen en esa localidad, y les tome voto sobre cuál debe ser a su

²⁵⁷ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo III, p. 141.

²⁵⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 25.

juicio el jefe superior con quien la delegación deba entenderse para poner en sus manos, dentro del plan general, la ordenación militar del partido. Esto mismo se hace hoy en todas las emigraciones.²⁵⁹

La misión requiere el máximo de discreción. La elección debía realizarse por votación secreta, en la que cada uno expresara su aceptación a un mando no impuesto por persona o institución alguna, sino elegido por la mayoría. Este procedimiento comprometería y obligaría a todos los participantes a aceptar la disciplina y acatar la autoridad de tan alto cargo.

Casi inmediata fue la respuesta. El 18 de agosto del mismo año, en carta que envió José Martí a la Convención Cubana, apuntó:

[...] Viene la comunicación de la Convención en hora oportuna, dándome, entre otros acuerdos de que tomo nota, la nueva, siempre por mí anticipada, de que el mayor general Máximo Gómez, electo ya —por mayoría que raya en unanimidad— por los revolucionarios de armas que residen en el extranjero para encabezar la organización militar revolucionaria [...]²⁶⁰

En septiembre, el Delegado debió ir a República Dominicana a comunicarle al Generalísimo la elección de la que

²⁵⁹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo III, p. 142.

²⁶⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 119.

había sido objeto, y consultarle su disposición para asumir el mando supremo de la guerra. Sería su reencuentro personal con Gómez, del que se había distanciado en octubre de 1884, al no compartir la concepción del plan independentista de San Pedro Sula que, junto a Antonio Maceo, habían concebido ambos generales para reiniciar la guerra.

Disímiles opiniones entre los emigrados despertó el reencuentro; sin embargo, la noticia de la anunciada entrevista no sorprendió al Viejo, como cariñosamente lo apodaban, quien se aprestó a recibir al Delegado como se merecía el buen cubano. Él estaba seguro de que podría servirle de mucho para continuar con acierto sus trabajos.

Nunca dejó dudas del aprecio que, con independencia de las diferencias tácticas que había tenido con el Apóstol, sentía por Martí:

Cualquier ligero desacuerdo en las formas, eso no implica nada, lo que se busca en asuntos tan serios y graves en el fondo. Quién es Martí para atreverse a tanto, pensarán algunos, y yo les digo: un cubano a prueba de grillete por ser cubano cuando apenas tenía bigotes. He ahí una buena credencial. Que no se ha batido en los campos gloriosos de la patria. Pero puede batirse. ¿Y acaso solamente los que tiran tiros pueden y deben ser los depositarios de la confianza pública? ¡Pobres entonces y dignas de compasión las naciones donde los hombres raciocinan de semejante modo! ²⁶¹

²⁶¹ Emilio Rodríguez Demorizi: “Habla el general Gómez” en *Patria*, 8 de octubre de 1892.

El día 11 de septiembre, en cumplimiento de uno de sus más añorados deseos y de una misión encomendada por el Partido Revolucionario Cubano, fundado cinco meses antes, se produjo el encuentro de Martí y Gómez, en la finca La Reforma, donde el general había decidido fijar residencia. En su diario de campaña, el veterano combatiente escribió:

Llega aquí a La Reforma, el señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma revolución que se organiza.

Le he ofrecido mi concurso, en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir a esa revolución con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que serví en el 68 [...]

Muchos cubanos prominentes de nuestro partido, con aparente razón, temían que ahora, guardando yo algún resentimiento de Martí, por su conducta pasada, negase a la revolución que él trata de resucitar, mi apoyo moral y mis servicios.

No debe ser así, pues Martí viene a nombre de Cuba, anda predicando los dolores de la patria, enseña sus cadenas, pide dinero para comprar armas; y solicita compañeros que le ayuden a libertar, y como no hay un motivo solo, ¿por qué dudar de la honradez política de Martí? Yo, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de

queja contra Martí, me he sentido decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la empresa que acomete. Así pues Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón como siempre, dispuesto para Cuba.²⁶²

No en balde, había apuntado Martí en su histórica carta de aquel 20 de octubre de 1884, al Generalísimo:

Muy grande puede llegar a ser Vd. —y puede no llegar a serlo—. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza [...] ²⁶³

Dos días más tarde del encuentro, el 13 de septiembre de 1892, en carta que fecha en Santiago de los Caballeros dirigida al Generalísimo, el Delegado dejó constancia de la patriótica invitación que le había hecho al invencible jefe mambí:

[...] Yo ofrezco a usted, sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres [...] no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vio día a día durante diez años en

²⁶² Máximo Gómez Báez: *Diario de Campaña*, p. 351.

²⁶³ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 282.

frente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.²⁶⁴

El Delegado y el General en Jefe emprendieron unidos desde aquel memorable encuentro, la organización de la guerra que estallaría el 24 de febrero de 1895.



Finca La Reforma. Así también se llamaba el lugar donde Máximo Gómez acampó muchas veces en Cuba y donde nació su hijo Panchito.

²⁶⁴ Ibídem, tomo III, p. 209.

Mi mariposita²⁶⁵

*Sobre cada hombre debe pesar la carga
de todo el universo: y así, el universo familiar
responde a su hora al hombre.*²⁶⁶

El 3 de agosto de 1889, había nacido en Montecristi Margarita Americana Gómez Toro, la hija más pequeña del Generalísimo y Manana, a la que algunos apodaron Ita o Itica; pero, cuando el 11 de septiembre de 1892, Martí, en cumplimiento de la misión del Partido Revolucionario Cubano, llegó por primera vez a la finca La Reforma, la pequeña de tres añitos recién cumplidos, adquirió un nuevo seudónimo: Mariposita. Así la llamaba el Apóstol.

Fueron varios los viajes que dio Martí a la casa de la familia Gómez Toro, ya en La Reforma o en la capital de Santo Domingo —recordaría años después Pedro Vargas Gómez, nieto del General en Jefe—. Cada una de estas

²⁶⁵ Abelardo H. Padrón Valdés: *Panchito Gómez Toro, lealtad probada*, p. 75.

²⁶⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 374.

visitas era como una raíz que penetraba en la historia de Cuba y de esta familia.

Era noticia que, a los ingenuos pero muy sinceros que le daban amor de familia al visitante vestido de negro con su mostacho revuelto, les cambiaba la vida. Se le decía en la casa, por los niños y mayores, señor Martí. Las notas del Maestro sobre estos momentos son bien elocuentes al destacar que no dormía en la cama para huéspedes, sino en la misma del general.

En su cuarto tenía sus objetos personales, su puesto en la mesa, su taza de café. Cuando no paraba en la casa, en la mañana temprano se le mandaba a buscar con uno de los niños al hospedaje y no los hacía esperar.

En una ocasión rumbo a la playa salió con Ita, su Mariposita, mientras terminaban los preparativos de la cocina. Con su mirada suave y acogedora, José Martí hizo de aquello un paseo didáctico: un cangrejito, la arena, la conchita, el mar, el horizonte y el cielo, el cartuchito de galleta; en fin, luego de una hora y media o dos, Margarita con sus tres añitos, la más joven de la Gómez Toro, a la casa no quería regresar.

Así fue Martí con su Mariposita, con Pancho, y con todos los demás.²⁶⁷

²⁶⁷ Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 75.

El pensamiento a caballo²⁶⁸

*La grandiosidad del lenguaje
invita a la grandiosidad del pensamiento.*²⁶⁹

Luego de haber realizado una histórica y decisiva visita al mayor general Máximo Gómez, en septiembre de 1892, donde el Generalísimo ha aceptado con júbilo y placer, asumir el cargo de jefe supremo del ramo de la guerra que a nombre del Partido Revolucionario Cubano le ha presentado el Delegado, José Martí emprendió viaje de regreso, no olvidó antes saludar a un grupo de simpatizantes de la revolución cubana en República Dominicana.

A recibirlo acudieron integrantes de la Sociedad Amigos del País, entre ellos Manuel de Jesús Galván; este, al verlo llegar en su caballo a Santo Domingo, exclamó:

—He aquí lo que faltó a las América: iel pensamiento a caballo!

²⁶⁸ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo...*, p. 69.

²⁶⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 9, p. 73.

Es todo mi equipaje²⁷⁰

*La sencillez es la grandeza.*²⁷¹

Con su hermano Francisco, Federico Henríquez y Carvajal, acompañó a José Martí al hotel Universo en la capital dominicana, donde se hospedaría el Delegado durante su corta estancia en la ciudad.

Una sorpresa le aguardó al darse cuenta de que, por equipaje, el cubano solo traía consigo un pequeño maletín de cuero y bastante resentido por su uso. Al percatarse Martí, se le acercó y le dijo sonriendo:

—Es mi equipaje.

Y tan modesto como su maleta era su contenido, consistente en una muda de ropa, algunos cuellos, calcetines y otros pocos efectos personales.

²⁷⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 49.

²⁷¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 211.

Siempre al día²⁷²

*Queda del hombre la luz
que infunde y el bien que hace.*²⁷³

De regreso a Santo Domingo, el día 18 de septiembre de 1892, José Martí se hospedó en el hotel Universo. Allí conoció a Federico Henríquez y Carvajal y a otros dominicanos que habían identificado la causa cubana como propia.

Ese mismo día, el nuevo amigo lo convidó a almorzar en su casa con vistas a continuar la interesante plática y sacar mayor provecho del poco tiempo disponible del Delegado, quien en breve debía continuar viaje hacia los Estados Unidos.

Sentados a la mesa, Carmen, la esposa del noble dominicano, le sirvió una lonja de ternera, y con una sonrisa le dijo:

—Ahí tiene usted, carne de filete.

²⁷² Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 48.

²⁷³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 451.

—Bistec Stanley —precisó para completar la frase.

Y es que el beefsteack, oriundo de las islas británicas, acababa de ser enaltecido con el nombre de aquel explorador que hacía poco había logrado rescatar a Livingstone, perdido en las selvas africanas.



Hogar de Federico Henríquez Carvajal que acogió a Martí tan pronto llegó a la capital dominicana.

Una taza de chocolate

*Todo es gozo cuando
se pelea por la luz del mundo.*²⁷⁴

El día 22 de septiembre, Jaime R. Vidal informó al General en Jefe, a través de una carta, del fugaz recorrido que realizara José Martí en República Dominicana; y sobre los encuentros con diferentes personalidades, escribió en su misiva:

[...] y todos, todos quedaron encantados con el señor Martí. Aquel fue un día grande para todos los que tuvimos la dicha de conocerlo y oírlo [...] en el salón de la Biblioteca Popular donde se había reunido toda esa juventud estudiosa y aprovechada que forma la Sociedad Amigos del País [...] cuantos aplausos merecidos y de verdadero entusiasmo arrancó a aquel auditorio. Nadie quería hablar después de que él habló. Pues

²⁷⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 449.

como dijo Manuel de Jesús Galván después del señor Martí nadie debe hablar, pues no hay palabras, ni sentimientos que no parezcan toscos y groseros.

A las diez y media fuimos a tomar una taza de chocolate, de allí pasamos al hotel a recoger las maletas y a escribir él algunas cartas a la carrera para Santiago y dos que me dio, una para don Ignacio González y otra para W. Figueredo, ministro del Interior; de allí fuimos al río para dejarlo a bordo, como le digo antes, de la embarcación que debía conducirlo a Barahona.

¡Oh, qué hombre! Pasó como un meteoro, no se detuvo más que el tiempo preciso para deslumbrarnos con los rayos de su grandiosa inteligencia.

Al día siguiente, mi oficina, que es la misma de José Joaquín Pérez, estuvo todo el día llena de los acongojados huérfanos que dejó [...] no se habló en todo el día más que de Martí: los que lo conocieron lamentando su ida y los que no tuvieron tiempo lamentando no haberlo conocido.²⁷⁵

José Martí —relata Federico Henríquez y Carvajal en la reseña que publicara referida a tan impresionante recorrido— reinaba por su elocuente verbo y su alma virtuosa, en todas las almas. Se le había acogido como huésped amigo, e iba a despedírsele como hermano. Cordiales abrazos

²⁷⁵ Diana Abad Muñoz: “Cómo vieron a Martí”, carta de Jaime R. Vidal a Máximo Gómez, Montecristi, 22 de septiembre de 1892, revista *Patria*, año 4, No. 4, 1991, p. 72.

y manos fieles estrecharon los vínculos de las americanas ideas y de los sentimientos antillanos. Cuarenta horas no más habían bastado al peregrino para hacerse de su segunda patria.²⁷⁶



Sociedad Amigos del País, prestigiosa institución cultural de la capital dominicana que rindió espléndido homenaje al Maestro.

²⁷⁶ Diana Abad Muñoz: “Cómo vieron a Martí”, reseña de Federico Henríquez y Carvajal, Baraona, 21 de septiembre de 1892, en revista *Patria*, año 4, No. 4, 1991, p. 75.

¡Ni una palabra!²⁷⁷

*El pudor del dolor es el silencio.*²⁷⁸

En la biografía del Maestro, *Martí, el Apóstol*, publicada en 1933, su autor Jorge Mañach presenta un episodio en la vida del Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que puede dar idea del peligro que le acechó, en su intensa labor patriótica por reiniciar la campaña libertadora. Entre los días 16 y 22 de diciembre de 1892, Martí había visitado Tampa. Allí fue víctima de un atentado por envenenamiento. Al contar lo acontecido, el mencionado escritor narra lo siguiente:

La fonda de Rubiera le resultaba demasiado trajinada, había optado Martí en una de sus visitas, por irse a vivir a una casita aislada en la misma calle. Dos cubanos de los muchos que le hacían constante objeto de su solicitud —un blanco

²⁷⁷ Jorge Mañach: Ob. cit., p. 206.

²⁷⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 405.

y un mulato— se ofrecieron para servirle en su refugio. Tras muchas instancias, Martí los aceptó a título de auxiliares. Se hallaba solo en la casa una tarde, y sintiéndose débil por los discursos y trajines, sirvióse una copita de vino de coca de Mariani, que solía tomar en tales casos. Al llevárselo a los labios, le halló un gusto extraño. Tuvo una rápida intuición y devolvió el sorbo.

Cuando llegó de visita el doctor Barbarrosa, que vigilaba en Tampa la preciosa salud del Maestro, lo encontró sumido en una butaca, con el rostro pensativo y atristado. Ávido de ver desvirtuada su sospecha, le comunicó al médico lo sucedido. Barbarrosa olfateó el licor, lo degustó con cautela y frunció el ceño.

—Sí; me parece que sí... ácido... déjeme hacerlo analizar.

Mientras el doctor se ocultaba la botella en el faldón de la levita, Martí lo tomó por un brazo y le dijo mirándolo fijamente:

—De esto, amigo mío..., si fuese cierto, ini una palabra!

Pero los secretos se pierden a veces por la misma discreción con que se guardan. La reticente insistencia del doctor Barbarrosa en que Martí se mudara enseguida, y el hecho de que los dos auxiliares, que seguramente eran gente sobornada por el cónsul español, hubieran desaparecido súbitamente, colmaron la intuición de Paulina. En ausencia de Martí, esta se presentó en la casa y arrambló con todas las pertenencias del Maestro,

sorprendiéndose de hallar más libros que ropa en su maleta. A la hora, Martí se encontraba instalado en la casa del matrimonio negro de Paulina y Ruperto Pedroso.

La vivienda estaba situada frente al taller de tabaco de Martínez Ibor. Junto con su esposo, Martí fue custodiado de día y de noche.

Una tarde, ya anocheciendo, se presentó en la casa uno de los auxiliares desaparecidos: el blanco. Venía trémulo, contrito. Ruperto hizo ademán de lanzarse sobre él. Martí lo contuvo y, echándole el brazo al visitante por encima del hombro, se encerró en su cuarto con él. Al cabo de un largo rato el otro salió con los ojos enrojecidos y el rostro más alto. Cuando se hubo marchado, Ruperto le reprochó a Martí su confianza.

—Ese —contestó— será uno de los que habrán de disparar en Cuba los primeros tiros.²⁷⁹

El vaticinio se cumplió, dos años después los dos hombres figuraron en una de las primeras expediciones, el del abrazo, ganó en la manigua los galones de comandante.

Días más tarde, el 19 de enero de 1893, convaleciente del pérfido atentado, el Maestro escribió al mayor general Serafín Sánchez:

Solo pa. q. vea letra mía le escribo sin poder. A Vd. puedo decirle q. mi enfermedad de Tampa no fue natural, —q. el aviso expreso q. recibí de

²⁷⁹ Jorge Mañach: Ob. cit., pp. 206-207.

antemano sobre el lugar, y casi sobre la persona, fue cierto, —y q. padezco aún de las consecuencias, de una maldad q. se pudo detener a tiempo. Sofoqué el escándalo, y aquí lo he desviado. Pero he padecido mucho, Serafín. Aún no puedo sostener la pluma. Mi estómago, no soporta aún alimento, después de un mes. Nada he desatendido, sin embargo, más q. el gusto en escribirle...²⁸⁰



Casa de Ruperto y Paulina Pedroso.

²⁸⁰ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo III, p. 239.

Credo martiano²⁸¹

*Ni una palabra imprudente,
que revele el verdadero estado de nuestro espíritu.*²⁸²

Cuando José Martí continuó sus viajes a Tampa, para promover actividades revolucionarias y tareas referidas a la organización de la guerra, solía pernoctar en la humilde pero nobilísima casa de huéspedes de los esposos Ruperto y Paulina Pedroso.

Desde 1880, espías al servicio del consulado español vigilaban su movimiento y no perdían la ocasión de obtener informaciones de inteligencia, interferir sus acciones patrióticas e incluso atentar contra su persona.

Una noche, mientras dormía en el primer cuarto de la casa, que el matrimonio siempre tenía reservado para él, unos agentes al servicio del enemigo tocaron a la puerta de la morada. Paulina, que velaba el sueño del Delegado, abrió cautelosamente la puerta y, al percatarse de que se

²⁸¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 71.

²⁸² José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 226.

trataba de posibles espías, los conminó a retirarse alegando que Martí no se encontraba en su casa.

Al despertarse el Maestro, y ser informado por Paulina de lo sucedido, le preguntó a su incondicional amiga:

—¿Le dijo usted que estaba?

—No, Martí, lo negué rotundamente —respondió Paulina.

—Pues debió haberles dicho la verdad —replicó Martí—, esos hombres son hoy mis enemigos; pero yo haré que mañana sean mis mejores amigos.

El violín de Gerardito²⁸³

*Todo alumno que progresa
es un maestro que nace.*²⁸⁴

Cayo Hueso es una pequeña isla de cinco kilómetros de largo por no más de tres de ancho, de formación coralina; su costa sur baña el estrecho de la Florida y mira La Habana; allí decidió fijar residencia Gerardo Castellanos Leonart quien, sobre la base de un sostenido trabajo, se había convertido en 1892, en condueño de la tabaquería que todos conocían por Caserón Viejo.

A propuesta de Serafín Sánchez, Carlos Roloff, José Dolores Poyo y Fernando Figueredo Socarrás, Gerardo se convirtió en uno de los más importantes y seguros comisionados de José Martí para transferir orientaciones secretas a Cuba y, al mismo tiempo, retroalimentar al Delegado con las valoraciones de los principales jefes de

²⁸³ Gerardo Castellanos García: *Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí*, p. 176.

²⁸⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 411.

los grupos conspiradores que, en la Isla, se encargaban de los preparativos para reiniciar la guerra. Su posición económica y recia personalidad posibilitaría pasar inadvertido para las autoridades españolas como agente del Partido Revolucionario Cubano, y desempeñar, de igual manera, misiones peligrosas que debía cumplir sin levantar la más mínima sospecha.

El 11 de febrero de 1893, luego de una extensa y compleja misión, recordaría Castellanos:

[...] le informé al Delegado verbalmente, como este me había orientado que debía transmitir y recoger los mensajes para impedir, de ser detenido, que las autoridades españolas me pudiesen ocupar algún documento comprometedor, todo lo que había visto, oído y ejecutado en el viaje que acababa de realizar por toda Cuba. Agradecido Martí por mis servicios a la causa, me dedicó un retrato suyo, y para mayor gentileza me suplicó que lo acompañase a un recorrido por la urbe neoyorquina. En la primera parada, no lograba yo descifrar el objetivo de tan misterioso paseo, y le pregunté:

—¿Busca usted un buen restaurante, Maestro?

—No, amigo. Un sitio especial.

De súbito, entró en un establecimiento comercial en el que se vendían instrumentos musicales, y pidió un violín pequeño, dos arcos, una sordina, un paquete de cuerdas y el estuche. Pagó el importe y al retirarnos me dijo:

—Ahora sí vamos a un restaurante italiano, le invito a comer unos exquisitos macarrones con vino.

Cuando jadeante y veloz, con su violín bajo el brazo, se desplazaba en busca del lugar deseado, tropezó bruscamente con un caballero rubio, de bigotes zafios y de elevada estatura. Este le increpó groseramente por su descuido.

El Delegado con sus exquisitos modales y un tono de voz amable, le contestó en su idioma, ante cuya cortesía y serenidad, el extranjero, que era alemán, se deshizo en explicaciones. Ambos, con sonrisas en sus labios, siguieron andando un trecho, hasta que Martí se despidió dejando sellada una amistad.

Ya sentados en la mesa del restaurante, me entregó el violín, para que se lo hiciera llegar a mi hijo. Martí se había percatado de que mi hijo Gerardito estudiaba violín y piano. Y con expresa y cariñosa solicitud, me pidió que en la primera ocasión que se vieran, le tocara el himno baya-més. Puso dentro del estuche una esquila escrita de su puño y letra dirigida a Gerardito, advirtiéndole del compromiso que le imponía, carta que entonces leí, pero que desgraciadamente no he podido localizar.

Pasó algún tiempo hasta que un día apareció el Maestro en Martí City, Ocala, y apenas llegó a mi hogar, vio al joven Gerardo y le recordó el compromiso. El muchacho accedió a tocar la pieza, pero colocándose detrás de la cortina que separaba la sala de la saleta. Cayó en gracia lo pedido. Tuvo el propósito de cumplir y cuando ya se disponía a hacerlo, la inseguridad y el temor de fallar ante

tan respetado y querido compatriota, a quien los emigrados veían como un Dios, dejó abandonado allí su querido violín y escapó por la puerta del fondo de la residencia.²⁸⁵

De aquel regalo del Apóstol, se exhiben algunas de sus partes en el museo Casa Natal de José Martí.



²⁸⁵ Gerardo Castellanos García: Ob. cit., pp. 176-177.

¡Hijo!²⁸⁶

*La poesía es a la vez obra del bardo
y del pueblo que la inspira.*²⁸⁷

Precipitar aislamientos aislados en la Isla era uno de los planes de la inteligencia enemiga, encaminado a boicotear el proyecto independentista que organizaba José Martí. De ahí que el 25 de abril de 1893 se produjera en Velazco, Holguín, el levantamiento de los hermanos Sartorio, secundado por otro grupo en Purnio, quienes perseguidos o engañados, se precipitaron a iniciar la revolución. Estas acciones sorprendieron a los organizadores de la guerra.

José Martí, quien ya esperaba el desenlace de algún tipo de incidente que pusiera en tensión todas sus fuerzas, de inmediato logró desentrañar la intentona que empujada o no por las autoridades españolas, perseguía desacreditar

²⁸⁶ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 2, La Habana, febrero de 1983, p. 6.

²⁸⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 15, p. 27.

a los revolucionarios, dividir a los conspiradores y estimular a los cubanos reformistas que intentaban detener el movimiento independentista.

La ocasión propiciaba poner a prueba las verdaderas intenciones del Apóstol, quien a pesar de tener la seguridad de que aquellas acciones estaban condenadas al fracaso, inició urgente una ardua labor de apoyo a los alzamientos, recolectando una gran cantidad de recursos económicos que finalmente no pudieron enviarse, por haber depuesto las armas los insurrectos, diez días después de los alzamientos.

No obstante, algunos emigrados aprovecharon la ocasión para difamar contra el Apóstol, acusándolo de no haberle brindado el apoyo necesario a los hermanos Sarratorio; por supuesto, esta actitud encontró respuesta en el discurso pronunciado por Martí el 24 de mayo de 1893, en Hardman Hall.

Aquella noche, Gonzalo de Quesada y Aróstegui había invitado a escuchar las palabras de Martí, al joven bayardo nicaragüense Rubén Darío, quien le había manifestado su interés en conocer personalmente al poeta y revolucionario cubano.

Yo admiraba altamente —cuenta Darío en su autobiografía—, el vigor genial de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos [...] Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento

de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta.

Al llegar al anfiteatro, pasamos por un pasadizo sombrío, y de pronto, en un cuarto lleno de luz me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo, que me decía esta única palabra: ¡Hijo!

Rubén Darío no resultaba ignorado para Martí. El joven de veintiséis años era reconocido como uno de los más influyentes poetas en lengua castellana de fines del siglo XIX, distinguido por la riqueza de su estilo, la variedad de su versificación y la luminosidad de sus imágenes.

Este encuentro con el lozano colega nicaragüense le produjo un momento de tanta felicidad, que lo invitó a escuchar su discurso.

Martí tenía esa noche que defenderse —rememora Rubén—. Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia o de otra precipitación, en no sé cuál movimiento de invasión a Cuba. Es el caso que el núcleo de la colonia le era en aquellos momentos, contrario; mas aquel orador sorprendente tenía recursos extraordinarios [...] y como pronunció en aquella ocasión uno de los más hermosos discursos de su vida, el éxito fue completo y aquel auditorio, antes hostil, le aclamó vibrante y prolongadamente.

A la salida del teatro, un hombre negro, al parecer tabaquero, se acercó a Martí para regalarle un lapicero de plata en señal de admiración y cariño, lo que agradeció el Apóstol y girando su rostro hacia el poeta nicaragüense, le manifestó:

—Vea usted el cariño de esos pobres obreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro por la libertad de nuestra pobre patria.

Acto seguido invitó a Darío a conversar amigablemente. Al recordar aquel momento, el bardo nicaragüense precisó en la autobiografía que escribiera mucho después:

Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan agradable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables; luego me despedí. Él tenía que partir esa misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé qué precisas disposiciones de organización. No lo volví a ver más.²⁸⁸

Su viaje no estaba programado para Tampa. Tal vez con el paso del tiempo, el poeta no recordase bien el lugar o el propio José Martí, como parte de las medidas de seguridad que tanto cuidaba, no quiso informarle

²⁸⁸ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 2, La Habana, febrero de 1983, p. 6.

al nuevo amigo el destino verdadero de su inminente desplazamiento.

En las primeras horas del 25 de mayo de 1893, José Martí emprendía viaje hacia República Dominicana, adonde arribaría el 3 de junio, para informarle al Generalísimo Máximo Gómez los últimos acontecimientos, y trazar con él los planes expedicionarios y del alzamiento simultáneo de la Isla, tan pronto estuviesen listos los preparativos de guerra.



Casi colindantes, el Chickering Hall y el Hardman Hall. De entre sus paredes aún se siente el eco de importantes discursos políticos y afanes revolucionarios de Martí y sus compatriotas en Nueva York.

¡Usted no sabe lo que hace!²⁸⁹

*En todas partes, un alma de mujer ha venido
a bendecir y endulzar mi vida exhausta.*²⁹⁰

Generalmente, muchas personas que desconocen la verdadera personalidad de José Martí y su comportamiento ético, tanto público como privado, al comentar acerca de la especial connotación que en su vida tuvo el amor y, en particular la mujer, lo convierten en un don Juan, sin percatarse de que para Martí debía amarse la belleza a la manera de Platón.

Para un hombre de tan distinguida sensibilidad humana, “la mujer desnuda no es indudablemente la forma más bella de mujer”,²⁹¹ porque admiraba de la mujer más que su belleza exterior, su mundo interno: ternura, capacidad, talento, cultura, virtudes, espíritu de sacrificio y delicadeza.

²⁸⁹ Revista *Patria*: año XXXIII, La Habana, 1977, p. 6.

²⁹⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 116.

²⁹¹ *Ibídem*, tomo 6, p. 412.

A su niña idolatrada, María Mantilla, le escribió cuando ya se encontraba en camino hacia los campos de Cuba libre: “quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz”.²⁹²

En carta enviada por el destacado revolucionario y martiano Juan Marinello Vidaurreta a su amigo Gonzalo de Quesada y Miranda, en mayo de 1942, le comentaba acerca de un encuentro que había sostenido con el capitán del Ejército Libertador Alberto Plochet, unos cuatro años antes, y que entre los temas abordados en una amigable charla, inesperadamente, salió a relucir el amor en José Martí.

Plochet era, a fines del siglo XIX, un joven revolucionario casi adolescente, muy enamorado, mientras Martí ya rebasaba la edad de un hombre maduro. El joven cubano, sin embargo, había ganado la confianza del Delegado y le gustaba acompañarlo en muchas ocasiones para realizar trabajos revolucionarios.

Al comentarle a Marinello sus apreciaciones sobre tan controvertido tema, el capitán Plochet le cuenta:

Martí estaba muy lejos de ser, como tantas veces ha dicho o insinuado, un conquistador o un don Juan antillano. Por el contrario, daba la impresión de ser un tímido amoroso. Más de una vez me peleó fuertemente, porque yo me daba a aventuras fáciles y exclusivamente sexuales.

²⁹² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 148.

—¡Usted no sabe lo que está haciendo! —me dijo en más de una ocasión—. ¡Usted está empañando lo más alto y noble que hay sobre la tierra: el amor! Usted no se diferencia en nada, en su actitud frente al otro sexo, de los caballos o los toros. ¡Por favor, no continúe por ese camino!

No hay dudas de que lo que hizo pensar a muchos en un donjuanismo en Martí, fue su manera peculiar de tratar a las mujeres. Su bondad y gentileza se elevaban al máximo y su condición romántica y cultura artística, unidas a un tono conversacional entusiasta y cálido, cuando conversaba con ellas, muchos la confundían con intenciones amorosas.

El mismo Martí afirmaba que había tenido aventuras con unas pocas mujeres, pero lo que sí era cierto fue que mantuvo relaciones platónicas con algunas damas de sensibilidad y talento distinguidos, no una vida erótica con ellas. Yo pudiera resumir su vida amorosa en esta frase: Martí era galante y poco caminador.²⁹³

²⁹³ Juan Marinello Vidaurreta: *Carta a Gonzalo de Quesada y Miranda*, 10 de mayo de 1942 en revista *Patria*, año XXXIII, La Habana, 1977, p. 6.

Unidad para vencer²⁹⁴

*A alturas no se sube a saltos.
El primer peldaño, es nuestra unión sólida.*²⁹⁵

En la hoja de servicios de Antonio Zambrana Vázquez se distinguía su asistencia, junto a Ignacio Agramonte Loynaz, a la Asamblea de Guáimaro y haber sido uno de los encargados de elaborar la primera Constitución cubana. Pero luego de un largo exilio y tras el convenio del Zanjón, Zambrana regresó a la Isla e ingresó en el Partido Liberal Autonomista, acción que lo alejó del ideal separatista. Esta oportunidad la aprovecharon las más destacadas figuras del autonomismo para enfrentar las actividades revolucionarias que realizaba José Martí en el exterior, de las que manifestaban no tener fe en el éxito de sus gestiones.

A la llegada del general Antonio Maceo a Costa Rica, Zambrana, que por entonces residía en ese país, entabló

²⁹⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 74.

²⁹⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 407.

estrechas relaciones de amistad con el héroe de Baraguá, hasta que por su posición autonomista y demagógica, el general le retiró toda su confianza.

El 1 de julio de 1893 arribó José Martí a la capital del país centroamericano. Le animó contactar con el general Maceo para tratar diversos asuntos sobre la organización de la guerra y fomentar la creación de clubes patrióticos del Partido Revolucionario Cubano, en ese país. Junto al general Antonio, asistió al Colegio de Abogados para escuchar una conferencia del doctor Zambrana, auditorio que los recibió con una fuerte ovación.

Poco después —relata Manuel J. de Granda—, varios cubanos, entre ellos el general Maceo, se reunieron con Martí en la habitación del hotel donde este se hospedaba en compañía de Panchito Gómez Toro. Fue entonces que llegó Zambrana a saludar al Delegado. Maceo no se movió de su asiento, ni el recién llegado hizo ademán de saludarlo. Fue entonces que el Apóstol se percató de la actitud de ambos, y preguntó:

—¿Cómo es posible que dos antiguos compañeros de la guerra, el diputado de Guáimaro y el héroe de Mangos de Baraguá se encuentren y no se saluden?²⁹⁶

Con su reconocida elocuencia, Martí logró que ambos patriotas se abrazaran y reconciliaran. Después de un largo rato de conversación, Zambrana invitó a Martí y

²⁹⁶ José Luciano Franco: Ob. cit., tomo II, p. 52.

Maceo a un almuerzo. La unidad a pesar de las diferencias, resultaba imprescindible para luchar por la independencia de Cuba.

En otra oportunidad, ante la crítica de algunos emigrados que consideraban que Antonio Zambrana había actuado en perjuicio de la buena marcha de la causa cubana, Martí respondió:

—Zambrana, con quien a veces discrepamos por su actitud, tendrá muchas cosas malas; pero tiene también muchas cosas buenas, y estas son las que necesitamos nosotros.



Calle principal de San José de Costa Rica.

Conquista patria²⁹⁷

*De una patria, como de una madre,
nacen los hombres.*²⁹⁸

Carlos A. Aldao, de nacionalidad argentina, conoció a Martí cuando se desempeñaba como diplomático en la legación de este país en Nueva York; logró entablar una sincera y profunda amistad con el Maestro.

Organizada por la Sociedad Hispanoamericana, el 28 de octubre de 1893 se celebró una velada en homenaje a Bolívar; hicieron uso de la palabra destacados oradores, entre los que se encontraba José Martí. De aquella memorable noche, recordaría años más tarde el señor Aldao:

Recuerdo un día, aniversario del natalicio de Simón Bolívar, me invitó a una velada en la que él haría uso de la palabra en honor al Libertador. Por la noche hallábase congregado en un salón de la

²⁹⁷ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 13.

²⁹⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 14, p. 100.

Quinta Avenida, un grupo numeroso de caballeros y familias oriundos de las repúblicas que bañan el Golfo de México y el Mar Caribe.

Todos los oradores, con ese lenguaje ampuloso y vacío que es lujo de los trópicos, henchido de adjetivos, metáforas y exageraciones, describían a Bolívar como un dios, y, en mi concepto, despojábanle de su mérito. Para un hombre de carne y hueso, la empresa del vencedor de Boyacá y Carabobo era grande y meritoria; para un dios, si igualmente grande, era sin esfuerzo [...]

Llegole el turno a José Martí, y subiendo a la tribuna hizo, con la palabra suelta, fácil, brillante, que le era habitual, un estudio analítico de la revolución de independencia sudamericana, en el que no se sabría qué admirar más, si la precisión, profundidad y lógica de sus ideas, o la música de su oratoria [...]

La brillante peroración producía en la médula una sensación análoga a la que despierta la vista del acróbata lanzado al aire en un ejercicio peligroso, y cuando todos los circundantes *orae tenebant* ante el encanto de su palabra, Martí se detuvo, tomó aliento, irguióse aún más, y con la mirada perdida y voz que era casi un grito que expresaba el dolor y la esperanza concluyó así:

“Señores: quien tenga patria, que la honre: y quien no tenga patria, que la conquiste: esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar”.²⁹⁹

²⁹⁹ Carlos A. Aldao: “Martí” en Carmen Suárez, ob. cit., pp. 13-14.

Convidado³⁰⁰

*¿Dónde hallas tú más alegría que en la confianza?*³⁰¹

En su vida personal e íntima, recuerdan los amigos de José Martí que como excelente conocedor de la buena comida, sabía escoger muy bien el plato que apetecía en cada momento, y aunque era ponderado en la mesa, comía con gusto. También sabía catar los vinos, y le gustaba saborear una buena copa de Tokay, aunque su vino predilecto era el Mariani, un reconstituyente de moda en aquella época.

Conocía cuáles eran, entre los modestos restaurantes de Nueva York, los mejores, y en los que se servía a bajo precio algún sabroso plato de comida italiana, española o criolla; a estos asistía regularmente acompañado de algún amigo para, mientras disfrutaban de la cena, sostener una animada charla.

³⁰⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 38.

³⁰¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 83.

—Comer solo es un robo. Lo considero un placer robado al comensal ausente —le expresó Martí a su amigo.³⁰²

De ahí que solamente en muy contadas ocasiones se le encontrara disfrutando solo de un almuerzo o una comida. Siempre acompañado, unas veces como invitado, se complacía en saborear un plato típico cubano, como aquel que se le sirviera en un almuerzo organizado en su honor en casa de un obrero de Cayo Hueso que, al preguntársele el nombre del plato servido, no pudo contestar. Entonces el general Serafín Sánchez les explicó a los comensales:

—Se llama pan patato.

Y a continuación expuso cómo se elaboraba y que era una comida muy apetecida por los mam-bises en la pasada guerra.

Martí, luego de degustar y saborear un buen pedazo, exclamó:

—Es delicioso comerlo y santo rememorallo entre los que muy pronto tendrán que llamarse camaradas.³⁰³

³⁰² Revista *Patria*: año XXXIX, No. 11, La Habana, noviembre de 1983, p. 6.

³⁰³ Revista *Patria*, año XL, No. 4, La Habana, abril de 1984, p. 6.

Yo sé montar³⁰⁴

*Caballo de paseo, no gana batallas.*³⁰⁵

En diciembre de 1893, José Martí visitó Tampa y Cayo Hueso con el propósito de explicarles a los afiliados del Partido Revolucionario Cubano los últimos acontecimientos de la Isla, incitarlos a redoblar los esfuerzos para incrementar los fondos de guerra y continuar la labor de propaganda revolucionaria.

Pero cada vez que él volvía al Cayo, encontraba tiempo para realizar ejercicios militares junto a los emigrados residentes en el lugar. Aquellas habilidades las aprendían todos en lo que fuera el II Fuerte, una especie de torre y cuartel diseñado para la defensa del Cayo. La instalación en desuso había sido comprada al gobierno norteamericano, con los terrenos adyacentes, por el cubano Eduardo

³⁰⁴ Bernardo Figueredo Antúnez: *Yo dibujé a Martí. Diario de un viaje Cayo Hueso-Nueva York*, p. 100.

³⁰⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 235.

Hidalgo Gato, quien la había puesto a disposición de sus compatriotas para realizar las prácticas necesarias de las futuras tropas que integrarían el Ejército Libertador.

De la visita efectuada por el Delegado al II Fuerte, en diciembre de 1893, contó Bernardo Figueredo Antúnez:

Mi hermano Fernando y yo éramos los encargados de lanzar con unas hondas unas botellas que el tirador debía romper en el aire con las balas de su rifle. A Martí le hizo mucha gracia aquello, nos alentó a que siguiéramos y dijo que él se encargaría de propagarlo en otros lugares donde se hacía ese tipo de prácticas.

En el grupo que realizaba su entrenamiento aquella mañana, había un señor de apellido Fádez; era uno de los hombres más exaltados, tenía unos bigotes muy parados y lucía que tenía una acometividad grande para la guerra, aunque posteriormente supe que no participó en ella.

Aquel señor pretendía que Martí montara un caballo muy vivo que él tenía, y del cual vivía muy orgulloso. Una y otra vez insistió en que el Delegado cabalgara sobre aquel alazán.

—Suba, señor Martí —le decía—, usted verá qué potranca más fina tengo... más viva tengo.

Ante tanta insistencia de su compatriota, Martí le contestó:

—Mire, Fádez, quiero decirle que yo he montado a caballo, tenía un caballo que montaba, de bastantes bríos, no se me olvida; en Jamaica lo he montado, y en Nueva York a veces he tratado

de montarlo en los pocos momentos que pude estar en Central Valley, como ejercicio. Yo le ruego que no insista, porque además, yo con este traje, con bombín, montado a caballo, me parece que voy a lucir un Cristo con pistolas, así que no... le ruego que tenga por seguro que yo sé montar a caballo, no le preocupe eso.



Con un grupo de emigrados cubanos que hacían prácticas de tiro en lo que fuera el Il Fuerte. Sentados, los niños Fernando y Bernardo Figueredo.

La academia de Bellas Artes³⁰⁶

*La pintura, noble señora del espíritu.*³⁰⁷

Durante su estancia en Cayo Hueso entre los días 15 y 20 de diciembre de 1893, José Martí logró encontrar en su apretada agenda política un espacio de tiempo para visitar la Academia de Bellas Artes. El jovencito Bernardo Figueredo, quien lo acompañó en la excursión, escribió en su diario:

Martí había querido visitar la Academia que gozaba de fama entre las familias cubanas del Cayo. Y en la tarde que lo hizo fue un gran gusto y honor para todos nosotros. El profesor Abney, un buen pintor y director de la escuela, había ido a Islas Tortugas, al oeste de Cayo Hueso, y todos nos esforzamos por enseñarle lo que hacíamos.

³⁰⁶ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., p. 83.

³⁰⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 394.

Al momento de llegar Martí, estábamos preparando la colocación de dos excelentes litografías, a todo color. Formamos un grupo compacto a su alrededor, para no perder una sola palabra de lo que dijera. Recuerdo que al detenerse ante un cuadro traído por el médico Armona, de Europa, con la escena del asesinato de Julio César, comentó: “Lo que no ha dicho la historia, es que entre sus asesinos tenía más amigos que enemigos”.

Reñir o pelear³⁰⁸

*El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido
al sentimiento generoso o a la idea eterna.*³⁰⁹

Como era habitual por entonces, cuando el Apóstol se desplazaba hacia diferentes puntos donde existían clubes revolucionarios, la más joven generación se disputaba el momento para acompañar a sus padres, poder escucharlo y encontrar la ocasión adecuada para intentar conversar con él o llamar su atención.

Uno de aquellos días de diciembre de 1893 en que Bernardo caminaba junto a Martí, le contó que una vez, cuando Panchito León pasó por su casa, un muchacho que él conocía, burlonamente le gritó: “¡Adiós, bembita!”, y el saltó como un resorte, se sintió ofendido y se fajaron en la calle.

Tras escuchar el relato, Martí intentó explicarle a Bernardo el uso incorrecto de un vocablo.

³⁰⁸ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 76.

³⁰⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 177.

—Bueno, lo que resultó es que te partieron la bembita. También quiero explicarte una cosa, no se debe decir nos fajamos, porque no se pusieron faja ni tú a él, ni él a ti.

”Eso se llama reñir o pelear, pero fajar no, búscalo en el diccionario y vas a aprender que fajar no se refiere más que a poner faja.”³¹⁰



Bernardo Figueredo Antúnez.

³¹⁰ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 87

Diálogo con las estrellas³¹¹

*Las estrellas no desaparecen,
aunque estén eclipsadas por el sol.*³¹²

Acompañado de una nutrida multitud de destacados patriotas residentes en Cayo Hueso, el miércoles 20 de diciembre de 1893, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano se dispuso a abordar el vapor *Olivette* que lo trasladaría a Tampa, ciudad en la que debía tomar el tren para ir de regreso a Nueva York.

Un adolescente de catorce años, Bernardo Figueredo Antúnez, hijo mayor del coronel del Ejército Libertador Fernando Figueredo Socarrás, se brindó a acompañarlo. Esa noche pasaron largo rato en la cubierta, contemplando cómo con la fuerza del viento, el humo que salía de la chimenea del vapor, al decir de Martí, parecía “la cabellera de una mujer al viento”.

³¹¹ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., p. 153.

³¹² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 86.

En su diario de viaje, el que inició ese mismo día y terminó el lunes 15 de enero de 1894, dejó constancia de la experiencia que hubo de adquirir al compartir durante tantos días con José Martí. En esta primera ocasión, anotó Bernardo:

En eso una estrella fugaz cruzó el firmamento y comenté: Dicen que es el alma de alguien que ha muerto. Él sonrió, y me explicó que era una de las creencias populares más antiguas, pero absurdas, porque el hombre desde los más remotos tiempos había relacionado el cielo con la muerte, como una idea de que no todo acaba con la muerte precisamente [...]

La clara noche de invierno se abría sobre nosotros como un maravilloso espectáculo: La Vía Láctea, “como una polvareda de mundos” —decía él—, cruzaba el firmamento por encima de nosotros, de un horizonte a otro. Era una gloria lo que contemplábamos, y yo gozaba con sus explicaciones [...]

Me decía ¡qué pocas veces miramos esto!, bien porque las brumas lo impiden o el vivir entre muros o el afán de cada día nos hace olvidar que existe. ¡El hombre primitivo tiene que haberse extasiado cada noche mirando esto!

Entonces, como traído por una ilación de ideas, agregó:

—Si no lo conoces, busca un soneto hermoso escrito a principios de siglo por José Blanco White sobre la noche y la muerte...

Seguidamente trató de recordar el soneto recitando en inglés, que fue el idioma en que se escribió; parte del primer cuarteto no se acordaba bien.

—El mismo Blanco White hizo una traducción al castellano, pero las hay mejores... —comentó. Luego agregó—: El hombre debía dedicar un buen rato de la noche a contemplar esta maravilla de la creación y pensar...

Muerte y vida

Traducción: José Blanco White

*Al ver la noche Adán por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Creyó que, al par del astro moribundo,
La creación agonizaba entera.*

*Más, luego, al ver lumbrera tras lumbrera
Dulce brotar y hervir en un segundo
Universo sin fin..., vuelto en profundo
Pasma de gratitud, ora y espera.*

*Un sol velaba mil: fue un nuevo Oriente
Su ocaso, y pronto aquella luz dormida
Despertó al mismo Adán pura y fulgente.*

*...¿Por qué la muerte al ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿por qué no ha de engañar también la vida?*

El donillero³¹³

*Hay una cosa más preciada que la vida:
la vida honrada.*³¹⁴

Luego de una exitosa gira de agitación y propaganda revolucionaria por el sur de los Estados Unidos, José Martí continuaría un periplo que lo llevaría a Ibor City, Ocala, Jacksonville y Nueva York. A bordo de *Olivette*, gustosamente lo acompañaba Bernando, quien no salía de un asombro para entrar en otro ante las explicaciones y enseñanzas que recibía del Delegado, a cada paso del largo recorrido. Tres días más tarde —23 de diciembre—, llegaron a Jacksonville, lugar de una breve escala, donde bajan y suben nuevos viajeros al tren.

Entre los pasajeros que se incorporaron en aquella estación, se distinguió uno que desde su arribo, al percatarse de que el conductor, un cubano de apellido Fresneda, tenía muchas deferencias con nosotros, pensó que éramos personas

³¹³ José Martí en Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 90.

³¹⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 86.

de mucho dinero, y desde un asiento algo alejado del nuestro, intentó motivar a Martí y a otros que se deleitaban viéndolo jugar barajas. A Bernardo, que tenía por entonces catorce años, le llamó la atención aquella forma agradable de pasar el tiempo y disfrutar del entretenimiento.

Al notar Martí, el interés que había despertado en el muchacho la aparición del ocurrente jugador, se le acercó al oído y le comentó:

—Mira, para que tú veas lo que es la lengua española. Hay una palabra que justamente pinta lo que es ese hombre: la palabra es donillero.

Donillero quiere decir, el individuo que incita a otro o a los otros, especialmente si no saben jugar mucho ese juego, para desvalijarlos. Así es que este es un donillero, acuérdate de quién es, no sea que nos vaya a intimar.³¹⁵

Efectivamente, al poco rato —recordaría años después Bernardo—, se nos apareció con una caja de zapatos llena de huevos pasados por agua, ofreciéndonos que cogiéramos los huevos y nosotros con mucha cortesía le dijimos que no, que no podíamos comérmolos.

³¹⁵ *Ibíd.*, p. 92.

Los dos príncipes³¹⁶

*¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!*³¹⁷

Entre los recuerdos de José Martí que celosamente guardara Bernardo Figueredo Antúnez, permaneció imborrable una remembranza suya que pudiese explicar, tal vez, por qué el Apóstol, basándose en una obra de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson, presentó el poema “Los dos príncipes” en *La Edad de Oro*, que circulara en el mes de agosto de 1889.

Durante el trayecto que hicieron juntos en el mes de diciembre de 1893, Bernardo pudo compartir todo ese tiempo con Martí, quien había mostrado un especial cariño por el inquieto adolescente, admirador de nuestra gesta independentista.

Pasados los años, en la entrevista que le concediera Bernardo a los doctores Cintio Vitier y Fina García Marruz,

³¹⁶ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 94.

³¹⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 448.

no olvidó contar una de las más profundas vivencias que le narrara Martí.

Antes de entrar a presidio —José Martí fue arrestado el 21 de octubre de 1869, a la edad de dieciséis años—, había visto un entierro, cuyo carro iba tirado por dos parejas de caballos y asistido por unos individuos que se movían con ligereza extraordinaria; el carro iba atestado de flores. Pero también recordaba que poco antes había visto el de un hombre pobre que llevaba una cajita hecha de madera de cajones, hecha por el mismo padre, y que llevaba muy temprano de mañana, apretada contra su corazón al cementerio. El hombre, se conocía, había perdido a un niño. De cuando en cuando hacía una pausa y después seguía con su triste carga apretándola siempre del lado izquierdo, como si quisiera poner su corazón dentro con lo que llevaba.

Y entonces me comentó:

—A mí me parece que hay más caridad, más amor, más sinceridad y más belleza si se quiere, y más de todo lo que tiene de bueno el corazón humano, en el entierro del pobrecito que en el caso del de las grandes coronas del entierro que posteriormente vi.³¹⁸

Esta es una ocasión propicia para recordar el poema “Los dos príncipes”, de la poetisa norteamericana Helen

³¹⁸ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 94.

Hunt Jackson y que presentara el Maestro en el segundo número de la revista *La Edad de Oro*:

*El palacio está de luto
Y en el trono llora el rey,
Y la reina está llorando
Donde no la puedan ver:
Con pañuelos de holán fino
Lloran la reina y el rey:
Los señores del palacio
Están llorando también.
Los caballos llevan negro
El penacho y el arnés:
Los caballos no han comido,
Porque no quieren comer:
El laurel del patio grande
Quedó sin hojas esta vez:
Todo el mundo fue al entierro
Con coronas de laurel:
—¡El hijo del Rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!*

*En los álamos del monte
Tiene su casa el pastor:
la pastora está diciendo
“¿Por qué tiene luz el sol?”
Las ovejas, cabizbajas,
Vienen todas al portón:
¡Una caja larga y honda
Está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste:*

*Canta allá dentro una voz-
 “Pajarito, yo estoy loca,
 Llévame donde él voló”:
 El pastor coge llorando
 La pala y el azadón:
 Abre en la tierra una fosa:
 Echa en la fosa una flor:
 ¡Se quedó el pastor sin hijo!
 ¡Murió el hijo del pastor!*³¹⁹



Portada de La Edad de Oro (primer número)

³¹⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, pp. 372-373.

La honda de David³²⁰

*Es bella la fraternidad humana:
es conmovedora, es pura, es necesaria.*³²¹

Durante el ya mencionado viaje de Tampa a Nueva York, Bernardo le comentaba al Delegado su admiración por los grandes combatientes que había tenido la historia. Martí le ofrecía sus explicaciones; pero el chico jamás pudo olvidar lo que le dijo, luego de mencionar la proeza del legendario David que, con un certero disparo de su honda, derribó al gigante Goliat:

—Mira, vas a tener que usar la honda de David que tienes preparada siempre, porque hay una señora que está en apuros, parece algo asustada.

Yo no veía a la señora, que era ya una señora de edad, porque mi asiento quedaba de espaldas a ella. Entonces me puse de pie y fui a averiguar

³²⁰ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., p. 101.

³²¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 448.

y era una abeja que estaba pegada al vidrio de su ventana, en el carro *pullman*, y estaba terriblemente asustada, se echaba lo más lejos posible de ella, y entonces le dije: “No, no se apure”.

Martí la convenció diciendo que a la abeja lo que le pasaba era que intentaba ganar su libertad, que no intentaba picarla.

—Pero a pesar de todo eso, yo estoy terriblemente asustada —replicó la señora.

Entonces Martí me retó:

—Bueno, David, ve en socorro de ella a ver qué es lo que vas a hacer, coge este periódico.

Tomé el diario e hice un cucurucho, un embudo; lo pegué a la abeja y efectivamente se metió en el embudo. Fui a la parte delantera del coche y tiré el periódico con la abeja.

Ya estaba tranquilo, luego de haber hecho una obra heroica, magnífica y buena, cuando al poquito rato apareció una abeja.

Esta es la abeja nuestra de antes, nuestra conocida, lo que pasa es que tú tiraste el periódico con la abeja y todo cuerpo en movimiento forma su atmósfera y eso lo forma precisamente la velocidad de nuestro tren; esa abeja tú la botaste por la puerta delantera y ha entrado por la puerta de atrás otra vez, me explicó Martí.

Entonces no le hicimos más caso, porque no molestaba a nadie, y aproveché el momento para preguntarle al Delegado:

—Bueno, ¿y cómo es que usted sabe tantas cosas?, ¿dónde las ha aprendido?

—Pues las he aprendido leyendo —ripostó Martí—; acuérdate que he sido periodista, me he ganado la vida escribiendo, y creo que lo primero que tiene que hacer el que escribe es saber, conocer el tema y conocer la mayor cantidad de temas posibles para ponerlos en forma grata para conocimiento de los demás.



Muchas de estas páginas publicaron su saber.

Un pentagrama musical³²²

*No es lo bello en la música la nota que se toca:
es más bella la nota que se adivina y se desprende.*³²³

Entre las múltiples cualidades de José Martí ocupó siempre un lugar especial su pasión por la música y su admiración por los hombres que lograban extasiar a las multitudes con el arte de las notas y los acordes musicales. Este encanto lo apreció hasta en los tiernos pajarillos que cantaban alegremente, posados en los hilos del telégrafo de la terminal de trenes de West Side, donde él y Bernardo, su compañero de viaje, esperaban el tren que los llevaría a la urbe neoyorquina.

—Parece un pentagrama —expresó Martí.

—Eso estaba pensando yo, parece como que estuvieran preparando una clase de música —comentó el joven.

³²² Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 96.

³²³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 298.

—¿Tú no crees Bernardo, que si esto lo oyera uno de los grandes músicos que ha tenido la humanidad, no saldría de ahí una sinfonía extraordinaria?³²⁴

El canto de las aves extasiaba al Maestro. En una versión libre de “El ruiseñor”, uno de los cuentos del autor danés Hans Christian Andersen (1805-1875), que publicó en el cuarto y último número de su revista ilustrada para niños, *La Edad de Oro*, bajo el título “Los dos ruiseñores”, dejó un grato recuerdo de la emoción que le causara el hermoso canto de los pájaros.

[...] Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar del aire, como si estuviesen locos [...]³²⁵

³²⁴ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 98.

³²⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 492.

Sin duda era cubana³²⁶

*El cubano es capaz del amor,
que hace perdurable la libertad.*³²⁷

Jacksonville fue una de las ciudades que Martí visitó en su regreso a Nueva York en 1894.

Luego de pronunciar un discurso en la fábrica de tabacos de Eduardo Hidalgo Gato y mientras se encaminaba a la estación ferroviaria para continuar viaje, una algazara de niños pequeños llamó su atención. Raudó se dirigió al lugar; de lo que sucedió en aquellos escasos minutos, cuenta Bernardo:

Nos topamos con un gran Childrengarden, como decía el letrero de la entrada en inglés. El lugar estaba rodeado todo de árboles, delicioso por su sombra y equipado con escaleritas, trapecios, cachumbambé y otros aparatos de diversión infantil.

³²⁶ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., p. 91.

³²⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 303.

Vino corriendo una niñita hacia nosotros y se detuvo tras la malla de alambre, mohína por habersele escapado una mariposa multicolor. Para consolarla le hablamos. Se llamaba Rosy Álvarez, y nos dijo que su maestra era la señorita Lola. Por lo visto aquel era un jardín mayoritariamente de hispanos, de latinos, quienes formaban una numerosa colonia en la ciudad.

También nos dijo que su padre se llamaba papi. No sabía si eran cubanos y no daba nociones de conocer algo sobre Cuba. Y entonces, Martí le preguntó: ¿Y tú sabes quién es Carlos Manuel de Céspedes? Y la niña con mucha seguridad respondió: “Sí, el Padre de la Patria”. Era cubana sin duda.

Eso puso muy contento a Martí, pues con aquella respuesta quedaban contestadas todas las preguntas que antes no supo, ni pudo contestar.

Mientras caminábamos, el Maestro me dijo: “Cuando la patria sea libre pondremos un jardín como este junto a cada escuela, junto a cada taller, que tenga madres con hijos para cuidar”.

Nacer para enseñar³²⁸

*La educación empieza con la vida,
y no acaba sino con la muerte.*³²⁹

Aquel 23 de diciembre de 1893, a las cuatro de la tarde, el ferrocarril que realizaba la travesía Tampa-Nueva York, había partido de la ciudad de Jacksonville. En una de las pequeñas escalas; esta, a la entrada de Georgia, una solemne manifestación de duelo llamó la atención de todos, quienes con expresión de curiosidad miraban atónitos por las ventanillas; tampoco escapó la aguda mirada del Apóstol y de su compañero de viaje.

Justo ahí se incorporó un nuevo viajero. Al iniciar la búsqueda del número de su asiento, en el vagón en el que se encontraban los cubanos, se pudo percatar del interés que manifestaban todos por la escena que se apreciaba en el exterior. Entonces, comentó en voz alta lo sucedido, para que todos lo escucharan.

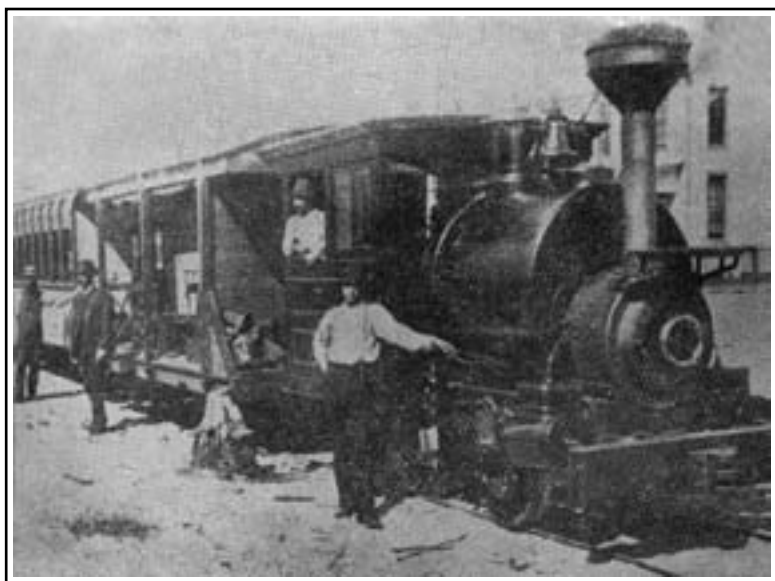
³²⁸ Cintio Vitier y Fina García Marruz: Ob. cit., p. 86.

³²⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 390.

—Se dirigen al cementerio. El pueblo está muy triste, pues se trata de una maestra muy querida que durante algo más de cincuenta años ejerció como educadora. Era una buena mujer, ella nació para enseñar.

Como impulsado por un resorte, Martí giró en su asiento, dirigió su mirada hacia mí —recuerda Bernardo— y exclamó:

—¡Qué buen epitafio, Bernardo!: Nacer para enseñar.



Locomotora en la que con frecuencia hacía sus trayectos por ciudades estadounidenses..

Con psicología³³⁰

*Por lo que se oye y se ve entran en el corazón
la confianza o la desconfianza.*³³¹

El año 1893 constituyó un importante período en la labor conspirativa de José Martí en los Estados Unidos. El Partido Revolucionario Cubano lo reelegió como su Delegado y la organización entraba en una nueva etapa, se iniciaba una vasta campaña movilizativa que impondría al Maestro intensas jornadas y continuos viajes a Tampa, Cayo Hueso, Filadelfia, Atlanta, Nueva Orleans, las Antillas y Centroamérica, en busca de recursos y captación de nuevos miembros.

En una de estas visitas a Cayo Hueso, mientras conferenciaba con el coronel Martín Marrero sobre los planes conspirativos, llegaron varios emigrados que el Apóstol había mandado a buscar con el objetivo de asignarles diferentes tareas encubiertas. Uno de ellos, al parecer

³³⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 72.

³³¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 15.

molesto o disgustado, abandonó el lugar sin decir una sola palabra.

Entonces, uno de los conspiradores reunidos le preguntó a Martí si no le iba a confiar a aquel hombre la misión que habían acordado asignarle de antemano; rápidamente contestó el Delegado:

—No; la fisonomía de ese hombre no responde a su promesa, buscaremos a otro compatriota para cumplirla.³³²

Poco tiempo después, la propia actividad patriótica se encargaba de demostrar que el Maestro no se había equivocado.

³³² Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 9, La Habana, septiembre de 1982, p. 5.

Los consejos de Hamlet³³³

*La literatura es la bella forma de los pueblos.*³³⁴

Corrían los primeros días de enero de 1894.

Caminábamos por la ciudad de Nueva York —rememora el joven Bernardo Figueredo— cuando tropezamos con uno de esos carros abigarrados que tan frecuentes aparecían por esos años en las grandes ciudades norteamericanas. Pasamos de largo por la acera, estrechada por el grupo que oía con más o menos atención a un orador callejero. El discurso era una perorata, soltada con tal énfasis y gesticulación que el individuo parecía, por lo congestionado de su rostro, próximo a una apoplejía y a desarmarse.

³³³ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., p. 93.

³³⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 200.

El comentario de Martí fue el siguiente: “Este necesita los consejos de Hamlet a los comediantes de la corte; si no los conoces o no los recuerdas, búscalos y estúdialos. Búscalos tú mismo que el esfuerzo te será de provecho”.

Ese mismo día en la Biblioteca Pública encontré *Hamlet*, pues el interés y la curiosidad me picaban demasiado para dejarlo para luego.

Los consejos que leí deberían estar en nuestros textos: “Digan sus palabras, les ruego, como se las he pronunciado, con la lengua, ágilmente: porque si las vocean como mucho de sus actores hacen, mejor sería que las gritara el pregonero del pueblo. No serruchen el aire mucho con las manos, así, sino háganlo todo suave, apaciblemente, porque aún en el torrente de la sierra, en la tempestad, en el torbellino de la pasión, tienen ustedes que aprender y usar la moderación que les dé tesura. Oh, cuánto me disgusta hasta el alma, oír un robusto varón de peluca convertir una pasión en andrajos, o verdaderos guiñapos, taladrando los oídos de los rústicos que los oyen, los más de ellos capaces de apreciar solo absurdas pantomimas y ruidoso Termaget, por ser más herodianos que el propio Herodes: eviten todo esto, por Dios”. *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, William Shakespeare.

¡Fuego, Martí!³³⁵

*La prudencia puede refrenar,
pero el fuego no sabe morir.*³³⁶

El miércoles 3 de enero de 1894, Martí y el joven Bernardo Figueredo se hallaban en la casa de huéspedes de Carmen Miyares. Luego del desayuno, antes de salir el Maestro, le indicó como tarea que leyera de un libro sobre naturaleza y ciencia, diez capítulos escritos en inglés, para que después se los explicara.

Pasada la tarde, ya de regreso el Apóstol, recuerda Bernardo:

María Mantilla y yo estábamos pintando una casita con un pincel muy malo y María trajo uno que era de su hermana Carmita, pero que estaba muy duro porque era de pintar óleo. María fue a buscar aguarrás a un cuartico. Con la vela

³³⁵ Bernardo Figueredo Antúnez: Ob. cit., pp. 59-60.

³³⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 216.

que llevaba se prendió un cesto de algodón; en el momento tiró la vela y empezó a gritar: ¡Martí, fuego! [...]

Al gritar María, Martí, que se iba a bañar y ya había preparado agua, salió del cuarto de baño, cogió el cesto y lo metió en la bañera. Había mucho humo y se nos metió a todos por las narices.

Después de que todo estuvo apagado nos empezamos a reír. En mi huida, yo había tumbado tres sillas. Luego del susto me acosté.



Con la pequeña María Mantilla Miyares.

El mejor regalo de cumpleaños³³⁷

*Lo mejor del mundo ¿no es un buen amigo?*³³⁸

Ese 28 de enero, José Martí arribó a los cuarentaiún años. Entonces residía en Nueva York, y trabajaba arduamente, sin descanso, en los preparativos de la nueva gesta independentista.

Por la tarde del día anterior, Fermín Valdés Domínguez había llegado a la ciudad. Su presencia en Nueva York no era casual. Había hecho coincidir su llegada con aquella fecha para poder asistir al día siguiente, a la celebración del natalicio de su gran amigo. De su reencuentro con José Martí, escribió el propio Fermín:

No quise anunciarle mi llegada, y esto, que entraba en mi “plan de campaña” para sorprender con mi abrazo al hermano del alma, fue motivo

³³⁷ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Los natales de Martí*, p. 42.

³³⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 375.

de pena para mí. No me esperaba Martí: era tarde y ya no estaría en su oficina y yo no recordaba dónde vivía. Pasé la noche sin dormir. ¡Una jornada más y a la victoria! me dije, y en la espera necesaria, ordené en mi pensamiento las ideas, y a solas con mi Cuba escribí.

Al día siguiente, como a las doce de la mañana y guiado por mi “cicerone” y amable compañero de viaje desde La Habana, doctor Rafael Menéndez Benítez —estudiante entonces y hoy compañero y amigo estimado—, me lancé a la peregrinación, para mí difícil, por las calles enlodadas y sucias producto de la nieve.

Entramos en un tranvía y tan pronto como ocupamos nuestros asientos comenzamos a hablar —como era natural en español—. Fijose en esto un matrimonio que estaba frente a nosotros; yo veía que el caballero, hombre de semblante agradable y mirada franca, hablaba con la señora y sonreía.

No pudo el digno cubano esperar más, y dirigiéndose a Menéndez, le dijo:

—Ustedes buscan la casa donde vive Martí; yo voy allá y les enseñaré el camino.

Me estrechó la mano con emoción y me presentó a su esposa. Era aquel hombre el tesorero del Partido Revolucionario Cubano: el noble Benjamín Guerra.

Cuando dejamos el tranvía, al oeste de Nueva York, nos dirigimos a la calle 57 entre 8 y 9 Avenidas. Subimos al piso donde vivía Martí.

Quería yo llegar pronto y apenas podía andar. El señor Benjamín Guerra me dijo:

—Escóndase un momento, que quiero darle una sorpresa a Martí.

Al sonar el timbre, oímos los pasos precipitados de un hombre. Abrieron la puerta y pasó la señora de Guerra y luego este. Oía la voz de Martí, al recibirlos, y a Guerra cuando decía:

—Martí, le traigo a una persona que viene a la fiesta.

—Ese es Fermín —contestó Martí.

Durante algunos minutos estuvimos abrazados y sin hablar; lo hacían por nosotros las lágrimas.

—Te esperaba —me dijo— sabía que en Caracas te trataban bien; pero yo estaba seguro de que no te habrías de detener allí más tiempo que el necesario.

Y después dirigiéndose a Benjamín Guerra, le dijo:

—No podía usted haberme traído mejor presente en el día de mi cumpleaños.

Era 28 de enero. Aquel día fue uno de los mejores de mi vida, Martí me estudiaba con su mirada profunda escudriñadora: quería adivinar en un gesto mío todo lo que yo llevaba en mi cabeza y en mi corazón; él me presentó a señoras y caballeros, y contó episodios de mi vida y —con sus palabras apasionadas— quería que, desde aquel momento, me estimaran todos como cubano altivo y útil [...]

Y cuando se retiraron los amigos, y nos quedamos solos, entonces empezó nuestra íntima

conversación, y muy tarde Martí me llevó a su habitación, que desde aquel momento debía también ser la mía. ¡Allí siguió la charla sin orden, la relación de cosas que nos importaban para los trabajos revolucionarios, e íntimas confidencias que parecían unirnos más si era que —entre nosotros— cabían mayores lazos de afecto, de íntima unión de almas!

Dejamos de hablar, y como despedida hasta el día —que ya se sentía llegar— involucimos a abrazarnos!³³⁹

³³⁹ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Los natales de Martí*, p. 12.

Despistar al enemigo³⁴⁰

*Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo:
la inteligencia humana.*³⁴¹

Desde el 21 de abril de 1894, Francisco Gómez Toro, *Panchito*, se hallaba en Nueva York junto a Martí; el Generalísimo había regresado a su tierra natal, luego de ultimar preparativos de la guerra.

Días después, Martí enfermó en Central Valley y Panchito asumió sus cuidados. El intenso trabajo y poco descanso le provocaron una recaída al borde de una pulmonía.

Este inesperado viaje de Gómez a Nueva York, y los constantes movimientos de Martí en los Estados Unidos pusieron en alerta al espionaje enemigo, labor que no pasó inadvertida para el Apóstol, quien debía actuar con inteligencia para salvaguardar la vida del General en Jefe.

A su querido progenitor, le escribió Panchito unos días después, el 10 de mayo.

³⁴⁰ Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 108.

³⁴¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 108.

Amado papá:

Aún estamos aquí, hemos tenido mucho que hacer en estos días, y hemos aprovechado el silencio de este pintoresco campo para hacerlo más pronto y mejor. Hablándome el Maestro hace dos días me decía que le dijera cómo estábamos, y que ustedes han tenido una gran vigilancia personal: en Cuba se pensaba que después de su salida de Nueva York, Martí se lanzaría a mayores y nuevas labores visibles, y por esa causa ha tratado de despistarlos viniendo a Central Valley mientras estabas en el mar, por si algún daño pudieran causar a tu llegada a Santo Domingo.³⁴²



Colegio de Wildwood en Central Valley, cuyo maestro era el expresidente cubano don Tomás Estrada Palma. Allí acudía Martí con frecuencia. Su última visita fue acompañado de Panchito.

³⁴² Abelardo H. Padrón Valdés: Ob. cit., p. 109.

Panchito³⁴³

*No creo haber tenido nunca a mi lado
criatura de menos imperfecciones.*³⁴⁴

En compañía de Panchito Gómez Toro, el Apóstol inició un intenso peregrinaje a favor de la revolución que lo llevó dentro de los Estados Unidos a Filadelfia, Jacksonville, Tampa, Central Valley, Cayo Hueso y Nueva Orleans; a Costa Rica para contactar con Antonio Maceo y actualizarlo acerca de la marcha de los preparativos, y finalizó en Kingston, Jamaica, en busca de fondos para la guerra.

Desde su salida de Nueva York, Martí estuvo marcado por la enfermedad que hacía mella en su cuerpo. Como en otras tantas ocasiones, se vio obligado a realizar un esfuerzo supremo para sobreponerse al resquebrajamiento

³⁴³ Abelardo H. Padrón Valdés: *Panchito Gómez Toro, lealtad probada*, p. 111.

³⁴⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo IV, p. 181.

de su salud. Al General en Jefe lo alertaba Panchito, así le escribió el 12 de mayo de 1894:

Acabamos de llegar de Central Valley. Salimos hoy para el Cayo. Me siento sin novedad. Martí muy ocupado y quebrantado.³⁴⁵

Ese mismo día el Maestro recibió carta de Gómez, en la que le manifestaba su disgusto por algunos errores de imprenta detectados en la edición de *Patria*, descuido que le comenta el Generalísimo resultaban imperdonables. Lleno de pesar por tan justa reclamación del General en Jefe, Panchito decidió enviar una nueva misiva a su padre, en la que le reiteraba:

Sigue quebrantado y me siento cada día más responsable de su comodidad personal...

Cuando habían pasado nueve días, ahora desde Ibor City, en Tampa, Panchito le escribió a la esposa del mayor general Serafín Sánchez, imponiéndole del estado de salud del Apóstol:

Martí está en cama: no hemos querido que se levante hoy, a pesar de la terrible resistencia, y así podremos evitar que trabaje mientras esté con fiebre, y sin voz, porque está ronco del esfuerzo del mareo, y de tanto hablar.

³⁴⁵ Abelardo H. Padrón Valdés: *Panchito Gómez Toro, lealtad probada*, p. 111.

Aquella atención y cuidados del joven Panchito calaron profundamente en el Maestro. De esta admiración que sentía por él, le escribió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, secretario del Partido Revolucionario Cubano, desde Waycross, el 28 de mayo:

Pancho me tiene enamorado [...] Su bello corazón se indigna o se derrama. Hay genio en el niño. No gana amigos solo con el alma andante de su padre que ahora es, sino por sí, por su reserva decorosa, por su simpatía con los humildes, por el ajuste en su edad casi increíble, del pensamiento sólido a las palabras, precisas y cargadas de sentido, con que lo expresa. Y a mí me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto al hijo que he perdido.³⁴⁶

Pasados tres días, y ya próximos a abordar el vapor *Albert Dumois*, que los conduciría hacia Puerto Limón, en Costa Rica, le informó al General en Jefe de la marcha de los acontecimientos, y le reiteró al padre generoso, la fascinación en que lo tenía envuelto Panchito:

[...] Y de su corazón, tan apegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré, por no parecerle excesivo; ni de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber: y en lo que hace como en lo que dice, no domina

³⁴⁶ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo IV, p. 154.

el deseo de parecer bien, ni el miedo de parecer mal; sino la determinación de prestar el servicio necesario a la hora en que lo hace o lo dice.

No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones.³⁴⁷



Detrás de Fermín Valdés Domínguez y Martí, el joven Panchito.

³⁴⁷ Ibídem, p. 181.

Allá vamos a morir³⁴⁸

*La vida se ha de llevar con bravura
y a la muerte se le ha de esperar con un beso.*³⁴⁹

Exactamente un año antes de que lo sorprendiera en Dos Ríos la bala homicida que le causó la muerte, culminó Martí una exitosa gira revolucionaria que había incluido Cayo Hueso.

Acompañaban al Maestro aquella mañana, cuando ya se aprestaba a embarcar con destino hacia Nueva York, Panchito Gómez Toro y su amigo Fermín Valdés Domínguez. Mientras disfrutaban del desayuno, el Apóstol le dijo a Fermín:

—Hoy tenemos que retratarnos. Haremos un grupo de tres, y otro que quiero dejar en el Cayo como muestra de gratitud por todas las atenciones que hemos recibido, donde estemos tú y yo.

³⁴⁸ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 89.

³⁴⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 33.

Fermín lleno de alegría, le propuso a su querido hermano, que consideraba mejor dejar la foto de los dos para cuando estuviesen en Cuba Libre.

—No —respondió Martí con firmeza—. A Cuba iremos a morir por su independencia.³⁵⁰

En el modesto estudio del fotógrafo cubano Antonio Estévez se hicieron la instantánea. Quedaba para la historia este retrato en el que aparecen dos prestigiosas figuras del racimo glorioso de los pinos nuevos de la revolución.



³⁵⁰ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 7, La Habana, julio 1983, p. 5.

No le irá peor³⁵¹

*Lo verdadero no tiene miedo a la luz.*³⁵²

Mucha adversidad hubo de enfrentar el movimiento revolucionario cubano, liderado por José Martí, a fines del siglo XIX. Entre los principales enemigos se encontraban los constantes ataques y cuestionamientos públicos que promovía el Partido Liberal Autonomista dentro y fuera del país.

Si bien en este partido se agrupaban abogados, médicos y otros representantes de la burguesía que utilizaban esa organización para defender sus propios intereses de clase, opositores todos del reinicio de la lucha armada como única vía de alcanzar la independencia patria, también se habían sumado a sus filas los que, confundidos por la elocuencia de sus oradores, no lograban desentrañar los ocultos propósitos que este partido perseguía.

³⁵¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 69.

³⁵² José Martí: *Obras Completas*, tomo 13, p. 354.

Nicolás Heredia, una de las más influyentes figuras del autonomismo que no cesaba de cuestionarse el ideario independentista del Maestro, era una de las personalidades a las que en innumerables ocasiones tuvo que enfrentarse abiertamente el Delegado.

En uno de aquellos encuentros que se producían ocasionalmente en la ciudad de Nueva York, en los que ambos contendientes defendían sus posiciones de clase, y en los que el señor Heredia veía desvanecer sus infundados argumentos para contrarrestar los principios revolucionarios que sostenía el Martí, de forma algo descompuesta expresó:

—Una última objeción, señor Martí. Concedo que usted logre lo que más anhela. ¿Qué será entonces de Cuba con su plena independencia? Un país heterogéneo, no formado, sin educación, ni aprendizaje, con razas antitéticas [...]

Martí, molesto por las enconadas ofensas que exponía su contrincante, refutó:

—¡Esa es la última razón del egoísmo, señor Heredia! Puede usted estar seguro de que a Cuba independiente no le ha de ir peor, que a la Cuba colonial que usted defiende.³⁵³

El 22 de septiembre de 1894, ya en la fase final de los preparativos para reiniciar las hostilidades, rechazó enérgicamente en su artículo “El lenguaje reciente de ciertos

³⁵³ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 12, La Habana, diciembre de 1983, p. 7.

autonomistas”, que publicó en *Patria*, los ataques que había intensificado el Partido Liberal Autonomista contra quienes les sobraba abnegación para arriesgar sus vidas por la independencia cubana; con bastante benevolencia compadeció a los enfermos de voluntad.

[...] Jamás, jamás, acompañarán los hombres de honor, ni ricos ni pobres, al partido que se quisiera valer de ellos para sofocar, en provecho de un amo incorregible y de un grupo impotente, la conciencia del país. La masa sana, que siguió siempre al autonomismo porque creyó que con él se iba a la independencia, se irá entera, a la revolución.

El templo está abierto, y la alfombra está al entrar, para que dejen en ella las sandalias los que estuvieron por el fango, o se equivocaron de camino.³⁵⁴

³⁵⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 266.

En casa de Mercado³⁵⁵

*Para todas las penas,
la amistad es remedio seguro.*³⁵⁶

Volvió José Martí a México, el 18 julio de 1894. Lo animaba recabar del presidente de México, general Porfirio Díaz, su apoyo al inminente reinicio de la guerra independentista cubana. Este corto viaje formaba parte de los preparativos finales de la organización de la guerra necesaria de 1895. Reencontrarse con su amigo Manuel Antonio Mercado de la Paz, distinguida personalidad que en la tierra del Benemérito de las Américas había dado tantas atenciones a sus padres y brindado refugio, cuando en 1875 llegó a estas tierras, era otro de sus propósitos.

Su estancia de entonces le había proporcionado, entre otras satisfacciones, desarrollar una profunda y sincera amistad con Mercado, quien junto al cubano Fermín Valdés Domínguez, el dominicano Máximo Gómez y el

³⁵⁵ Ernesto Mercado García: Ob. cit., p. 11.

³⁵⁶ José Martí: *Poesía Completa*, Edición Crítica, tomo V, p. 254.

uruguayo Enrique Estrázulas, conformaba el selectivo conjunto de sus más íntimos y fieles amigos.

De aquella rápida e inesperada visita, Ernesto Mercado García, hijo menor del insigne mexicano, recordaría años más tarde:

[...] un señor con traje todo negro y de respetable presencia llegó una tarde a la vetusta casa de mi padre en la ciudad de México.

En el patio jugábamos dos hermanos míos y yo, que a la pregunta de aquel señor, a quien no conocíamos, sobre si estaba en casa el Sr. Manuel Mercado, contestamos negativamente; y al indicarnos que desearía entonces saludar a Lola, lo llevamos al piso alto; y ya en la sala, examinando con visible interés los cuadros que colgaban en las paredes, esperó. Al aparecer nuestra madre y reconocer al visitante, exclamó: ¡Martí! Él entonces se adelantó hacia ella, y arrodillándose, besó su mano.

De esta forma impresionante tuve por primera vez ante mis ojos la figura grandiosa de José Martí.³⁵⁷

³⁵⁷ Ernesto Mercado García: Ob. cit., p. 11.

Luz de Luna

*El color tiene límites:
la palabra, labios: la música, cielo.*³⁵⁸

En ocasión de su visita a la casa del amigo mexicano, José Martí disfrutó de una hermosa tertulia organizada en su honor por la querida familia. El pianista Juan B. Fuentes dio a conocer, interpretándola al piano, una nueva composición que estrenó en aquel hogar, la cual resultó del agrado de toda la concurrencia de parientes y amigos reunidos esa noche.

Al concluir la interpretación del vals, el destacado compositor se dirigió a José Martí y le solicitó que lo honrara bautizándole su obra.

—Póngale Luz de Luna— fue la respuesta inmediata de José Martí.³⁵⁹

³⁵⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 293.

³⁵⁹ Ernesto Mercado García: Ob. cit., p. 15.

Esta pieza musical fue donada por el autor Juan B. Fuentes al compositor cubano Orlando Martínez, en una visita que este hiciera al octogenario artista. Poco después de examinarla y anotarla, Orlando Martínez gentilmente hizo donación de ella a la Fragua Martiana, partitura que hasta el momento no ha podido ser hallada.



Patio interior y detalle de la galería alta de la casa de Manuel Mercado, México.

Un extraordinario señor³⁶⁰

*En el pueblo cubano es tan grande
la inteligencia como el valor.*³⁶¹

Al día siguiente de su llegada a México en 1894, luego de cumplimentar su visita a la familia de Mercado, y sostener una animada y fraternal conversación con sus amigos Justo Sierra y el poeta Juan de Dios Peza, regresó al hotel Iturbide donde se hospedaba, aquejado ya de un malestar que en la noche se convirtió en una fuerte afección gripal.

Enterado Manuel Mercado del estado de salud de su amigo, solicitó los servicios médicos del doctor Regino González, con quien acudió al hotel con total rapidez.

Ante la pregunta del doctor González acerca del malestar que le aquejaba, Martí le expuso con tal claridad los síntomas de su dolencia que sin necesidad de realizar el acostumbrado examen médico, le recetó los medicamentos necesarios para su curación.

³⁶⁰ Ernesto Mercado García: Ob. cit., p. 18.

³⁶¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 28, p. 496.

A la salida de la habitación, esperaba el licenciado Mercado, a quien el galeno le preguntó asombrado:

—Pero licenciado, ¿quién es ese extraordinario señor que me ha hecho tan admirable descripción de su enfermedad?

—Así es doctor, un hombre extraordinario, su nombre es José Martí.³⁶²



Una copia de este retrato (México, 1894) la dedicó Martí a la esposa de Manuel Mercado: "...compañera de todos los dolores, dueña del hombre más tierno y puro que jamás conocí, madre de las criaturas que me serán como alas y raíces".

³⁶² Revista *Patria*: año XXXVIII, No.11, La Habana, noviembre de 1982, p. 6.

¡Perdón!

*En ciertos tiempos, y entre ciertas gentes,
no hay como ser pequeño para ser grande.*³⁶³

El 20 de julio de 1894, mientras disfrutaba de las innumerables atenciones que le brindaba la familia de Manuel Mercado, Martí decidió dar un paseo por la ciudad. Ernesto Mercado García, el hijo menor de la familia, quien por entonces tenía catorce años, relataría años después en una entrevista que concediera a la revista *Patria*:

Yo era de los chiquillos que a Martí le gustaba pasar las manos por la cabeza, cada vez que se ponía a hablar de algo, sobre todo en las interminables sobremesas. Nosotros nos limitábamos a escucharlo, impresionados por el magnetismo de su voz y la elocuencia de su palabra. Hasta los amigos de la casa, tan distinguidos como Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Urbina, etc., se prendaban de él.

³⁶³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 146.

En una ocasión se acercó a nosotros, a los muchachos, para pedirnos que lo acompañáramos al Museo Nacional. Hechizados aceptamos, deseosos de poder enseñarle algo de la historia mexicana que se escondía en el lugar.

Pero para sorpresa nuestra, aprendimos mucho de él aquella tarde. Martí se puso a recorrer el pabellón de las figuras aztecas y comenzó a darnos una cátedra. Al poco rato el museo se llenó de público; todos participaban de nuestra conferencia, como magnetizados.

Recuerdo cómo en su encendida charla, tocó sin quererlo, uno de los históricos objetos. Un vigilante le llamó la atención y sorprendido pidió humildemente perdón. Ese perdón tan sencillo en labios de tan grande hombre, me emocionó grandemente. No lo olvidaré nunca.³⁶⁴

Ernesto Mercado García había decidido vivir los últimos años de su vida en Cuba. Al inaugurarse la Fragua Martiana, el 28 de enero de 1952, su director, Gonzalo de Quesada y Miranda, le ofreció un lugar seguro donde trabajar. De esta manera Ernesto se convertía en el primer custodio de la institución, lugar donde laboró y vivió durante diez años lleno de felicidad por su cercanía al Maestro, hasta que en 1962 lo sorprendiera la muerte.

³⁶⁴ Paquita Cao: “Vive en Cuba el único superviviente de la familia Mercado: don Ernesto”, revista *Patria*, año X, No. 10, La Habana, 1964, p. 7.

El único autógrafo digno³⁶⁵

*Ámese al hombre entusiasta y desinteresado.*³⁶⁶

Producto de la afección gripal que presentara en su visita a México en julio de 1894, aceptó el ofrecimiento de su amigo Manuel Mercado, de trasladarse a su casa hasta tanto se recuperara.

Acompañado generalmente por Alfonso, uno de los hijos mayores de su amigo, paseaba, aún convaleciente, por la capital mexicana. El muchacho disfrutaba de los amenos relatos que el Apóstol le hacía durante el trayecto o en las cortas estancias donde descansaban unos minutos. Así pasaron los días.

Cuando ya se disponía a regresar a la ciudad de Nueva York, en los primeros días del mes de agosto, los hijos de Manuel Mercado decidieron acompañarlo hasta la estación del ferrocarril, para despedir a un amigo

³⁶⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 93.

³⁶⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 481.

que, en pocos días, se había convertido en un querido familiar.

Próximo a la terminal, Alfonso le reiteró el deseo de que le dejara un autógrafo para conservarlo como recuerdo de su estancia en México. Martí, quien no había mostrado interés alguno en complacer al joven Alfonso, lo miró con el cariño que le profesaba no solo a él, sino a toda su familia y, apenado por no haber accedido a tan sencillo ruego, sacó una pequeña tarjeta del bolsillo de su negro traje y pese a la incomodidad del coche en el que viajaban, escribió:

Alfonso leal:

Tú quieres a toda costa un autógrafo mío. El único autógrafo, hijo, digno de un hombre, es el que deja escrito con sus obras.³⁶⁷

En correspondencia con esta afirmación martiana, el 25 de mayo de 1941, Alfonso Mercado García entregó, como una imperecedera obra, un autógrafo digno a la patria de Martí: las ciento veintinueve cartas dirigidas a su padre por el Apóstol. Con mucho orgullo las había custodiado personalmente, en México, la patria que tanto amó José Martí. La donación fue hecha al Ayuntamiento de La Habana, en ceremonia celebrada en el Palacio Municipal de esta capital.

³⁶⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 93.

Gallego mambi³⁶⁸

*¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba,
y hay muchos españoles que aman la libertad!*³⁶⁹

En octubre de 1894, Félix de los Ríos, oriundo de Galicia, viajaba a bordo del vapor *Olivette*. Había salido desde Cuba rumbo a Tampa, para desde allí tomar el tren que lo conduciría a la ciudad de Nueva York. Días más tarde, en una de las paradas programadas del ferrocarril, se produjo su primer encuentro con José Martí.

En Ocala subió al tren un señor flaco, que vestía traje negro, deteriorado por el uso, el bigote algo canoso y en la solapa del saco traía un manojito de cintas estrechas de varios colores en forma de lazo. Su equipaje era un maletín igual al que usan los médicos para llevar sus instrumentos de cirugía. Tomó un asiento lateral, paralelo al mío, en

³⁶⁸ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 134.

³⁶⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 277.

la banda opuesta, y me saludó con la cabeza en demostración de cortesía. Sin saber por qué, algo de aquel hombre me llamó la atención y empezó a intrigarme.

En La Habana, había yo comprado las revistas ilustradas *Saeta* y *Nuevo Mundo*. Cansado de leerlas, las tenía puestas encima del asiento parejo que ocupaba, al viajar en aquel coche muy pocas pasajeros. Era ya cerrada la noche. Estábamos en Palaka, estación donde el tren se demoraba a esperar el de Jacksonville, entonces aquel viajero mirando mis revistas, me preguntó:

—¿Viene usted de Cuba?

Le contesté que sí.

—¿Me puede prestar una de esas revistas?

Le entregué las dos y me agradó saber que hablaba español.

A las nueve, el camarero me avisó que tenía lista la cama en el coche *pullman*. Pedí un café e invité al compañero incógnito, quien aceptó. Esto sirvió para que entablásemos conversación. Me dijo llamarse José Martí, nombre que jamás había escuchado, aunque me pareció que algo significaba.

—¿Cómo andan las cosas por La Habana?

—Regular. Los americanos no quieren, al parecer, comprarnos este año el azúcar. Así que tenemos abarrotados los almacenes; creía que al preguntarme por la situación de Cuba se refería a la económica.

—No me refiero a la parte económica, sino a la política; a la revolución, por ejemplo, ¿qué se habla de la guerra?

Así conversamos hasta que a las once de la noche decidí despedirme para dormir. Ya en mi reservado, no cesaba de preguntarme a mí mismo: ¿Quién será este José Martí? ¿Por qué me habla de revolución si sabe que no soy cubano? ¿Será un loco o un visionario perturbado de sus facultades mentales? No obstante, hablaba con una expresión de sentimiento, había en él conceptos tan elevados en sus palabras, que no podía menos que escucharlo con una veneración rayana en divina.

Amaneció en Charleston. Fui nuevamente al carro, desayuné y me encontré con Martí. Tras los saludos de rigor, le pregunté cómo había dormido.

—Regular, con un poco de frío.

Deduje que había pasado la noche en aquel asiento sin disfrutar de una cama. Comenzamos a charlar de negocios, yo, y de revolución él. Me ganó y fui vencido por los razonamientos que exponía y poco a poco fui sintiendo por él no sé si admiración o simpatía. Creo que las dos cosas.

Cuando ya nos faltaba poco para llegar, me preguntó:

—¿Piensa estar muchos días en Nueva York?

—Probablemente unos cinco o diez días cuando más. Si se le ofrece alguna cosa para La Habana, no tengo inconveniente en servirle. Yo pasaré

en casa de Gervasio, en el Hotel Central de la calle 14. Allí me encontrará usted si le hago falta —le respondí.

—¿Por qué escogió usted el Hotel Central? Es mucho mejor el Hotel América, Irving Place y calle 15, yo se lo recomendaría, siempre que usted no tenga ya adquirido el compromiso de ir a casa de Gervasio.

—Pregunté en La Habana por un hotel bueno y me recomendaron ese; pero si el América es mejor, iré a hospedarme en él, porque en todas partes he de tener que pagar.

No dormí aquella noche. Pensaba en todo lo que me había dicho aquel hombre sobre la revolución, que la guerra no era contra el español sino contra el gobierno de España que oprimía a los cubanos; sobre el porvenir de Cuba. Me fascinó completamente y me sentí ya revolucionario.

Una vez en la estación nos despedimos y me dirigí al América.

Al tercer día de mi estancia, me avisaron que me esperaba Martí. Desde mi llegada al hotel echaba de menos aquellas charlas con el cubano.

—No le extrañe mi visita, señor, he pensado mucho en usted y me he decidido a interesarlo una vez más por nuestra causa. Usted nos puede prestar una valiosísima ayuda. Nada ambiciono para mí. Todo es para Cuba, y Cuba no será ingrata con aquellos que la sirvan. Vengo a ver si confirma usted su desinteresado sacrificio.

—Sí —respondí—. Sostengo firme mi ofrecimiento. ¿Qué desea usted de mí?

Me abrazó emocionado y me pidió que aquella noche concurriera a la casa de Benjamín Guerra en la calle 62, donde me presentaría a unos amigos.

En aquel encuentro conocí a Benjamín, a Francisco Fonseca, Gonzalo de Quesada, Juan Serra, a Sotero Figueroa y al doctor Fraga y supe de la misión que se me encomendaría.

Dispuesto ya mi regreso a Cuba, me dieron las instrucciones y normas sobre mi actuación, y regresé a la Isla, a bordo del vapor *Séneca*.

Félix de los Ríos se convertía desde aquel momento, en un valioso colaborador de José Martí, y en un nuevo gallego mambí que devendría en participante activo de la causa revolucionaria cubana.

Cómo salió insurrecto³⁷⁰

*Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga
la necesidad de su conciencia.*³⁷¹

Una acogedora tertulia fue celebrada en la casa de la familia del patriota Miguel Fernández Ledesma y Céspedes, sita en la calle 49, entre 7ª y 8ª, Nueva York. Esa noche, una distinguida dama arrancó al piano, con sus finas manos, una clásica melodía. José Martí, embelesado oía la música y olvidaba por breves instantes al conjuro de las bellas notas, sus sufrimientos y anhelos.

Parecía soñar, con las pardas pupilas desmesuradamente abiertas, puestas en una lejana meta estrellada e irreal, cuando la aristócrata lo despertó de su efímero sueño.

Interrumpiendo de súbito la pieza, como asaltada de manera repentina de una curiosidad o una duda, Catalina Aróstegui, viuda de Pepillo Colás, se viró en la banqueta,

³⁷⁰ Gonzalo de Quesada Miranda: *Facetas de Martí*, pp. 131-132.

³⁷¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 97.

apoyó las blancas manos sobre las teclas enmudecidas, se enfrentó a Martí y le preguntó:

—Dígame, Martí, siendo su madre isleña y su padre primero sargento y luego celador español, ¿cómo ha salido usted insurrecto?

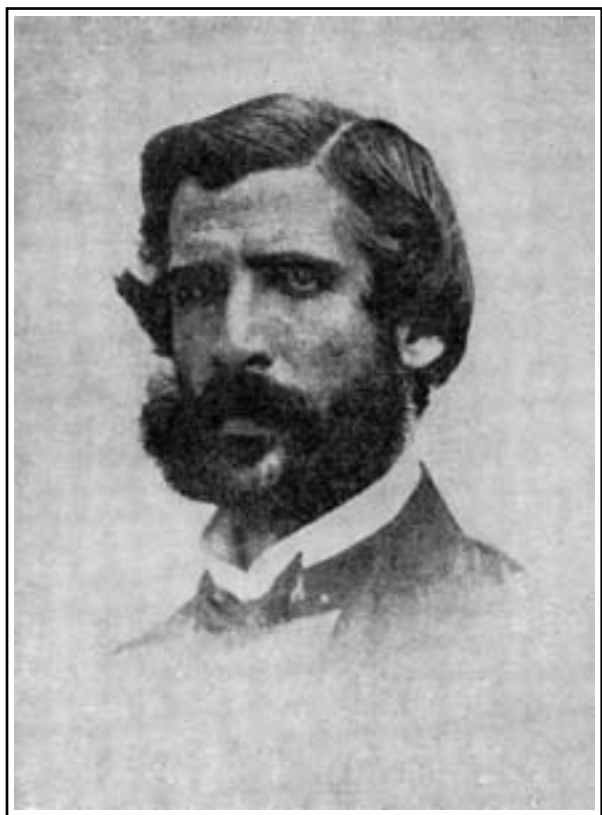
Martí sonrió ligeramente, y luego, suave, como si hablara consigo mismo, le contestó a la que llamara la “impertérrita” Catalina:

—Nunca se me había ocurrido hacerme semejante pregunta, pero a ver si puedo explicarle, aclararle lo que sentía y siento. En mi infancia crecí casi entre soldados, viendo muchos de esos soldados sumisos, llamándoles en La Cabaña, jefe al que miraban como a un amo. Y yo los veía castigados por cualquier cosa, estremeciéndose mi alma al ver un día que, porque un cañón no tiró bien, se le formó consejo de guerra a ese cañón, atándolo con cadenas y virándolo a un lado para que no tirase más. Y cuando las mulas, las acémilas no iban de prisa o no subían bien las cuestas, se les formaban consejos de guerra.

”Viendo la sumisión de aquellos hombres y nunca en sus labios una sonrisa; viendo cómo temblaban a cualquier llamada de sus oficiales cuando estaban jugando a la brisca o conversando, me colmaba el deseo de ser el jefe de aquellos soldados y acabar con esa tiranía y esclavitud. Después de una corta temporada, en el campo, donde vi la libertad de las aves y los insectos, al volver a aquel ambiente de esclavos sufrí aún más. Y un día abismado en mis reflexiones, a mi madre le pregunté por qué ella no me trataba como trataban a esos soldados, porque ella para mí tenía suavidad, y me respondió

que yo era libre y ellos eran subordinados y súbditos del Rey.

”Así nació, quizás, en mí la idea de la libertad, el insurrecto que hubo de fortalecerse más oyendo, aún como adolescente, las nobles frases de mi maestro Mendive, los cantos a la libertad del hombre, brotando de los labios maternos de su esposa y compañera Micaela Nin.



Rafael María de Mendive.

El búcaro de Cocola³⁷²

*¡Dulcísimo poder de la belleza!*³⁷³

Brooklyn, Nueva York. El sol poco caluroso del invierno comenzaba a ceder al más cálido de la primavera. Retoñaban los árboles deshojados, reverdecía en Central Park, el mullido césped hasta hacía poco cubierto de blanca nieve.

Una linda cubanita, Cocola Fernández, sacó del invernadero de su casa una bella mata de rosas, de grandes hojas de rojo vivo, para que recibiera aire y luz. Pero una ráfaga inesperada de frío secó el rosal y dejó a la niña entristecida por la pérdida de la planta que cuidaba con tanto cariño.

Al llegar Martí, de visita, y notar su congoja, miró con sincera pena el pobre rosal muerto, los hermosos ojos oscuros de la muchacha húmedos de llanto e intentó

³⁷² Gonzalo de Quesada Miranda: *Facetas de Martí*, pp. 134-135.

³⁷³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 15, p. 83.

consolarla suavemente con esta espontánea frase de natural poesía:

*No llores, linda Cocola,
Porque se secó tu rosal,
Que tus lágrimas son perlas
Y valen un capital.*

Luego se quedó pensativo y afectado, meditando quizás en su propia vida, en el simbolismo de aquella tierna mata abatida por la falta de suficiente calor, y le explicó que él, en el jardín de su alma, también cultivaba rosas... ¡Pero que esas blancas rosas de su alma a nadie se las ofrecía por estar desfallecidas y marchitas.

Es probable que aquel recuerdo lo motivara a obsequiarle a la joven Cocola, “hija de un hombre generoso y de una amiga fidelísima”, como expresara en una dedicatoria que con su foto le enviara, un hermoso búcaro de porcelana diseñado como una envoltura del periódico *El Fígaro*, su compromiso en mantenerlo siempre lleno de rosas, flores que le llevaría en las casi diarias visitas que hacía al hogar del matrimonio amigo.

Recuerdan quienes conocieron a Gonzalito de Quesada Michelsen, hijo del fundador de la Fragua Martiana, que este narraba en el museo, que luego de la muerte en combate del Apóstol, Cocola mandó a confeccionar un ramo de rosas blancas de porcelana para colocarlas permanentemente dentro de aquel búcaro, para que siempre estuviera como lo quería el Maestro.

Ese obsequio de Martí y las rosas fueron donados años más tarde por los descendientes de Cocola, a Gonzalo de

Quesada y Miranda para que se custodiara y exhibiera en la Fragua Martiana. Hoy, los que visiten el lugar pueden contemplarlos.



No solo de pan vive el hombre³⁷⁴

*Conformar la vida a la belleza
es el único asunto serio de la vida.*³⁷⁵

Gran amante de la naturaleza, José Martí basaba en la agricultura el fundamento para alcanzar el desarrollo de nuestros pueblos, y sentía una profunda admiración por el campesinado y los pueblos autóctonos que labraban las tierras de nuestra América; lamentaba en ocasiones no haber tenido nunca la oportunidad de hacerlo.

En un viaje de propaganda revolucionaria por la Florida, mientras observaba con interés a un anciano que sembraba semillas de pinos, le dijo a su compañerito Bernardo Figueredo:

—Romperse las manos sembrando; el mundo no agradece bastante a los que siembran.

³⁷⁴ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 57.

³⁷⁵ En Anuario No. 4, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1981, p. 13.

—El agradecimiento debiera ser mayor para los que siembran cosas útiles como el algodón, el trigo y todo lo que sirve de sustento —arguyó Bernardo.

—¿Cómo dices eso tú, que eres pintor y estudias música? ¿Tú, que te entusiasmas con Víctor Hugo y Amicis? Recuerda que no solo de pan vive el hombre. ¿Y qué pensarás entonces de los poetas? Todo es necesario y útil para el sostén material y espiritual de los hombres —le explicó Martí.

Un iluminado³⁷⁶

*Es la medicina como el derecho, profesión de lucha;
necesítase un alma bien templada
para desempeñar con éxito ese sacerdocio.*³⁷⁷

Al poco tiempo de recibirse como médico Juan Antiga, hombre de espíritu enciclopédico, desesperado por el fantasma del hambre al no encontrar fuente de ingreso para subsistir, logró conseguir un puesto de médico a bordo de buques de la Compañía Trasatlántica Española que hacía viajes entre La Habana, Veracruz y Nueva York.

En uno de sus primeros viajes a bordo del vapor *Ciudad Condal* a la populosa urbe norteamericana, le fue presentado en el mismo muelle, un hombre de mediana estatura, pulcramente vestido, del que le llamó la atención su enorme frente.

Con suma gentileza, el recién conocido me habló de mi persona. En mi espíritu juvenil, una chispa

³⁷⁶ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 15.

³⁷⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 2, p. 203.

de vanidad creó la presunción de que mis triunfos universitarios habían llegado a trascender entre los cubanos residentes en el extranjero.

No logré recordar luego el patronímico de aquel señor tan fino, y al preguntarle al amigo que me lo presentó, comprendí que nada me decía el nombre de José Martí.

De regreso a La Habana, seis días después, apareció Martí en el muelle que, al parecer, había venido a despedir a alguien. Me saludó cortésmente y de igual forma le contesté. Amable y con su voz suave y sugestionadora, me dijo:

—Antiga, le ruego que lleve esto a La Habana.

Me di perfecta cuenta de que aquello era algo que no podía ir por el correo —era una época de encargos personales—; podía ser una carta para una mujer, como una lista de conspiradores. Yo había obtenido aquel empleo por relaciones de amistad con españoles, pero ni siquiera el temor a perderlo que significaba hambre para los míos, me arredró. Acepté en el acto la encomienda y cuando recogí de sus manos el encargo, intercambiamos miradas y nos comprendimos.

Me sorprendió de un modo extraordinario el hecho de que antes de entregarlos a cualquiera de los interesados, en ese mi primer viaje, me esperaban unas personas en el muelle para recibirlo, lo que para mí resultaba inconcebible: ¿cómo supieron que estaba en mi poder?

En el siguiente viaje se me dio en La Habana un encargo para él y como no estaba en el muelle

me dirigí a su oficina en la calle Front Street. Al entrar, pareció no reconocirme enseguida, pero rápido, a medida que se me acercaba, una sonrisa floreció en sus labios y con voz melodiosa me preguntó:

—¿Qué tal, amigo Antiga? ¿Qué me trae de Cuba?

Yo estaba apurado cuando entre en aquella oficina, pero no se cuanto tiempo permanecí allí. La palabra de aquel hombre era miel y no me cansaba de escucharlo. Al despedirnos me dijo:

—Dele mis recuerdos a mis amigos de Cuba —como si estos fueran ya una entidad corpórea.

Luego los encargos se repitieron pero solo volví a verlo y oírlo años después, en 1893 o 1894, en Key West. Mi impresión entonces fue mayor, pues por su aspecto y peculiar elocuencia parecía un iluminado.³⁷⁸

³⁷⁸ Juan Antiga: “Evocación a Martí” en Carmen Suárez, ob. cit., pp. 15-18.

¡La revolución de los médicos!³⁷⁹

*El médico y el cirujano deben contar
con la influencia psíquica, como con
sus bisturís y sus vendajes.*³⁸⁰

Sorprende al mundo, después del triunfo de la Revolución cubana, la desinteresada y valiosa colaboración internacionalista que prestan en los más apartados rincones del planeta, los médicos, cirujanos, enfermeras y el resto del personal que integra el sistema nacional de salud pública de nuestro país. Sin embargo, muy pocas personas perciben que las raíces de tan noble actitud se encuentran muy lejanas, en la historia de Cuba.

En su corta pero fecunda vida, José Martí encontró en médicos y cirujanos, especialmente fuera de la Isla, no solo el auxilio imprescindible para atender su salud, seriamente afectada por el rigor del presidio político y su azarosa vida conspirativa, sino a hombres que, por su profunda sensibilidad y solidaridad humana, se le acercaban

³⁷⁹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 77.

³⁸⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 11, p. 477.

y, tal vez, comprendían mejor que nadie, la nobleza de sus ideales.

Aquellos galenos brindaban gratuitamente sus valiosos servicios a familias cubanas que, dada su situación económica en el exilio, les resultaba imposible abonar el importe por una simple consulta médica.

Entre sus más entrañables patriotas y amigos, estaban los doctores, Fermín Valdés Domínguez, Miguel Barroso, Eligio Palma y Ramón Luis Miranda, ellos cuidaron del Maestro los últimos años de su vida.

Refiriéndose a la activa e imprescindible participación de los galenos en la lucha independentista y al papel que a ellos correspondería realizar dentro y fuera de la contienda bélica que muy pronto se iniciaría, le comentó en una amigable charla al coronel Martín Marrero, médico de Jagüey Grande:

—Mire, coronel, nadie mejor que usted para comprender que los médicos son los más apropiados, y serán los mejores delegados. Sus pasos en ninguna hora, ni en ninguna parte llaman la atención, y siempre son bien recibidos. Todos le deben algo: unos dinero, otros la vida, y muchos le muestran su respeto y su cariño, por haber salvado la vida a familiares y amigos.

”El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, esta es la revolución de los médicos.”³⁸¹

³⁸¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 77.

Iría con Flor³⁸²

*Corresponde a los más bravos
el derecho de llevar al combate la bandera.*³⁸³

Flor Crombet fue una de las figuras de la Guerra de los Diez Años más estrechamente vinculada a José Martí en la organización de la guerra justa y necesaria, a pesar de la distancia que los separaba entre Nueva York y Costa Rica.

Conocedor de la amistad entre el Maestro y el veterano combatiente, y el respeto del que era acreedor el mayor general Flor Crombet, el joven cubano Alberto Plochet en una de sus pláticas con el Apóstol, decidió realizarle al Delegado del PRC una petición patriótica:

—Maestro, necesito que cuando Cuba se levante en armas, sea yo uno de los primeros que usted mande y me envíe subordinado a Crombet.

³⁸² Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 50.

³⁸³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 439.

—Dichoso tú, hijo mío, que serás de los primeros; si fuese dable, yo no mandaría a nadie, iría de los primeros, e iría con Flor.³⁸⁴

El 1 de abril de 1895, partió en la goleta *Brothers*, de Montecristi hacia la isla de Inagua, José Martí. Lo acompañaban Máximo Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario, quienes no lograron el propósito de que el capitán de la embarcación los acercara a las costas cubanas. Ese misma noche, en medio de un mar embravecido, encalló en la desembocadura del río Duaba, cerca de la región de Baracoa, la goleta *Honor*, que bajo el mando de Flor Crombet, había llevado a bordo al mayor general Antonio Maceo Grajales y a una intrépida tropa. La orden de Martí a Flor había sido precisa: al arribar a tierra cubana, entregar el mando del contingente invasor al general Antonio Maceo, mandato que el destacado general cumplió de inmediato.

Días más tarde, el 10 de abril, en Altos de Palmarito, en desigual combate contra las fuerzas españolas, cayó mortalmente herido el general Flor Crombet.

³⁸⁴ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 8, La Habana, agosto de 1982, p. 7.

El banquetico³⁸⁵

*Ver pena es bueno, porque nos hace creer,
y nos aviva la capacidad de consolarla.*³⁸⁶

Entre los puertorriqueños residentes en los Estados Unidos que compartieron con Martí los avatares de la actividad revolucionaria, se encontraba Modesto A. Tirado Avilés. Al recordar a su amigo, caído en el combate de Dos Ríos, ha escrito Valdés Domínguez en su diario de soldado:

He estado un gran rato hablando de Martí con el puertorriqueño Tirado. Me recordó un banquetico que los cubanos le dieron antes de mi llegada a Nueva York en el que hablaron Vargas Vila y otros.

De ese banquete algo me dijo Martí con cariño, y en las palabras de Tirado recordé frases de cariño de mi hermano. Todos brindaron en el banquete aquel por el hombre político y eminente literato.

³⁸⁵ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 19.

³⁸⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 58.

Tirado brindó por el hombre bueno y por el hermano de todos los que sufrían.

Recordó que un día tristísimo para él cuando había muerto un tipógrafo compañero y paisano suyo, a quien quería como hermano, después de depositar el cadáver en la casa del enterrador y haber ajustado el importe de la inhumación, fue a la casa donde trabajaba a suplicar que le adelantaran tres o cuatro semanas, pues de ese modo podía atender todos los gastos, puesto que ganaba semanalmente veinticinco pesos como regente de la imprenta.

Negó el amo a Tirado el favor que le pedía y lleno de angustia volvió a donde estaba su amigo muerto. Díjole al enterrador lo que pasaba, concluyendo por pedirle que lo inhumara si creía en su palabra y estaba dispuesto a esperarlo para el pago y, en caso contrario, que diera parte a la autoridad y obrara conforme a la ley.

Cuando el enterrador se disponía a servirlo y a esperar el pago, se presentó Martí, a quien Tirado no había buscado, pagó el entierro y puso un billete en las manos de Tirado dejando en su angustiado corazón palabras de consuelo.

El recuerdo de este noble rasgo de mi hermano Martí fue el tema de su sentido y cariñoso brindis. Vargas Vila le contestó con un abrazo y a mí me parece que escucho las frases de afecto con que Martí me contaba los detalles de aquel banquete.³⁸⁷

³⁸⁷ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 20.

Bandidos y revolución³⁸⁸

*El patriotismo es un deber santo,
cuando se lucha por poner la patria en condición
de que vivan en ella más felices los hombres.*³⁸⁹

Para José Martí, la lucha por la independencia de la patria constituyó siempre un deber sagrado de todos los cubanos, sin distinción de razas, procedencia social, edad o género; sin embargo, siempre estuvo vigilante y activo contra los elementos que pretendían boicotear los planes revolucionarios y contra quienes intentasen manchar la revolución con conductas ajenas a los intereses de la nación, o engrosar los fondos para la contienda con dinero de dudosa procedencia o no obtenido honestamente.

Interrogado en cierta ocasión por el coronel Martín Marrero, acerca de cómo proceder, cuando se iniciara la guerra, con los bandoleros que con toda seguridad encontrarían operando en los territorios en los que se

³⁸⁸ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 76.

³⁸⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 320.

desarrollarían las hostilidades, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, afirmó:

—Al estallar la guerra, los que estén fuera de la ley no pueden permanecer neutrales; tienen que caer en el lado nuestro o al lado del enemigo. Si pasan a nuestro lado, resultaría un bien para ellos y para nosotros, pues dada la guerra civilizada y honrada que implantaremos desde el primer momento y actuando sobre ellos de un modo directo y enérgico de disciplina militar, es de esperarse que, cuando menos, se regeneren. Del otro modo, cayendo en manos de las fuerzas españolas, resultaría todo lo contrario. Por estas razones es necesario que ustedes, cuanto antes, hagan lo posible porque se vayan regenerando.³⁹⁰

Para el Apóstol resultaba inadmisibile que a la hora del peligro, un cubano fuese capaz de desgarrar el seno herido de la patria. La revolución se reiniciaba como en el 68: pura desde la cepa.

³⁹⁰ Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 10, La Habana, 1982, p. 6.

¡Ay, las madres!³⁹¹

*La madre, esté lejos o cerca de nosotros,
es el sostén de nuestra vida.*³⁹²

Durante los meses que precedieron a su salida de Nueva York, para reunirse con el Generalísimo Máximo Gómez en República Dominicana, y juntos partir hacia los campos de Cuba libre, José Martí se vio en la necesidad de burlar constantemente los órganos de inteligencia españoles y las agencias de espionaje norteamericanas, que no le perdían ni pie ni pisada por considerarlo uno de los máximos jefes de la revolución.

Una noche, mientras dormía en casa de su amigo Luis A. Baralt, este se despertó por los suspiros de Martí que no lograba conciliar el sueño.

—¿Qué tiene? —le preguntó Baralt, alarmado, temiendo que Martí se encontrase enfermo.

³⁹¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 88.

³⁹² José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 379.

—¡Ay, las madres! ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas se van a derramar en esta revolución a que voy a lanzar a mi país! —contestó el Apóstol, condoliéndose de los sufrimientos inevitables de la guerra necesaria.

Martí y el anarquista³⁹³

*Volverá con todo el prestigio que merece
aquel que saca mejor templado su carácter,
de cada lucha en que se pone su temple a prueba.*³⁹⁴

Al visitar Martí por primera vez, en Nueva York, junto a Alberto Plochet, un establecimiento de baños rusos, se entabló una animada discusión con un bañero anarquista, de origen ruso, que por ser un consumado políglota, sostuvo el debate en español.

Cuando el bañero atendía a Martí, se sorprendió al ver la marca que el anillo del grillete había dejado en la pierna derecha del cubano y exclamó:

—¡Marcado, marcado, y todavía le sobra fe y entusiasmo a este santo varón para ensalzar la santidad del lugar en que se meció su cuna!

”Yo también estoy marcado, pero en ambas piernas; me condecoraron en Siberia; son agasajos

³⁹³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 79.

³⁹⁴ José Martí: *Obras Completas*, tomo 14, p. 369.

de la tiranía, premio del martirio. ¡Ojalá que Cuba redimida no grabe huellas peores en su corazón!

Martí, molesto por las últimas palabras, le contestó:

—¿Y acaso el apostolado es una mercancía que se factura, ni merece ingratitud aquel que pone precio al sacrificio y hace del martirio industria o profesión?

La libertad³⁹⁵

*El deber, que deleita, rige a los hombres.
Él guía, él salva, y él basta.*³⁹⁶

En una ocasión el joven Luis Rodolfo Miranda, sobrino del doctor Ramón Luis Miranda, destacado médico y patriota matancero residente en Nueva York, le preguntó a Martí:

—Dígame, Maestro, ¿qué entiende usted por libertad?
—La esclavitud del deber —le contestó Martí.

³⁹⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 81.

³⁹⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 10, p. 25.

Avaro del tiempo³⁹⁷

*Leer es una manera de crecer,
de mejorar fortuna, de mejorar el alma,
otra gran fortuna que debemos a la colosal naturaleza.*³⁹⁸

Martí era de temperamento inquieto e incansable, no tenía un solo instante de reposo y aprovechaba cada momento libre, cuando no estaba entregado a su labor revolucionaria, a la escritura o al periodismo, para devorar cuanto libro se ponía al alcance de sus manos.

Un día que, en casa del doctor Ramón L. Miranda, tomaba un buen baño, le pidió al sobrino de este, el joven Luis R. Miranda, que le trajese un libro de la biblioteca.

Con el encargo en la mano tocó a la puerta; Martí le pidió que pasara, ¡cuál no sería su asombro al ver que ya leía uno en la bañadera!, entonces mientras se acercaba, exclamó:

—¡Hasta en el baño, Maestro!

—Es que soy avaro del tiempo, mi estimado Rodolfo, ¡gracias!

³⁹⁷ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 83.

³⁹⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 15, p. 190.

El suspiro del cenote³⁹⁹

*Como la queja deshonra, yo no me quejo.*⁴⁰⁰

El 18 de noviembre de 1894 llegó a Filadelfia el comandante del Ejército Libertador Enrique Collazo; iba con la encomienda de alertar a Martí sobre el intento de elementos vacilantes de Camagüey, de solicitar al General en Jefe un aplazamiento para el reinicio de la guerra.

Urgente, el Delegado avisó a Máximo Gómez y Antonio Maceo, de los planes enemigos para crear la desconfianza, tejer intrigas e intentar sabotear el inminente desenlace de las hostilidades en Cuba.

Pasados unos días, arribó a Nueva York el coronel José María Rodríguez, Mayía, quien investido como representante del general Gómez, había ido a precisar con el Apóstol y Collazo los últimos detalles para poner en marcha el Plan y la Orden de Alzamiento.

³⁹⁹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 94.

⁴⁰⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 20, p. 38.

En el fragor de aquellas decisivas jornadas conspirativas, José Martí convocó a Mayía Rodríguez, Collazo, Gonzalo de Quesada y Enrique Loynaz del Castillo a una reunión en la que se precisarían importantes detalles para la ejecución de los planes previstos.

Agobiado por el intenso trabajo, el Maestro se vio impedido de llegar con puntualidad a la cita. Apenado con los presentes, saludó cortésmente y pidió disculpas por su demora, mientras se quitaba el abrigo que lo había resguardado de la nieve y el intenso frío. Al sentarse junto a sus compatriotas lanzó un suspiro que, al parecer, interpretó Mayía Rodríguez como un lamento.

—Usted no debe suspirar Martí. Yo no suspiré, ni lancé ninguna queja cuando en la guerra pasada me dieron un balazo en esta rodilla que destrozó mi pierna.

—Mi suspiro no es una queja, ni una debilidad, amigo. Mi suspiro es una esperanza.

En la península yucateca, en esa tierra dura y brava, hay unos huecos, profundísimos como abismos, llamados cenotes, donde se sacrificaban seres humanos durante siglos para aplacar la furia de los dioses, y donde se arrojaban innumerables ofrendas de oro y pedrería. Los indios de aquellos lugares sostienen que de lo más hondo, bajo las raíces de los árboles, de la entraña misma de la tierra, suele escapar un angustioso suspiro; mi suspiro es el suspiro del cenote.⁴⁰¹

⁴⁰¹ Revista *Patria*: año XXXIX, No. 1, La Habana, enero 1983, p. 6.

Sano desde la raíz⁴⁰²

*El esfuerzo pleno y sano
es premio bastante al patriotismo limpio.*⁴⁰³

Poco antes de estallar la revolución de 1895, se produjo un inesperado acontecimiento para los conspiradores cubanos en el occidente de la Isla. Una persona, a nombre de Manuel García, apodado el Rey de los campos de Cuba, entregó personalmente a Juan Gualberto Gómez una maleta con un botín de ocho mil pesos, resultado del pago a los secuestradores del acaudalado terrateniente Fernández de Castro, dueño del ingenio Lotería; el renombrado García deseaba hacer llegar a Martí este ofrecimiento, como contribución a la causa cubana.

—Yo me vi, realmente, muy perplejo —recordaba Juan Gualberto—, muy lleno de dudas; yo no tenía noticias de relaciones entre Martí y Manuel

⁴⁰² Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 86.

⁴⁰³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 266.

García; esos ocho mil pesos me quemaban las manos materialmente pero era para mí un problema que tenía dos aspectos, el que se presentaba. Cuando se traía una carta, cuando me daban un recado para Martí, yo aceptaba la comisión, porque tenía medios asegurados para cumplirla; ahora venía algo que yo estimaba algún tanto peligroso, y ¡qué sé yo!... no muy claro. ¿Debía rechazarlo? Parecíame que iba a incurrir en una nota de cobardía. Resolvimos el problema, mientras almorzábamos, mi amigo y yo.

Yo le dije:

—Bueno, acepto el encargo; no tengo el derecho de negarme a ello; yo se lo participaré a Martí, porque usted comprenderá que yo no voy a girar esa cantidad, sino a decirle que está aquí.

De inmediato, dada la persecución de la que eran objeto los revolucionarios por las autoridades coloniales, Juan Gualberto decidió poner a buen recaudo la maleta con el dinero, hasta tanto Martí decidiera aceptarla o rechazar la oferta.

Consultado Martí, su respuesta no se hizo esperar:

—No; devuelva ese dinero a quien se lo entregó. La revolución solicita el concurso de todos los cubanos; Manuel García es un cubano; si mañana, pronunciado el movimiento, él se incorpora a las filas cubanas, allí será lo que sus hechos y merecimientos le permitan que sea, al igual que cualquiera de los creadores y fundadores de la

patria; pero con su vida actual nosotros no tenemos conexión. Con nada de lo que él hace, colocado como está, fuera de toda ley, de toda sanción moral, nosotros podemos tener relación ninguna; devuélvale el dinero.

Y concluyó con las siguientes palabras:

—Los árboles deben venir sanos desde la raíz.

Tan pronto Juan Gualberto cumplió la orden dispuesta por el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, le respondió: “Mandé a buscar a aquella persona que me había entregado los ocho mil pesos, y se los devolví”.⁴⁰⁴

⁴⁰⁴ Juan Gualberto Gómez: *Por Cuba Libre*, p. 61.

Al alcance de las balas enemigas⁴⁰⁵

*Solo empujan el ejemplo y el éxito.*⁴⁰⁶

Corría el mes de diciembre de 1894. José Martí, sumido en los detalles finales para reiniciar la guerra independentista, había redactado y firmado el día 8, junto al mayor general José María Rodríguez —a nombre del Generalísimo Máximo Gómez— y el comandante Enrique Collazo —en representación de los grupos conspiradores de la Isla—, el Plan de Alzamiento; y el día 21, autorizado el pago de más de cuatro mil cuatrocientos pesos para la compra de armas, municiones y otros pertrechos bélicos.

La alegría rebozaba en las máximas figuras patrióticas del exilio cubano. Para todos, la reanudación de las hostilidades en los campos cubanos resultaba inminente, luego de una larga y cuidadosa preparación tanto fuera como dentro del país.

⁴⁰⁵ Revista *Patria*: año XIV, La Habana, mayo 1958.

⁴⁰⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 65.

Sin embargo, a los más cercanos colaboradores del Apóstol, residentes en los Estados Unidos, les asaltaba una preocupación: Martí había reiterado más de una vez su decisión de incorporarse a la contienda tan pronto se iniciaran los primeros combates.

La posibilidad real de que pudiera perder la vida, y con ello la revolución, el alma del levantamiento, abrumó el espíritu de sus más fervientes admiradores y revolucionarios.

Instado el Delegado por algunos amigos para que desistiera de tan riesgosa idea, y sirviera a la patria desde el exilio para garantizarle al nuevo Ejército Libertador el apoyo material imprescindible para desarrollar con éxito las operaciones militares en territorio cubano, el Apóstol con firmeza respondió:

—Tendría triste concepto de mí mismo si yo me quedase aquí, cuando mis hermanos en Cuba están derramando su sangre por la causa que yo he predicado. Los irreflexivos que calumnian gratuitamente no tendrán ocasión de decir que yo lancé a mi pueblo al sacrificio, y que me quedé fuera del alcance de las balas enemigas.⁴⁰⁷

Semanas más tarde, en República Dominicana, Gómez, Collazo y Mayía, lograron persuadirlo para que se quedara; pero una inesperada y coyuntural información difundida en la prensa que anunciaba su presencia en

⁴⁰⁷ Sotero Figueroa: periódico *Patria*, Nueva York, 25 de junio de 1895.

Cuba, impidió que aquel acuerdo pudiera cumplimentarse. Para quien había evocado la guerra justa y necesaria, su decisión resultaba inquebrantable. No deseaba morir, pero jamás le temió a la muerte; así lo había proclamado en *Abdala*, cuando apenas rebasaba los dieciséis años:

*...Nubia venció! Muero feliz: la muerte
Poco me importa, pues logré salvarla...
¡Oh! ¡Qué dulce es morir, cuando se muere
Luchando audaz por defender la patria!*⁴⁰⁸

⁴⁰⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 33.

Partida inevitable

*Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo
a la cabeza, sino con las armas de almohada.*⁴⁰⁹

En medio de la tensa y peligrosa coyuntura por el próximo desenlace de la contienda en los campos cubanos, comenzaron en los Estados Unidos los festejos navideños. Como era tradicional, las familias celebraban en la última quincena de diciembre aquellas fiestas, en las que resaltaban los días de Nochebuena y de Pascuas.

Los cubanos en el exilio también se reunían para festejar ambas fechas, les daban un toque distintivo a las reuniones familiares que, en su mayoría, se convertían en encuentros patrióticos.

Estas festividades propiciaban a los revolucionarios la cobertura ideal para valorar la marcha de los preparativos, sin despertar la más mínima sospecha en la agencia de espionaje norteamericana Pinkerton y en los mercenarios al servicio de la inteligencia española.

⁴⁰⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 15.

Blanche Zacharie de Baralt, al relatar aquellas últimas celebraciones junto al Delegado del Partido Revolucionario Cubano, recordaba:

[...] El 24 de diciembre de 1894, cenábamos en la Nochebuena, como era costumbre desde hacía años, un grupo de amigos íntimos, casi siempre los mismos. Ese año le tocó el turno de recibirnos a Irene Pintó de Carrillo, esposa de Antonio Carrillo de Albornoz, amigo de Martí desde la juventud. Con él y Fermín Valdés Domínguez, había estudiado en España.

Éramos trece comensales, habiendo faltado uno: los esposos Carrillo y sus tres hijos, Irenita, Mercedita y Alberto; la señora de Mantilla con sus hijas Carmita y María; Martí; Federico Edelman y Pintó —sobrino de la señora de Carrillo—; Adelaida Baralt; Luis y yo.

Martí llegó tarde y parecía fatigado: ya estábamos a la mesa.

Aunque él estuvo afable y celebró la cena para agradar a la dueña de la casa, no reinaba la alegría habitual. No se lo explicaba uno, pero fue una fiesta de poca animación, y pesaba sobre todos como un presentimiento inexpresable. Era el augurio de la inevitable partida del Apóstol para Cuba.⁴¹⁰

⁴¹⁰ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 27.

Miremos lo que hay que hacer⁴¹¹

*La discreción, que es la forma suprema de la inteligencia, se junta muy raras veces a la honradez.*⁴¹²

Tres embarcaciones, *Lagonda*, *Amadís* y *Baracoa*, habían sido fletadas para trasladar a los principales jefes de la revolución y a un reducido grupo de altos oficiales del Ejército Libertador que se encontraban en el exterior y al veterano de la guerra del 68, coronel Fernando López Queralta, se le había confiado la delicada misión de ocuparse de la adquisición, traslado de las armas y asuntos relacionados con la partida de las naves.

A pesar de las medidas tomadas por Martí para evitar que el espionaje enemigo pudiese descubrir la trama conspirativa, el coronel López Queralta, por cobardía,

⁴¹¹ Carmen Suárez León: Ob. cit., p. 30.

⁴¹² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo IV, p. 125.

maldad, indiscreción o miedo, reveló a los contratistas de los barcos el verdadero objetivo de las expediciones; tal información posibilitaba poner en sobre aviso a las autoridades aduaneras norteamericanas.

El 12 de enero de 1895, ya próximo a zarpar del puerto de Fernandina el yate *Lagonda* que debía dirigirse a Costa Rica para recoger a los generales Antonio Maceo y Flor Crombet y a otros doscientos expedicionarios, fue registrado, y resultaron detenidos el capitán y algunos de sus tripulantes. Lograron escapar Manuel Mantilla y Patricio Corona, encargados por Martí y Maceo para llevar a cabo esa misión, ellos no habían llegado al muelle cuando se produjeron los acontecimientos.

Con nombres supuestos habían permanecido en el hotel Duval de Jacksonville, el comandante Enrique Collazo y el coronel Mayía Rodríguez, en espera de las órdenes para la partida. Inesperadamente recibieron la visita de Charles Hernández quien les comunicó que el plan había fracasado y que en la noche se dirigieran al hotel Travellers donde se encontraba alojado Martí para informarles de lo sucedido.

Ante la aciaga noticia de algo que salvo Martí conocía que había salido mal, ambos oficiales lamentaron la prudencia con la que hasta el momento habían actuado, lo que los hacía cómplices de lo ocurrido y se aprestaron a exigirle al Delegado las explicaciones correspondientes.

Cuando llegaron a donde se ocultaba Martí, lo encontraron en una extraordinaria excitación nerviosa. Su escaso pelo, erizado y los ojos hundidos parecían próximos a llorar.

A la vista de Mayía, que entraba en la habitación con el rostro alterado y duro, se abalanzó el Maestro, y se echó

en sus brazos. Aquel dolor profundamente reflejado en su rostro, desarmó a los que, momentos antes, querían exigirle explicaciones claras y concretas de su conducta. Todos comprendieron sin que mediara palabra alguna, que algo muy grave había ocurrido y que aquel fracaso del que les habían informado, era desgraciadamente cierto.

Con ira y dolor, el Apóstol les relató a Mayía Rodríguez, Enrique Collazo, Enrique Loynaz del Castillo y a otros colaboradores que se habían reunido allí, lo que había sucedido. Pálido y desencajado se paseaba por el cuarto, como enloquecido, agitando sin cesar sus brazos:

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no tengo la culpa!

Exclamaba amargamente, mientras intentaban calmarlo e infundirle valor. Su emoción le cortaba las palabras. Con voz temblorosa interrogó a sus amigos:

—¿Tienen ustedes todavía confianza en mí? ¿Me ayudarían otra vez?

El brillo de sus pardos ojos humedecidos, el espectáculo imponente de su inmensa ansiedad y dolor, trajo a todos los labios una decisiva y definitiva respuesta:

—¡Sí!⁴¹³

En el pecho de todos los presentes se renovó el juramento de libertad y más que nunca triunfaban y resplandecían la honradez de propósitos, la abnegación y el espíritu de sacrificio. Del desastre salió agigantada la fe que mueve pueblos y montes, por tener por guía un Maestro, un Apóstol, un hombre como Martí.

⁴¹³ Gonzalo de Quesada Miranda: *Martí hombre*, pp. 326-327.

No habían transcurrido veinticuatro horas de la captura del *Lagonda* cuando llegó el *Baracoa* al puerto de Fernandina y procedieron a su registro. Esta era la embarcación destinada a conducir a Martí, Mayía Rodríguez y Collazo, con destino a República Dominicana para recoger al General en Jefe Máximo Gómez y a otros doscientos hombres que reembarkarían hacia las costas de Cuba.

El 15 de enero, muy cerca de la Florida, fue apresado el *Amadís* por el guardacostas norteamericano *Tybee*, la tercera de las embarcaciones debía llevar a los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff con sus hombres, hasta la costa norte de Las Villas.

En carta a Juan Gualberto Gómez, fechada 17 de enero de 1895, Martí le informó a los grupos conspiradores en la Isla, las amargas noticias y les impuso de las nuevas circunstancias, cuando expresó:

[...] sustituiré el lamento inútil con la declaración de que renuevo inmediatamente por distinto rumbo, la labor que la cobardía de un hombre ha asesinado [...]⁴¹⁴

Y al Generalísimo Máximo Gómez, le comunicó dos días más tarde:

[...] Acaso se salvará el cargamento, pero hemos salvado más: la disciplina y el respeto de la Isla,

⁴¹⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 17.

asombrada de este esfuerzo, —y el cariño de las emigraciones, encendido con esta villanía patente. —Ahora, a otras formas. Se nos espera, —y será. Yo no miro lo deshecho, sino lo que hay que hacer [...]⁴¹⁵



Al fondo, el edificio del hotel Travellers, donde Martí vivió angustiosos instantes producto de la confiscación de los barcos expedicionarios.

⁴¹⁵ Ibídem, p. 23.

La mesa de Quintana

*La obra de una revolución tiene horribles sorpresas.*⁴¹⁶

El fracaso de la expedición que tantos desvelos y dinero había costado y que tan bien organizada estaba provocó una fuerte depresión en José Martí. Desesperado, asediado por la prensa y buscado por las autoridades norteamericanas para esclarecer lo sucedido en Fernandina, decidió refugiarse en la casa del doctor Ramón Luis Miranda, para desde allí reorganizar el plan insurreccional.

Acompañado de Gonzalo de Quesada y Aróstegui —recuerda el destacado médico— y en un estado de excitación nerviosa, llegó Martí a nuestra casa. Se paseaba incesantemente de un lado a otro de la sala, intranquilo, lamentándose de lo sucedido, pero sin desmayar su empresa. Apenas pudo conciliar el sueño aquella noche.

⁴¹⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 99.

Al día siguiente y los sucesivos, ya tenía reelaborado su plan. Conferenciaba con el comandante Enrique Collazo y con el general Mayía Rodríguez, escribía numerosas cartas para los jefes en Cuba con el propósito de ultimar los detalles para iniciar cuanto antes el levantamiento.

Fue entonces cuando, ante la falta de fondos y el peligro de ser detenido si saliese a la calle por lo acontecido en Fernandina, la señora Rita de Portuondo, mi esposa Luciana Govín, Emilio Núñez, Gonzalo de Quesada y quien suscribe, decidimos contribuir económicamente a la causa con dinero suficiente para que pudiese cumplir su deseo.

Durante las dos semanas que pasó Martí en nuestro hogar proporcionó a la familia deliciosos ratos con su amena, variada y elocuente conversación. Un día después de celebrar su último cumpleaños, elaboró la orden de alzamiento que firmó como Delegado del PRC y suscribieron Mayía —con autoridad y poder expresos del General en Jefe— y el comandante Collazo dando fe de la autoridad de este.⁴¹⁷

A Gonzalo de Quesada y Aróstegui le orientó dirigirse a Cayo Hueso y ajustarlo todo para garantizar que la orden llegara a su destino; el médico y anfitrión, Ramón Luis Miranda, debía llevarle un cablegrama a Enrique

⁴¹⁷ Ramón Luis Miranda: “Últimos días de José Martí en Nueva York”, en Carmen Suárez, ob. cit., p. 108.

Trujillo para que este lo transmitiera al periódico *La Lucha* en la capital cubana, mientras ellos se alistaban para salir rumbo a República Dominicana.

Aquellas cartas Martí las escribió sentado a la mesa que le obsequiara a Quesada, el doctor Manuel Quintana, ilustre abogado argentino que sobre el mismo mueble redactara el primer proyecto de arbitraje internacional. Esta mesa y su butaca fueron donadas por la familia Quesada al museo Fragua Martiana, lugar donde se exhiben en la actualidad.



La última celebración de su natalicio⁴¹⁸

*¡Amado será el que ama;
besos recogerá quien siembra besos...!*⁴¹⁹

Los últimos días de enero del año 1895 mantuvieron en vilo a José Martí. El reciente fracaso del Plan de Fernandina no logró doblegar la entereza del Apóstol. Recuperado rápidamente de tan bajo golpe, el Delegado puso en movimiento nuevos planes encaminados a la causa independentista. El reinicio de la guerra necesaria era inminente.

El día 28, el doctor Ramón Luis Miranda, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Gustavo Govín y Luis Rodolfo Miranda le ofrecieron a José Martí, en ocasión de su cuadragésimo segundo cumpleaños, una comida en el restaurante *Delmónico*, de Nueva York. Luis Rodolfo Miranda, uno de los participantes de aquel encuentro, no olvida aquel momento.

⁴¹⁸ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Los natales de Martí*, p. 36.

⁴¹⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 88.

Lo celebramos con una comida en su honor, la cual tuvo lugar en un reservado de uno de los mejores restaurantes de Nueva York. Como es de imaginarse, el ambiente de aquella comida no era esa alegría que generalmente se experimenta cuando se reúnen personas para divertirse o pasar el tiempo lo mejor posible, todo lo contrario; había algo que presagiaba la tragedia que se avecinaba.

En cuanto a mí, personalmente experimentaba la alegría de poder ir pronto a Cuba a pelear por nuestra independencia, pero todos deseábamos que nada le ocurriese a Martí, que era el alma del movimiento, y sin él ¿cómo llevarlo a efecto? Nosotros y los jefes cubanos que visitaban nuestra casa, pensábamos lo mismo. Era la preocupación de todos.

Es decir, con Martí estaba asegurada la independencia; sin Martí pasaría el tiempo, continuarían las querellas entre nosotros, y Dios sabe si hubiéramos sido absorbidos por los imperialistas de Norteamérica [...]

La comida se terminó, si no con alegría, dejándonos complacidos; Martí jaraneaba, conversaba entusiasmado con el éxito de sus proyectos, y a todos nos parecía que de ese ser tan admirable brotaba una estrella radiante de luz para Cuba, la liberación de nuestra patria.⁴²⁰

⁴²⁰ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Los natales de Martí*, p. 36.

El 29 de enero, un día después de aquella celebración, José Martí, Enrique Collazo y José María Rodríguez firmaban la Orden de Alzamiento y la enviaban a Juan Gualberto Gómez, representante del Partido Revolucionario Cubano en la Isla.



Restaurante Delmónico establecido en la esquina de Quinta Avenida y calle 26, en Nueva York.

Mi último encuentro con Martí⁴²¹

*Solo hay una cosa comparable al placer
de hallar un amigo: el dolor de perderlo.*⁴²²

Ya cursada la Orden de Alzamiento, José Martí se dispuso a partir hacia República Dominicana para junto a Gómez salir rumbo a Cuba

Aquel 30 de enero de 1895,⁴²³ a las ocho y media de la mañana, estaba yo —cuenta Blanche Zacharie— en el comedor de mi casa tomando el desayuno cuando sonó el timbre y oí la voz de Martí preguntarle a la criada que si estaba el caballero.

⁴²¹ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., p. 28.

⁴²² José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 273.

⁴²³ En este trabajo hemos rectificado la fecha de la visita que Martí le hiciera a Blanche Zacharie —31 de enero de 1895—, que aparece en el libro mencionado, ya que este último encuentro debió haberse producido temprano en la mañana del día anterior —30 de enero—, pues horas más tarde, Martí abandonó los Estados Unidos rumbo a República Dominicana.

Momentos después entraba en el comedor.

—Se ha ido ya Luis, qué pena. Vine presuroso pensando alcanzarlo, pues no quería marcharme sin darle un abrazo. Sabe Dios cuándo nos volvamos a ver.

Luego de hablar breves minutos conmigo, me dijo:

—Me despide de Adelaida y Fico. No puedo demorarme, y ahora me voy. Adiós. No tengo un momento que perder.

Lo acompañé hasta la puerta de la calle, salió en la mañana helada, como una flecha. Poco después nos fijamos en un sobretodo marrón que había quedado colgado en la sombrerera. No pertenecía a los de la casa. ¿Sería de algún amigo que lo había dejado allí olvidado? Cosa rara en pleno invierno. Mi cuñada registró los bolsillos a ver si hallaba algún indicio de su dueño. Cuál sería su asombró al ver que estaban repletos de cartas y papeles dirigidos a Martí. Pobrecito, en la precipitación por su ida, no se acordó de que había dejado su gabán en el vestíbulo, y se fue a la calle ese día glacial sin notarlo. ¡Cómo estaría de preocupado!⁴²⁴

⁴²⁴ Blanche Zacharie de Baralt: Ob. cit., pp. 28-29.

La hora de la libertad

*Es la hora de los hornos,
en que no se ha de ver más que la luz.*⁴²⁵

Acompañado de Mayía Rodríguez, Enrique Collazo y Manolito Mantilla, José Martí abordó el vapor *Athos* que cubría la ruta de Nueva York a República Dominicana; iba a reencontrarse con Máximo Gómez, con quien organizaría la expedición que los llevaría a cumplir la palabra empeñada: ¡A Cuba! Era 30 de enero de 1895.

Siete días más tarde se produjo el esperado encuentro entre los dos adalides, sobre cuyos hombros había recaído la organización estratégica de la guerra.

Empeñado en hallar una goleta que los trasladara a las costas de Cuba, transitaba Martí con el joven patriota Juan E. Bory por el parque Juan Pablo Duarte, de Montecristi, donde se había levantado una torre kiosco-reloj, que recordaba, aunque en miniatura la torre Eiffel de París.

⁴²⁵ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo II, p. 330.

Acucioso observador de cuanto le rodeaba, al contemplar la torre, afirmó: “¡Este reloj marcará muy pronto la hora de la libertad de Cuba!”

Días más tarde, recibió la noticia esperada: el 24 de febrero se había producido el alzamiento simultáneo en varios puntos de la Isla. A Juan E. Bory, Gómez y Martí le tendrían reservada una histórica misión: ser el copista de un manuscrito de trascendental alcance: “El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, documento que explicaría las razones del reinicio de la guerra independentista, que por haberse firmado por los dos principales jefes de la revolución en esa tierra, sería conocido popularmente como “El Manifiesto de Montecristi”.



Reloj en el parque de Montecristi.

Con el cinco por ciento⁴²⁶

*¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!:
con treinta hombres se puede hacer un pueblo.*⁴²⁷

El 19 de marzo de 1892, en uno de los primeros números del naciente periódico *Patria*, se había anunciado la constitución de una quinta agrupación de exiliados revolucionarios en Nueva York: el club Independientes de Cubanacán, el cual quedó integrado por cincuenta jóvenes, presidido por Gonzalo de Quesada y Aróstegui y como secretario, Alberto Plochet.

Como resultado de una sistemática y acertada actividad de propaganda, su membresía crecería anualmente hasta rebasar los noventa integrantes, aunque no todos sus elementos, como en otras asociaciones, resultaban activos miembros o habían alcanzado un alto nivel de compromiso político con el Partido Revolucionario Cubano.

⁴²⁶ Revista *Patria*: año XV, No. 8, agosto 1959, p. 9.

⁴²⁷ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 254.

Tres años más tarde, ante el fracaso del conocido Plan de Fernandina —enero de 1895—, donde fueron detenidas las tres embarcaciones contratadas para trasladar a los expedicionarios y la mayor parte de las armas y pertrechos de guerra hasta las costas de Cuba, el Apóstol le comunicó a Juan Gualberto Gómez, representante del PRC en la Isla, que renovara su labor conspirativa.

Para la ejecución de los nuevos planes que con urgencia se requería poner en práctica, les solicitó a los directivos del club Independientes de Cubanacán, que reunieran a treinta de sus integrantes en una casa amiga en Brooklyn, para quienes tenía reservada una importante misión.

En la reunión, el Delegado del partido les explicó a los asistentes, que resultaba muy probable que no lograran escapar con vida de la tarea. Al solicitar la voluntariedad para emprenderla, uno de los presentes, arrepentido, le comunicó al Apóstol que él no estaba dispuesto a arriesgar así su vida, porque él no era “carne de cañón”. Después de increparlo severamente, Martí agregó:

—Le agradezco su franqueza y su arrepentimiento, pero tenga entendido que si le mando a morir es porque yo también voy a morir, y, si es posible mandaré a mi propio hijo.

Al culminar el encuentro, Alberto Plochet se acercó al Maestro y le expresó, conmovido, la pena que sentía por lo que había sucedido con sus compañeros.

—No te aflijas, hijo mío —dijo Martí—, ¿no ves que hemos salido ganando?

Y ante la mirada estupefacta de Plochet, continuó:

—¿Cuántos son los miembros de Cubanacán?

—Noventaitrés.

—Pues bien, si de noventaitrés han venido quince, eso quiere decir que se aproxima mucho al quince por ciento. Luego hemos salido ganando, porque yo solamente cuento con el cinco por ciento de mi pueblo dispuesto a morir.⁴²⁸

⁴²⁸ Revista *Patria*: año XV, No. 8, agosto 1959, p. 9.

Sé justo

*Por lo que se oye y se ve entra en el corazón
la confianza o la desconfianza.*⁴²⁹

Su afirmación de que en el empeño de ver libre y próspera a la patria, estaría dispuesto a pedirle a su propio hijo que se alistara al Ejército Libertador, la ratificó el Apóstol en la carta de despedida dirigida a José Francisco Martí Zayas-Bazán, fechada el 1 de abril de 1895, que entregó a un compatriota cuando ya se alistaba para tomar la embarcación que lo conduciría desde Montecristi, República Dominicana, a su añorada tierra. La misiva solo sería entregada a su destinatario en caso de muerte del Delegado.

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta

⁴²⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 5, p. 15.

carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós.
Sé justo.

Tu padre,
José Martí.⁴³⁰

La convicción de que el joven José Francisco, que ya contaba con dieciséis años, pudiera acompañarlo en la contienda, no fueron meras palabras. El propio primogénito se encargaría de demostrarlo, cuando el 21 de marzo de 1897, a bordo de una expedición conducida por los generales Joaquín Castillo Duany y Carlos Roloff, el bisoño combatiente lograba desembarcar por Banes, Holguín, e internarse en los campos de Cuba libre.

En la manigua redentora lucharía bajo las órdenes del mayor general Calixto García, y por su desempeño en la guerra que había organizado y dirigido su padre hasta caer en combate de cara al sol, José Francisco Martí Zayas-Bazán alcanzó el grado de capitán del Ejército Libertador, y logró sobrevivir a la contienda bélica.

⁴³⁰ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 142.

Mi único deseo⁴³¹

*¿Tendrá jamás nuestra patria que esperar por mí? No.*⁴³²

Conocida la noticia del reinicio de la guerra independentista en Cuba, por el Generalísimo Máximo Gómez, José Martí y los compañeros que les acompañaban, en reunión de jefes celebrada el 26 de febrero de 1895 se acordó, luego de una acalorada y extensa discusión, que José Martí regresara a Nueva York para continuar el trabajo con las emigraciones.

El mayor general Paquito Borrero, el comandante Enrique Collazo y el General en Jefe Máximo Gómez consideraban que no había nadie mejor que el Apóstol para preparar una gran expedición que trasladara a la Isla el armamento imprescindible, fomentara fondos de guerra, enviara a los hombres que no habían podido embarcar

⁴³¹ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p.118.

⁴³² José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 333.

hacia Cuba, y luego de logrado estos propósitos, se incorporara al Ejército Libertador. Sin embargo, para el Maestro, quedarse significaba el más grande de los sacrificios, él se había propuesto alzar el mundo y su mayor anhelo era partir a la guerra, pegarse al último tronco, al último peleador, y morir callado.

Al recordar aquel imprevisto, ya en la manigua re-dentora, el Generalísimo le confesó a Fermín Valdés Domínguez:

—Quiero contarle lo que pasó para que se decidiera Martí a venir conmigo. Un día Paquito Borrero me dijo:

—General pienso que debemos oponernos a que Martí vaya a la guerra, aquí en el extranjero es donde es útil.

—Y Collazo, él y yo nos unimos para decidir que se quedara.

Después de mucho discutir, lo conseguimos. Ya tenía arreglada la maleta y esperaba la llegada de la embarcación que lo habría de llevar a los Estados Unidos; esperando, llegó antes que el día de su partida, el vapor de Nueva York y en él, la correspondencia y periódicos para todos. Cada uno cogió un paquete y se fue a leer sus cartas y periódicos.

Junto al corredor de mi casa, que era el lugar donde nos encontrábamos en aquellos momentos, estaba el cuarto de mi señora; me había llamado ella para hablarme de algún asunto de familia, y yo me había sentado en su cama conversando

así con ella. Hablaba yo con mi esposa cuando vimos a Martí que desde afuera nos llamaba.

—Entre Martí, le dije, y allí al lado de mi mujer que tanto lo quería y que sabía cuánto trabajo nos había costado convencerlo de que no debía venir a Cuba, le oyó cuando me hablaba mostrándome el número de *Patria* en que se publicaba un telegrama de Fernando Figueredo, de Tampa, donde se afirmaba que él y yo estábamos en Cuba.

Efectivamente, el 9 de marzo el *Listín Diario* de Santo Domingo, reprodujo una noticia aparecida en el *New York Herald*, que anunciaba la presencia en Cuba de Gómez y Martí. La trascendental información la confirmaba *Patria*, el periódico de la revolución que habían recibido en Montecristi.

Y continuó Máximo Gómez su relato:

—Después de esto, me dijo: “Mi deber me obliga a acompañarlo”.

En vano traté de convencerlo de que no debía ocuparse de esas cosas, y que a pesar de ellas no debía menearse de su puesto en Nueva York.

—No puedo yo volver allí con prestigio alguno después del fracaso de Fernandina y de lo que ahora publica este periódico. Iré con usted.

Ni las frases cariñosas de mi esposa, ni las excitaciones de Paquito Borrero y de Collazo pudieron hacerlo variar de juicio y yo dejé de insistir, porque conociendo su valor, su entereza y patriotismo, juzgué inútil todos mis ruegos y

pobres mis más razonados argumentos en contra de su opinión. Y vino a acabar gloriosamente su campaña.⁴³³

Su voluntad y sentido del deber, lo expresó en la carta de despedida que enviara a su amigo, el patriota dominicano Federico Enríquez y Carvajal, el 25 de marzo de 1895.

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí, la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio: hay que hacer viable e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren, como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama a la patria [...]⁴³⁴

⁴³³ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 24.

⁴³⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 118.

Yo no soy una reliquia⁴³⁵

*Servir absolutamente a una idea grande
da a lo menos derecho a morir.*⁴³⁶

Es ampliamente reconocido en todo el planeta que los hombres que encarnan los más preciados anhelos de la humanidad, en la inmensa mayoría de los casos, sean protegidos por sus compatriotas para evitar que un atentado, un crucial peligro o un fatal desenlace, cegue sus necesarias y, en ocasiones, imprescindibles vidas.

A ello no pudo escapar José Martí. Cuando se acercaban los días del reinicio de la guerra independentista, hombres de la altura del Generalísimo, Mayía Rodríguez, Enrique Collazo y Serafín Sánchez, insistentemente valoraban la importancia de salvaguardar la vida de José Martí, intentando alejarlo de la contienda bélica, criterios que en reiteradas ocasiones y hasta en días muy cercanos a su salida, el Apóstol refutó y argumentaba que

⁴³⁵ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 87.

⁴³⁶ José Martí: *Obras Completas*, tomo 18, p. 390.

solamente estaría dispuesto a aceptarlos por mandato de la revolución.

En uno de aquellos intentos, el general Serafín Sánchez, uno de los más queridos combatientes de la pasada guerra, quien profesaba por el Maestro una especial devoción, le manifestó, dada su experiencia militar, que la conflagración podría tornarse como una pelea larga y dura, plagada de dificultades, con avances y retrocesos propios de una contienda bélica en que se juega la independencia definitiva de la nación, por lo que sostenía que la presencia del Delegado en el exterior, podía ser decisiva para mantener la propaganda y el apoyo material al Ejército Libertador, y de esta manera se lograba salvaguardar su vida, como máximo organizador y líder de la revolución.

Fue entonces que el Apóstol, con la firmeza que lo caracterizaba, le expuso al amigo, su apreciación del asunto:

—¡Qué arma más formidable tendrían mis detractores y los enemigos de Cuba si me quedara en tierra, seguro, alentando a los demás del peligro y de la muerte! Piénselo, Serafín, si es que me quiere como sé que me quiere. Sepa usted que no me expondré irreflexivamente a un peligro innecesario, pero tampoco consentiré que se desatienda cualquier necesidad o acción en el combate por cuidarme y resguardarme como si yo fuera una frágil reliquia.⁴³⁷

⁴³⁷ Revista *Patria*: año XXXVIII, No. 10, La Habana, 1982, p. 6.

El 25 de marzo de 1895, en la misma carta —ya mencionada— a Federico Henríquez y Carvajal, su amigo dominicano, le confesó la sostenida lucha que aún mantenía con sus más entrañables amigos y compañeros sobre su presencia en los campos de Cuba libre:

[...] De vergüenza me iba muriendo aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba, es tan útil por lo menos como afuera, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convenirme de que era mi obligación dejarlo ir solo [se refiere al Generalísimo Máximo Gómez] y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén, y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, dentro o afuera, allí estaré.⁴³⁸

⁴³⁸ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 117.

Al pie de Cajobabo⁴³⁹

*En esta tierra, no hay más que una salvación:
—el sacrificio. —no hay más que un bien seguro,
que viene de sacrificarse: —la paz del alma.—*⁴⁴⁰

A bordo del carguero alemán *Nordstrand*, guiado por el capitán Heinrich Julius Theodor Löwe, realizó José Martí su segundo y definitivo intento por arribar a tierra cubana para incorporarse a las tropas del Ejército Libertador, que había reiniciado sus acciones el 24 de febrero de 1895.

La nave con destino a puerto Antonio, Jamaica, había partido de Cabo Haitiano, y realizado una escala en el puerto de Mathew Town, capital de la pequeña isla de Inagua, para dejar a veinticinco trabajadores. Esta parada posibilitó a los revolucionarios izar el bote con el que arribaron a un punto de la zona oriental de Cuba. Viajaban junto a Martí, una mano de valientes: el Generalísimo

⁴³⁹ Thelvia Marín: sección “Correspondencia”, revista *Bohemia*, abril 1982.

⁴⁴⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 21, p. 138.

Máximo Gómez, el brigadier Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas y el dominicano Marcos del Rosario.

La destacada escultora cubana Thelvia Marín, en una investigación realizada sobre la vida del capitán Löwe (6-2-1859—1-8-1935) y del mercante alemán que conducía a fines del siglo XIX, revela la siguiente nota que Heinrich Julius Theodor Löwe, escribió en su diario de navegación, sobre su encuentro con Martí:

El señor Martí me explica que ellos eran jefes insurgentes y que sus compañeros en Cuba los esperaban para liberar a su patria del gobierno español. Como yo sabía de qué manera los empleados del gobierno español tiranizaban al pueblo cubano, yo simpatizaba mucho con ese pueblo. Además como el señor José Martí se me dio a conocer como hermano, hermano de la Francmasonería, a la cual yo también pertenecía, yo estuve de acuerdo con el deseo de los señores [...]⁴⁴¹

A Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, tesoroero y secretario del Partido Revolucionario Cubano, respectivamente, que habían quedado de enlace en la ciudad de Nueva York, les escribió José Martí desde el propio barco, el 11 de abril de 1895. En la misiva, además de presentarles al capitán del *Nordstrand*, les

⁴⁴¹ Revista *Patria*: No. XXXVIII, La Habana, mayo 1982. Reproducción de un trabajo de la escultora Thelvia Marín, publicado en la sección “Correspondencia”, de la revista *Bohemia*.

comentó del trato y de las atenciones que habían recibido de él.

Tengo el gusto de presentar a vuestra gratitud y amistad al capitán H. Löwe; él nos situó el 11 de abril donde deseábamos estar. Esto lo hizo —no solamente por interés de un servicio pobremente remunerado— sino con el cuidado y el generoso empeño de un amigo.

Lo presento como un hombre inteligente y digno de confianza, plenamente merecedor de su afecto y confianza, y de los mejores términos que podamos ofrecerle. Él está presto y capacitado para dirigir cualquiera de nuestras empresas [...]

En caso de que ustedes se cercioren de que el Capitán H. Löwe haya perdido su puesto en el vapor *Nordstrand* debido a este servicio, les autorizo y encargo para pagarle \$500.00.

Pero lo que más deseo encarecidamente es que Vds. le puedan encontrar, y él encuentre con nosotros, un empleo permanente y provechoso. Salúdenlo como un buen amigo.⁴⁴²

Alrededor de las cuatro de la tarde del 11 de abril, el vapor de bandera alemana pasó rozando a Maisí, lo que permitió que Máximo Gómez Báez, General en Jefe del Ejército Libertador; José Martí, Delegado del

⁴⁴² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 159.

Partido Revolucionario Cubano; mayor general Paquito Borrero; coronel Ángel Guerra; capitán César Salas y el dominicano Marcos del Rosario Mendoza pudieran apreciar, a lo lejos, la belleza de las montañas orientales. Habían comenzado a acercarse a las costas cubanas y al lugar escogido para el desembarco.

Ya cuando la noche encubría los movimientos a bordo de la nave que conducía tan preciosa carga, Löwe ordenó a la tripulación del carguero, bajar la barca. En medio de una fuerte lluvia, los seis expedicionarios abordaron la pequeña embarcación que los conduciría a tierra.

Al describir aquella memorable noche, José Martí dejó escrito en su diario de campaña:

11.- Bote. Salimos a las 11. Pasamos (4) rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7½, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Lluve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Salas rema seguido. Paquito Borrero y el general ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres. Rumbo al abra. La luna asoma, roja bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, La Playita (al pie de Cajobabo). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenagal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando

un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca,
por el suelo.⁴⁴³

Dicha grande, no solo para Martí, dicha grande para la revolución, que en el seno de la patria recibía al Delegado del Partido Revolucionario Cubano y al General en Jefe de su Ejército Libertador.



Lugar de desembarco.

⁴⁴³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 215.

Las horquillas del bote⁴⁴⁴

*El riesgo se ha hecho para vencerlo.*⁴⁴⁵

El desembarco sucedió el 11 de abril de 1895, muy cerca de la medianoche. De entonces, Martí les contó en carta de cinco días después a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, que el cielo estaba negro del chubasco; así bajaron al bote con la carga de parque, un saco con queso y galletas; que a las dos horas de remar, saltaron en Cuba. “La dicha era el único sustento que nos poseía y embargaba. A partir de ahí el objetivo era adentrarse en los campos de Cuba libre.

La playita, por donde desembarcaron tiene forma de herradura, se encuentra a unos dos kilómetros y medio del poblado de Cajabobo, en la provincia de Guantánamo.

⁴⁴⁴ Rafael Lubián Arias: *La ruta de Martí, de Playitas a Dos Ríos*, pp. 27-33.

⁴⁴⁵ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 161.

Su extensión de casi doscientos metros, y una profundidad de apenas unos veinte metros desde la orilla hasta el alto farallón de setenta metros de altura que la cerca por el fondo, la distinguen como un lugar prácticamente inaccesible.

Horas después de su arribo a tierra, Máximo Gómez escribió en su diario lo que sucedió posteriormente con el bote:

Después de poner en tierra todo nuestro pesadísimo equipo, de cada uno coger un armamento y más de dos mil tiros, ropas, etcétera, etcétera, y echar el bote al agua, nos repartimos la carga y emprendimos la marcha con rumbo a internarnos por un terreno terriblemente enmarañado [...]⁴⁴⁶

Por iniciativa de Arturo R. de Carricarte, y con la aprobación y la colaboración del Estado Mayor del Ejército Constitucional, en especial del teniente Rafael Lubián Arias, quien participaría en su condición de oficial topógrafo, se realizó entre los días 21 de abril y 31 de mayo de 1922, la reconstrucción de la ruta seguida por José Martí hasta Dos Ríos.

El teniente coronel del Ejército Libertador, Marcos del Rosario Mendoza, natural de República Dominicana, tierra natal a la que retornaría una vez concluida la gesta independentista de 1895, fue invitado especial

⁴⁴⁶ Máximo Gómez Báez: Ob. cit., p. 367.

para la histórica tarea. Marcos era por entonces el único sobreviviente de aquellos seis hombres que desembarcaron en la playita; por su condición de testigo excepcional de lo ocurrido al Apóstol desde el desembarco hasta su caída en combate, resultaba decisiva su participación.

Al reconstruirse aquel acontecimiento veintisiete años después de ocurridos los hechos, el destacado combatiente Marcos del Rosario afirmaba que luego de ellos amarrar el bote, los seis expedicionarios caminaron sin detenerse monte adentro.

De acuerdo a los testimonios que Narciso Rivera y Manuel Martínez, vecinos cercanos al lugar y simpatizantes de la causa independentista, ofrecieron a la comisión encargada de reconstruir los hechos, a la mañana siguiente del desembarco, a unos jóvenes —entre los que se encontraban ellos— se les dio la orden de alejar del lugar, lo más posible, la embarcación, y quemarla. Esta ordenanza la cumplieron a una distancia aproximada de doscientos cuarenta metros. De esta manera se evitaba que fuese vista por alguna fuerza española o algún desafecto a la causa, lo que sin lugar a dudas, provocaría un mayor movimiento de tropas por la zona en busca de los expedicionarios.

Gracias a la astucia de aquellos campesinos, no quedó rastro alguno de la embarcación. Cuando se percataron de que las horquillas del bote eran de bronce y que para derretirse necesitaban ser sometidas a altas temperaturas, decidieron esconderlas en un lugar seguro. A pesar de los años transcurridos, las conservaban celosamente.

Y gracias a la donación de Narciso Rivera y Manuel Martínez, guardianes de tan valioso tesoro patrimonial, el museo Fragua Martiana exhibe en una de sus salas las horquillas del bote en el que desembarcaron el Apóstol y el General en Jefe.



Con fuerza y sin miedo⁴⁴⁷

*No hay más patria, cubanos,
que aquella que se conquista con el propio esfuerzo.*⁴⁴⁸

A pesar de la admiración que los compañeros le profesaban a José Martí por su espíritu de sacrificio y consagración a la revolución, era generalmente aceptada la idea de que, dadas su delicada salud y la falta de entrenamiento militar y experiencia en la vida guerrillera que imponían los intrincados parajes de las montañas orientales, al Delegado le sería prácticamente imposible adaptarse y sobreponerse a tales condiciones. Sin embargo, una nueva sorpresa les esperaba a sus compatriotas al verlo saltar ríos y escalar montañas.

En su diario de campaña, el día 13 de abril de 1895, el General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez, hubo de dejar constancia del comportamiento de Martí en los campos cubanos.

⁴⁴⁷ Máximo Gómez Báez: *Diario de Campaña*, p. 368.

⁴⁴⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 54.

Desde el día 7 de febrero que Martí se me reunió en Montecristi no hemos cesado un solo instante de estar bajo la ruda influencia de las más diversas vicisitudes. Nunca días más accidentados.

Un día después, escribió:

Día 14: Muy al amanecer nos pusimos en marcha con el práctico J. El camino es difícil, trepamos por montañas largas y empinadísimas; la marcha es terriblemente fatigosa y cargados como vamos todos, caminamos a puros esfuerzos.

Nos admiramos, los viejos guerreros acostumbrados a estas rudezas, de la resistencia de Martí, que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie, por estas escarpadísimas montañas.

Y el día 21 del propio mes, ya en la zona de San Antonio, en la jurisdicción de Guantánamo, el Generalísimo se refiere al recorrido realizado desde el día 11 de abril que se produjo el desembarco por la Playita, al pie de Cajobabo, jornadas que califica de “...fatigosas como lo explica la serie de montañas que hemos dejado detrás, caminando siempre por caminos extraviados”, y reitera su admiración por el esfuerzo realizado por el Delegado.

Martí, al que suponíamos más débil por lo poco acostumbrado a las fatigas de estas marchas, sigue fuerte y sin miedo.⁴⁴⁹

⁴⁴⁹ Máximo Gómez Báez: Ob. cit., pp. 368-370.

El regocijo del Maestro por compartir con tan admirados hombres la vida en las montañas, lo inspiró a apuntar en su *Diario de Campaña*, el día 14 de abril de 1895: “Subir lomas hermana hombres”.⁴⁵⁰



Madre Vieja, en un nudo de la alta sierra acampó Martí.

⁴⁵⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 216.

El mayor general José Martí⁴⁵¹

*Para ser recompensado, se necesita ser útil.*⁴⁵²

Luego de cuatro días de agotadora caminata por las montañas y en medio de la rebotante alegría que le propiciaba saberse entre los combatientes del nuevo Ejército Libertador, marchaba el día 15 de abril de 1895, José Martí.

Le sorprendió el ajetreo que desde las primeras horas observaba en el campamento mientras se les ordenaba a diferentes soldados, ir en busca de alimentos y armas, y a otros, encontrar un práctico que los pudiese guiar por tan intrincada zona.

Ya al filo del mediodía, el Delegado se percató de un raro movimiento. Se desplazó el Generalísimo con los altos oficiales que lo acompañaban. Esta actitud de Gómez, quien conscientemente había obviado su presencia,

⁴⁵¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 99.

⁴⁵² José Martí: *Obras Completas*, tomo 8, p. 283.

le llamó la atención. En su diario de campaña, dejó una huella de lo ocurrido aquella tarde de 1895.

Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el general con Paquito, Guerra y Ruenes. ¿Nos permite a los tres solos? Me resigno mohíno. ¿Será algún peligro? Sube Ángel Guerra llamándose, y al capitán Cardoso. Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su jefe, electo en consejo de jefes, me nombra mayor general. Lo abrazo. Me abrazan todos. —A la noche, carne de puerco con aceite de coco, y es buena.⁴⁵³

Un día después, en carta que envía desde los montes de Baracoa a Gonzalo de Quesada y Aróstegui y a Benjamín Guerra, les comentó la alegría que había experimentado el día anterior, cuando en atención a sus servicios a la patria, y recogiendo el sentir de toda la tropa, se le había otorgado el más alto grado militar. Fragmentos de la misiva son los siguientes:

[...] Y del espíritu con que por fin entramos en esta labor, les dará muestra el incidente con que para mí se cerró el día de ayer. General me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el inmerecido título, y muy querido

⁴⁵³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 217.

y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos [...]

[...]

¡De un abrazo igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiren conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor.⁴⁵⁴

⁴⁵⁴ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 162.

Marcos, un hombre de confianza

*Solo hay una cosa comparable
al placer de hallar un amigo:
el dolor de perderlo.*⁴⁵⁵

Dos dominicanos habían integrado la expedición que, el 11 de abril de 1895, arribó a La Playita, al pie de Cajababo: el Generalísimo Máximo Gómez y Marcos del Rosario Mendoza.

Los días 12 y 14 de abril y 16 de mayo, el Delegado escribió en su diario de campaña, sobre la destreza y sensibilidad humana de Marcos.

12. [...] Dormimos. —hojas secas—, Marcos derriba: Silvestre me trae hojas.

14. [...] Vemos acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del primer machetazo la degüella [...] Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos [...] Gómez con el machete corta y trae hojas para él y para mí [...] Marcos,

⁴⁵⁵ José Martí: *Obras Completas*, tomo 7, p. 273.

ayudado del general, desuella la jutía. La bañan con naranja agria y la salan. Cae la noche... Me cuelga el general mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera.

Mayo 16: Sale Gómez a visitar los alrededores [...] Marcos, el dominicano: “¡Hasta sus huellas!”.⁴⁵⁶

De origen campesino, aquel hombre negro como un pedazo de ébano, alto, musculoso y fuerte, había sido escogido por el coronel José María Rodríguez para integrar el pequeño grupo que acompañaría a José Martí y al General en Jefe a tierras cubanas.

El cubano Betancourt vino a nombre de Martí a buscar tres hombres para la expedición y me fui con Mayía a caballo [...] Mayía me presentó a Martí y le dijo: “Es un hombre de confianza”.

No había un hombre más cariñoso que Martí. Martí se ponía a enseñarme y me hizo una cartilla para aprender a leer. Cuando regresé a Montecristi, Manana me guardaba la cartilla. Martí me sujetaba la mano para enseñarme a escribir, y me decía: “Yo voy a ser amigo suyo, que los amigos son a veces más que los padres”.

En la entrevista concedida al reconocido intelectual y patriota dominicano Emilio Rodríguez Demorizi, Marcos del Rosario, amplió su relato.

⁴⁵⁶ *Ibíd.*, tomo 19, pp. 215, 216 y 242.

Cuando lo vide, creía que era demasiado débil, Y dipué vi que era un hombrecito vivo, que daba un brinco aquí y caía allá... en Cuba, cuando tábamos subiendo las loma, toditos íbamos cargaos, a veces se caía... y yo diba a levantarlo y de viaje me decía: “No, gracias, no, ya....”. Y se levantaba rápidamente [...]

Fue en Do Río... ese fue el primer pleito, el primer día que di machetazos... Martí era un valiente. ¡Dígalo uté! Martí murió porque se metió peliando en medio del campamento epañol... y montaba a caballo y venía corriendo tirando tiro. Le diré cómo. A Martí lo dejamos ese día atrás, en una sitiería por orden del general Gome [...]

Cuando lo mataron yo hata tuve que llorá... porque hombre como ese... Ná, ná, yo creía que tábamos perdío ya... Y el general Gome se entristeció, pero era un gallo tremendo y me dijo: “Marco: ahora, por do cosa contra los epañole... por la libertad de Cuba y por la sangre de Martí.”⁴⁵⁷

⁴⁵⁷ Emilio Rodríguez Demorizi: Ob. cit., pp. 422-424.

Desafortunado encuentro⁴⁵⁸

*Los momentos supremos
son siempre parcos en palabras.*⁴⁵⁹

Habían transcurrido apenas treinta y cuatro días del desembarco de Martí y Gómez; el mayor general Antonio Maceo, que había llegado por Duaba diez días antes que el Apóstol, incursionaba por los campos de Cuba libre. En los planes de los tres más altos representantes de la revolución se encontraba reunirse para precisar la táctica que debían seguir para extender la guerra a todo el país.

En su diario de campaña, anotó el Delegado:

5.- Maceo nos había citado para Bucucy, adonde no podemos llegar a las 12, a la hora que nos cita. Fue anoche el propio, a que espere en su campamento. Vamos, con la fuerza toda. De pronto unos jinetes. Maceo, con un caballo dorado,

⁴⁵⁸ José Luciano Franco: Ob. cit., tomo II, p. 143.

⁴⁵⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 6, p. 432.

en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa, y con estrellas. Salió a buscarnos, porque tiene a su gente de marcha; al ingenio cercano, a Mejorana [...]

Más adelante, describió Martí la alegría que reinaba en el campamento, hasta adentrarse en el relato de lo ocurrido en el histórico encuentro:

[...] Maceo y G. hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes—, y una Secretaría General: la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: “pero V. ¿se queda conmigo o se va con Gómez?”

Y me habla, como cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido. “Lo quiero —me dice— menos de lo que lo quería” —por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: “dentro de quince días estarán con Ud. —y serán gentes que no me las pueda enredar allá

el doctor Martí”. —En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo rudo: el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir. Que va a caer la noche sobre Cuba, y ha de andar seis horas. Allí cerca, están sus fuerzas: pero no nos lleva a verlas: [...] “Por ahí, se van Uds”.⁴⁶⁰

La incomprensible actitud que ha asumido el general Antonio ha dejado desconcertado y triste al Apóstol, que tanto admiraba al héroe de Baraguá.

El 6 de octubre de 1893 había publicado en *Patria*, el artículo “Antonio Maceo”, en el que relata cómo transcurría su vida en Costa Rica, junto a Mariana, María Cabrales y el resto de los suyos.

Resulta evidente que los intercambios de correspondencia y sus encuentros personales con Maceo, especialmente el realizado el 30 de junio de aquel año, le marcaron profundamente y, en especial, el pensamiento político del Lugarteniente General. Aquí lo describió Martí y se refirió al alcance de las ideas y la visión política del Titán de Bronce.

⁴⁶⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 19, p. 228.

[...] Y hay que poner asunto a lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo. No hallaría el entusiasmo pueril asidero en su sagaz experiencia. Firme es su pensamiento y armonioso, como las líneas de su cráneo. Su palabra es sedosa, como la de la energía constante, y de una elegancia artística que le viene de su esmerado ajuste con la idea cauta y sobria. No se vende por cierto su palabra, que es notable de veras, y rodea cuidadosa el asunto, mientras no esté en razón, o insinúa, como quien vuelve de un largo viaje, todos los escollos o entradas de él.

No deja frase rota, ni usa voz impura, ni vacila cuando lo parece, sin que tante su tema o su hombre. Ni hincha la palabra nunca ni la deja de la rienda. Pero se pone un día el sol, y amanece al otro, y el primer fulgor da, por la ventana que mira al campo de Marte, sobre el guerrero que no durmió en toda la noche buscándole caminos a la patria.

Su columna será él, jamás puñal suyo. Con el pensamiento la servirá, más aún que con el valor. Le son naturales el vigor y la grandeza. El sol, después de aquella noche, entraba a raudales por la ventana.⁴⁶¹

Ahora en La Mejorana, se han puesto de manifiesto diferencias de criterios acerca de la forma de gobierno civil

⁴⁶¹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 454.

que debe constituirse en breve, de acuerdo al criterio del Delegado. Sobre la invasión a occidente y otros aspectos estratégicos de la guerra, las tres grandes figuras mantienen una idéntica posición.

Las hojas del diario de campaña de Martí, correspondientes al día 6 de mayo, inexplicablemente faltan, lo que hasta hoy ha constituido un misterio y se ha prestado a las más disímiles interpretaciones; en el de Gómez no aparece reflejado el incidente, y en la documentación del general Maceo, no existe valoración alguna. Sin embargo, dos hechos ocurridos posteriormente, nos permiten confirmar que aquello fue un triste episodio de la guerra, y que sobre las discrepancias tácticas de los dos comprometidos revolucionarios, se colocaba siempre la patria y el deber.

Al otro día de La Mejorana⁴⁶²

*Cuando se lucha por la existencia de la patria,
la división y la rivalidad son crímenes.*⁴⁶³

Al día siguiente del infausto acontecimiento, confuso y abismado por la conducta del general Maceo, el Generalísimo, acompañado por Martí y escoltado por una veintena de combatientes bisoños y mal armados, emprendió la marcha hacia Camagüey.

A las nueve de la mañana —recordaría Mariano Corona—llegó un correo con la noticia; los que no pudimos ir el día anterior a la célebre entrevista de La Mejorana, íbamos a experimentar una emoción suprema: íbamos a conocer, sobre el terreno de la protesta armada a Martí, el Apóstol, y a Gómez, el caudillo, a quienes escoltaba el

⁴⁶² Carmen Suárez León: Ob. cit., pp. 33-35.

⁴⁶³ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo I, p. 193.

entonces brigadier y glorioso vencedor de Arroyo Hondo, José Maceo.

La buena nueva corrió enseguida como un reguero de pólvora por todo el campamento. Los toques de corneta ensordecían el espacio; el movimiento era general; los asistentes ensillaban los caballos; los coroneles de regimiento transmitían sus órdenes, y las compañías con sus respectivos capitanes a la cabeza, formaban en una ancha calle de árboles, para hacer pasar entre ellas, el sonido marcial de los clarines, a dos próceres de la revolución.

—¡A caballo! —ordenó el general Antonio Maceo.

Y seguido de sus ayudantes de campo y su Estado Mayor, partió a galope a recibir a los ilustres huéspedes.⁴⁶⁴

En su diario de campaña, al referirse a aquella emocionante jornada, ha escrito el general Gómez:

[...] El general se disculpó como pudo, nosotros no hicimos caso de las disculpas como lo habíamos hecho del desaire y nuestra amarga decepción de la víspera quedó curada con el entusiasmo y respeto con que fuimos recibidos y vitoreados por aquellas tropas.⁴⁶⁵

⁴⁶⁴ Mariano Corona: "El Apóstol y el caudillo al otro día de La Mejorana" en Carmen Suárez, ob. cit., pp. 33-35.

⁴⁶⁵ Máximo Gómez Báez: ob. cit., p. 373.

La entrevista fue cordialísima; el recibimiento indescriptible —continúa relatando Corona Ferrer—. El general Maceo, revisando las tropas, pasaba ante ellas dando vivas a los generales Gómez y José Martí.

Martí habló, el lenguaje del patriotismo y sus frases iban cayendo como bálsamo alentador en el corazón de cuantos lo escuchaban. Nadie le interrumpió. Cuando concluyó, brotó el volcán: ¡Vivas a Cuba, Gómez, Maceo y Martí, repercutieron por largo rato en aquellas montañas! Luego habló Gómez. El entusiasmo se manifestó de nuevo, y acto seguido se dio la orden de continuar la marcha. Breves instantes hablaron Gómez, Martí y Maceo, a caballo y a la sombra de una hermosa majagua, y al terminar se abrazaron con efusión en presencia de los enardecidos combatientes.

El toque de corneta anunció la despedida. Un ayudante se le acercó al general Maceo, y le dijo:

—General, ¿cómo es que el general Gómez va hacia Camagüey con tan poca fuerza?

Maceo se volvió hacia su interlocutor, y dando paso a una sonrisa en la que vagaba la expresión de una convicción íntima, precisó con énfasis:

—El general Gómez lleva consigo un gran ejército: su estrategia.

Tres días después, desde Altagracia, Holguín, el Apóstol en carta a Carmen Miyares de Mantilla y a sus hijos,

también dejó memorias de aquel nuevo encuentro con Antonio Maceo:

Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los tres mil hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! ¡Qué erguido en su hermoso caballo el valiente Rabí! ¡Qué lleno de triunfos y de esperanza Antonio Maceo! [...]

Les hubiera enternecido el arrebató del campamento de Maceo y el rostro resplandeciente con que me seguían de cuerpo en cuerpo los hijos de Santiago de Cuba.⁴⁶⁶

⁴⁶⁶ En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 233.

Un lujo prematuro⁴⁶⁷

*¿Qué es la grandeza,
sino el poder de embridar las pasiones,
y el deber de ser justo y de prever?*⁴⁶⁸

Pasados solo unos días de su segundo y último encuentro con el general Antonio, cayó en combate José Martí, se había perdido —afirmaba Gómez— el alma del levantamiento.

El 14 de julio de 1895, al siguiente día de la batalla de Peralejo, desde el cuartel General en Santa Gertrudis, el Lugarteniente General Maceo escribió al general Bartolomé Masó. Le pidió de manera especial, el afamado jefe y estratega militar, la urgencia de formar el Gobierno de la República en Armas. Habían transcurrido exactamente dos meses y nueve días del encuentro con el Delegado en La Mejorana. Al referirse al tema, apuntó el general Antonio:

[...] circunstancia que me pone en el preciso caso de suplicar a Vd. ponga de su parte todos los me-

⁴⁶⁷ José Luciano Franco: Ob. cit., tomo II, p. 143.

⁴⁶⁸ José Martí: *Obras Completas*, tomo 8, p. 139.

dios que estén a su alcance para marchar al Camagüey si es posible antes de la fecha convenida, pues ahora creo más perentoria la formación del gobierno que ha de regir nuestros destinos en la guerra [...]

Creo mi deber manifestarle que si bien es verdad que ganaríamos mucho en el terreno que ocupásemos en una invasión, sin constituirse gobierno, también perderíamos, quizás si el todo, dejando acéfala la dirección nacional del país y sin cohesión, pericia y actividad bastante entre los jefes que operen entre este Departamento y el del Centro, sobre todo saliendo de aquí un destacamento compuesto de los mejores y más disciplinados jefes de Oriente; los cuales debo escoger yo tan pronto como emprenda la marcha.

Ahora bien, si como creo V. debe y ha de contribuir a la formación de un gobierno para que el pueblo cubano esté dignamente representado en la constitución que se dé, habrá quien pueda extender su vigilancia sobre el terreno que abandonen los invasores, para llevar al ánimo de todos la seguridad en el triunfo final.

A su ilustradísimo criterio no se escapará la importancia de todas las consideraciones que le hice y acabo de significarle ahora; pues si bien es verdad que a la llegada del general Gómez y Martí creí un lujo prematuro la formación del gobierno, también lo es el que lo crea hoy una imperiosa necesidad como prestigio y conveniencia de la

revolución ya desenvuelta; hecho que pide toda la gente de esta provincia [...]

En ese sentido manifiéstole, amigo mío, que me desalentaría mucho si llegaran a suceder dos cosas: primera, que no se constituyera el gobierno y segunda, que marchásemos hacia occidente dejando el baluarte de la revolución sujeto a un desastre seguro [...]⁴⁶⁹

No por lisonja, el 20 de abril de 1894, en carta que le respondió José Martí al general Antonio Maceo, a quien habían llegado rumores infundados acerca de una posible intención del Delegado, de apartarlo a él y a sus compañeros del plan para reiniciar la contienda en los campos cubanos, le ofreció su sincera apreciación y estima, y el lugar que por su valía, le tenía reservada la patria:

[...] Vd. es imprescindible a Cuba, Vd. es para mí —y lo digo a boca llena y a pluma continua— uno de los hombres más enteros y pujantes, más lúcidos y útiles, de Cuba. Ni reconozco, ni permito —y no se lo he de permitir— más enemigo de Vd. que el que quisiera oponerse Vd. mismo. Y Vd. es demasiado grande, Maceo.⁴⁷⁰

⁴⁶⁹ José Luciano Franco: Ob. cit., tomo II, pp. 142-143.

⁴⁷⁰ José Martí: *Obras Completas*, tomo 3, p. 149.

Sacrificio sin queja⁴⁷¹

*En la cruz murió el hombre en un día;
pero se ha de aprender a morir
en la cruz todos los días.*⁴⁷²

Era mediodía del 19 de mayo de 1895. En la finca La Vuelta Grande, los generales Bartolomé Masó, Máximo Gómez y José Martí, les hablaron a las bisoñas tropas acampadas en el lugar, que aclamaban a tan prestigiosos jefes de la revolución.

El discurso de Martí, el último de los tres en hacer uso de la palabra, quedó resumido para muchos de los presentes por su electrizante y épico final:

—Quiero que conste que por la causa de Cuba, me dejo clavar en la cruz, y que iré al sacrificio sin exhalar una queja.

⁴⁷¹ Gonzalo de Quesada Miranda: *Anecdótico. José Martí*, p. 100.

⁴⁷² En Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, ob. cit., tomo V, p. 140.

Era aquella, sin nadie saberlo, su última arenga. Minutos después una descarga de fusilería enemiga ponía fin a la vida de aquel hombre que había jurado ante su tropa, morir como había vivido: de cara al sol.



Dos Ríos, lugar donde cayera el Apóstol.

Revólveres de Martí

*Cuba no puede aguardar más.
Voy de un aliento.*⁴⁷³

El 19 de mayo de 1895, se produjo el fatal desenlace de Dos Ríos, donde perdiera la vida el Delegado del Partido Revolucionario Cubano. De inmediato el inanimado cuerpo fue despojado de sus pertenencias, entre las que se encontraban parte de su correspondencia, un cortaplumas, una escarapela, la cinta azul que le regaló la hija del general Gómez en República Dominicana y su revólver.

Días más tarde, el jefe de la columna española que participó en aquel desigual combate, coronel José Ximénez de Sandoval, recibió en el poblado de San Luis un cablegrama de felicitación de Su Majestad la Reina y del gobierno español, lo que propició que el homenajeadó reciprocara su agradecimiento al general de división, ingeniero Juan Salcedo y Mantilla de los Ríos, segundo

⁴⁷³ José Martí: *Obras Completas*, tomo 4, p. 48.

cabo en la Isla; en el mensaje le planteaba: “[...] el revólver de Martí lo conservo en mi poder para ofrecerlo como pequeña prueba de respeto y cariño al General en Jefe [...]”⁴⁷⁴

Poco después, en una misiva dirigida al ministro de la Guerra, general Marcelo Azcárraga, le expresaba:

[...] He dedicado a nuestro querido General en Jefe el revólver que se le ocupó y me permito la libertad de remitir a V. E. el reloj con sus iniciales entrelazadas que se encontró en el bolsillo de su chaleco [...] ⁴⁷⁵

El 29 de mayo de 1895, en entrevista realizada por el periodista Juan José Cañarte, del periódico *La Lucha*, el coronel José Ximénez de Sandoval narró detalles de aquel momento previo a la muerte del Apóstol.

[...] Montado en magnífico caballo, y llevando en la diestra un revólver Smith con puño de nácar, se movía Martí de un lado para otro [...]

A diez meses del fatídico 7 de diciembre de 1896, cuando caía en combate el Lugarteniente General Antonio Maceo, junto al capitán Francisco Gómez Toro, a la memoria del Generalísimo Máximo Gómez, acampado

⁴⁷⁴ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Alrededor de la acción de Dos Ríos*, p. 43.

⁴⁷⁵ Carta del coronel José Ximénez de Sandoval a Marcelo de Azcárraga, Santiago de Cuba, 24 de mayo de 1895, *Bohemia*, 14 enero 1951, p. 29

en Las Villas, acudieron infinidad de recuerdos y anécdotas de Panchito.

Una de aquellas remembranzas se refiere a una costumbre practicada por entonces por la inmensa mayoría de los hombres en República Dominicana, de portar revólveres a la cintura, con la misma normalidad que una mujer mostrara su abanico o llevase una sombrilla en sus manos. No obstante, aquellas personas eran respetuosas y tranquilas, por lo que nadie se sorprendía o asustaba por ello, hábito que a Gómez y a Manana no les agradaba.

Refiere Gómez que, a pesar de trabajar sus hijos Panchito y Máximo en una de aquellas armerías, la casa rica de Jiménez y Cía., en Montecristi, jamás simpatizaron con la idea de adquirir o portar armas de fuego.

Cierto día, Manana le comunicó al Viejo, como cariñosamente le llamaba, el hallazgo de un revólver debajo de la almohada de Panchito. El experimentado militar decidió aclarar con su hijo tan pronto regresara del trabajo.

—¿Y ese revólver? —inquirió el padre—.

Panchito, sin inmutarse y sonriendo, le contestó:

—Esa denuncia seguramente viene de mamá, pero hoy mismo iba a devolverlo o venderlo.

—¿Y cómo y por qué? —repuso el padre algo serio, exigiéndole explicaciones.

—Me explicaré —contestó con calma—: Tú nos has enseñado que se deben evitar siempre las desavenencias o causas de duelos con los hombres; pero cuando alguien se nos quiere echar encima, es necesario rechazarlo y entonces está justificado que un hombre mate a otro.

”Hará seis u ocho días, un hombre —ya no tengo para qué decirte su nombre— entendía yo que ciertas palabras que vertió ofensivas podían ser alusivas a mí, y aquella idea me atormentó y quise pedirle cuenta; pero pensé que debía dar ese paso armado, por lo que pudiera acontecer, y entonces fui, y compré fiado ese revólver, en tu nombre. Esperé que todo el mundo durmiese por la noche en Dajabón, y fuime derecho y llamé al hombre, que atendió enseguida a mi reclamo y salió.

—Me torturan estas dudas —le dije—, y vengo a pedirle a usted cuenta; estamos solos.

Entonces pasó una escena satisfactoria a la vez que conmovedora para mí, pues aquel hombre, sin miedo, me dijo:

—No, Panchito, contigo nunca, y, abrazándome, repitió:

—Ahora te quiero más.

Eso es todo lo que ha pasado y si no estás contento de mí, dímelo.

Lacónicamente le repuse —apunta Gómez—, guarda ese revólver y que no se hable más del asunto.⁴⁷⁶

Era el mismo revólver que unos días después de esta conversación, le regaló a su maestro Martí, y que debe estar en poder del general Sandoval; pues junto con el cadáver del héroe de Dos Ríos debió recogerlo.

⁴⁷⁶ Salvador Morales: *Selección de textos de Máximo Gómez*, pp. 192-194.

Una posterior valoración sobre ambos revólveres, la proporcionó el coronel Fermín Valdés Domínguez, ayudante del Generalísimo Máximo Gómez en la guerra de 1895, cuando escribió en su diario de soldado que uno de aquellos aciagos días de vida mambisa, el General en Jefe, al recordar el cariño que le profesaba su hijo Panchito a José Martí, le contó:

—Pancho le compró un machete [a Martí] que yo uso y luego se lo quitó y hasta lo tuvo que enseñar, por su carbunclo, a llevar atado en la silla el revólver, y no fue el que le cogieron los españoles el que trajo de Nueva York para venir con él, era aquel revólver grande y Pancho, mi hijo, se lo cambió por otro pequeño que compró con ese objeto.⁴⁷⁷

El revólver grande al que hace referencia Gómez, quedó en la casa del Generalísimo en República Dominicana hasta el fin de la guerra; poco después se le entregó al hijo del Maestro, José Francisco Martí Zayas-Bazán, quien lo conservó, al igual que su viuda y otros familiares de Carmen Zayas-Bazán hasta que, en 1974, el profesor de la Universidad de La Habana Hiram Duputey Fideaux logró recuperarlo y entregarlo al doctor Gonzalo de Quesada y Miranda, director de la Fragua Martiana, museo que desde entonces exhibe y conserva este tesoro patrimonial.⁴⁷⁸

⁴⁷⁷ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 28.

⁴⁷⁸ Vea datos de esta arma tomados del expediente del revólver de José Martí. Archivo del museo Fragua Martiana.

La primera ofrenda

*Cada cubano que muere es un canto más;
y cada cubano que vive debe
ser un templo donde honrarlo.*⁴⁷⁹

Desde el mismo instante en que el Generalísimo Máximo Gómez fue informado del fatal desenlace en la sabana de Dos Ríos, constituyó una misión de primer orden rescatar a José Martí; estuviese vivo o muerto. La infructuosa gestión la reconocería el propio enemigo al afirmar el empeño de las tropas mambisas por recuperar el cadáver de Martí en medio del combate.

Sus restos, luego de un primer enterramiento en Remanganaguas, fueron exhumados días más tarde por las propias tropas españolas, y trasladados y sepultados definitivamente en el nicho 134 de la galería sur, del cementerio Santa Ifigenia en Santiago de Cuba.

Apenas cinco meses después del doloroso acontecimiento —10 de octubre de 1895—, en cumplimiento de las instrucciones de Salvador Cisneros Betancourt,

⁴⁷⁹ José Martí: *Obras Completas*, tomo 1, p. 184.

presidente del Consejo de Gobierno, el general Enrique Loynaz del Castillo se dirigió a la casa de José Rosalía Pacheco para determinar el lugar exacto donde cayera José Martí. Entre un dagame y un fustete, quedó identificado. Allí colocaron una rústica cruz de caguairán con el propósito de preservar el histórico sitio para erigirle posteriormente un monumento en su memoria.

La primera ofrenda al Apóstol se llevó a efecto el 10 de julio de 1896, encabezada por el Generalísimo Máximo Gómez y el mayor general Calixto García, junto a otros generales, sus Estados Mayores y soldados.

Por la tarde —anotó en su diario el General en Jefe—, visita a Boca de Dos Ríos, al punto donde cayó José Martí. Allí mismo levantamos un mausoleo a piedra viva. El acto fue solemnísimos.⁴⁸⁰

Fermín Valdés Domínguez, quien se había incorporado al Ejército Libertador y cumplía funciones de ayudante del Generalísimo, dejó escrito en su diario de soldado:

Al pasar el Contramaestre, nuestro querido general Gómez, echó pie a tierra y cogió unas piedras de su margen, todos lo imitaron y conmovidos cargaron las suyas. Pronto llegamos al lugar donde nos congregaba el heroísmo. Allí había una cruz de madera y en la tierra una excavación en donde se colocaría un madero que serviría de señal para el monumento que con las piedras que

⁴⁸⁰ Máximo Gómez Báez: Ob. cit., p. 406.

habíamos traído debía patentizar el recuerdo y el amor al soldado mártir, de los compañeros y discípulos allí presentes.

Casi todos formaron de dos en fondo y el general y algunos más echamos pie a tierra. Las piedras que se habían depositado al ir desfilando —cerca del lugar designado de antemano por el general Gómez— las acercamos y algunos números las colocaron formando un cuadrilongo de oriente a occidente quedando al frente en donde se aseguró la cruz de madera, de cara al sol, como en aquel momento recordó oportunamente el general Gómez que Martí quería morir. Pronto terminó el respetuoso trabajo de levantar el rústico monumento.⁴⁸¹

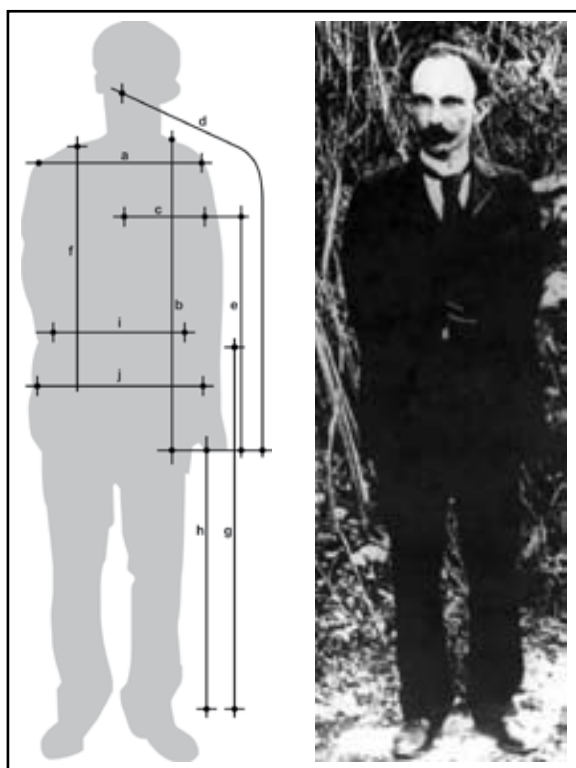
Así, a un año y dos meses de su muerte, quedó erigido por el Ejército Libertador el primer monumento al mayor general José Martí, en los campos de Cuba libre, con la rústica tarja, la primera dedicatoria que identificaba el lugar donde había caído: “Un héroe. José Martí. 19 de mayo de 1895”.

Aquel paraje solemnemente identificado se convertía desde entonces para las fuerzas mambisas que operaran en el territorio, en una zona de obligado peregrinaje al posibilitar el reencuentro de las tropas mambisas con su egregio jefe.

⁴⁸¹ Hiram Duputey Fideaux: Ob. cit., p. 45.

ANEXOS

Medidas tomadas a José Martí en República Dominicana



Dimensiones en cm

Saco:

- a. hombro: 45
- b. largo: 76
- c. omóplato: 20

Manga:

- d. fuera: 82
- e. dentro: 50

Chaleco:

- f. largo: 65

Pantalón:

- g. fuera: 102
- h. dentro: 78
- i. cintura: 80
- j. cadera: 81 (97)

La medida entre paréntesis es deducida por sastres contemporáneos.

Uno de los revólveres de Martí

Esta arma que se exhibe en el museo Fragua Martiana es un revólver marca Colt, calibre 44, con un tamaño de 31,7 centímetros; un peso de 1 133 (2 libras y 8 onzas), de seis balas, con un cañón, cuyo largo es de 19 centímetros, y tiene en su culata dos cachas de pasta con la figura de un caballo encabritado con una flecha en la boca y otra entre las patas delanteras. Tiene grabado en el lomo del revólver el nombre de José Martí, lo que sugiere haber sido un obsequio realizado al Apóstol por alguno de sus amigos.

Sus siglas identifican a la Colt Firearms Manufacturing C^o, situada en Hartford, estado de Connecticut, Estados Unidos. Este revólver era conocido popularmente a fines del siglo XIX en Norteamérica como el disparador de seis tiros de la frontera, un modelo de arma que si bien había sido muy mejorado en comparación con sus antecesores de la Colt, resultaba muy pesado y obsoleto,

cuando ya se reiniciaba la guerra independentista cubana, de ahí la feliz iniciativa de Panchito de obsequiarle al Apóstol un nuevo revólver.



Personalidades relacionadas con José Martí

ALDAO, CARLOS A. (1860-?). Periodista argentino. Representante de la legación de su país en los Estados Unidos en 1893. Publicó en el periódico *El Mundo*, en 1914 una obra en cuyo tercer capítulo narra sus impresiones sobre José Martí, a quien califica como compañero querido e inolvidable de trabajo, que conoció durante su estancia en Nueva York.

ANTIGA, JUAN (1871-1931). Médico cubano de espíritu enciclopédico, estudioso de la hemopatía y de diversos temas científicos y de ciencias sociales. Perteneció al Grupo Minorista. Publicó en 1927 y 1931 sus escritos políticos y sociales. Conoció a José Martí en los Estados Unidos y se convirtió en uno de sus colaboradores.

ARNAO ALFONSO, JUAN (1812-1901). Natural de Matanzas. Muy joven estuvo implicado en la conspiración de la

Mina de la Rosa Cubana, de 1848. Participó en la guerra de 1868. Murió en Guanabacoa, La Habana.

AZCÁRATE ESCOBEDO, NICOLÁS (1828-1894). Abogado, orador y periodista cubano. Se destacó como abolicionista y reformista convencido. Animador de la vida cultural en su casa y en el Liceo de Guanabacoa. Conoció a Martí en 1875, en México; le dio empleo en 1878 cuando regresó a La Habana.

BARALT Y PEOLI, ADELAIDA (1850-?) Natural de Santiago de Cuba. Al quedar huérfana fue enviada a Nueva York junto a su hermano Luis, al cuidado de su tío Juan E. Peoli. En esa ciudad se casó con el pintor cubano Federico Edelman, y fueron muy buenos amigos de José Martí. Por sus gestiones personales, el Apóstol escribió su novela *Amistad Funesta* (Lucía Jerez) que publicó por episodios en *El Latinoamericano*, de Nueva York, bajo el seudónimo de Adelaida Rial.

BARALT Y PEOLI, LUIS A. (1849-1933). Patriota, poeta, profesor y médico. Nació en Santiago de Cuba donde introdujo el nuevo sistema de enseñanza de idiomas. Expatriado desde niño, vivió en Nueva York donde culminó sus estudios de Medicina. Conoció y entabló amistad con Martí, con quien colaboró en el desarrollo de actividades culturales a favor de la revolución.

BARRIOS, JUSTO RUFINO (1835-1885). Jefe militar. Junto al general Miguel García Granados encabezó la revolución de 1871 en Guatemala, la cual realizó profundas

transformaciones de corte liberal en el país. Elegido presidente de la república en 1873, se mantuvo en el cargo hasta su muerte, cuando dirigió una campaña militar para alcanzar la unidad centroamericana.

BLANCO Y ERENAS, RAMÓN (1833-1906). Militar español. En abril de 1879 fue destinado a Cuba como capitán general hasta noviembre de 1881. Durante su mandato fue derrotado el intento independentista conocido como la Guerra Chiquita. En 1897 se le nombró nuevamente gobernador en Cuba (31/10/1897—30/11/1898). Hubo de encargarse de entregar la Isla a los Estados Unidos, en 1898.

BELLO SERAFÍN. Patriota cubano quien en 1899 se trasladó de Nueva York donde residía, a Cayo Hueso, y colaboró con Martí en las tareas del Partido Revolucionario Cubano.

BURREL, JULIO (?-1959). Periodista español de filiación liberal. Conoció a José Martí en los Estados Unidos y se convirtió en uno de sus colaboradores. Fue parlamentario y ministro y se desempeñó como corresponsal en varios medios.

CARBONELL Y FIGUEROA, NÉSTOR LEONELO (1846-1923). Alcanzó el grado de comandante del Ejército Libertador en la guerra de 1868. Al terminar la guerra, emigró a los Estados Unidos; en Tampa, creó el Club Patriótico Ignacio Agramonte, fundó una escuela, una librería y un periódico. Posteriormente se convirtió en colaborador y amigo personal de José Martí.

CASTELLANOS GARCÍA, GERARDO (1879-1956). Periodista y escritor con una copiosa obra de ensayos y episodios de la lucha emancipadora. Hijo del comandante del Ejército Libertador Gerardo Castellanos Leonart.

CASTELLANOS LLEONART, GERARDO (1841-1923). Con solo veintisiete años, el 7 de febrero de 1869 se incorporó a la contienda iniciada por Céspedes, combatió en los campos de Camagüey y Oriente, en los que alcanzó el grado de comandante. Prisionero de las tropas enemigas, logró evadir la cárcel gracias a gestiones de familiares españoles, escapar a Nueva York y asentarse en Cayo Hueso. Allí creó en 1884 la Convención Cubana y años después fue uno de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano. Designado como comisionado de José Martí para Cuba, recorrió la Isla en 1892 con misiones revolucionarias especiales y altamente peligrosas encargadas por el delegado del PRC, lo que hizo con excelentes resultados para la revolución en varias ocasiones.

COLLAZO TEJADA, ENRIQUE (1848-1921). En mayo de 1869, ya se encontraba en campo insurrecto. Terminó la guerra del 68 con grado de comandante. Se incorporó en 1892 a los planes independentistas dirigidos por José Martí, y en 1895 firmó junto al delegado la Orden de Alzamiento. En esta guerra alcanzó el grado de general de brigada. Se destacó en la república neocolonial por su sostenida posición antimperialista.

CORONA FERRER, MARIANO (1869-1912). Periodista cubano. Conoció a Martí en plena guerra —mayo de 1895—

y se convirtió en uno de sus admiradores. Fundador de *El Cubano Libre*, periódico mambí. Al finalizar la guerra de 1895 ostentaba el grado de comandante del Ejército Libertador.

CROMBET TEJERA, ADOLFO FLOR (1851-1895). Se incorporó desde 1868 al Ejército Libertador donde alcanzó el grado de mayor general. Dirigió la goleta *Honor* que lo trajo a Cuba en compañía del general Antonio Maceo en 1895. Se identificó siempre con el pensamiento de Martí y fue uno de sus hombres de confianza. De carácter impulsivo y fuerte, hiriente e irrespetuoso en ocasiones, con sus propios compañeros, no obstante, decidido y entusiasta patriota y revolucionario. Cayó en el combate en Alto de Palmarito, el 10 de abril de 1895, nueve días después de su desembarco por Duaba, antigua provincia de Oriente.

DARÍO, RUBÉN (1867-1916). Poeta y escritor nicaragüense. Una de las máximas figuras del modernismo latinoamericano. Entre sus obras famosas figuran: “Azul”, “Prosas profanas”, “Poemas de otoño y otros poemas”. Conoció a Martí en Nueva York y fue un gran admirador de su persona.

DEL CASTILLO DUANY, LOYNAZ (1871-1963). Mayor general del Ejército Libertador. Compositor del Himno Invasor.

DEL CASTILLO, NICOLÁS (?-1872). Compañero de José Martí en las galeras del presidio. Acusado y condenado

por ostentar el grado de brigadier del Ejército Libertador. Apunta el Apóstol que tenía setenta y seis años y Fermín Valdés Domínguez que fuera su compañero de penas en 1871, que tenía más de sesenta.

DELGADO, MANUEL PATRICIO (1861-1957). Redactor jefe del periódico *El Yara* de Cayo Hueso. Miembro fundador de la Convención Cubana. Conoció a José Martí en su primera visita al Cayo y se convirtió en uno de sus colaboradores.

DE LA CRUZ FERNÁNDEZ, MANUEL (1861-1896). Prestó valiosos servicios a la Delegación del PRC y a la causa independentista de 1895.

DE LA PEÑA LLERENA, ROSARIO (1847-1824). Calificada como la musa romántica de la literatura mexicana. En su casa, sita en Santa Isabel 10, en Ciudad México, se reunían los miércoles y sábados, los más valiosos compatriotas de las letras de su tiempo. Tras la muerte del bayardo mexicano, fue conocida con el sobrenombre de Rosario, la de Acuña.

DE QUESADA Y ARÓSTEGUI, GONZALO CAYETANO EUSEBIO (1868-1915). Nació en la calle Luz No. 48, de la ciudad de La Habana. No había cumplido los nueve años cuando su familia decidió emigrar hacia los Estados Unidos. En la ciudad de Nueva York fijaron residencia y Gonzalo realizó sus estudios, hasta culminar el 28 de mayo de 1891 la licenciatura de Doctor en Leyes, en la Universidad de Columbia. Destacado patriota. Discípulo,

colaborador infatigable y amigo personal de José Martí. Ocupó la responsabilidad de secretario del PRC, desde su fundación en 1892 hasta la disolución de esta organización en 1898.

DE QUESADA Y MIRANDA, GONZALO (1900–1976). Ciudadano cubano, nacido en Washington, Estados Unidos. Destacado periodista y escritor martiano. Continuador de la obra iniciada por su padre con la papelería del Apóstol. Culminó la primera edición de 74 tomos de las *Obras Completas* de José Martí. Fundador en 1928, del Museo José Martí, del Seminario Martiano de la U.H. en 1941, y de la Fragua Martiana en 1952, del que fue su primer director hasta el año de su fallecimiento.

DEL ROSARIO MENDOZA, MARCOS (1863-1944). Dominicano. Desembarcó junto a José Martí y Máximo Gómez, el 11 de abril de 1895. Alcanzó el grado de teniente coronel del Ejército Libertador. Junto a Gómez logró sobrevivir a la guerra independentista.

DÍAZ ALBERTINI, RAFAEL (1857-1928). Célebre violinista cubano. En julio de 1869, por su delicado estado de salud, fue llevado a Nueva York y años más tarde a Europa por idéntica causa. Recibió innumerables premios y distinciones. Regresó a Cuba en 1878, luego de nueve años de ausencia. En 1895 volvió a Francia y murió en Marsella.

DÍAZ, PORFIRIO (1830-1915). Político y general mexicano. Sirvió a su país en la guerra contra los Estados Unidos.

Opuesto a la reelección de Lerdo de Tejada, logró, al frente de un grupo de militares descontentos, alzados en armas, derrocar al mencionado presidente. En 1877 fue elegido presidente de México, perpetuándose en el poder durante tres décadas.

FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, ISABEL CAROLINA, COCOLA. Hija de los destacados patriotas Miguel Fernández Ledesma y de Céspedes y Ángela del Castillo y Agramonte. Residiendo en Nueva York, a la edad de tres años, conoció a Martí, quien la colmara de atenciones durante toda su estancia en esta ciudad. Al finalizar la guerra de 1895, decidió fijar residencia en La Habana, donde vivió el resto de sus días.

FERNÁNDEZ LEDESMA, MIGUEL (1835-1891). Natural de Manzanillo, en la antigua provincia de Oriente. De noble linaje español y pariente del Padre de la Patria, se integró al Ejército Libertador en el que alcanzó el grado de coronel. Cayó prisionero, y condenado a muerte por un Consejo de Guerra, se le conmutó la pena por cadena perpetua por gestiones a su favor del conde de Cañongo. Compañero de José Martí en el Presidio Político. En 1880 recibió y brindó su hospitalidad a Martí cuando llegó a Nueva York. Casado con Ángela del Castillo. Miguel Fernández Ledesma fue un hombre servicial y un destacado patriota también en su condición de emigrado. Murió en Nueva York en brazos de José Martí.

FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO (1846-1929). Militar e historiador cubano. Coronel del Ejército Libertador en la

guerra de 1868. Ocupó diversos cargos en el gobierno de la República en Armas. Ayudante y secretario de Carlos M. de Céspedes. Estuvo junto a Maceo en la Protesta de Baraguá. Fundador de la Convención Cubana en Cayo Hueso en 1884 y del PRC en esa localidad.

GARCÍA GRANADOS, MIGUEL. Junto al general Justo Rufino Barrios, encabezó la revolución liberal guatemalteca que llevó al triunfo el 30/6/1871. Estableció amistad con José Martí durante el tiempo en que el Apóstol vivió en su país. Padre de María García Granados, conocida por La Niña de Guatemala.

GARCÍA PARRA, DOLORES, LOLA. Junto a su esposo Manuel Mercado, se convirtió en una de las más queridas amigas de José Martí. Formó una familia de la que nacieron ocho hijos: Manuel, Luisa, Dolores, Gustavo, Alfonso, Alicia, Ernesto y Raúl (este último murió muy pequeño).

GIL DE PALACIO, MARIANO. Comandante del Presidio Departamental de La Habana, adonde fue remitido José Martí en 1870. Lo caracterizó el ensañamiento contra los reclusos, especialmente los condenados por causas políticas. Deportado Martí el 15 de enero de 1871, advirtió la presencia de este oficial en el mismo vapor, el *Guipúzcoa*, que lo trasladaba a España, y relató a los que le rodeaban las atrocidades que se cometían en el presidio por el comandante Gil Palacio.

GIMENO, PATRICIO. Pintor y fotógrafo peruano. En los primeros años de la década de 1890 montó un estudio

fotográfico en Nueva York. En esa ciudad conoció y se hizo amigo de José Martí. Durante el período republicano iniciado en 1902, realizó estudios de pintura en la academia San Alejandro, de La Habana.

GUERRA, BENJAMÍN J. (1855-1900). Establecido en Nueva York, había nacido el 12 de agosto de 1855, en Puerto Príncipe. Al fundarse el Partido Revolucionario Cubano fue elegido tesorero, cargo que ocupó hasta la disolución de la organización en 1898.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, FEDERICO (1848-1952). Dominicano. Ferviente admirador de la causa cubana y amigo personal de José Martí.

LAMADRIZ, FRANCISCO (1814-1892). Nació en Matanzas. Muy joven emigró a Nueva York luego de haber participado en brotes revolucionarios. En noviembre de 1870 fue elegido presidente de la asociación de Artesanos de Cuba, con sede en Nueva York, cuyo verdadero objetivo era la lucha por la independencia cubana. Sintió especial amistad por Martí al quien conoció en Nueva York en 1880, cuando dejó su responsabilidad en el Comité Revolucionario Cubano por pasar a residir a Cayo Hueso. Posteriormente fue designado por Calixto García como el representante en los Estados Unidos, del Gobierno Cubano en Armas (Guerra Chiquita). Uno de los fundadores de la Convención Cubana, en 1884, en Cayo Hueso, y uno de los fundadores firmantes de la aprobación de las bases y estatutos secretos del PRC.

MANTILLA MIYARES, MARÍA (1880–1962). Hija de Carmen Miyares, niña que recibió del Apóstol una educación especial en los primeros quince años de su vida. José Martí llegó a quererla como a una hija y ella admiró al Maestro durante toda su existencia.

MANTILLA SORZANO, MANUEL DE LA CARIDAD (1843-1885). Nació en Santiago de Cuba. Hijo de Feliciano y Felisa, ambos de nacionalidad colombiana. El 23 de mayo de 1869, con veintiséis años, se casó con María del Carmen Miyares Peoli, de veintiún años, oriunda de la misma ciudad de Manuel, con quien además de Manuel, Carmen, Ernesto y María, tuvieron tres hijos más que murieron antes de llegar al primer año. Se estima que se trasladó en el mismo año de 1869 a Santo Domingo y luego a los Estados Unidos. Allí tuvo negocios de tabaco cerca de los muelles de Hudson. A fines de la década del sesenta del siglo XIX residía en Nueva York, y junto a su esposa, convirtió su hogar en casa de huéspedes, en la que, desde 1880, se hospedó José Martí. Enfermó y quedó paralítico en silla de ruedas, aunque no se ha logrado precisar la fecha. Murió el 18 de febrero de 1885, a los cuarentaidós años, víctima de un ataque cardíaco.

MARINELLO VIDAURRETA, JUAN (1898-1977). Doctor en Derecho Público, en Derecho Civil y en Filosofía y Letras. Profesor Titular de la Universidad de La Habana. Destacado intelectual y revolucionario cubano. Entre sus diversas e importantes responsabilidades, fue rector de la Universidad de La Habana.

MARRERO RODRÍGUEZ, MARTÍN (1859-?). Nació en Santiago de las Vegas, La Habana. Médico. Se inició como conspirador en Matanzas junto a Juan Gualberto Gómez y Pedro Betancourt. En 1892 conoció en los EE.UU. a José Martí, y se integró al PRC como subdelegado para la región occidental de Cuba. Participó en el alzamiento de Jagüey Grande el 24/2/1895. Hecho prisionero fue deportado a España, de donde escapó; más tarde se reincorporó a las tropas de Máximo Gómez. Terminó la guerra con el grado de coronel del Ejército Libertador.

MAÑACH Y ROBATO, JORGE (1898-?). Nació en Sagua la Grande. Educado en Europa y los Estados Unidos. Terminó su carrera de abogado en la Universidad de La Habana. Periodista, literato, ensayista, pintor, crítico de pintura. Político y director del periódico *Acción*, del Partido ABC.

MARTÍ ZAYAS-BAZÁN, JOSÉ FRANCISCO (1878-1945). Hijo de José Martí y Carmen Zayas-Bazán. Se incorporó a la guerra de independencia en 1897 y alcanzó el grado de capitán del Ejército Libertador.

MERCADO DE LA PAZ, MANUEL ANTONIO (1838-1909). Natural de México. Abogado, político, senador y secretario de Gobernación de su país. Uno de los más queridos amigos de José Martí. Colaborador de la causa cubana por la independencia.

MERCADO GARCÍA, ERNESTO (1880-1962). Natural de México. Hijo de Manuel A. Mercado de la Paz. Arribó

a Cuba el 8/9/1949. Se incorporó al trabajo de la Fragua Martiana como custodio, el 28 de enero de 1952. Aquí residió hasta su muerte a los ochenta y dos años.

MIRANDA Y TORRES, RAMÓN LUIS (1836-1910). Destacado patriota de la emigración cubana. Médico, colaborador y amigo personal de José Martí. Matancero de nacimiento, médico de profesión que residió en Nueva York, conoció a Martí en los albores de 1890. Desde entonces hubo de prestarle sus servicios profesionales en varias ocasiones, dado el delicado estado de salud del Maestro.

MIYARES Y PEOLI, CARMEN (1848-1925). Destacada patriota. Una de las más importantes colaboradoras de la causa independentista cubana. Persona de absoluta confianza de José Martí y celosa conservadora y guardiana de las reliquias del Maestro durante toda su vida.

MUNKÁCSY, MICHEL (1844-1900). Pintor húngaro, su verdadero nombre fue Mihály Lieb. Nació en Munkácsy de ahí toma ese nombre. Sus obras presentan un acendrado sentimiento religioso y una fuerte caracterización. Con su cuadro *El último día de un condenado a muerte*, primera de sus obras de importancia, obtuvo la Medalla de París en 1870. Martí le dedicó una crónica a su cuadro *Cristo ante Pilatos* (1881), publicada en *La Nación*, periódico bonaerense, el 28 de enero de 1887.

OLALLO VALDÉS, JOSÉ. Padre, quien junto al vicario eclesiástico de Camagüey, Manuel Martínez, lavaron la herida sobre la sien izquierda que presentaba el cuerpo sin

vida del mayor general Ignacio Agramonte, en la morgue del hospital San Juan de Dios.

PLOCHET, ALBERTO (1870-?). Hijo de una familia distinguida. A pocos meses de nacido, su madre emigró a los EE.UU. Tenía quince años cuando inició su colaboración con la emigración revolucionaria. Conoció a Martí y se convirtió en un ferviente colaborador de *Patria*, fue fundador del PRC. Martí lo designó su comisionado ante el general Guillermo Moncada. Desembarcó en una expedición por la Caleta de Baracoa el 27 de octubre de 1895 y se integró como miembro del Estado Mayor del general José Maceo. Terminó la guerra con el grado de capitán del Ejército Libertador.

POYO, JOSÉ DOLORES (1837-1911). Estudió Medicina. Emigró por sus labores conspirativas en 1869. Se estableció en Cayo Hueso. Lector de la primera tabaquería, desde la que ejerció su labor patriótica. Redactor del *Republicano*, y fundador de la Asociación Patriótica del Cayo. Fundó el periódico *El Yara* que dirigió desde 1878 hasta 1898. Fundador del Club Patriótico Hijas de la Libertad. Miembro fundador de La Convención Cubana y del PRC junto a Martí. Al terminar la guerra, regresó a Cuba.

RIVERO, RAMÓN (1856-1908). Nació en La Habana. Emigrado en Tampa, fue uno de los fundadores del Club Ignacio Agramonte. Activo revolucionario que alcanzó merecidos reconocimientos de toda la emigración cubana. Finalizada la guerra regresó a Cuba como administrador

de la Aduana de Gibara hasta el 13/3/1908, fecha en que murió este patriota amigo de Gómez, Maceo y José Martí.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, JOSÉ IGNACIO (1831-1907). Abogado y catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana hasta 1863. Ejerció como maestro en el colegio San Pablo, de Rafael María de Mendive, en 1867. Se estableció en Nueva York a partir de 1870 donde se convirtió en un destacado abogado. Anexionista convencido; a pesar de ello, Martí siempre lo trató con generosidad y lo recordó con gratitud por la ternura de su labor en el colegio de San Pablo. Murió en Washington.

SAUVALLE Y BLAÍN, CARLOS (1839-1898). Patriota cubano. Uno de los principales organizadores de la manifestación que tuvo lugar en el Teatro Villanueva en 1869. Editor del periódico clandestino *El Laborante* desde mayo de 1869 hasta octubre de 1870. Deportado ese año a España, su casa en Madrid se convirtió en un centro de reunión de los patriotas exiliados. Fue un compañero muy preocupado por la atención a Martí y a su salud; participó con este en las actividades revolucionarias en España. Puso toda su fortuna a la causa revolucionaria. Víctima de arteriosclerosis prematura en 1884, no pudo participar en la última etapa de la organización de la guerra junto a Martí.

TIRADO AVILÉS, MODESTO. Periodista, linotipista y cajista de imprenta. Laboró junto a Martí y fue uno de los fundadores de la sección “Puerto Rico” del PRC. Se incorporó

a la guerra del 95, combatió bajo las órdenes del general José Maceo, y se desempeñó como su ayudante personal. Fue uno de los delegados a la constituyente en La Yaya, y luego de la caída en agosto de 1896, de su heroico jefe, en Loma del Gato, pasó a ser jefe de despacho del mayor general Bartolomé Masó. Alcanzó en la guerra el grado de comandante del Ejército Libertador y desempeñó funciones como corresponsal de guerra.

TRUJILLO Y CÁRDENAS, ENRIQUE (1850-1903) Periodista santiaguero, conspirador y separatista. En 1879 fue detenido y deportado a España. Logró escapar y pasó a vivir a Nueva York. Fundó los periódicos *El Avisador Cubano* (1888) y *El Porvenir* (1890). Antianexionista. En 1891 se convirtió en uno de los principales detractores del Maestro dentro de las filas revolucionarias. Finalizada la guerra, regresó a La Habana, donde laboró en el periódico *La Discusión* hasta su deceso en 1903.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL Y BELLANGE, JOSÉ. Coronel jefe de la segunda media Brigada de la Séptima Brigada, de la Primera División del Ejército Español. En abril de 1895, al mando de tres compañías del Batallón Peninsular y un Escuadrón de Caballería del Regimiento Hernán Cortés, enfrentó en la sabana de Dos Ríos a las tropas mambisas donde cayó en combate José Martí, acción por la que recibió la Cruz de María Cristina de 3ª Clase.

ZACHARIE DE BARALT, BLANCH (1865-1947). Nació en Nueva York. Conoció a José Martí cuando tenía dieciocho años y se convirtió desde entonces en una de sus más

fervientes admiradoras, colaboradoras y amigas. A fines de 1886 contrajo nupcias con Luis A. Baralt, boda de la que fue padrino el Apóstol. Al terminar la guerra regresaron a Cuba y, a pesar de sus responsabilidades con la atención a sus hijos, Blanche matriculó en la Universidad de La Habana; el 20 de noviembre de 1902 fue la primera mujer graduada de Filosofía y Letras, mientras Luis Baralt ejercía como profesor en esta casa de altos estudios. Años más tarde, se integró al Movimiento Minorista. En 1945 supo conmover el corazón de todo el pueblo cubano, cuando dio a conocer una pequeña pero trascendental obra, que constituye un libro de cabecera para todos sus compatriotas: *El Martí que yo conocí*. Pasados dos años, viajó a la ciudad de Ottawa, Canadá, a visitar a sus hijos; allí murió. Con el deseo de que sus restos descansaran en Cuba, fue embalsamada y sepultada en el cementerio de Colón el 16 de noviembre de 1947.

ZAMBRANA VÁZQUEZ, ANTONIO (1846-1922). Abogado, profesor, periodista y orador. Se incorporó en los primeros meses a la guerra de 1868, donde fue miembro de la Asamblea del Centro, gobierno colegiado de la Revolución en Camagüey. Delegado a la constituyente de Guáimaro y redactor junto a Ignacio Agramonte de la primera Constitución cubana. Diputado a la Cámara de Representantes. Salió de Cuba en 1873. En el exterior fue un activo propagandista. Después del Zanjón se afilió al Partido Autonomista. Electo diputado a las Cortes en 1887. Vivió en Costa Rica. A pesar de defender ideas discrepantes del proyecto independentista dirigido por Martí, mantuvo siempre su amor a Cuba, a sus héroes y

a la historia patria. En 1906 regresó a La Habana, hasta su muerte.

ZAYAS-BAZÁN E HIDALGO, CARMEN (1853-1928). Esposa de José Martí. Contrajo nupcias con el Apóstol el 22 de diciembre de 1877, en la ciudad de México. Madre de José Francisco Martí. En junio de 1891, en Nueva York, se separó sorpresiva y definitivamente de Martí. Al conocer de su caída, reclamó a las autoridades españolas el cadáver, solicitud que le fue denegada hasta el transcurso de cinco años, por encontrarse el cuerpo enterrado y en estado de descomposición.

ZÉNDEGUI Y GAMBA, AGUSTÍN (1853-?). Junto a su hermano Gabriel, compañero de estudios de José Martí en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, se convirtió en uno de los más cercanos amigos del Apóstol. En 1870 inició sus estudios de Medicina y Cirugía en la Universidad de La Habana, y en 1871 solicitó su traslado a la Universidad Central de Madrid. De vuelta a Cuba, residió en la calle Zaragoza No. 2, en el Cerro. Desarrolló habilidades como maestro de orfebrería, por lo que Martí durante su estancia en la Isla entre 1878-1879, le solicitó que le confeccionara una sortija con un eslabón del grillete que llevara en presidio, con el nombre Cuba grabada en grandes letras. En 1887 Leonor Pérez viajó a Nueva York, y le hizo entrega del anillo a su hijo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMANZA ALONSO, RAFAEL: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- ÁLVAREZ RÍOS, BALDOMERO: *José Martí, periodista revolucionario, latinoamericanista y antimperialista*, esbozo biográfico, editorial SI-MAR S.A, La Habana, 2004.
- BORRADOR DE LA CARTA a Victoria Smith: Anuario No. 12, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1989.
- CASTELLANOS GARCÍA, GERARDO: *Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009.
- COLECCIÓN REVISTA *Patria* 1945-1985, archivo museo Fragua Martiana.
- DE QUESADA MIRANDA, GONZALO: *Anecdótico. José Martí*, Ediciones *Patria*, Soana Fdez. y Cía., La Habana, 1948, p. 7.
- : *Así fue Martí*, editorial Gente Nueva, La Habana, 1877.

- : *Facetas de Martí*, Editorial Trópico, 1939.
- : *Los natales de Martí*, Imprenta El siglo xx, Muñiz y Cía. Brasil, La Habana, 1959.
- : *Martí hombre*, cuarta edición, Colección Raíces, publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Ediciones Boloña, 2004.
- DUPUTEY FIDEAUX, HIRAM: *Martí en el diario de soldado de Fermín Valdés Domínguez*, Centro de información Científico y Técnica, Universidad de La Habana, Colección Documentos, No. 3, enero de 1972.
- ELIZALDE, ROSA MIRIAM: “Diálogo con el silencio”, periódico *Juventud Rebelde*, sección Constante, La Habana, 5 de marzo de 1995.
- ESTRADE, PAUL: “La Pinkerton contra Martí”, Anuario Martiano No. 1, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1978.
- EXPEDIENTES DE OBJETOS MUSEABLES de José Martí, museo Fragua Martiana.
- FIGUEREDO ANTÚNEZ, BERNARDO: *Yo dibujé a Martí. Diario de un viaje Cayo Hueso-Nueva York*, selección, prólogo y notas de Jorge R. Bermúdez, Casa Editora Abril, La Habana, 2010.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, Tomo II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- GARCÍA PASCUAL, LUIS Y ENRIQUE H. MORENO PLA: *José Martí. Epistolario*, compilación y ordenación cronológica por los autores, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.
- GARCÍA PASCUAL, LUIS: *José Martí. Documentos familiares*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008.
- GÓMEZ BÁEZ, MÁXIMO: *Diario de Campaña*, Ediciones Huracán, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969.

- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO: *Por Cuba libre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- GUEVARA DE LA SERNA, ERNESTO: *Escritos y discursos*, tomo IV, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- HIDALGO PAZ, IBRAHÍM: *José Martí, 1853-1895, cronología*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.
- LUBIÁN ARIAS, RAFAEL: *La ruta de Martí: de Playitas a Dos ríos, 1895*, municipio de La Habana, departamento de Cultura, enero 28 de 1938.
- MAÑACH, JORGE: *Martí, el Apóstol*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- MARINELLO VIDAURRETA, JUAN: “Carta a Gonzalo de Quesada y Miranda”, La Habana, 10 de mayo de 1942, archivo Fragua Martiana.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ: *Obras Completas*, Edición Crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000-2007.
- : *Obras Completas*, Empresa Consolidada de Artes Gráficas, La Habana, 1963-1965.
- : *Poesía Completa*, Edición Crítica, Tomos I y II, Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1985.
- MERCADO GARCÍA, ERNESTO: *Martí en la casa de Mercado*, Publicaciones Universidad de La Habana, 1963.
- MORALES, SALVADOR: *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, Editora Política, La Habana, 1995.
- : *Selección de textos de Máximo Gómez*, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- PADRÓN VALDÉS, ABELARDO H.: *Panchito Gómez Toro, lealtad probada*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008.
- PLOCHET, ALBERTO: artículo publicado en el periódico *El Mundo*, La Habana, edición del 1 de febrero de 1942.

- PLOCHET LARDOEYT, DAVID: *El capitán Plochet recuerda a José Martí*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2003.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO: *Martí en Santo Domingo. Centenario de José Martí. Homenaje de la República Dominicana*, Impresores UCAR García S.A., La Habana, 1953.
- RODRÍGUEZ LA O, RAÚL: *Los escudos invisibles. Un Martí desconocido*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2003.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: *A caballo y con el sol en la frente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- SARABIA, NYDIA: *Carmen Miyares, la patriota del silencio*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- SUÁREZ LEÓN, CARMEN: *Yo conocí a Martí*, Edición Colibrí, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2012.
- VALDÉS GALARRAGA, RAMIRO: *Diccionario del pensamiento martiano*, cuarta edición, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- VITIER BOLAÑOS, CINTIO Y FINA GARCÍA MARRUZ: *Recuerdos de Martí*, Entrevista a Bernardo Figueredo, Anuario No. 3, Centro de Estudios Martianos, 1971.
- ZACHARIE DE BARALT, BLANCHE: *El Martí que yo conocí*, segunda edición, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
- Zéndegui, Guillermo de: *Ámbito de Martí*, talleres tipográficos de P. Fernández y Cía., La Habana, 1954.

ÍNDICE

Prólogo. Agradecer es un gusto	9
Introducción. Por estrella, un corazón	15
Explicación necesaria. Así era Martí	19
1853-1874	
Temprana juventud	27
Libertad para todos	29
Yo lo vengaré	31
El primer discurso	33
Con toda impunidad	36
Lágrimas de papá	38
Para no olvidar	40
¡Castillo!	42
Lino Figueredo	47
Los hay más temibles	52
La herida abierta	54
El espíritu de la patria	56
Un arrebató del cielo	59
Un abrazo de hermanos	61
Ángeles del cielo	63
1875-1881	
Visión continental americana	67
Rosario, la de Acuña	69
La estatua de Contreras	73
¡Pobrecitos!	76

Amor con amor se paga	78
Soy cubano	81
En provecho de los demás	83
Doctor Torrente	84
La que se murió de amor	86
Hambre antes que una injusticia	91
A trabajar para los míos	93
Una ladera de montaña	95
Palpar antes de andar	96
Un loco peligroso	99
Quiebro mi copa	102
Martí no es de la raza vendible	105
Un hombre generoso	108
Soy separatista	111
Magnanimidad martiana	114
Lección de urbanidad	115
Levantarse sobre serpientes	117
Martí y Dana	121
Noble comprensión	123
El padre americano	124
El deber y la virtud	126
1881-1891	
Organizador de la revolución	129
Barbas blancas	131
Mi primer encuentro con Martí	133
El abanico “perverso”	135
Un inoportuno arranque	138
No quepo en mis calzones	144
Hacer bien	148
Quien tiene mucho adentro...	150
Sencillez, no costosos monumentos	153

La sortija Cuba	155
Amarga lección	157
El conocedor de cuadros	159
El Cristo de Munkácsy	160
¡Las fealdades de noche!	163
Pisadas sobre la tierra	165
Dinamita ¡no!	169
Las reservas de la patria	171
Maestro y discípulo	173
Una misión sagrada	176
La bella Otero	178
La bárbara abeja	182
Ni palmas ni memoria	186
El enanito de arriba	188
Como las paralelas del ferrocarril	191
¿Un poeta?	194
El tren de la revolución	197
Entre negros y blancos	200
Vueltas de carnero	203
Abrazo de revolución	205
En alas de mi pueblo	208
Los judíos son gente noble	210
Véame como soy	211
Canas que no pesan	213
La cucharita de coco	215
El billete de cien pesos	217
El alfiler y la corbata	220
Habilidad martiana	222
1892-1895	
Líder del pueblo	225
Guardia de amor	227

Entrenamiento mambí	229
Morir por lo que amo	231
Al llamado de la patria	233
Martí y el león	235
Poeta, profeta, vidente	243
La peor raza	246
Los zapatos de Martí	248
El subsuelo	251
La nueva fecha	254
Es muy fácil censurar	255
Martí y Collazo	256
El placer del sacrificio	258
Mi mariposita	264
El pensamiento a caballo	266
Es todo mi equipaje	267
Siempre al día	268
Una taza de chocolate	270
¡Ni una palabra!	273
Credo martiano	277
El violín de Gerardito	279
¡Hijo!	283
¡Usted no sabe lo que hace!	288
Unidad para vencer	291
Conquista patria	294
Convidado	296
Yo sé montar	298
La academia de Bellas Artes	301
Reñir o pelear	303
Diálogo con las estrellas	305
El donillero	308
Los dos príncipes	310

La honda de David	314
Un pentagrama musical	317
Sin duda era cubana	319
Nacer para enseñar	321
Con psicología	323
Los consejos de Hamlet	325
¡Fuego, Martí!	327
El mejor regalo de cumpleaños	329
Despistar al enemigo	333
Panchito	335
Allá vamos a morir	339
No le irá peor	341
En casa de Mercado	344
Luz de Luna	346
Un extraordinario señor	348
¡Perdón!	350
El único autógrafo digno	352
Gallego mambí	354
Cómo salió insurrecto	359
El búcaro de Coca	362
No solo de pan vive el hombre	365
Un iluminado	367
¡La revolución de los médicos!	370
Iría con Flor	372
El banquetico	374
Bandidos y revolución	376
¡Ay, las madres!	378
Martí y el anarquista	380
La libertad	382
Ávaro del tiempo	383
El suspiro del cenote	384

Sano desde la raíz	386
Al alcance de las balas enemigas	389
Partida inevitable	392
Miremos lo que hay que hacer	394
La mesa de Quintana	399
La última celebración de su natalicio	402
Mi último encuentro con Martí	405
La hora de la libertad	407
Con el cinco por ciento	409
Sé justo	412
Mi único deseo	414
Yo no soy una reliquia	418
Al pie de Cajobabo	421
Las horquillas del bote	426
Con fuerza y sin miedo	430
El mayor general José Martí	433
Marcos, un hombre de confianza	436
Desafortunado encuentro	439
Al otro día de La Mejorana	444
Un lujo prematuro	448
Sacrificio sin queja	451
Revólveres de Martí	453
La primera ofrenda	458

Anexos

Medidas tomadas a José Martí en República Dominicana	461
Uno de los revólveres de Martí	462
Personalidades relacionadas con José Martí	464
Bibliografía	483



*... que esta Oficina de Asuntos
Históricos sea siempre un
monumento vivo a la obra
fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.*

Bridbarts

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez en 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos y prensa clandestina fundamentalmente de la etapa 1952-1959; manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipe de su obra. Además, brinda servicios de consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento histórico, información a distancia, préstamos bibliotecarios y hemerográficos, edición y venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn, preservadas en sus paredes.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica libros y folletos sobre la lucha revolucionaria con una amplísima producción del pensamiento político del Comandante en Jefe, y títulos a partir de investigaciones propias y de otros autores. Cuenta, igualmente, con la emisión electrónica mensual del *Boletín Revolución* y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

Muchas gracias.

Últimas publicaciones

- *Reflexiones del Comandante en Jefe*. Colección 2009, 2010, 2011, 2012 y 2013
- *La Victoria Estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *La Contraofensiva Estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *Diario de la guerra 1*. Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Diario de la guerra 2*. Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Fidel y la religión*. Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010
- *Misioneros del ALBA*. Pedro de la Hoz y Alberto Núñez, 2010
- *Celia alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1955*. Rolando Dávila Rodríguez, 2011
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2011
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1956*. Rolando Dávila Rodríguez, 2012
- *El Moncada, la respuesta necesaria*. Versión ampliada y modificada. Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1957*. Rolando Dávila Rodríguez, 2013
- *Revista anual Cinco Palmas*
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014
- *Médicos de la guerrilla. Testimonios 1956-1958*. Eugenio Suárez (compilador), 2014
- *Diario de la guerra 3*. Heberto Norman Acosta, 2015
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1958*. Rolando Dávila Rodríguez, 2015